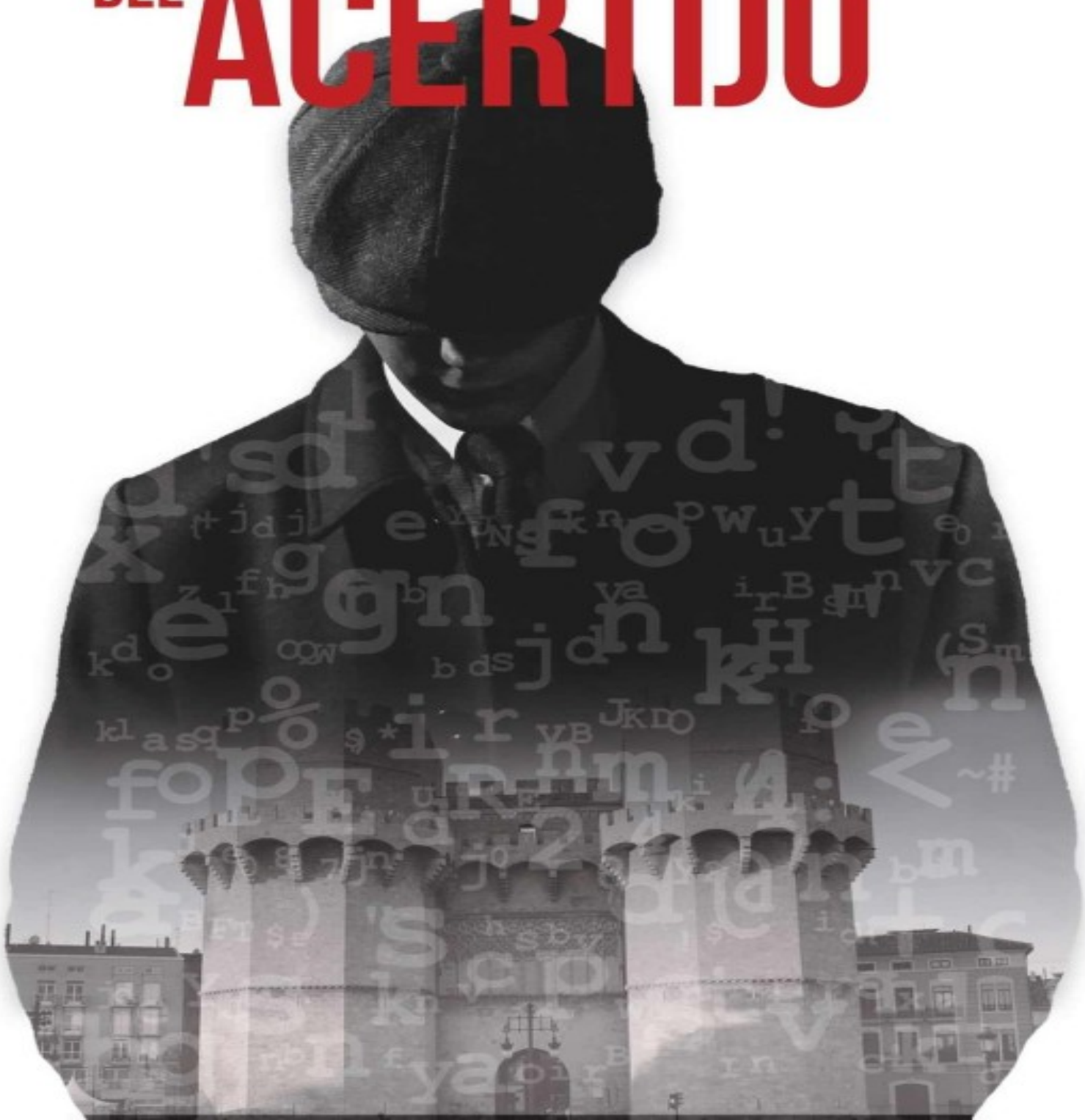
JÚPITER

# EL ASESINO DEL ACERTIJO



Copyright © 2025 Júpiter Writter

Corrección de textos: Érika Gael
Diseño portada: Laura Montalbán @Mowoko
Diseño y Maquetación: Laura Montalbán Más - @Mowoko
Recursos gráficos: Laura Barcali (skyline y mapa de Valencia) @Freepick

Primera edición: mayo 2025
Editorial: Fénix Literario, S.L.

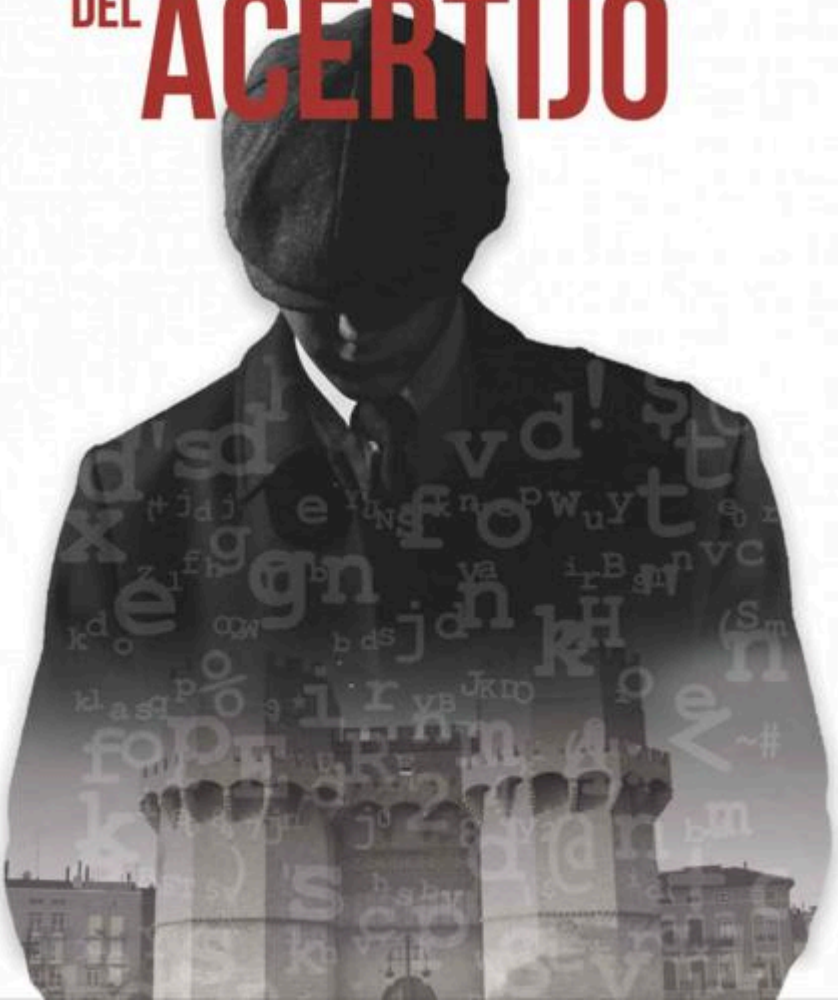
Copyright © 2025

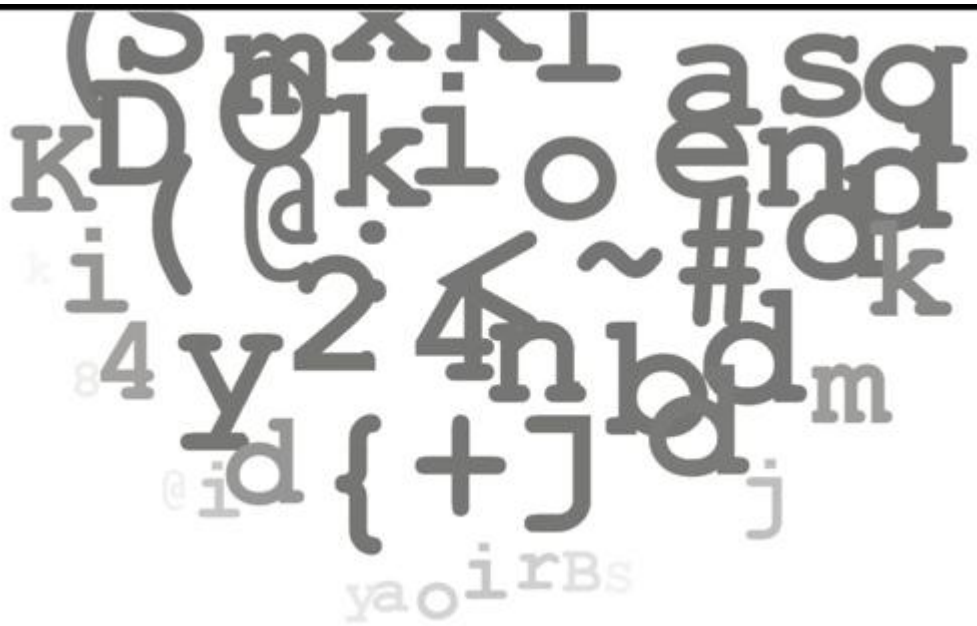
Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A Pablo, cuyo apoyo inquebrantable*
*ha sido luz en mis días sombríos.*
*Esta historia es también tuya.*

JÚPITER

# EL ASESINO DEL ACERTIJO





# CAPÍTULO 0

## *Hombre de la boina*

«Un viejo proverbio ruso nos recuerda: "No puede haber bien sin mal"».

*Mentes criminales*

La ciudad se había imbuido de una insólita belleza, de una extraña calma de la que solo en contadas ocasiones se podía disfrutar en aquella parte de Valencia. Sin embargo, era uno de mis momentos preferidos: cuando el silencio se adueñaba de las calles y la única luz era la que proporcionaban las farolas. En ese instante, y solo en ese, ser invisible para los demás no me resultaba una molestia. Podía fundirme con las sombras, formar parte de ellas. Estas me comprendían y me acogían bajo su oscuro abrazo.

Dirigí mis pasos hacia las callejuelas que se abrían desde la vía principal. Era allí donde sucedían las cosas más interesantes, las

que, a ojos corrientes, carecían de importancia, pero que para mí eran como pequeños tesoros que poder saborear durante breves segundos.

—¿Esto es suyo?

Su voz resonó en mis oídos como la mejor de las sinfonías. No me atreví a responder por miedo a romper la magia del momento; sin embargo, me acerqué a ella.

Nunca había imaginado que aquella noche me proporcionaría lo que más anhelaba. Ella me vio. Me vio de verdad. A pesar de la escasa iluminación. A pesar de que, para el resto de los mortales, yo parecía alguien insignificante. Se agachó, con su poblada cabellera de rizos, a recoger mi boina, que había acabado en sus pies a causa de una repentina ráfaga de viento. Clavó sus ojos en los míos, sin miedos ni dudas. Me miró con una sonrisa sincera dibujada en su rostro angelical y, entonces, ocurrió: capté la semejanza. Por fin la veía más allá del objetivo de mi cámara. Debía de ser cosa del destino, que había tenido a bien apiadarse de mi torturada alma poniéndola a ella en mi camino.

—S-sí, y tu-tú ta-también lo ser-rás —respondí, sin poder evitar la tartamudez que me asediaba desde la infancia—. P-por fin er-res mía. Solo mía.



# CAPÍTULO 1

## *Ruth*

«El impacto y el dolor de una pesadilla puede ser mucho mayor que el de un puñetazo».

John Katzenbach

El sonido de unas gotas rebotando contra la piedra se había convertido en la única melodía para mis oídos, junto con el correteo de unas diminutas patas en las que procuraba no pensar. Sabía que eran ratas, pero la situación ya resultaba lo bastante horrible como para centrarme en ellas. Traté de imaginármelas como Rémy y sus hermanos en la película *Ratatouille*. ¿No era eso lo que solía hacer Disney en sus historias? Cogía algo grotesco y lo convertía en un ensueño. En *Blancanieves y los siete enanitos*, por ejemplo, nadie nos contaba que, tras el romántico beso que hace despertar a la protagonista, esta obliga al príncipe a que, en su boda, la madrastra, calzada con unos zapatos de hierro ardiendo, baile hasta la muerte (¡vaya tela con Blancanieves!). Yo sabía que todo eso eran solo

divagaciones, pero suponían mi única actividad durante las largas horas de encierro.

Mil trescientas veinte piedras. Las había contado. Esa era otra de mis actividades favoritas. El sonido de unos pasos me sacó de mi letargo. Mi cuerpo comenzó a temblar de forma profusa. Era consciente de que, en mi situación, recibir visitas no era algo de lo que poder alegrarse. Con las visitas venían los golpes y las humillaciones. Venía el dolor, la incertidumbre de no saber si sería la última.

Me desperté con la camiseta del pijama empapada en sudor. «Otra pesadilla. Solo es una pesadilla. Ya no estás encerrada. Estás en casa», me repetía una y otra vez. Había hecho muchos progresos desde el final de mi secuestro, pero las pesadillas seguían arraigadas en las noches, como garrapatas que se alimentaban de mi miedo.

Me incorporé en la cama y apoyé la espalda en el cabecero de madera. Noté su rugosidad y dejé que el tacto frío me traspasase. Inspirar. Espirar. Recuperé las palabras de mi psicóloga. Su voz grave y profesional vino a mi cabeza, como cada mañana: «Siente cómo el aire entra por tu nariz y llega hasta la parte baja de tu abdomen. Nota cómo este se hincha y, al expulsar de nuevo el aire, deja que todo lo malo se vaya». Tras varios minutos, conseguí recuperar la calma, pero aquel episodio solo era una prueba más de que mi vida nunca volvería a ser la de antes, por más que yo fingiese que lo era. Salía a pasear con Piccolo, iba a tomar algo con mis amigos, quedaba con Óscar, pero nada era igual. Yo no era la misma, y dolía ver esa verdad en el rostro de la gente que me quería. Era como un cartel luminoso en mitad de la noche en una carretera comarcal. Uno que indicaba que algo en mí se había roto.

Piccolo, mi amor peludo, era el único que conocía la verdad acerca de mi nueva vida. Era el que me acompañaba cada día, mi compi de piso. Con él, yo no podía fingir ni esconderme. Él me veía. Noté los lametones en mi brazo y una sonrisa se dibujó en mi cara.

—Lo sé, chico, lo sé. Ya estoy bien. Te lo prometo —dije mientras lo acariciaba tras las orejas—. ¿Quieres que vayamos a dar un paseo? —pregunté.

Su reacción fue instantánea. Se bajó de la cama de un salto y comenzó a menear el rabo con una energía desmedida, como si le hubiera propuesto ir a las Maldivas un mes a gastos pagados. Su presencia era lo único que conseguía hacer más llevadero el hecho de levantarme de la cama cada mañana para fingir que tenía una vida normal.

Me lavé la cara, los dientes, me enfundé en mi atuendo deportivo y cogí su correa. Él siempre se alegraba de pasar tiempo conmigo. No me miraba diferente. Para Piccolo, no había una Ruth presecuestro y una Ruth postsecuestro. Solo era yo. Quizá por eso él era mi compañía favorita.

Subimos por el camino hasta la ermita; en la cima resistían las ruinas de un antiguo castillo, como un fantasma que se niega a abandonar del todo el mundo de los vivos. Aquel era nuestro lugar preferido: un paraje rodeado de naturaleza, historia y recuerdos. Yo solía subir allí con mi abuelo cuando tan solo era una cría. En aquellos tiempos, tras una intensa búsqueda de espárragos o caracoles, nos tumbábamos en una roca gigante, desde la que se divisaba todo el pueblo, y él me contaba anécdotas del pasado, recuerdos, que he sido incapaz de borrar de mi mente, porque… ¿qué nos queda de aquellos que se van, más que sus recuerdos?

Piccolo se detuvo a oler una mata de romero y me paré junto a él. Me fascinaba su interés por las cosas que la mayoría de los humanos pasábamos por alto: una flor, una lagartija, una ardilla comiendo una piña en lo alto de un pino. Quizá por eso él era mi mejor amigo, porque me enseñaba a valorarlo todo.

El sonido de mi móvil interrumpió mis reflexiones.

—¡Ey, bombón! ¿Dónde estás? He salido a correr un rato por la Loma del Castillo y me preguntaba si estarías dando uno de tus paseos —dijo la cantarina voz de Lucas.

Él era mi otro mejor amigo, uno de esos que no te sueltan la mano y con quien puedes ser tú misma. Al menos, así había sido antes de mi secuestro.

—Pues sí. Piccolo y yo estamos cerca de la ermita —respondí con tono amable.

—¿Quieres más compañía? —Ahí estaba. El Lucas presecuestro nunca me habría preguntado algo así. Me habría soltado un: «No muevas ese cuerpazo de ahí, que tardo cero coma en llegar», o alguna de sus ingeniosas frases.

No pude contener una sonrisa triste.

—Quizá más tarde. No he dormido muy bien y estoy hecha unos zorros. ¿Quedamos en una hora en El Rinconcito, para desayunar? —propuse.

Lucas me conocía tan bien que, si me viera en ese estado, podría leer que mi situación no era muy boyante. Yo necesitaba tiempo para componer la máscara que me permitía presentarme frente al mundo como si nada hubiera ocurrido, aunque por dentro me sintiera como si acabara de someterme a un exorcismo.

—Hecho —dijo con resignación.

Una hora después, más presentable tras una ducha y un poco de maquillaje, llegué a la cafetería en la que había quedado con Lucas. Mi amigo me esperaba en una de las mesas de la terraza. El sol bañaba el metal y lo calentaba solo lo justo para aportar esa calidez que conseguía reconfortar el espíritu. Le di un abrazo y un sonoro beso en la mejilla. Sabía que Lucas los odiaba, pero ¿para qué estaban las mejores amigas?

—Cariño, estás espectacular. Se nota que te has esmerado. ¿Acaso has quedado luego con Óscar? —Lucas levantó el brazo para avisar al camarero. Era evidente a leguas que estaba falto de su dosis de cafeína.

—No, la verdad es que hace unos días que no hablo con él. —Oculté mi mirada tras las gafas de sol. Sin embargo, aquello no logró engañar a Lucas.

—Ruth, sabes que te adoro y que siempre te apoyaré, pero no sería un buen amigo si no te dijera que estás caminando por el borde del precipicio. —Sus iris azules parecían atravesar mis oscuros cristales y, por un momento, sentí como si Lucas fuera capaz de ver más allá de mis ojos.

—Lo sé, lo sé. Pero es complicado —fue lo único que pude responder.

—Pues, explícaselo. Nadie dice que vaya a ser fácil, pero es tu pareja y habéis sufrido una situación muy complicada. Permite que él sepa cómo te sientes. —Tras la apariencia extravagante y alocada de mi amigo, se escondía una sabiduría que, a veces, parecía no concordar con una persona tan joven (puede que mucha gente no considerara la treintena como juventud, pero ¡qué demonios! La edad solo se trataba de un número).

—No quiero compasión, Lucas. No quiero miradas de lástima ni silencios incómodos. Prefiero dejar que el río vuelva a su cauce —dije antes de pegar un sorbo a mi taza de café sin espuma y con la leche muy caliente.

—Pero es que tu relación no es un río, Ruth. Tienes que hablar con él, decirle qué es lo que está pasando por esa cabecita tuya. Él no sabe cómo ayudarte. Te nota distinta y no quiere meter la pata.

Yo sabía que la amistad entre Lucas y Óscar se había fortalecido con mi secuestro. Lucas había sido su mejor sustento, el que estuvo siempre a su lado y el que no dejó que se hundiera. No era de extrañar que Óscar acudiese a él para hablar sobre nuestros problemas de pareja.

—¿Y si hablo con él y, aun así, no podemos arreglarlo? ¿Y si yo no puedo arreglar lo que sea que me está pasando? —Una lágrima resbaló por mi mejilla. Me apresuré a recogerla antes de que llegara al borde de las gafas de sol, pero Lucas se dio cuenta. Él siempre se daba cuenta de todo.

—Cariño, no eres un juguete roto al que haya que reparar. Eres tú, nuestra Ruth. Nadie te pide que te comportes como Xena, la princesa guerrera. Nadie te pide que todo vuelva a ser como era antes. Somos conscientes de que, después de todo por lo que has pasado, seguramente eso nunca llegue a suceder, pero ¿sabes una cosa? —De nuevo aquella mirada azul que parecía reflejar el mar, aunque estuviésemos a kilómetros de distancia—. Te queremos. Estamos aquí. Nunca tendrás nuestra compasión, solo nuestro apoyo.

—Joder, Lucas. Me ha costado muchísimo maquillarme. Ya sabes que no soy muy buena en estos menesteres —bromeé mientras me limpiaba las lágrimas que surcaban mis mejillas.

—¿Me prometes que lo vas a intentar? Tienes que hablar con Óscar. Él también lo está pasando mal —dijo, en un intento fallido de ponerse serio—. Además, solo así sabrás si lo vuestro de verdad todavía funciona o ya no. Dejar transcurrir el tiempo no es la solución.

Abrí la puerta de casa y Piccolo me recibió con su habitual entusiasmo, pero, aparte de él, la vivienda estaba completamente vacía. «¿Es así como quiero que sea mi vida?», me pregunté.

Lo echaba de menos. La ausencia gritaba su nombre en cada rincón. Tras mi secuestro, ambos habíamos decidido que lo mejor sería vivir separados hasta que yo me recuperase de las secuelas, tanto físicas como psicológicas. Bueno, para ser sinceros, yo lo decidí y él se mostró de acuerdo o, al menos, eso fue lo que verbalizó. Sin embargo, el tiempo corría y ninguno daba el paso de retomar lo que un día habíamos tenido. Quedábamos, charlábamos, pero, al final del día, cada uno se iba a su reino.

Tenía que ser sincera conmigo misma y admitir que la situación no me gustaba; es más, la odiaba. Quería escuchar la risa de Óscar mientras veía alguno de sus programas americanos preferidos; encontrar el periódico encima de la mesa cada mañana; oler su aroma en la almohada. Pero, entonces, ¿por qué no podía decírselo a él? Puede que solo tuviera miedo de que descubriera la Ruth en la que me había convertido. Miedo a que no pudiera quererme como antes.



# CAPÍTULO 2

## *Óscar*

«Qué otra cosa es la vida de los mortales, sino una comedia en la que unos actores se disfrazan y, ataviados con sus máscaras, representan sus respectivos papeles hasta que el director de escena les ordena retirarse de las tablas».

Erasmo de Róterdam

*El Vigía del Levante*
*27 de febrero del 2022*

*La Policía Nacional investiga la desaparición de una mujer en Valencia y señala a su exnovio como sospechoso*

*La familia de la joven ha denunciado su desaparición esta misma mañana en la comisaría de la Policía Nacional. Por el momento, se desconoce el paradero de Mireya García, de veinticinco años, aunque los investigadores están tomando declaración a todas las personas que forman parte de su círculo más cercano, incluida su expareja. También han rastreado sus últimos movimientos, ya que, según declaraciones de su familia a la policía: «Es imposible que Mireya se haya marchado por voluntad propia sin decir nada». Aseguran que «alguien debe de estar reteniéndola contra su voluntad».*

*Se ha facilitado una de las últimas fotografías compartidas por Mireya en sus redes sociales, y que fue tomada la noche de su desaparición. Las autoridades solicitan que, si tienen cualquier pista, se pongan en contacto con la policía.*

*Este suceso ha conmocionado a los habitantes del barrio de Benimaclet, lugar en el que vivía la desaparecida, y cuyos vecinos la describen como una mujer «trabajadora, risueña, divertida y amable. Mireya siempre estaba dispuesta a ayudar a los demás».*

*La noche de su desaparición, Mireya se encontraba junto a un grupo de amigos en una conocida discoteca de la ciudad levantina, celebrando su cumpleaños. Los investigadores no descartan ninguna hipótesis.*

Dejé caer el periódico sobre la mesa de la cocina con un suspiro de resignación. No importaban las leyes que se dictasen, ni las penas que se aplicasen; aquel tipo de noticias seguían presentes en cualquier noticiario del país: jóvenes agredidas sexualmente, mujeres asesinadas a manos de sus parejas, chicos muertos como consecuencia de pensamientos e ideas homófobos, hijos que sufrían un destino que no les correspondía por culpa de las desavenencias entre sus padres… Ni siquiera sabía por qué continuaba leyendo cada mañana aquella basura en la que se estaba convirtiendo el día a día. O puede que sí lo supiese. Puede que eso me recordase por qué debía continuar luchando.

Cogí mi taza de café, ya vacía, y la llevé hasta el fregadero. Una sola taza. Hacía meses que Ruth y yo habíamos decidido que lo mejor para su recuperación era que viviese algún tiempo sola, pero nunca pensé que resultaría tan duro. Cada semana que pasaba era como si ella se alejase más y más de mí. Como si se dirigiera hacia un lugar en el cual yo no podía alcanzarla. Era exasperante. Sin embargo, esa mañana no tuve mucho tiempo de pensar en ello, puesto que la melodía del teléfono móvil quebró el silencio de mi piso. Me apresuré a responder al observar en la pantalla de quién se trataba.

—Buenos días, cariño —la saludé. No pude evitar sonreír. A pesar de todo, ella estaba sana y salva, recuperándose. Seguía a mi lado. Era cierto que no de la manera en la que a mí me hubiese gustado, pero debía ser paciente y concederle su espacio.

—¡Óscar! ¿Recuerdas nuestra cita de hoy? —preguntó Ruth al otro lado del teléfono. Su voz vibrante me distrajo de la pregunta y, por un momento, mi mente divagó entre los recuerdos.

—Uhm, déjame pensar…

Durante los últimos meses había tenido mucho trabajo y andaba bastante despistado con todo lo concerniente a mi vida personal, que había quedado relegada a un segundo plano.

—Si tienes que pensar tanto es que no te acuerdas, bobo —bromeó ella.

Me encantaba el sonido de su risa. Desde que la había recuperado tras el incidente que casi le costó la vida, se había convertido en uno de mis favoritos, aunque me tomase el pelo.

—Está bien. Puede que necesite algo de ayuda —reconocí al fin, dándome por vencido. Aquellos breves instantes eran lo único que me quedaba de nuestra relación, a los que me aferraba como si mi vida dependiera de ello.

—Habíamos quedado con Lucas y Matías para comer —explicó ella con su habitual tono de resignación. Uno que solía reservar para mí.

—Es verdad, lo siento. Lo había olvidado por completo —me disculpé.

Desde que Matías había entrado en la vida de Lucas, los cuatro nos habíamos convertido en buenos amigos, aunque mi vínculo era más profundo con el segundo. Pero ¿cómo no, después de todo por lo que habíamos pasado juntos? Él había perdido a su gran amor, Carlos, que había muerto entre sus brazos a consecuencia de una herida de bala. Yo ni siquiera podía imaginar cómo había sido capaz de superarlo, cuando yo mismo había estado a punto de volverme loco al no tener noticias del paradero de Ruth durante su secuestro.

—¿Te recojo a las doce y media? —La voz de esta me sacó de nuevo de mis pensamientos.

—¿Por qué nunca me dejas conducir a mí? —pregunté, aunque conocía de antemano la respuesta.

—Tú eres como una tortuga. Yo asumo el mando al volante —sentenció.

Una carcajada escapó de mi garganta antes de que pudiese frenarla. Nunca me había considerado torpe conduciendo, pero, según Ruth, era como un anciano de ochenta años al que le daba miedo no hacer un ceda el paso como si fuese un *stop*.

—¡Está bien! Recógeme en el cuartel; tengo que ir a terminar un atestado para entregar en el juzgado —respondí. No pude evitar emplear mi tono profesional. Me sucedía cada vez que hablaba de trabajo y, antes de que Ruth llegara a mi vida, esta se reducía al día a día en el cuartel.

—Como quieras. Te veo en un rato. ¡Te quiero! —dijo antes de colgar.

Cerré los ojos al escuchar el pitido en la línea y me apreté el puente de la nariz. Ya me había acostumbrado a aquella dichosa manía que tenía Ruth de colgar la llamada sin esperar una respuesta por mi parte. Lo que más me molestaba era que se trataba de una de sus *nuevas* manías. Una que había surgido tras el secuestro. Me sentía como si me hubieran robado una parte de mi novia, de su esencia, y lo peor de todo era no saber cuándo podría recuperarla o si volvería a hacerlo alguna vez.



Siempre había sido un hombre solitario. Ya de niño, después de que mis padres murieran en un accidente, tuve que crecer demasiado rápido. Debía cuidar de Lucía, mi hermana pequeña, lo único que me quedaba.

Estaba seguro de que todo lo que me había tocado vivir influyó en mi manera de relacionarme. No es que fuese un insensible, pero era consciente de que los demás me percibían como alguien frío y distante. Puede que incluso me gustase despertar ese sentimiento, ya que hacía ciertas cosas más fáciles. Tampoco ayudaba el hecho de tener un cargo de responsabilidad en la Guardia Civil; eso hacía que, a veces, la gente me considerara inaccesible. Todos, menos Ruth. Desde que la conocí, mi vida cambió por completo. Comprendí que nunca había sido feliz, sino que me limitaba a hacer bien mi trabajo y a cuidar de mi hermana. Eso era todo cuanto tenía. Sin embargo, desde que Ruth apareció, me era difícil imaginar mi vida sin ella. Tuve que hacerlo durante las semanas en las que estuvo secuestrada. Cada día me preguntaba: «¿Y si no vuelve? ¿Y si mi futuro está condenado a la soledad?». La culpa era caprichosa, una emoción resbaladiza. Intentabas atraparla para deshacerte de ella, pero se te escapaba entre los dedos. Yo todavía no había sido capaz de perdonarme. Ruth había pronunciado las palabras: «No tienes que decírmelo más veces. Te perdono», pero a mí me sonaban vacías. Me sentía como Alí Babá frente a la montaña equivocada, diciendo: «Ábrete, sésamo».

Los tipos que secuestraron a Ruth buscaban unas pruebas que obraban en mi poder. Fueron las peores semanas de mi vida. La angustia y el miedo llenaban cada minuto de mi existencia, impidiéndome pensar en cualquier cosa que no fuera ella. Creí que

aquello era lo peor que podía sentir. Me equivocaba. Durante su secuestro, descubrí que estaba embarazada. Una mezcla de alegría y temor me invadieron, un temor que se vio materializado cuando la recuperé y los médicos nos confirmaron que Ruth había perdido al bebé a consecuencia de los golpes recibidos. Aquello había provocado entre nosotros una grave crisis de confianza que, finalmente, logramos superar, o al menos eso pensaba.

Yo nunca había sido un tipo impulsivo. Prefería meditar las cosas. Hacer planes. Me tranquilizaba idear vías de escape, evaluar lo que podía salir mal. Aquel día, no lo pensé. Simplemente, me desperté, la vi junto a mí y supe que era así como quería que fuese el resto de mi vida, de modo que le pedí matrimonio. Mi petición no obtuvo respuesta.

Ser el teniente de un cuartel principal de la Guardia Civil implicaba, como era lógico, una mayor responsabilidad. Gente bajo mi mando y decisiones que tomar, no siempre del agrado de todo el mundo. Más aún, después de la macrooperación en la que me había visto envuelto en los últimos meses, y que se había destapado tras el secuestro de mi Ruth, quien también era agente de la Guardia Civil. Personas muy influyentes se habían visto implicadas en el caso, y, como yo era el que poseía algunas de las pruebas incriminatorias, me había supuesto una carga extra de trabajo. No me quejaba; después de todo, en eso consistía mi labor. Sin embargo, a veces, me habría gustado poder mandarlo todo al infierno, desconectar el teléfono y olvidarme del resto del mundo, excepto de Ruth y de Lucía.

—¡Joder! Casi olvido su cumpleaños —exclamé en voz alta al recordar a mi hermana.

Tendría que pensar en algún regalo que le hiciese especial ilusión. Puede que, con ello, solo pretendiera resarcirla por el abandono al que la había sometido en las últimas semanas, pero sabía que ella me lo perdonaría. Al fin y al cabo, solo nos teníamos el uno al otro. Marqué su número de teléfono y esperé su respuesta. Ella siempre me respondía. No importaba qué estuviera haciendo o con quién: siempre tenía tiempo para mí. De nuevo, la culpabilidad.

—Pero ¡qué alegría escuchar tu voz! ¡Ya pensaba que me habías olvidado, hermanito! —me saludó la melodiosa e irónica voz de Lucía.

—¿Cómo iba a olvidarme de ti, tonta? Es solo que las últimas semanas he tenido muchísimo lío —respondí.

Era una verdad a medias.

—Lo sé: tú y tu obsesión con el trabajo. ¿Cuándo piensas venir a presentarme a esa chica que ha obrado el milagro? —preguntó ella.

Llevaba meses dándole largas. Ruth y Lucía tenían caracteres similares, y estaba casi seguro de que se llevarían a las mil maravillas, pero, por alguna razón, posponía el encuentro entre ambas.

—¿Ruth? No sé… —contesté, de manera bastante torpe.

—¿Acaso estás con otra? ¡Por supuesto que hablo de Ruth! ¿Qué es lo que te pasa? —La voz de mi hermana comenzó a impregnarse de preocupación.

Yo no le había contado nada de la fallida pedida de matrimonio ni tampoco que habíamos vuelto a vivir separados. Demasiadas explicaciones.

—Nada, nada, no me pasa nada —mentí—. ¿Te apetece que cenemos juntos el sábado en Valencia? Puedo preguntarle a Ruth si le viene bien, ¿qué te parece?

Sabía que no podía demorarlo más. Además, Ruth también me preguntaba a menudo por mi hermana, así que el sábado podía ser un momento tan bueno como cualquier otro. Quizá eso ayudase a Ruth a darse cuenta de que la quería en mi vida.

—¿De verdad? ¡Ay, Óscar, qué ilusión! Estoy deseando conocerla. ¿Crees que le caeré bien? —El nerviosismo era patente en su tono.

—Estoy seguro, enana. Le he hablado mucho de ti y ella también tiene muchas ganas de conocerte —expliqué para tranquilizarla.

—¡Genial! Entonces, espero tu llamada para confirmarme la hora y el lugar. ¡Un besito! —se despidió.

—Un beso para ti también.

Tras colgar el teléfono, sopesé los riesgos del plan. Me aterraba que Lucía se percatase de la distancia que Ruth mantenía conmigo desde su secuestro. No era una distancia física, aunque esa también

existía, pero no era la más dolorosa. Se trataba de la manera en la que aislaba de mí sus verdaderos sentimientos y pensamientos, como si yo fuese un extraño.

Me centré de nuevo en los documentos que tenía enfrente. No eran más que expedientes que debía revisar y firmar, pero, con todo lo ocurrido desde que había conocido a Ruth, daba gracias por aquellas tareas rutinarias que nos mantenían lejos del peligro.

—¿Ya has terminado? —me preguntó una voz que sonaba a hogar.

Giré mi rostro hacia la puerta del despacho y allí estaba ella, con su rizada melena roja cayendo libre sobre la espalda y esa mirada intensa que me hacía perder la cabeza.

—Sí, ya podemos irnos —acerté a responder mientras trataba de esquivar sus ojos. Sabía que debía mostrarme paciente con ella, pero estaba resultando más duro de lo que nunca podría haber imaginado, y el hecho de que ella actuara con una normalidad fingida lo hacía aún más difícil—. Por cierto, he llamado a mi hermana y le he dicho que cenaríamos juntos el sábado, ¿te apetece? —Intuía su respuesta, pero me hacía ilusión ver cómo se le iluminaba la cara conforme le daba la noticia.

—Este sábado tengo otra cita, lo siento. —La miré con los ojos muy abiertos a causa de la sorpresa, y aguardé a que dijera algo más—. ¡Por supuesto que sí! Sabes que estoy deseando conocerla —respondió justo después de esbozar una de sus sonrisas. Un atisbo de mi Ruth. Lo que me hacía conservar la esperanza en el futuro.

—Además, así aprovecho para comprarle algún regalo. Pronto será su cumpleaños —expliqué.

—¿Su cumpleaños? ¡Entonces, tenemos que llevarle algo especial!

A Ruth le encantaba preparar fiestas de cumpleaños y hacer regalos. Se podría decir que más que recibirlos.

—Sí, aunque todavía no se me ha ocurrido nada.

No se me daba demasiado bien elegir el regalo adecuado; prefería preguntar e ir sobre seguro con algo que necesitase, pero en esa ocasión iba a ciegas, en parte por haber estado tan desconectado de la vida de mi hermana en las últimas semanas.

—Déjame pensar. —Ruth comenzó a deambular de un lado a otro del despacho—. Dime cosas que le gusten a tu hermana: aficiones, animales, películas… lo que sea —concluyó, pensativa.

—Veamos, le gusta mucho la música de los ochenta, el teatro, los delfines, ir de ruta por la naturaleza, la comida japonesa…

—¡Lo tengo! —gritó Ruth de pronto, dejándome con la palabra en la boca—. Podemos comprarle unas entradas para algún musical que estén representando en Valencia, ¿qué opinas? Si le gusta el teatro, seguro que le encantará el regalo —añadió.

—Buena idea. De hecho, creo que nosotros también deberíamos ir. Nunca hacemos nada parecido, y a ti te encantan —propuse, no sin cierta inseguridad.

Desde que Ruth había escapado de sus secuestradores, el ambiente entre nosotros se había enrarecido hasta el punto de reducir los planes que hacíamos juntos. Nos limitábamos a cenar, ver alguna película en casa de Ruth y salir a pasear con Piccolo. No quería agobiarla, así que únicamente proponía actividades sencillas que no implicasen un elevado nivel de compromiso que pudiera molestarla. Pero ya era hora de dar un paso más. Lo necesitaba. Necesitaba averiguar hacia dónde iba nuestra relación.

—¿Sabes qué? Tienes razón. No sé cómo no se me ha ocurrido a mí. Sacaremos cuatro entradas, así Lucía puede llevar un acompañante —aceptó Ruth tras unos segundos de silencio.

—Vayámonos ya o llegaremos tarde a la comida —dije mientras entrelazaba mi mano con la suya.

Al cruzar el cuartel en dirección al aparcamiento, era consciente de que seguíamos despertando los cuchicheos del resto de los compañeros, que murmuraban cosas como: «¿Por qué si están tan bien no viven juntos de nuevo?» o «Yo creo que ella sigue con él por interés. Estar con el jefe debe de tener sus ventajas». Nunca me había preocupado por los cotilleos malintencionados, pero en ese momento me inquietaba que pudieran afectar a Ruth. Ella parecía hacer caso omiso a los comentarios y rumores que circulaban sobre nuestra relación. Sin embargo, yo sabía que no era del todo inmune, y prueba de ello era la manera en que apretó mi mano. Fue un gesto

instintivo, pero yo la conocía lo suficiente. Había certezas que no podía esconder de mí.

*Churches*, de LP, resonaba en el coche. Yo todavía recordaba el brillo en el rostro de Ruth cuando le regalé las entradas para verla en concierto. Había sido una gran noche: música al aire libre, buen ambiente y una Ruth que todavía no conocía el dolor del maltrato. Habría dado lo que fuese por regresar allí. «*I don't want someone that doesn't want me back*», decía la cantante. Reflexioné un rato sobre ello. Querer o no querer hacerlo parecía sencillo, pero nuestra relación estaba en un punto mucho más complicado. Yo nunca había dudado de nuestro amor mutuo, es más, estaba convencido de que este seguía existiendo, pero, por algún motivo, ella me alejaba cada vez que yo trataba de romper las barreras que había construido a su alrededor. Al principio, pensé que lo único que necesitaba era tiempo. Tiempo para sanar. Tiempo para regresar. Sin embargo, el tiempo pasaba y el abismo era cada vez más profundo. Todavía no me había dado una respuesta a la petición de matrimonio, y, aunque yo fingía que no me importaba, el pensar que no me había perdonado del todo me estaba consumiendo. No podía evitar que ese sentimiento afectase de alguna forma a mi manera de comportarme cada vez que me encontraba con ella. Además, estaba el asunto de que todavía viviésemos separados: ¿cómo iba a acercarme a ella si teníamos régimen de visitas? Tras nuestra reconciliación, creí que todo volvería a la normalidad y que podríamos retomar nuestra relación donde la habíamos dejado, pero, cuando se lo propuse, vi la duda cruzar por su rostro. Supe que ella todavía no estaba preparada, así que decidimos que cada uno continuaría viviendo en su propia casa por una breve temporada. No obstante, los meses se sucedían y nada cambiaba.

Yo compartía mis miedos y frustraciones con Lucas. Después de todo lo que habíamos vivido juntos durante el secuestro de Ruth, él era quien mejor conocía mis miedos e inseguridades. Nunca pensé que pudiera encontrar en él a un amigo de esos con los que puedes ser tú mismo, sin miedo a nada, sin miedo al rechazo, sin miedo a

que juzgue tus acciones o tus decisiones. Un amigo de los que te soltaban las verdades a la cara, aunque doliesen.



# CAPÍTULO 3

## *Ruth*

«Conocer tu propia oscuridad es el mejor método para lidiar con la oscuridad de las demás personas».

Carl Gustav Jung

—¿Habéis escuchado lo de la mujer que ha desaparecido en Valencia? —preguntó Matías mientras un camarero, que no parecía llevar mucho tiempo en el mercado laboral, nos servía el café. Percibí la vehemente mirada de Lucas sobre él a modo de advertencia—. Bueno, seguro que aparece; a lo mejor se ha largado por ahí con algún ligue —añadió con poca convicción.

Estaba claro que él también había percibido la furia en los ojos de su novio.

—Lucas, no te preocupes, no pasa nada —intervine, en un intento de librar al pobre Matías de la bronca que le esperaba al llegar a casa. Ambos habían decidido dar un paso más en su relación yéndose a vivir juntos, y me alegraba muchísimo por ambos—. Sí, lo oí esta mañana mientras sacaba a Piccolo. Después de escuchar a la familia, no creo que se haya ido por voluntad propia. Solo espero que la encuentren. A tiempo —añadí, esmerándome para que ningún sentimiento tiñera mi voz.

Por desgracia, ese tipo de sucesos no siempre tenían un final feliz. A pesar de los esfuerzos de los agentes por localizar a la víctima, solía ser complicado llegar hasta ella antes de que sufriera ningún daño.

—Yo tampoco lo creo —dijo, de pronto, Óscar.

Estaba segura de que, cuando Matías sacó el tema de conversación, no esperaba que mi teniente participara en ella. Desde que yo había logrado escapar de mis captores, todo el mundo tenía mucho cuidado con lo que se hablaba en mi presencia, incluso él. No eran conscientes de que eso me molestaba aún más, aunque entendía sus razones. En los últimos meses, estar a mi lado era como caminar por un campo de minas. Había tabúes, y actividades que no podía realizar debido a mis limitaciones físicas, secuela de las lesiones sufridas durante mi secuestro. Resultaba, cuando menos, incómodo. Agotador. También lo era tener que mantener esa apariencia de normalidad, a pesar de que sabía que ellos no estaban del todo a gusto con la situación. Sin embargo, prefería no quejarme. Sabía que lo hacían con la mejor de las intenciones.

—¿Cuál crees que habrá sido el motivo? Apuesto a que ya tienes una teoría —le pregunté a Óscar.

Estudié bien sus reacciones, cada movimiento, por sutil que fuera. Estaba claro que nuestra situación le dolía, pero estaba poniendo todo de su parte, y sabía que lo hacía por mí. A veces, me olvidaba de que él también había sufrido el secuestro y la pérdida, aunque de un modo diferente. Óscar trataba de dejarme espacio y permanecer a mi lado al mismo tiempo, pero algo había cambiado. Y ese algo era como una losa que nos estaba hundiendo en el océano.

—En estos casos, o bien es alguien conocido, como alguna expareja que no ha superado la ruptura, o bien algún depravado que ha querido tomarla por la fuerza. La chica no viene de una familia de dinero ni tiene una posición social elevada; es una joven trabajadora y humilde. Además, no han llamado ni pedido ningún rescate hasta el momento, lo que nos hace temer lo peor —respondió con total sinceridad.

—Estoy de acuerdo con Óscar. Tengo entendido que ya han interrogado a las anteriores parejas de la chica y parecen limpias, así que puede que solo se trate de un móvil sexual —comentó Lucas, tras una guerra de miradas con Matías que había terminado en un tierno beso.

—Bueno, y hablando de otra cosa, ¿cómo lleváis la convivencia? ¿Es fácil aguantar a este loquito? —le pregunté a Matías, en un intento de reconducir la conversación hacia un tema más agradable.

No necesitaba más malas noticias, ya había tenido suficientes para cubrir varios años. Prefería centrarme en la vida amorosa de mis amigos, que parecía ir a las mil maravillas.

—¡Uf! No te creas… —Matías recibió un duro codazo de Lucas, que lo miraba con fingido asombro—. ¡Ay! ¡Eso ha dolido!

—¿Qué quejas tienes sobre mí? ¡Pero si soy un encanto! —terció Lucas, y me guiñó un ojo con complicidad.

—Solo cuando quieres —respondió Matías con una sonrisa en los labios—. A veces, se pone de los nervios por tonterías, como no encontrar sus llaves, y entonces me desquicia a mí también, porque yo siempre las pongo en el armarito que tenemos en la entrada, y todo acaba en caos. Lo regaño porque las deja tiradas en cualquier parte y luego tenemos que perder tiempo buscándolas —añadió, levantando los brazos con exasperación.

Eran como el yin y el yang, dos piezas opuestas pero complementarias.

—Madre mía, menos mal que no tengo que vivir con vosotros —exclamó Óscar en tono jocoso.

—No le creas ni una sola palabra, Óscar. Nuestras peleas siempre tienen un final muy interesante… —replicó Lucas en tono sugerente.

Yo ya podía imaginar por dónde iban los tiros; más aún conociendo a mi amigo como lo hacía.

La comida resultó amena y divertida, justo lo que yo necesitaba para despejar la mente. Sabía que comer con Lucas y Matías era una apuesta segura. Eran de esa clase de personas a las que siempre podías recurrir para que te subieran el ánimo. Óscar, por su parte, se había mantenido toda la comida en un segundo plano, interviniendo en la conversación en escasas ocasiones. No estaba del todo cómodo. Yo ya me había acostumbrado a ese nuevo Óscar, y no sabía qué hacer o cómo comportarme para que todo entre nosotros volviera a ser como antes. Ni siquiera sabía si quería que todo volviera a ser como antes. Tampoco estaba segura de si era culpa suya, si era mía, o si nuestro momento había pasado y ya nunca recuperaríamos lo que tuvimos, aunque solo pensar en esa posibilidad hacía que el corazón me doliese.

—Voy un momento al aseo, chicos —anuncié al grupo con una sonrisa impostada.

Necesitaba unos segundos a solas, quitarme la máscara y contemplar la imagen que me devolvía el espejo. Era extenuante fingir, y odiaba tener que hacerlo. Me granjeaba regañinas de mi psicóloga en cada sesión, pero, en el fondo, cabía la posibilidad de que yo tan solo estuviese asustada. Siempre me había considerado una persona fuerte y con las ideas claras, pero, tras lo ocurrido, me sentía diferente. ¿Y si mi nuevo yo no le gustaba a Óscar y a mis amigos? ¿Y si no me gustaba a mí misma?

—Espera, que te acompaño. Yo también necesito ir. —Matías se puso en pie con una mirada cómplice.

Ese chico había resultado más perspicaz de lo que yo hubiera podido imaginar. A pesar de haber sido el último en unirse a nuestro pequeño círculo, nos habíamos adaptado muy bien. De hecho, yo le tenía un gran afecto. Entendía las razones por las cuales mi amigo se había enamorado de él: era una persona amable, leal, divertida y afectuosa.

—¿Sabes qué? —me dijo, una vez en el pasillo, frente a la puerta del aseo—. No tienes por qué ser fuerte todo el rato. Solo somos

nosotros, tus amigos.

Sus intensos ojos color miel me dedicaban una mirada comprensiva.

—Lo sé, lo sé, pero es que Óscar está tan raro, tan tenso que no sé cómo actuar cuando estoy con él. Y lo odio. Odio esta situación. Quiero que vuelva el de antes, solo que no sé cómo llegar hasta él —reconocí en voz alta, por primera vez en meses.

Mis propios oídos distinguían la rabia y la furia con la que habían sido pronunciadas aquellas palabras.

—Pero ¿cómo va a volver el de antes? Tú tampoco eres la misma. Todo por lo que has pasado te ha cambiado. —Matías sujetaba mi rostro entre sus manos. Una tímida lágrima resbaló por mi mejilla. Asentí con un leve movimiento de cabeza, incapaz de admitir la realidad en voz alta—. Además, no me negarás que vuestra situación es complicada. Habéis vuelto a estar juntos, pero vivís separados y, hasta donde yo sé, todavía no le has respondido a la gran pregunta, ¿me equivoco? ¿Cómo crees que eso lo hace sentir? —Estaba claro que no pensaba dulcificarme la situación, y yo se lo agradecía. Necesitaba escuchar la verdad sin ningún edulcorante.

—Imagino que se siente inseguro con respecto a lo nuestro. Con respecto a mí —reconocí al fin—. Sé que no se lo estoy poniendo nada fácil. No le cuento cómo estoy ni hablamos de lo sucedido —añadí, bajando la mirada.

—Oye, Ruth, no pasa nada si no te sientes tú misma al cien por cien. Nadie te culparía nunca de eso. Solo opino que deberías sincerarte con él, decirle cómo te sientes para que así sepa a qué atenerse.

—Tienes razón, y te prometo que lo haré —decidí.

Mi promesa iba dirigida más a mí misma que a Matías, pero él sonrió complacido.



—¿Por qué crees eso? —preguntaba Lucas con curiosidad.

Yo sabía que no estaba bien quedarme escuchando la conversación a escondidas, pero la curiosidad ganó aquella batalla.

—Venga, Lucas, eres listo; no me digas que tú no lo has notado. —Fue la profunda voz de Óscar la que habló—. Solo le estoy concediendo el espacio y el tiempo que ella me pidió. Intento darle lo que parece necesitar, pero es complicado si no se abre conmigo. No me cuenta nada, no me dice cómo se siente; ni siquiera sé si lo estoy haciendo bien o mal.

Sonaba desesperado, y eso me hizo sentir tremendamente culpable. Él siempre había estado ahí para mí y, a pesar de que sus mentiras habían sido las responsables de mi secuestro, me había pedido perdón en infinidad de ocasiones.

—Lo sé, y créeme que te entiendo, pero ya sabes lo duro que ha sido todo esto. Estoy seguro de que solo necesita un poco más de tiempo —lo aconsejaba Lucas.

Matías llegó hasta el punto en el que yo me encontraba y me regaló una de sus miradas reprobatorias. Sin embargo, no dijo nada y se situó junto a mí.

—Eso es justo lo que estoy haciendo, darle tiempo, pero tampoco puedo obviar el hecho de que, mientras que a ella este *impasse* parece sentarle bien, cerrar sus heridas, a mí me está consumiendo. Ruth ha cambiado, y lo entiendo, de veras. Nadie pasa por algo así y sigue con su vida como si nada. Pero parece ir superándolo, y no sé si yo tendré hueco en su vida.

Las palabras se clavaron en mi alma como dagas. Matías debió de percibir algo, porque me cogió del brazo y salimos de nuestro escondite con nuestras más radiantes sonrisas, para dirigirnos juntos

hacia la mesa donde nos esperaban Lucas y Óscar, con el rostro un tanto más sombrío que cuando la habíamos abandonado.

—¿Qué nos hemos perdido? —preguntó Matías, con un impostado tono de normalidad que me dejó asombrada. Estaba claro que ese chico era una caja de sorpresas.

—Le estaba comentando a Óscar los planes para la celebración de mi cumpleaños —se apresuró a responder Lucas.

Por la manera en la que me devolvía la mirada, supe que mi amigo había adivinado que su tono distendido no había logrado convencerme.

—¿En serio? ¿Y en qué habías pensado? —pregunté, sin darle tiempo a elaborar una mentira convincente.

Era cierto que el cumpleaños de Lucas estaba próximo, pero, de haber estado organizando una fiesta, seguro que me lo habría contado hacía días.

—He cogido un pequeño reservado en un local de Valencia. Está acristalado y desde allí se puede ver el mar. No será una gran fiesta, sino solo una reunión para los más íntimos —respondió Lucas con seguridad.

—¿Lucas, dejando pasar la oportunidad de organizar una celebración por todo lo alto? ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amigo? —bromeé.

—Ya ves, el amor me está haciendo sentar cabeza.

Lanzó una mirada de profundo afecto a su pareja y, por la manera en que Matías le devolvió el gesto, intuí que se marcharían pronto para disfrutar de algo de intimidad.

—Bueno, ¿y para cuándo está prevista esa celebración? —preguntó de pronto Óscar, rompiendo la burbuja que se había formado alrededor de nuestros amigos.

—Para este fin de semana. Os espero el sábado sin falta. Os mandaré la dirección por mensaje —aclaró Lucas, incapaz de dejar de sonreír.

—¿Este sábado? —indagó Óscar.

—Sí, ya sé que mi cumpleaños no es hasta la próxima semana, pero no me apetecía alargar más esta situación —soltó Lucas.

—¿Qué situación? —pregunté, confusa.

Sin embargo, Lucas no tuvo tiempo de responder a mi pregunta, ya que Óscar interrumpió la conversación.

—Tenemos la cena con mi hermana. Pero estoy seguro de que no le importará que la pospongamos para el domingo —añadió, dubitativo.

—Pues, si el domingo pasáis el día con tu hermana en Valencia y el sábado es la fiesta de Lucas, podríais reservar un hotel para el sábado por la noche, así no tendríais que andar con el coche de un lado a otro —propuso Matías, mirándome de reojo. Era obvio que se había propuesto hacer todo lo posible por salvar mi relación.

—A mí me parece una buena idea, pero no sé… —La voz de Óscar, que normalmente rezumaba seguridad, estaba impregnada de un titubeo difícil de ocultar.

—Hagámoslo. Ya no recuerdo la última vez que hicimos algo romántico —respondí antes de que mi subconsciente pudiera traicionarme ideando una excusa.

Óscar abrió mucho los ojos, haciendo patente lo inesperada que le resultaba mi respuesta, pero pronto estos brillaron, recuperando una pizca de lo que parecía haberse perdido.

—Está bien, yo me encargo de todo —dijo él, y me lanzó una de esas miradas color esmeralda que conseguían derretir mi corazón.



Tal y como sospechaba, Lucas y Matías se marcharon a Chiva, la localidad en la que todos residíamos, tras tomar la primera copa. La tensión sexual entre ellos era palpable, sobre todo en las últimas semanas. Yo no lograba identificar qué factor habría provocado ese cambio en su relación, pero se los veía más unidos que nunca, y para mí eso era suficiente.

—Debería llamar a mi hermana para ver si el cambio de planes le va bien —dijo Óscar al tiempo que cerraba la puerta del coche para poner rumbo al centro comercial más cercano, y hacernos así con el regalo de Lucía.

—Claro. Dale un beso de mi parte —comenté de buen humor.

—Eso está hecho.

Óscar me regaló una de sus seductoras medias sonrisas, sin ni siquiera ser consciente de que, solo con ello, conseguía que mi corazón se acelerase.

—Me gusta esto, estos pequeños momentos en los que todavía somos nosotros, tú y yo —dije.

Lo miré a los ojos, dejándome llevar por el revoltijo de emociones que me hacía sentir su mirada sobre la mía.

—A mí también. —Conocía a Óscar demasiado bien como para no saber que había algo más que deseaba decirme, solo que no encontraba el modo de hacerlo—. Será mejor que vayamos en busca del regalo —dijo al fin, cambiando de tema.

Suspiré con resignación. Ya tendríamos tiempo de hablar, cuando las palabras doliesen menos.

Pasamos la tarde de compras y, después, paseamos cogidos de la mano por el cauce del río Turia. Siempre he sido una persona muy observadora. Me gusta imaginar la vida de otras personas, sus sentimientos, la motivación que esconden algunas de sus acciones. Mientras contemplaba al resto de las parejas que pasaban junto a nosotros, me di cuenta de algo: ¿por qué el ser humano siempre complica las cosas que deberían ser sencillas? El amor no debería ser enrevesado, no debería doler, no debería sangrar; no se debería matar ni morir en su nombre, pero, aun así, ocurría cada día. La complejidad de las emociones que el ser humano es capaz de sentir nos expone a la debilidad, pero, incluso así, debemos continuar luchando por la vida. Yo sabía que mi amor por Óscar era fuerte y verdadero. No era fruto de un encaprichamiento ni un sentimiento pasajero. Sin embargo, tras todo lo ocurrido, una parte de mí sí creía que mi amor por él me había debilitado en cierto modo.

Nuestra relación había comenzado como un torbellino de emociones, sacándome de la monótona tristeza en la que me había sumido tras la muerte de Javier, mi gran amor. Óscar y yo habíamos conseguido formar un tándem perfectamente imperfecto, y me encantaba. No obstante, todo cambió tras mi secuestro. Enterarme de los secretos que Óscar me había estado ocultando me dejó fuera de combate. No podía ser injusta con él: sabía que lo había hecho porque pensó que de ese modo me protegía, pero yo no concebía una relación en la que esa clase de secretos tuvieran cabida. Era como si la confianza que tenía en él se hubiese resquebrajado. ¿Y si ya no éramos capaces de volver a ser los de antes? Ni siquiera estaba segura de quién era el culpable, puesto que era probable que aquel cambio en la relación estuviese motivado por mi comportamiento. No sabía cómo volver atrás. O a lo mejor ese era el problema: yo intentaba volver atrás, en lugar de mirar hacia delante e imaginar un futuro juntos.

—Dime en qué piensas. —La voz de Óscar me sacó de mis cavilaciones—. Te has quedado embobada mirando hacia el parque —añadió mientras su mano dejaba un reguero de caricias en mi brazo izquierdo.

Nos habíamos sentado en la hierba frente al parque Gulliver, bajo el cálido sol casi primaveral que nos había regalado aquel maravilloso día, y el cual ya estaba bajo. Los niños, y algunos no tan niños, correteaban por el cuerpo de aquel gigante que llevaba años instalado en el corazón de Valencia. Un símbolo de la infancia.

—En la complejidad de las cosas —solté sin más. Él me miró con sorpresa—. Mira a esos niños, ¿crees que piensan en los peligros de tirarse por esos toboganes empinados, o de trepar por esas cuerdas? No lo hacen; solo ven algo que quieren y se lanzan a por ello, sin miedos, dudas ni inseguridades. Son pura felicidad. Los envidio —me sinceré.

No sabía si Óscar entendería el hilo de mis pensamientos, pero en aquel instante no se me ocurría mejor forma de expresarlo.

—Todos tenemos miedo a algo —comenzó, y su mirada se perdió en las risas provenientes del parque—. Yo, por ejemplo, tengo miedo de no ser capaz de recuperarte. Estoy aterrado. —En ese momento

me di cuenta de lo mucho que él estaba sufriendo también con aquella situación.

—Me tienes. Estoy justo aquí. —Alargué mi brazo y entrelacé mis dedos con los suyos. Óscar soltó una carcajada vacía.

—¿Lo estás? Quiero decir, sé que estás aquí, pero ¿quieres estarlo? No me debes nada ni estás obligada a nada. Yo solo quiero que seas feliz, y si lo que necesitas para ser feliz es cambiar de rumbo, está bien. —Sus palabras estaban cargadas de dolor y sinceridad.

Ahí estaba, *mi* Óscar. Podía ser serio y, en ciertos momentos, hasta iracundo, pero tenía un corazón que no le cabía en el pecho. Y era todo mío.

—Tienes razón. Quiero ser feliz, me lo debo a mí misma, pero quiero serlo a tu lado.



Lucía aceptó el cambio de planes sin problema. Yo debía reconocer que me asustaba y emocionaba a partes iguales el hecho de conocerla al fin. La razón era sencilla: Lucía era la hermana de Óscar, su única familia, y él la adoraba. ¿Y si yo no le gustaba? ¿Y si me echaba en cara el sufrimiento por el que su hermano había tenido que atravesar? Me aterraba pensar en ello. Ni siquiera me había atrevido a preguntarle a Óscar si su hermana conocía los detalles de nuestra relación: que estábamos viviendo en casas separadas, la pedida de matrimonio, la ausencia de respuesta. Si estaba al tanto de todo, existía la posibilidad de que me odiase.

No es que me asustara la idea de volver a vivir con él. De hecho, cada vez que me paraba a pensar en ello, me daba cuenta de que me apetecía, pero ¿y si Óscar interpretaba esa decisión como el paso previo al matrimonio? Yo no creía estar preparada para ello, me

acobardaba con tan solo pensarlo. La doctora Soria, mi psicóloga, tenía una teoría al respecto, y, a pesar de que era muy probable que estuviese en lo cierto, yo me negaba a aceptar que ese fuese el motivo que me impedía tomar una resolución.

Con todos esos confusos sentimientos bullendo en mi mente, decidí salir a pasear con Piccolo. Todavía no había girado en la esquina de mi calle cuando el teléfono comenzó a sonar.

—¡Ey, bombón! ¿Cómo estás? No creas que no me he dado cuenta del bajón que te dio en la comida.

La alegre voz de mi amigo inundó mis oídos y me reconfortó el corazón.

—¡Hola, Lucas! Estoy dando un paseo con Piccolo para despejarme un poco.

—¿Por qué te haces esto? Te estás boicoteando —me regañó.

—Lo sé, y eso es lo que más me molesta. Es como si estuviera dentro de un huracán y no tuviera nada a lo que sujetarme. —Sabía que él entendería mis palabras.

—Créeme, sé de lo que hablas, pero debes intentarlo. Es cierto que Óscar es una de las personas más pacientes a las que he conocido, pero todo tiene un límite. No hace falta ser un genio para reparar en lo mal que lo está pasando.

Mi amigo sabía más de lo que dejaba entrever, pero yo no iba a insistir. Óscar había encontrado en él un gran apoyo, y no quería poner a Lucas entre la espada y la pared.

—Entonces, ¿qué debo hacer? ¿Aceptar su propuesta sin estar segura? —solté, enfadada, más conmigo misma que con él.

—Por supuesto que no. A ver, voy a ponerte a prueba. Voy a hacerte una pregunta y tienes que responderme lo primero que te venga a la cabeza, lo más rápido que puedas. Sin pensar, ¿me sigues? —propuso.

De fondo se escuchaba la voz de Matías pidiéndole que entrara con él a la ducha, y una sonrisa se dibujó en mi cara. Envidia. Sana, pero envidia al fin y al cabo.

—Dispara.

—Visualízate dentro de cuarenta años sentada en una mecedora frente al fuego de una cálida chimenea. ¿Estás sola? —preguntó con

un matiz de diversión.

—No —respondí sin titubear.

—De acuerdo. ¿Le ves la cara o es un desconocido? ¡Rápido! —instó Lucas, casi a gritos.

—¡Lo veo! —me apresuré a responder, sobresaltada. Incluso Piccolo dejó de olfatear la calle para mirarme con curiosidad.

Yo sabía lo que cruzaba por la mente de Lucas en esos momentos: Javier. Él había sido mi pareja durante muchos años, hasta que un criminal entró en nuestra casa y me lo arrebató. Un robo que salió mal.

—¿Quién es? —Permanecí en silencio unos segundos—. ¿Es Javi? —añadió.

Eso significaría que yo todavía no había superado su trágica muerte.

—No, ya no. Es Óscar. No hay nadie más —admití, abatida—. Cuando imagino mi futuro, siempre pienso en Javi, pero no de esa forma, sino más bien como una especie de ángel de la guarda —aclaré.

—Pues, contigo tiene mucho trabajo.

La naturalidad con la que Lucas pronunció esas palabras provocó que ambos estallásemos en carcajadas. Además, yo estaba segura de que a Javi también le habría hecho gracia. Recordarlo me hizo sonreír con nostalgia, pero, al menos, ya no eran lágrimas, sino sonrisas, lo que asomaba en mi rostro al pensar en él, lo cual indicaba que iba por buen camino.

—No, en serio: si lo tienes tan claro, toma decisiones. No digo que te cases mañana, pero hay otras muchas cosas que puedes hacer para demostrarle que lo quieres y que quieres compartir tu vida con él —me animó Lucas.

Continué caminando por la urbanización en la que residía desde que me habían destinado a aquel lugar. Se respiraba una dulce calma que invitaba a continuar recorriendo sus calles. Subí hasta la ermita, donde me quedé un rato disfrutando de las maravillosas vistas que ofrecía aquel paraje, mientras Piccolo correteaba de un lado a otro, olfateando cada rastro que encontraba a su paso. Y fue allí, en la paz que me transmitía aquel rincón, donde decidí que daría

un pequeño paso, aunque significativo para nosotros. Até de nuevo a Piccolo con su correa y me dispuse a bajar al pueblo, con aquella firme idea ardiendo en mi pecho. Nada de excusas. Nada de arrepentimientos.



# CAPÍTULO 4

## *Ruth*

«Las cicatrices tienen el extraño poder de recordarnos que nuestro pasado es real. Los sucesos que las causan no se pueden olvidar nunca».

Cormac McCarthy

—¡Ruth! ¿Ha pasado algo? —preguntó Óscar cuando me vio parada frente a su puerta.

En mi cabeza, el plan había resultado mucho más sencillo, pero ya había llegado hasta allí y no pensaba recular.

—No, no te preocupes, estoy bien. Es solo que estaba dando una vuelta con Piccolo y me ha apetecido venir a verte —reconocí.

Piccolo comenzó a agitar la cola de un lado a otro con alegría al reconocer el olor de Óscar, quien se apresuró a acariciarlo.

—No te quedes ahí parada, pasa. —Se apartó a un lado para dejarme hueco.

—A lo mejor debí llamar primero. ¿Tenías algún plan? —pregunté, aun sabiendo cuál sería su respuesta.

—No seas tonta, puedes venir cuando quieras. No necesitas invitación, esta es tu casa.

Los ojos de Óscar me escrutaban con curiosidad, estudiándome.

—Lo sé, y de eso quería hablarte. —El momento había llegado. Respiré hondo e intenté sincerarme—: Te echo de menos. Muchísimo. Despertar junto a ti cada día; nuestras charlas durante el desayuno; nuestras confesiones bajo la ducha. Pero, al mismo tiempo, tengo miedo de que todo se vuelva a torcer y ya no podamos enderezarlo. —Me detuve unos segundos a coger aire, incapaz de sostenerle la mirada—. Pero no quiero que pienses, ni por un segundo, que no te quiero o que lo que siento por ti se está debilitando, porque no es eso lo que me pasa. Te lo prometo —confesé, todavía con la espalda apoyada en la puerta.

Óscar me cogió de la mano y me llevó hacia el sofá. Nos sentamos de manera que nuestros rostros quedaron uno frente a otro. Sin posibilidad de escondernos. Sin escapatoria. La verdad no encontraría un resquicio para huir.

—¿Y qué es lo que te pasa? Solo pretendo ayudarte.

Sus ojos verdes imploraban una respuesta que yo desconocía.

—Es que no lo sé. —Levanté los hombros y los dejé caer de nuevo en señal de derrota—. Después de todo lo que pasó…, me siento diferente. Además, los cabos que todavía quedan sueltos me impiden cerrar del todo ese episodio de mi vida, olvidarlo.

Era la primera vez en mucho tiempo que hablaba con Óscar de ese tema, pero lo necesitaba. Ambos lo necesitábamos.

—¿Te refieres al hombre de la boina? —preguntó, adivinando el curso de mis pensamientos.

El hombre misterioso que llevaba años siguiéndome. Había tomado cientos de fotografías sobre cada aspecto de mi vida mientras me observaba oculto entre las sombras. Me mataba no saber la razón de su comportamiento, quién era ni qué quería de mí.

—Sí, y estoy asustada —confesé, incapaz de centrarme en su rostro. Agarré el cordón de sus pantalones y lo enrosqué en mi dedo índice.

—No permitiré que te haga daño, ¿me oyes? Esta vez no pienso separarme de ti.

Levanté la mirada para atisbar la verdad que había en sus ojos.

—No más secretos, engaños ni mentiras —susurré cerca de su oído.

—Te prometo que no volveré a fallarte —respondió justo antes de abrazarme con fuerza, como si temiese perderme.

—¿Podemos quedarnos a dormir contigo esta noche? Podríamos pedir comida china para cenar y ver alguna película de Marvel —propuse mientras deshacía el abrazo para observarlo. Apoyé mi frente en la suya y dejé que la sensación de hogar me invadiese.

—Sería perfecto. —Óscar respiró en profundidad un par de veces, como si acabara de soltar una pesada carga.

Dejó que su nariz recorriese mi mejilla. Mi piel reaccionó a ese contacto de manera instantánea. No importaba el tiempo que pasase, siempre sería él. Se acercó a mí con lentitud, dejando claras sus intenciones y dándome tiempo a frenarlo si ese era mi deseo. Me sujetó por la cintura para elevarme hasta quedar sentada sobre él. Me ardía la piel allí donde él me rozaba, un fuego que me consumía de placer y deseo.

—Ruth. —Óscar jadeó mi nombre antes de zambullirse en un apasionado beso que nos transportaba a otro lugar, a otro tiempo, uno en el que no existían los secretos ni el peligro. Un tiempo en el que solo éramos nosotros.

Me levantó sin apenas esfuerzo y me llevó en volandas hacia su habitación. Me dejó caer con suavidad sobre el colchón y me observó durante unos segundos. Todo en Óscar era de la misma manera: esa dualidad de ternura y fervor que me volvía loca. Se quedó de pie frente a la cama, contemplando cómo me revolvía yo a consecuencia del deseo, mientras él se tomaba su tiempo para quitarse la camiseta y los pantalones. Me mordí el labio con impaciencia, disfrutando de la escena, a la vez que intentaba desprenderme con torpeza de mi propia ropa. Todavía no podía darle

una respuesta a su petición de mano, pero de una cosa estaba segura: lo quería en mi vida.

—Óscar, ven aquí. —Intenté sonar autoritaria, pero de mi garganta solo escapó una súplica.

Su reacción fue inmediata. Se colocó de costado junto a mí y recorrió con sus dedos mi pecho desnudo, mientras mi respiración se aceleraba con cada caricia. De pronto, se detuvo y apoyó su frente en la mía una vez más.

—Dime qué necesitas que haga, por favor. —Una furtiva lágrima resbaló desde sus ojos hacia mi mejilla. Una lágrima compartida.

—Solo que estés a mi lado, sosteniendo mi mano —respondí, dando rienda suelta a mis propias lágrimas.

Óscar entrelazó sus dedos con los míos en un silencioso gesto que lo decía todo. Levantó nuestras manos por encima de nuestras cabezas y las apoyó sobre la almohada; con la otra, intentaba desprenderse de mi ropa interior. Cuando nuestros cuerpos fueron solo piel y fuego, me miró con intensidad. Besó la cicatriz de mi cara, esa que permanecería como recordatorio del dolor y la superación, y se introdujo en mí con facilidad, como si ese fuera el lugar natural que debía ocupar.

—Jamás te soltaré. No hasta que tú me lo pidas —acertó a decir, con la respiración agitada por el deseo.



—¿Tienes hambre? —Óscar se incorporó en la cama con el rostro relajado y una sonrisa de felicidad.

—Me comería un elefante —bromeé, contagiada de su buen humor.

Me gustaba ese Óscar, feliz y sereno, y me gustaba quién era yo a su lado.

—Deja la cena en mis manos.

Salió de la habitación tras ponerse la parte de abajo de un pijama. Me quedé durante algunos minutos allí tumbada, desnuda, envuelta en unas sábanas que olían a él, y lo vi claro: ¿qué era lo que estaba haciendo? Yo quería pasar mi día a día junto a Óscar, que el suyo fuera el último rostro que viera antes de acostarme y el primero al levantarme, como una de esas películas románticas que amenizaban las tardes de verano. «Hoy mismo le pediré que vivamos juntos de nuevo», pensé, convencida de la decisión. Me levanté de la cama más sonriente de lo que lo había estado en semanas y me dirigí al aseo.

Tras una reconfortante ducha, me puse, a modo de vestido, una camiseta de deporte de Óscar, y seguí el delicioso aroma que provenía del salón. La mesa estaba repleta de algunos de mis platos favoritos: lubina al horno, ensalada de queso de cabra y verduras a la plancha.

—¡Vaya! ¿Qué es todo esto? —pregunté, asombrada.

Una botella de vino tinto presidía la mesa junto a dos copas que habían sido colocadas con pulcritud.

—Me has dicho que estabas hambrienta, así que, vamos, siéntate y cenemos —me invitó Óscar—. Aunque debo reconocer que, con eso que llevas puesto, no sé si podremos acabar la cena o pasaremos directamente al postre —añadió en tono seductor.

—Ahora que lo dices… creo que yo también prefiero empezar por el postre.

Era como si hubiesen transcurrido siglos desde la última vez que habíamos sido nosotros y nada más. Sin investigaciones. Sin sospechosos. Sin peligro. Disfrutamos de una velada como las de antaño. Risas, besos, complicidad… Todo estaba saliendo a la perfección. El broche final fue un paseo nocturno con Piccolo bajo la luz de la luna y una película acurrucados en la cama hasta que caímos dormidos. Aquella noche, las pesadillas no se atrevieron a visitarme.

Me desperté un poco desubicada al no reconocer mi habitación; sin embargo, al darme cuenta de dónde me encontraba, sonreí de felicidad. Mi psicóloga estaría orgullosa de la decisión que había tomado. Llevaba meses advirtiéndome del peligro de nadar entre dos aguas. «En la próxima sesión, tendrá mucha información que analizar», pensé, riendo para mis adentros.

El olor a café que se filtraba por debajo de la puerta me hizo reaccionar y levantarme de la cama. Salí con sigilo del dormitorio. Quería espiar a Óscar sin que él se percatase de mi presencia. Leía el periódico en la mesa del comedor frente a una taza de humeante café, tan absorto en la lectura que no reparó en que me acercaba por su espalda. Dio un respingo cuando mis brazos rodearon su pecho, pero enseguida se relajó.

—¡Buenos días! —saludé, al tiempo que dejaba un reguero de besos en su cuello, incapaz de contenerme.

—¡Buenos días, cariño! ¿Has dormido bien? —Me colocó sobre sus rodillas y me abrazó por la cintura.

—Como un lirón —respondí—. Por cierto, debes de ser una de las pocas personas que todavía leen la prensa en papel. —Traté de burlarme de él, aunque en realidad era una de esas particularidades suyas que tanto me gustaban.

—¿Qué? ¡Pero si hay muchísima gente que todavía lo hace! —se defendió.

—Sí, personas de más de sesenta años —continué con la broma.

Resultaba demasiado divertido echarle en cara el hecho de que fuese mayor que yo, a pesar de que a mí no me importase en absoluto.

—¡Pero ¿cómo te atreves?!

Óscar inició una guerra de cosquillas que, estaba claro, yo no podía ganar. Durante el juego, una de las páginas del periódico cayó al suelo del comedor, dejando a la vista el titular principal en letras mayúsculas:

*Mireya García continúa desaparecida*
*No hay ninguna pista acerca de su paradero*

Me tensé antes de poder evitarlo.

—¿Estás bien? —La voz de Óscar sonaba de nuevo preocupada —. Ojalá pudiera decirte que la encontrarán sana y salva, pero ya sabes cómo son estas cosas —añadió, al comprender hacia dónde se dirigía mi mirada.

El sonido de mi teléfono móvil me libró de responder a su pregunta. Me apresuré a buscar en mi bolso. No reconocí el número desde el que me llamaban, pero de todos modos apreté la tecla de descolgar.

—¿Quién es?

—¿Es usted la agente Ruth Lago? La llamo de la Jefatura Superior de Policía de la Comunidad Valenciana.

—Sí, soy yo. —De forma inconsciente, bajé el volumen de mi voz.

—Necesitamos hablar con usted sobre un asunto de especial importancia —añadió el agente.

—¿De qué se trata?

La impaciencia empezaba a anidar en mi estómago, que se revolvía rebelde.

—Es acerca de la joven desaparecida. Hemos encontrado indicios que la vinculan con este caso y necesitamos que nos explique ciertos detalles, pero no puedo darle más información por teléfono.

Durante unos segundos, fui incapaz de responder. Óscar debió de captar mi rictus de preocupación, porque en menos de un segundo se ubicó junto a mí con rostro alerta.

—¿Vinculada? ¿Yo? Está bien, iré ahora mismo —respondí antes de colgar.

—Ruth, ¿qué pasa?

Guardé silencio unos segundos, en un intento de rebuscar en mi mente algún dato, alguna pista, algún hecho que pudiese haber pasado por alto, pero no encontré nada. Estaba segura de no conocer a la joven desaparecida.

—Ruth, por favor, dime algo —insistía Óscar, suplicante.

—No estoy segura. Me han llamado de la Jefatura Superior de la Policía Nacional. Tengo que ir a hablar con ellos —dije cuando al fin pude reaccionar.

—¿Tú? ¿Para qué? ¿Te han dicho de qué se trata? —preguntó Óscar con su semblante más serio.

—Al parecer, existe algún tipo de vinculación entre Mireya García y yo, pero no han querido facilitarme más información por teléfono —expliqué, sin intentar esconder mi desasosiego.

—¿Estás segura? ¿Qué tipo de conexión puede haber? Es imposible —masculló Óscar mientras se dirigía hacia el dormitorio con Piccolo correteando a su alrededor.

Yo permanecí inmóvil en medio del salón, con el teléfono móvil sujeto con fuerza entre mis manos, mirando al vacío, pensativa. Esa situación no me daba buena espina.

Óscar salió de su habitación vestido con unos vaqueros y un polo negro.

—Ruth, ¿estás bien? No te preocupes, aclararemos esto ahora mismo —intentó tranquilizarme, sin éxito—. Venga, vístete; te acompaño.



Ambos permanecimos inmersos en nuestros propios pensamientos durante el trayecto hasta la comisaría, que se emplazaba en el corazón de la ciudad. Yo sabía qué era lo que estaría ocupando los pensamientos de Óscar, por eso preferí guardar silencio. Su preocupación por mí no me ayudaría a calmar los nervios. Hacía apenas un año que había sobrevivido a un secuestro y todavía me estaba recuperando de las secuelas. Lo único que pedía era no tener que enfrentarme a más problemas, al menos durante un tiempo, aunque sabía a ciencia cierta que no sería posible. Uno no elige cuándo la vida decide joderte. Una vez más.

Tras dar varias vueltas a la manzana, conseguimos aparcar en una zona algo alejada de la comisaría, por lo que tuvimos que andar un buen trecho por las ajetreadas calles de Valencia, que, a aquellas horas de la mañana, bullían con el incesante tráfico de los coches y las prisas de los viandantes por llegar a tiempo a sus quehaceres diarios.

—Hablaré con el comisario encargado de la investigación para que me explique qué está pasando —dijo Óscar, por primera vez desde que salimos de Chiva.

—Óscar. —Me detuve para que me prestara toda su atención—. Déjame hablar a mí, ¿de acuerdo? Soy mayorcita para resolver lo que sea que esté ocurriendo. —No pude esconder mi malestar ante su comportamiento.

—Solo quiero ayudarte.

—Lo sé. —Exhalé una gran bocanada de aire, como si con él pudiese expulsar también mi zozobra—. Pero ya estoy lo suficiente nerviosa por mí misma. No puedo lidiar también con tu miedo. Deja que sea yo quien me explique, ¿de acuerdo? —añadí, un poco más calmada.

Óscar me miró durante unos segundos, en los que, estaba segura, intentaba decidir si hacerme caso o no, hasta que al final claudicó.

—Está bien, cariño.

Me agarró con firmeza de la mano y, juntos, realizamos el resto del trayecto hasta comisaría.

—Buenos días, soy Ruth Lago. Me han llamado ustedes por teléfono —expliqué a la joven agente de policía que estaba tras el mostrador de la entrada.

—La están esperando, señora Lago. Mi compañero la acompañará hasta allí —afirmó en tono robótico.

Comencé a seguir a un chico que parecía recién salido de la academia. Entonces, la voz de la joven resonó de nuevo tras mi espalda.

—¡Disculpe! Usted no puede pasar, caballero. Solo ella está autorizada —escuché que le decía a Óscar.

—Voy a entrar con ella —sentenció él—. Dígales a sus superiores que soy el teniente Castillo.

La joven se apresuró a marcar la extensión en el teléfono.

Yo ignoraba si Óscar tendría contactos también en la Jefatura Superior de Policía, aunque era muy probable que así fuese, ya que él se movía en unas esferas profesionales muy diferentes a las mías. Tras diez minutos de larga espera, al fin la mujer le dio permiso para acceder conmigo. Era palpable la tensión que el enfrentamiento había provocado en Óscar, quien no estaba acostumbrado a ese tipo de desavenencias.

Caminamos por el largo pasillo, dejando atrás el bullicio de las numerosas puertas, tras las que no paraban de sonar teléfonos y voces superpuestas. El joven policía se detuvo junto a una en cuyo letrero podía leerse, en letras azules: «Brigada Provincial de Policía Judicial».

—Hola, soy Ruth Lago. No estoy segura de con quién tengo que hablar —le anuncié a un hombre con una barriga que empezaba a despuntar, el cual se limpiaba las gafas con la tela de su desgastada camiseta, en uno de los escritorios más próximos a la entrada.

—¡Pase por aquí, por favor! —gritó otra voz desde uno de los despachos acristalados, situados al fondo de aquella gran estancia.

Óscar y yo nos dirigimos hacia allí en silencio. Caminábamos con paso firme y decidido, sentimientos muy alejados de la inseguridad que, al menos yo, experimentaba en esos momentos.

—Buenos días. Usted debe de ser la agente Lago —saludó un hombre de rostro circunspecto, incipiente calvicie y rostro en el que se reflejaba el transcurso de los años—. Soy el comisario Pablo Ferrer.

—Buenos días. Ruth Lago. ¿Podría explicarnos qué es lo que ha pasado? —Quería ir directa al grano y acabar con la incertidumbre.

—Disculpe mi descortesía. Usted debe de ser el teniente Castillo. Perdone la confusión en la entrada, pero es que no sabíamos que vendría a acompañar a la señora Lago —explicó el comisario.

—No se preocupe, no pasa nada.

Óscar estrechó con contundencia la mano que le extendía, dejando claro que no pensaba achantarse.

—Bien, siéntense, por favor. Al tema. Imagino que estarán al tanto de la desaparición de una joven en la ciudad —comenzó el comisario, tomando asiento tras la mesa de escritorio—. Se trata de Mireya García, vecina de Benimaclet, de veinticinco años. Desapareció hace ya tres días, mientras se encontraba con sus amigos en una conocida discoteca.

—Perdone que lo interrumpa, comisario, pero ¿qué tiene que ver eso conmigo? Yo no conozco de nada a esa chica.

—¿Está segura? Observe bien esta fotografía. A lo mejor ha coincidido con ella en algún lugar y no lo recuerda: en el gimnasio, en el trabajo, en un centro comercial… —Siguió nombrando posibles escenarios mientras yo estudiaba con atención la fotografía que me mostraba.

—Lo siento, pero no sé quién es. No digo que no haya coincidido con ella en algún lugar, pero, de ser así, no la recuerdo —respondí mientras me alejaba con rapidez de aquella dulce mirada que atravesaba la cámara y se clavaba en mis retinas.

—Comisario, ¿va a decirnos de una vez por qué está aquí Ruth? —intervino Óscar.

Le lancé una de mis miradas de reprobación, pero, o bien no se percató de ello, o bien, sencillamente, la ignoró.

—Hemos recibido una llamada del supuesto secuestrador. —El comisario movió el ratón de su ordenador y pulsó sobre uno de los iconos—. Escuchen con atención —ordenó.

«Si quieren encontrar con vida a la chica, deberán contactar con Ruth Lago. Ella debe participar en la investigación. Solo ella puede resolver el acertijo».

La distorsionada voz masculina retumbó entre las acristaladas paredes del despacho. Óscar y yo permanecimos en silencio durante varios minutos, intentando asimilar lo que acabábamos de oír.

—No entiendo nada. No sé qué tengo que ver con esto —dije, confusa.

—Esperábamos que usted nos confirmase una posible relación con Mireya para sacarnos de dudas, pero, si no es ese el caso,

estamos tan perdidos como al principio. No sabemos a qué puede referirse el secuestrador ni cuáles son sus intenciones al señalarla a usted de un modo tan directo —explicó el comisario.

—¿A qué se refiere con lo de un acertijo? —inquirió Óscar.

—Todavía no lo sabemos. Hasta el momento no hemos encontrado ninguno, más allá de las extrañas circunstancias en las que tuvo lugar la desaparición. —El comisario se pasó la mano derecha por la cabeza en señal de frustración—. El tiempo se nos agota y queríamos pedirle un favor —añadió, mirándome con fijeza.

—¿De qué se trata? —pregunté.

A mi lado, Óscar se puso rígido, como si presintiese lo que vendría a continuación.

—Queremos que colabore con nosotros en la investigación. Si lo que dice la voz de la grabación es cierto, quizá sea usted la única que pueda salvar a Mireya.

El tal Ferrer sabía lo que se hacía. Había utilizado de manera deliberada el nombre de pila de la joven para que, de ese modo, a mí me resultara más cercana y no una simple desconocida. También había distribuido sobre la mesa diversas fotografías en las que se mostraba a Mireya en diferentes situaciones y lugares.

—Es demasiado peligroso —apuntó Óscar—. Además, Ruth todavía no se ha recuperado del todo de las secuelas de…

Lo corté antes de que pudiese terminar la frase.

—Me lo pensaré, comisario. Le daré una respuesta lo antes posible —solté, y acto seguido, me levanté de la silla.

Antes de dirigirme a la puerta del despacho, eché un último vistazo a las fotografías que se encontraban esparcidas por el escritorio. Aquella chica bien podría ser yo: misma fisonomía, misma estatura, misma talla. Intenté alejar ese pensamiento antes de que hiciese mella en mi mente.

—Gracias, señora Lago. Espero pronto su llamada.

Intercambiamos otro fuerte apretón de manos antes de que abandonásemos el despacho en el más absoluto silencio.

Óscar no volvió a pronunciar ni una sola palabra en todo el trayecto hacia la salida, ni tampoco mientras caminábamos hacia el coche. Yo estaba demasiado preocupada dándole vueltas a la

surrealista situación que acababa de vivir como para preocuparme también de sus sentimientos. Conduje de vuelta al piso de Óscar y, aunque, una vez frente a su portal, detuve el vehículo, permanecí inmóvil en el interior.

—¿Vas a subir? —preguntó él al fin.

—Sí.

Me vendría bien aclarar las ideas charlando un rato con Óscar sobre lo que había pasado. Además, me apetecía perderme entre sus brazos para olvidarme de aquella extraña entrevista. Mientras subía los escalones, no pude dejar de dar vueltas al rostro de Mireya y a las circunstancias de su desaparición; lo desesperada que tendría que estar su familia. ¿Seguiría viva? ¿Estaría sufriendo? Yo había tenido la suerte de sobrevivir a un secuestro, pero no siempre ocurría lo mismo. Con todos esos enigmas rondando por mi mente, llegué a la puerta del piso sin darme apenas cuenta.

—Ruth, ¿cómo te sientes? —preguntó la voz grave y profunda de Óscar tras mi espalda.

Noté sus brazos rodeando mi cintura y su respiración en mi pelo.

—Confusa —admití—. La verdad es que no sé qué puedo tener yo que ver con esa investigación, ¿cómo puedo serles de ayuda? No sé ni por dónde empezar. —Dejé caer mi cabeza sobre su pecho.

—No te preocupes por eso; no tienes por qué aceptar. Yo me encargaré de todo para que no tengas que volver a hablar de ello —dijo a la vez que me besaba el cabello.

—¿Cómo? Pero si todavía no he tomado una decisión. No sé si debo colaborar en la investigación. ¿Podré vivir tranquila si no lo hago y Mireya aparece muerta? O, peor aún, ¿si no aparece nunca? Esas son decisiones que me corresponden solo a mí, Óscar. —Me giré para quedar frente a él. Temía lo que se avecinaba.

—Ruth, no puedes implicarte en esto. No después de que el presunto secuestrador te señale directamente. Sería una locura. Además, podría ser una trampa —afirmó con una falsa seguridad que no conseguía camuflar su miedo.

—Participaré si lo creo conveniente. Es *mi* decisión, no la tuya. —Puse especial énfasis al pronunciar aquellas palabras, ya que para mí era importante que él lo comprendiese.

—Creía que éramos una pareja. ¿No crees que debemos estar de acuerdo en una decisión tan importante? —atacó, perdiendo sus nervios de acero.

—Y lo somos, pero soy mayorcita para decidir en qué casos quiero o no quiero participar. No puedes prohibirme nada —respondí, furiosa.

Un portazo. De nuevo la distancia entre nosotros. Permanecí de pie en medio del salón, preguntándome qué pintaba yo allí, en ese lugar, en ese piso. Hacía apenas unas horas, había resuelto volver a vivir con Óscar, pero, tras el comportamiento que este acababa de mostrar, ya no lo tenía tan claro. Percibía los escasos metros que nos separaban como una distancia insalvable.

Cogí la sudadera y la mochila que descansaban sobre el sofá, le puse la correa a Piccolo, que me miró sin comprender lo que ocurría, y abandoné el piso sin mirar atrás. Sin decir adiós.



# CAPÍTULO 5

## *Lucas*

«La confesión es siempre debilidad. El alma sepulcro guarda sus propios secretos y toma su propio castigo en silencio».

Dorothy Dix

—¡Ya estoy en casa! —gritó Matías al entrar en el pequeño piso que ambos compartían.

Lucas escuchó cómo sus llaves tintineaban al dejarlas en el cesto y sonrió de felicidad.

—¡Estoy en el dormitorio! —respondió con su familiar tono afable —. ¿Qué tal ha ido el día? —preguntó justo antes de darle un beso de bienvenida.

—Pues, en el trabajo estamos algo estancados con la investigación y, al salir, me he pasado un rato por el gimnasio para

intentar despejarme. ¿Qué tal ha ido el tuyo? —se interesó Matías.

—Lo de siempre: he ido a comprar, he salido a correr un rato y ahora estaba organizando un poco el armario para hacerte más hueco —explicó.

A Lucas le encantaba la ropa, sobre todo, las camisetas, razón por la cual tenía el armario repleto de ellas. Cuando tomaron la gran decisión de que Matías se mudara a su piso para vivir juntos, Lucas tuvo que hacer limpieza de ropa vieja que ya no se ponía, pero, aun así, era consciente de que su chico no disponía de mucho espacio, aunque él nunca se hubiera quejado por ello.

—No tenías que haberte molestado. Me apaño con los cajones que me dejaste.

—Claro que sí. Quiero que estés lo más a gusto posible y que sientas que esta también es tu casa —repuso Lucas con naturalidad.

—Mi casa está donde tú estés. —Matías sujetó a Lucas por la cintura y lo envolvió entre sus brazos.

—Te ha quedado pasteloso incluso a ti —bromeó Lucas, visiblemente emocionado—. ¡Matías! ¡Estás sudado! —vociferó, apartándose.

—¿Cómo quieres que esté si acabo de salir del gimnasio? —Se acercó a él con paso lento, los brazos extendidos y una sonrisa socarrona en los labios.

Lucas huyó de la habitación. Parecían dos adolescentes, correteando por el piso, jugando y besándose, pero no les importaba en absoluto. Tampoco lo que pudiese pensar la gente. Hacía años que a Lucas habían dejado de herirlo los comentarios de otras personas. Sabía que las que de verdad importaban estarían ahí para él, siempre.

Sin embargo, era consciente de que para Matías la situación era diferente. Aunque resultaba palpable lo mucho que había mejorado desde el comienzo de su relación, él no era tan extrovertido como Lucas. Al contrario: era tímido y reservado, incluso con personas allegadas.

Tras quince minutos de juegos, en los que Lucas acabó compartiendo el sudor de Matías, ambos se dejaron caer en el suelo

del salón, exhaustos.

—¿Qué te apetece cenar? —preguntó Matías, jadeante—. No me apetece cocinar, y tampoco recoger todos los cacharros después. ¿Quieres que pidamos algo?

—Está bien, pero tú te encargas. Sorpréndeme —lo retó Lucas mientras se ponía de lado para contemplar a su chico.

Se quedaron un rato en silencio, observándose cada uno sumido en sus pensamientos. A Lucas aún le sorprendía la fuerza de los sentimientos que albergaba hacia su novio. Nunca se había sentido tan a gusto con nadie en su entorno más íntimo, en su día a día. Era cierto que tenían discusiones, como cualquier pareja, pero siempre conseguían solucionarlo.

Al cabo de una hora, la pareja ya se encontraba degustando una variedad de platos de comida mexicana. Lucas sabía que, pese a no ser de las preferidas de su novio, cedía porque a él le encantaba. Disfrutaron de un ambiente distendido y romántico, como casi siempre que estaban juntos. Lucas a menudo se preguntaba qué habría hecho en la vida para merecer que un hombre como Matías quisiera estar con él. Permanecieron durante algunos minutos sentados frente a la mesa en la que descansaban los restos de la cena: la salsa de guacamole, intacta, ya que a su novio no le gustaba; los botellines de cerveza. Miró más allá: los platos sucios en el fregadero; la mochila del gimnasio en el vestíbulo; una de las sobrias camisetas de Matías, que asomaba en el cesto de la ropa sucia, y supo que al fin había descubierto lo que era la felicidad de disfrutar de las pequeñas cosas, los detalles a los que el día a día suele restar importancia, cuando en realidad son los que cuentan a la hora de hacer balance en la vida. En ese instante, tuvo la certeza de que su novio era el artífice de esa felicidad.

—Voy a darme una ducha rápida. —Lucas se levantó para recoger los envases vacíos que quedaban sobre la mesa.

—Te acompaño. Todavía huelo a sudor.

—Voy preparando la ducha. No tardes —dijo Lucas, en un tono que Matías conocía bien.

Lucas canturreaba *Face it alone*, de Queen, mientras dejaba que el agua caliente resbalara por su espalda. Al ver aparecer a Matías, le hizo una sugerente señal con el dedo índice para invitarlo a entrar con él. Su novio, encantado, aceptó la oferta. Sin embargo, cuando estaba a punto de desabrocharse los pantalones, el sonido del teléfono móvil en su bolsillo lo apartó de sus lujuriosos pensamientos.

—¡Qué oportuno! —exclamó Lucas desde el interior de una nube de vapor.

Contempló a Matías mirar durante unos segundos la pantalla de su móvil, unos segundos en los que no pudo esconder el cambio en la expresión de su rostro.

—¿Pasa algo? —Lucas asomaba la cabeza por la mampara.

Las gotas de agua chorreaban de su pelo, haciéndole parece más joven, y caían sobre la alfombra del baño.

—Nada, absolutamente nada. ¿Por dónde iba? —dijo antes de reanudar la tarea de desvestirse. En menos de un minuto, ya se encontraba junto a Lucas bajo el agua caliente.



Ambos disfrutaban de una humeante taza de infusión nocturna en el balcón de su piso, rodeados por las estrellas que salpicaban el maravilloso cielo levantino y con la ermita iluminando la Loma del Castillo como telón de fondo. Fue Matías quien decidió romper el silencio:

—Lucas, soy muy feliz a tu lado, en esta vida que me has dejado compartir contigo.

—¡Cariño, yo también! —lo cortó él, asombrado por semejante ataque de romanticismo.

Matías no era de los que solían mostrar sus sentimientos, y su timidez tampoco lo ayudaba a hacerlo más fácil. Levantó su dedo índice y se lo puso sobre los labios, pidiéndole a su compañero que no lo interrumpiese, a lo que Lucas respondió con un leve asentimiento de cabeza.

—No es que haya sido infeliz antes de conocerte, pero esta maravillosa vida que compartimos me ha hecho reflexionar —Matías se detuvo a reunir valor para continuar—, y ahora sé que no quiero vivir alejado de ti.

Se levantó de la silla, sacó una pequeña caja que había escondido con celo en el bolsillo de su pijama e hincó la rodilla derecha en el suelo. Lucas lo observaba con los ojos muy abiertos, incapaz de articular palabra.

—Sería un honor si quisieras pasar el resto de tu vida conmigo. Amar juntos, sufrir juntos, luchar juntos, reír juntos; ya sabes, lo típico. —Matías abrió la cajita de terciopelo azul con manos temblorosas.

Lucas no podía dejar de contemplar el pequeño aro plateado que Matías sostenía entre las manos, como si fuera un objeto mágico sacado de una novela de fantasía; como si aquel anillo tuviera el poder de concederle la felicidad eterna.

—¿No vas a decir nada? —preguntó con voz trémula.

—¡Oh, mi amor! Por supuesto que quiero casarme contigo. —Lágrimas de felicidad se desbordaron de los ojos de Lucas, que se levantó de la silla y se arrodilló frente a Matías.

Le sujetó el rostro con ambas manos y se hundió en su mirada áurea. Observó su propio reflejo en aquellos ojos, la manera en que lo miraba, con tanto amor. Era tan feliz que no pudo evitar una punzada de culpabilidad. Lucas nunca había podido llegar tan lejos con Carlos. Nunca pudieron caminar juntos de la mano. No pudieron ir al cine o tener una cita como cualquier pareja. A Carlos lo asesinaron, robándoles cualquier futuro. Pero ahora Lucas tenía otra oportunidad de ser feliz junto a Matías y pensaba aprovecharla.

—¡Dios mío, estoy deseando contárselo a Ruth! —exclamó, ya en la intimidad de su dormitorio. No dejaba de observar su nuevo anillo.

—¿Crees que hacemos bien en contárselo en este momento? —comentó Matías con preocupación.

Lucas se giró sobre el colchón para quedar frente a él.

—Quiero compartir mi felicidad con Óscar y Ruth. Son nuestros amigos.

—Lo sé, lo sé, pero ten en cuenta que ella todavía no ha respondido a la petición de matrimonio de Óscar, y puede que él se sienta dolido, ¿no?

Esa era una de las cosas que Lucas más amaba de Matías: siempre pensaba en cómo podrían sentirse los demás y se preocupaba por cosas que el resto no consideraba importantes.

—No lo había pensado…

—Pero, si quieres, podemos anunciarlo en tu fiesta de cumpleaños. Puede que lo digieran mejor si hay más personas presentes —propuso Matías.

—Es posible. Lo diremos en la fiesta —sentenció Lucas, ilusionado—. Va a ser difícil superar el regalo de este año —añadió mientras fundía sus labios con los de Matías.



# CAPÍTULO 6

## *Ruth*

«Podemos perdonar fácilmente a un niño que le teme a la oscuridad; la verdadera tragedia de la vida es cuando los hombres le tienen miedo a la luz».

Platón

No tenía por costumbre desayunar mientras escuchaba las noticias. Prefería poner música o leer un buen libro, cualquier cosa que me subiese el ánimo, pero el secuestro de Mireya y mi reciente implicación habían trastocado mis hábitos. Además, todavía estaba muy dolida por la discusión con Óscar hacía un par de noches. ¿Por qué él no era capaz de entender mi necesidad de volver a tener una vida normal? Y, para ello, tenía que averiguar mi conexión con aquel

caso. ¿Por qué el secuestrador, si es que había sido él, me había señalado para que participase en la investigación?

Apenas había sido capaz de pegar ojo desde mi reunión con el comisario. No dejaba de darle vueltas a lo sucedido en los últimos meses. Mi mente trataba de decidir si debía rechazar la oferta de la policía para participar en el caso e intentar continuar con mi vida o si, por el contrario, aceptaba y ayudaba a encontrar a esa pobre chica. Sin embargo, en el fondo, sabía que mi corazón ya había escogido. Cogí el mando de la televisión y puse el canal de noticias justo a tiempo para escuchar el testimonio de la madre de Mireya. Tenía los ojos hinchados y rojos por el llanto, y hablaba con voz rota a la multitud de periodistas que se agolpaban frente a ella. Su aspecto denotaba tan solo una ínfima parte de todo el dolor que debía de estar sintiendo. Pensé entonces en mi madre y en cómo debió de haber sufrido durante mi secuestro. Una punzada de culpa y tristeza atravesó mi pecho.

«Solo quiero que vuelva a casa, por favor. Ella es una buena chica y su familia la echa muchísimo de menos. Seas quien seas, si la tienes retenida, por favor, apiádate de mí y devuélvemela sana y salva. Mireya, cariño, te queremos», decía la mujer entre sollozos.

Bajé el volumen de la televisión, incapaz de seguir escuchando por más tiempo aquellas dolorosas súplicas que me desgarraban el alma. No podía evitar pensar en mi propia experiencia, ¿estaría pasando Mireya por lo mismo? Ojalá fuera así. Eso significaría que, al menos, seguía con vida. En algún lugar. Todavía podía regresar junto a los suyos. Todavía había tiempo. Contemplé durante unos minutos la imagen de su madre: los oscuros surcos que se habían tatuado bajo sus apagados ojos verdes, su tez mustia, su falta de vitalidad. Era como si la vida se hubiese alejado de ella y solo quedase la sombra de lo que un día fue. Cogí el teléfono móvil y marqué el número de la comisaría.

Descolgaron al segundo tono.

—Policía Nacional de Valencia, dígame.

—Soy Ruth Lago. ¿Podría pasarme con el comisario Pablo Ferrer? —pregunté, decidida.

—Un momento —respondieron antes de ponerme en espera.

Al cabo de unos minutos, la música se apagó y una voz grave sonó al otro lado de la línea:

—Al habla el comisario.

—Soy Ruth Lago; estuve hace un par de días hablando con usted sobre el caso de Mireya García —dije, intentando transmitir seguridad. Cuando al fin reuní el valor, continué—: Acepto. Quiero ayudarlos a localizar a esa chica. No estoy segura de qué tengo que ver con todo esto, pero debo hacer algo.

—No sabe cuánto me alegro de escuchar esas palabras. Toda ayuda es bienvenida. ¿Cuándo podría venir?

—Pues, primero debo solicitar el alta voluntaria en el médico y, después, hablar con mi jefe para informarlo de todo. Ya sabe cómo funcionan estas cosas —expliqué.

—Por supuesto. De todas formas, ayer mismo mandé un correo a la Comandancia para informar de la petición de colaboración, así que imagino que su jefe ya estará al tanto —dijo el comisario.

—Perfecto. Entonces, voy a solucionarlo todo por aquí y, si es posible, mañana mismo me tienen allí.

—Dejaré su acreditación en el mostrador de la entrada para que no tenga problemas de acceso.

Tras colgar la llamada, me quedé un rato observando la pantalla del teléfono, consciente de lo que debía hacer a continuación. Sin embargo, también sabía que esa decisión me iba a acarrear una fuerte discusión con Óscar, y, aunque era lo último que me apetecía, busqué su nombre en la agenda y pulsé la tecla verde mientras soltaba un suspiro resignado. Óscar respondió cuando yo ya pensaba que no lo haría.

—Dime, Ruth. —Se notaba el esmero en mostrarse lo más seco posible.

—¿Has estado ensayando esa voz de lobo feroz? —bromeé, en un vano intento de quitarle hierro al asunto.

Fue un alivio escuchar una leve carcajada del otro lado de la línea.

—No sabía si responder a tu llamada. No me apetece discutir otra vez —dijo Óscar antes de soltar un sonoro suspiro.

Por lo menos, en eso estábamos de acuerdo.

—Yo tampoco quiero discutir. He tomado una decisión que me gustaría compartir con vosotros —dije al fin, haciendo acopio de todo mi valor.

—¿No sería mejor que estuviéramos nosotros solos antes de hablar con el resto? —preguntó Óscar de mal humor.

—No quiero tener que pasar dos veces por lo mismo. Prefiero hablarlo cuando estemos los cuatro; después de todo, no tenemos secretos, y, además, ellos han sido testigos de todo lo que nos ha ocurrido.

—Está bien —claudicó Óscar—. ¿Cuándo y dónde nos vemos?

—Yo estoy en casa. Pasaos cuando queráis.

—Voy a llamar a los chicos y vamos para allá. —Silencio—. Te quiero —añadió.

—Yo también te quiero —contesté antes de colgar.

Me quedé de pie en medio del salón, observando mi entorno. Debería estar feliz por tener en mi vida a un hombre que me amaba, unos amigos increíbles, el trabajo por el que tanto había luchado y, sobre todo, por estar viva, pero algo me impedía valorarlo. ¿Y si no era Óscar, ni la boda, ni el nuevo caso, ni mi pasado? ¿Y si el problema era yo? Quizá algo no andaba bien en mi interior. Había tratado ese tema más de una vez con la doctora Soria, pero ella siempre me respondía lo mismo: «Tienes algunas grietas en el alma, pero nada que no podamos solucionar», me respondía una y otra vez.

Decidí dar un paseo rápido con Piccolo y preparar café antes de que mis amigos llegasen. Estaba segura de que no se demorarían mucho tiempo, y menos aún si Óscar estaba de por medio. Era consciente de que él estaba sufriendo con toda esa situación, pero me sentía impotente al no saber qué hacer para aliviar su carga. Ni siquiera sabía cómo manejar la mía.

En menos de media hora, el timbre de mi casa ya sonaba con el repiqueteo que solía anunciar la llegada de Óscar. Piccolo se puso a ladrar de alegría y en mi rostro asomó una tímida sonrisa. ¿Y si me estaba equivocando? ¿Y si aceptar aquel caso me distanciaba aún más de Óscar? Agité la cabeza para disipar esos confusos

pensamientos, al menos por el momento, y me dirigí a abrir la puerta.

—¡Hola, chicos! ¡Qué rapidez! No hacía falta que vinieseis tan pronto, pero os lo agradezco —dije mientras le guiñaba un ojo a Matías de manera cómplice.

—¿Qué? Si no venimos esta misma mañana, tu novio habría venido a por nosotros con el hacha de guerra en alto —dijo Lucas justo antes de encaminarse al salón.

—Hola, cariño —saludó Óscar, y me regaló un cálido beso en los labios.

Me di cuenta de lo mucho que lo había echado de menos. Entrelacé mis dedos con los suyos y le brindé una sonrisa de paz.

—¿Huele a café? —preguntó Lucas desde el otro extremo del pasillo.

—¡Sí! Está en la cocina; servíos cuanto queráis —ofrecí.

Óscar y yo nos dirigimos al salón mientras nuestros amigos terminaban de preparar el café a su gusto.

—Ruth, lamento lo de la otra noche. No debería haberte hablado como lo hice; solo estaba enfadado. Desde que te recuperé, vivo con el miedo constante a que algo malo pueda ocurrirte, y nunca me había sentido así. No sé cómo manejarlo —dijo Óscar atropelladamente.

—Shhh, no pasa nada. Ya hablaremos de ello, ¿de acuerdo? Además, yo tampoco debería haberme marchado sin más —confesé, aceptando mi parte de culpa.

Cuando nuestras miradas se encontraron, fui consciente de cuánto amaba a ese hombre: el que se había enfrentado a enemigos a mi lado, el que había estado dispuesto a morir por salvarme, el que había permanecido junto a mí a pesar de todo. Noté la calidez de sus brazos rodeando mi cintura y me dejé llevar por los sentimientos que me transmitía el hecho de estar junto a él. El corazón le latía con fuerza y traspasaba nuestros respectivos pechos, como el tictac de un reloj. Sin embargo, el carraspeo de Lucas, indicando que ya no estábamos solos en el comedor, rompió la burbuja que habíamos construido.

—Siento ser aguafiestas, chicos —comentó este con su habitual buen humor.

—¿Tú? Nunca podrías serlo —bromeé. Me alejé de Óscar y me quedé de pie en el centro del salón. Las manos me sudaban y el corazón me latía deprisa—. He tomado una decisión con respecto a mi participación en la investigación del secuestro de Mireya García. Bueno, Lucas y Matías quizá no estéis al tanto…

—Lo sabemos —me cortó Lucas—. Ayer me llamó nuestro sargento para informarme de la petición de colaboración que había llegado al departamento, y Óscar nos ha contado el resto en el coche mientras veníamos de camino.

—Está bien, entonces voy directa al grano. —Recorrí varias veces el comedor mientras me frotaba las manos con nerviosismo—. He estado pensándolo y quiero aceptar el caso —solté sin atreverme a mirar a Óscar.

—¿Cómo? —preguntó. Su imponente y autoritaria figura se levantó del sofá.

—Ya me has oído. Quiero aceptar el caso. Esa chica todavía no ha aparecido y, si existe la más mínima posibilidad de que mi ayuda…

—¿No has pensado en cómo esa decisión podría afectarme a mí? ¿A nuestra relación? ¿O es que acaso ya no te importa? —atacaba Óscar, sin darme ni un segundo de tregua.

—Esto no se trata de ti o de cómo puedas sentirte. Se trata de algo que yo necesito hacer. Es una decisión que me compete solo a mí —respondí.

Nunca me había achantado frente a nadie y tampoco pensaba hacerlo entonces. Debía defender mi postura y las razones que me habían llevado a tomar esa decisión. Sin embargo, también era consciente de que por boca de Óscar hablaban el miedo y el dolor. Estaba convencida de que él, en mi situación, habría decidido lo mismo.

—Chicos, ¿por qué no hablamos de esto con calma? —Lucas intentó apaciguar los ánimos.

Óscar permaneció de pie, pasándose la mano por el cabello, que estaba más largo de lo que era habitual en él. Ese gesto me

resultaba tan familiar como respirar.

—Óscar, mírame —dije mientras me acercaba a él—. Sé lo mucho que te preocupas por mí y sé que temes que pueda sucederme algo malo, pero no puedes encerrarme en una jaula de cristal para protegerme de todo.

Óscar esquivaba deliberadamente mi mirada y, por un momento, eso me asustó. Las palabras que yo acababa de pronunciar eran ciertas, pero también lo era que no quería perderlo.

—No puedo hablar de esto ahora. No quiero hacerlo —replicó antes de salir dando un portazo, sin ni siquiera dedicarme una fugaz mirada.

—Bombón, ven aquí —dijo Lucas, y me acunó entre sus brazos.

Dejé que mis emociones tomaran el control de mi cuerpo y convulsioné a consecuencia de las lágrimas. Matías permanecía junto a mí, su mano en mi hombro en un gesto de apoyo.

—¿Estás segura? —preguntó Lucas tras unos minutos de inconsolable llanto.

—Sí, lo estoy. Sabes que no puedo negarme, y también sabes que él habría hecho lo mismo; cualquiera de nosotros —respondí convencida—. También sé que lo quiero muchísimo. Pero debo solucionar esto. Además, ¿por qué yo? ¿Y si está relacionado con mi secuestro? No sé, quizá todo sea simple coincidencia —expuse.

—Yo estoy de acuerdo con Ruth. Creo que este caso debe de tener algún nexo con lo que le ocurrió, o, al menos, puede que coincidan algunas de las personas implicadas —terció Matías—, lo cual me lleva a lo siguiente: razón de más para que Óscar esté preocupado —concluyó, fijando sus iris dorados en los míos.

—Está bien, pongamos que estáis en lo cierto y que ambos casos se hallan relacionados de alguna manera, ¿no crees que eso le da la razón a Óscar? Es normal que se inquiete. —Pese a todo, Lucas no retiró su brazo de mis hombros.

—¿Y qué quieres que haga? —pregunté, exasperada.

—Tenemos que hacerle entender que necesitas resolver este caso, cerrar la puerta de tu pasado para seguir tu camino.

—Intentaremos hablar con él, Ruth —dijo Matías con una cálida sonrisa en el rostro.

Lucas y Matías se quedaron conmigo a comer, supongo que para impedir que me derrumbase. Durante horas, sopesamos cómo abordar el espinoso tema frente a Óscar, ya que él se caracterizaba por su terquedad.

—Quizá si él también colaborase se quedaría más tranquilo —propuso Matías.

—No —me apresuré a responder. Mis amigos me miraron con los ojos muy abiertos, asombrados por mi reacción—. Debo hacer esto sin él. Sola. Pero necesito que me apoye, saber que estará ahí cuando lo necesite.

—Bueno, puede que yo tenga la solución —sugirió Lucas—. ¿Qué te parecería si yo te ayudase en la investigación? Creo que él estaría más tranquilo sabiendo que conserva algo de control sobre el caso, aunque sea a través de mí.

Podía dar resultado. En realidad, estaba segura de que Óscar aceptaría (no sin reticencias) la idea, lo cual ya era un paso importante. La intervención de Lucas le facilitaría un mínimo de control sobre nuevas pistas y posibles sospechosos. Además, aunque no quería reconocerlo en voz alta, yo también me sentiría más reconfortada sabiendo que mi amigo estaría conmigo en el caso.



# CAPÍTULO 7

## *Ruth*

«Ganas fuerza, coraje y confianza por cada experiencia en la que realmente dejas de mirar al miedo a la cara. Te puedes decir a ti mismo: he sobrevivido a este horror y podré enfrentarme a cualquier cosa que venga. Debes hacer lo que te crees incapaz de hacer».

Eleanor Roosevelt

No pude evitar sentirme nerviosa mientras atravesaba el bullicioso tráfico que siempre reinaba en Valencia a aquellas horas de la mañana. La ciudad rebosaba de vida: transeúntes apresurados por llegar a tiempo al trabajo, conductores de autobús de camino a su próxima parada, taxistas ávidos de clientes. Todo el mundo parecía poder continuar con sus vidas, con la rutina del día a día, excepto yo, que me sentía incapaz de desprenderme de la congoja que me

apretaba el estómago. Lo único que quería era volver a sentirme yo misma. Volver a respirar.

Aparqué el coche en la plaza que me habían asignado y me dirigí al mostrador a recoger la acreditación. Me sorprendieron las similitudes que guardaba el ambiente con el de la Guardia Civil. Al fin y al cabo, todos teníamos un objetivo común: luchar contra los malos.

—Buenos días, señora Lago —saludó el comisario, alargando su mano en mi dirección.

—Lamento el retraso. El tráfico estaba horrible —me disculpé.

—Como siempre. Es nuestro pan de cada día. Vamos, le presentaré al resto del equipo. A partir de ahora, serán sus compañeros.

Se dirigió a un despacho que se encontraba al final del departamento.

—Hablando de compañeros, me gustaría comentarle una cosa —comencé, sin mucha convicción—. Quería saber si mi compañero Lucas podría participar en la investigación. Es uno de nuestros mejores hombres, y estoy segura de que nos sería de gran ayuda —solté al fin.

La intensa mirada del comisario se clavó en mis retinas. Podía sentir cómo me evaluaba.

—Veré lo que puedo hacer, aunque ya le digo que no depende de mí, sino de sus jefes —respondió antes de reemprender la marcha.

No me había parado a pensar en lo difícil que resultaría que nuestro sargento accediese a que dos de sus hombres se ausentaran al mismo tiempo. Perjudicaría el servicio. Exhalé un suspiro de resignación antes de entrar en la sala en la que conocería a los que, a partir de ese día, se convertirían en mis nuevos compañeros, al menos, de manera temporal.

—Veamos, chicos, os presento a la guardia civil Ruth Lago. Pertenece al equipo de Policía Judicial de la Guardia Civil de Valencia. Ella nos ayudará en la investigación en torno a Mireya García —dijo sin más preámbulos—. Roberto, tú serás su binomio. Quiero que le enseñéis lo que tenemos hasta el momento, a ver si a

ella se le ocurre algo que se nos haya pasado por alto —añadió antes de marcharse.

Me quedé algunos segundos de pie frente a la puerta, sin saber muy bien cómo debía proceder. Los ojos curiosos de cinco personas me observaban con atención, como si yo acabase de aterrizar desde otro planeta.

Uno de los policías se acercó a mí con una sonrisa en el rostro.

—¡Eres toda una leyenda! ¿Lo sabías?

—¿De verdad? No, la verdad es que no lo sabía. Últimamente ando algo desconectada del mundo.

—Yo soy Roberto y, al parecer, vamos a ser inseparables. Patrullaremos las calles juntos, nena —dijo mientras deslizaba el pulgar por su labio inferior.

Se me escapó una sonrisa. Sin duda, ya había conocido al gracioso del grupo.

—Te compadezco —dijo otro de los presentes, desviando la mirada hacia Roberto—. Yo me llamo Adrián, y estos son: Miguel, Carolina y Joan.

—Encantada de conoceros, chicos —saludé—. Bueno, ¿qué tenéis sobre Mireya? ¿Alguna pista sobre a dónde se la pudieron haber llevado?

Estaba ansiosa por comenzar a trabajar. No quería perder ni un solo segundo. El reloj corría en nuestra contra, y si había alguna posibilidad de que aquella chica siguiese con vida, debíamos dar con ella.

—Así me gusta, compi, directa al grano —dijo Roberto.

Adrián activó un pequeño mando que tenía en su mano derecha, y una pantalla situada en la pared se iluminó, dejando a la vista fotografías, nombres, fechas y lugares.

—Lo que veas aquí es completamente confidencial —se apresuró a advertirme.

—Ya lo sabe, bocazas —le dijo Roberto antes de que yo pudiese responder.

—Está bien. Sabemos que Mireya García salió de fiesta con sus amigos el veintisiete de febrero para celebrar su cumpleaños en

Paradise, una conocida discoteca de la ciudad. También sabemos que nunca llegó a su casa —comenzó a explicar el policía.

Mis flamantes compañeros me trasladaron algunos de los testimonios de sus amigos: Mireya se había sentido un tanto indispuesta y había decidido regresar a casa. A pesar de que su mejor amiga insistió en acompañarla, ella le aseguró que cogería un taxi. Todos coincidían en que Mireya era una chica responsable, así que nadie tuvo motivos para dudar de su palabra.

—Hemos interrogado a todos los taxistas de la ciudad que trabajaron aquella noche por la zona, y nadie recuerda haberla subido a su vehículo —añadió Joan. Era muy delgado, de piel morena y tenía el pelo rapado.

—¿Pudo haber viajado en metro o en autobús? —pregunté, insegura.

Hacía tanto tiempo que estaba fuera de combate que me sentía como un pez fuera del agua.

—No a esas horas —dijo con resignación.

Me detuve unos segundos a observar la fotografía de la joven en el tablón de la pared. Era cierto que parecía una buena chica, ¿qué pudo haberla hecho cambiar de idea?

—¿Habéis accedido a sus mensajes? Quizá haya algo que pueda sernos de ayuda —propuse.

—Sí, aquí los tienes, pero ya te digo que no hay nada. —Carolina, la otra mujer del equipo, me lanzó un taco de folios.

—También hemos hablado con su exnovio y con algunos de sus pretendientes, por si fuera un caso de violencia de género, pero todos tienen una coartada sólida. —Miguel habló por primera vez.

Todo el equipo parecía sumido en una profunda desesperación, y se notaba en el ambiente. Era una batalla contra el tiempo e íbamos perdiendo.

—Está bien. —Me recogí mi rizada melena en una coleta alta—. ¿Podéis ponerme de nuevo la grabación del supuesto secuestrador?

Adrián tecleó en el ordenador y, al cabo de unos segundos, la voz distorsionada resonó en la estancia:

«Si quieren encontrar con vida a la chica, deberán contactar con Ruth Lago. Ella debe participar en la investigación. Solo ella puede

resolver el acertijo».

—Imagino que habéis rastreado la llamada y que no ha dado ningún resultado válido, ¿me equivoco?

—No, no lo haces. Tampoco sabemos a qué se refiere con lo del acertijo, porque no ha vuelto a ponerse en contacto con nosotros, ni tampoco con la familia de la chica —expuso Roberto.

—Puede que se refiera al hecho mismo del secuestro. puede que para él sea tan solo un juego —comenté. Mi mente comenzaba a ponerse en marcha.

Pasé varias horas estudiando el expediente, empapándome de los datos, las fechas y los nombres. Necesitaba controlar toda la información de la que disponíamos si quería ser de ayuda. De otro modo, tan solo sería un lastre.

—Está bien. —Me di cuenta de que había una vía que los investigadores todavía no habían explorado—. Habéis hablado con el personal de la discoteca y también con muchos de los testigos de aquella noche, pero quizá podamos ver a través de ellos. Podríamos ver lo mismo que ellos vieron —dije mientras recorría la estancia de un lado a otro.

—¿A qué te refieres? —Carolina me miró con desconfianza.

—Hablo de las redes sociales. Los jóvenes suben vídeos y fotografías constantemente, viven a través de sus móviles. Debemos buscar las etiquetas que contengan el nombre de la discoteca, con fecha del veintisiete de febrero. ¿Tenéis anotados los nombres de los que estuvieron allí? —pregunté, algo más motivada que cuando había llegado.

El resto del equipo pareció contagiarse y, al cabo de unos segundos, el ambiente se había liberado de la negatividad que lo apresaba.

—Sí, yo me encargo. Les pediré que vengan lo antes posible para que podamos revisar sus terminales móviles —dijo Joan justo antes de salir del despacho a toda prisa.

—Yo me pondré al habla con el dueño de la discoteca, para ver si ellos guardan también material audiovisual para sus redes sociales —dijo Adrián.

—Recordad que los *stories* se borran transcurridas veinticuatro horas, pero existe la opción de conservarlos como historias destacadas. Revisad también ahí —solté, al aire.

—Yo me ocupo —dijo Miguel.

—Vaya, nena, parece que tú y yo nos hemos quedado solos —comentó Roberto, quien levantó las cejas y se aproximó a mí con descaro—. ¿Qué tienes en mente?

—Vamos a esa discoteca. Quiero ver dónde estuvo Mireya esa noche. —Cogí mi bolso y me dirigí a la salida.

Roberto trotó hasta alcanzarme.

—Bueno, no era lo que yo había pensado, pero me sirve.

—¿Puedes dejar de ser tan irritante? Vamos a pasar mucho tiempo juntos y no quiero tener ganas de dispararte cada cinco segundos. —Aquella era una broma a medias, pero esperaba que Roberto captase la indirecta. No me apetecía pasar la jornada entera con una persona que conseguía sacarme de mis casillas, no mientras debía concentrarme en un caso tan complicado.

Llegamos a la puerta de la discoteca, que se encontraba en el corazón de la ciudad, en una de las bocacalles de la Gran Vía del Marqués del Turia. Era una de las zonas más concurridas de Valencia, por lo que al secuestrador le habría sido muy difícil actuar sin ser visto; sin embargo, el dulce rostro de Mireya llenaba los informativos y nadie parecía saber nada sobre su paradero. Era como si se la hubiese tragado la tierra. Pero yo sabía que eso no era posible. Nadie desaparece sin más; solo debíamos dar con algún rastro, el que fuera, que nos llevase hasta la siguiente pista.

Caminé por los alrededores de la discoteca, con Roberto pisándome los talones. Ubiqué varias cámaras de seguridad que podrían sernos de ayuda, pero nada más.

—Sé lo que me vas a decir; ya las hemos solicitado. Estamos esperando a que nos lleguen las imágenes. Ya sabes, las cosas de palacio van despacio —dijo Roberto al adivinar mis pensamientos.

—Lo sé. ¿Cuándo entenderán que la burocracia puede poner en riesgo la vida de las personas? —bufé, exasperada.

Hacía años que había dejado de ver las famosas series de televisión en las que los investigadores gozaban de acceso rápido y directo a toda clase de pruebas. Solo tenían que realizar una llamada y *voilà*. La realidad era muy distinta. A menudo, los agentes lidiábamos con un asfixiante papeleo que retrasaba las investigaciones. Esto les proporcionaba a los malos el tiempo suficiente para escapar o borrar sus huellas, pero ese tipo de detalles no preocupaban a los encargados de hacer las leyes, solo a quienes las sufrían, ya fueran víctimas o cuerpos de seguridad.

—¿En qué estás pensando? Te has quedado muy callada. —Roberto me sacó de mi mundo.

—Pensaba que por esta zona es muy fácil conseguir un taxi. Mireya solo tuvo que caminar unos metros para disponer de todos los que quisiera… Algo la distrajo —deduje.

Observé a mi alrededor, tratando de imaginar los pasos de Mireya. «¿Qué te pasó?», me pregunté.

—O alguien —musitó Roberto a mi lado.



Cuando cerré la puerta del coche y me instalé frente al volante, me permití el lujo de detener mi mundo durante unos minutos: cerré los ojos, apoyé la cabeza en el respaldo y traté de dejar mi mente en blanco. «Inspirar. Espirar», me repetí. Había sido un día muy intenso, pero, a pesar de no haber avanzado en la investigación, sí había logrado algo: conectar conmigo misma. Había logrado sentirme de nuevo una persona normal. Había olvidado mi secuestro, las traiciones y las cicatrices. Había conseguido ser tan solo Ruth. Cuando abrí los ojos y vi aquel rostro en la ventanilla, no pude evitar soltar un grito y llevar una mano al pecho.

—Pero ¿qué haces? ¿Acaso quieres matarme de un susto?

—Lo siento, nena, solo quería desearte buenas noches. No me defraudes y sueña conmigo —dijo Roberto antes de desaparecer en su moto.

Me quedé con la boca abierta y el ceño fruncido. No sabía qué pensar de mi compañero. Estaba claro que era el típico seductor que pensaba que todas las mujeres a su alrededor caerían rendidas a sus pies, y eso me incomodaba. Sin embargo, debía aprender a trabajar con él y dejarle claros los límites en nuestra relación profesional.

Mientras conducía de camino a Chiva, reflexioné acerca del motivo que podría haber llevado al secuestrador a involucrarme en la investigación. Mi caso había salido en todos los medios nacionales y en algunos internacionales, por lo que no me extrañaba tanto el hecho de que me conociese como que quisiera que precisamente yo participase en el caso de Mireya. Cabía la posibilidad de que solo pretendiera desestabilizarme. Después de todo, ni siquiera estábamos seguros de que el mensaje lo hubiese dejado el secuestrador de Mireya; podría tratarse de cualquier otra persona. Podría ser, incluso, el hombre de la boina, esa sospechosa figura que llevaba años siguiéndome. Tras mi secuestro, no pude evitar pensar que él debía de estar implicado de algún modo. Era la única explicación lógica a por qué se había pasado años vigilando mis pasos.

Al principio, cuando me percaté de que una sombra me acechaba, no le di importancia; más tarde, pensé que me estaba volviendo loca. Sin embargo, durante el tiempo que permanecí secuestrada, Lucas y Óscar encontraron la guarida del hombre de la boina. Tenía una habitación repleta de fotografías, y yo era la protagonista de todas ellas. Cabían varias opciones: o bien trabajaba con mis secuestradores o bien estaba obsesionado conmigo, o ambas. Ninguna me hacía la menor gracia. Al igual que tampoco el hecho de desconocer su identidad y las razones de su comportamiento. Nunca logramos dar con él. Era un misterio que todavía no habíamos conseguido resolver y, en parte, el causante de que mis pesadillas no quisieran abandonarme.

A veces, cuando caminaba por la calle o me asomaba por una de las ventanas de mi casa, todavía me parecía vislumbrar una figura oscura con una boina negra, observándome, que desaparecía en el siguiente pestañeo. No lo había comentado con nadie, ni siquiera con Óscar. ¿Y si pensaba que me había vuelto loca? La doctora Soria insistía en que lo único que necesitaba era cerrar esa puerta, pero resultaba difícil. No sabíamos quién era, qué lo impulsaba a vigilarme ni qué quería de mí, y no saberlo me robaba el sueño y provocaba un desasosiego en mi interior. Era como un cosquilleo del cual no podía desprenderme.

Ordené al manos libres de mi coche que llamara a Óscar. A pesar de todo lo ocurrido, tenía ganas de verlo, de charlar con él sobre mis nuevos compañeros, sobre cómo me había ido el día. Tan solo una cena agradable. Por supuesto, él aceptó encantado, así que conduje rumbo a su piso. Toqué varias veces el timbre, hasta que Óscar, enfundado en un delantal y con unos guantes de horno, me abrió la puerta.

—¿Sabes que puedes utilizar la llave que te di? No hace falta que llames cada vez que vienes a mi casa —dijo antes de darme un beso de bienvenida.

—Lo sé, lo sé. Tendré que acostumbrarme —respondí, y dejé mis cosas en la mesa de la entrada—. Huele de maravilla, ¿qué estás cocinando?

Me aproximé allí, atraída por el apetitoso olor que despedía el horno. No había probado bocado en toda la tarde y estaba hambrienta.

—Lubina a la espalda. ¿Tienes hambre? —preguntó Óscar de buen humor.

—No era consciente de que lo tenía hasta que no he llegado.

Me derrumbé en el sofá. Liberé mi pelo del coletero y dejé que cayese libre por mi espalda. Había comenzado a dolerme la cabeza. Óscar se acercó a mí con un brillo en sus ojos esmeralda y comencé a sentirme mejor. Me mordí el labio con anticipación. Él apoyó sus brazos en el respaldo del sofá, a ambos lados de mi cabeza, y acercó su boca a la mía. Nuestros labios no se rozaron, pero no hizo falta para que me excitara. Aproximó sus labios a mi cuello y depositó un

reguero de besos hasta mi hombro. Un débil gemido escapó de mi garganta; ni siquiera recordaba el hambre que me había azotado hacía tan solo unos instantes. En ese momento, solo me apetecía él.

—Sí que estás hambrienta —susurró en mi oído.

En respuesta, ataqué su boca con furia. Lo sujeté por el pelo para obligarlo a acercarse más a mí. No quería espacio entre ambos. El pitido del horno provocó que diéramos un respingo en el sofá.

—Salvada por la campana —dijo. Se levantó y me dejó con esa sensación de vacío en el vientre.

Lo observé alejarse, y un suspiro afloró de mis labios. Debía poner mis ideas en orden, o, más bien, mi vida. Era un hecho irrefutable que estaba enamorada de ese hombre, entonces, ¿por qué todavía no había respondido a su pedida de mano? Confiaba en él, a pesar de todo lo sucedido entre nosotros; sin embargo, había algo, un muro invisible que yo misma había construido y que no conseguía derribar. Observé a Óscar servir la cena en los platos con sumo cuidado, sacar la botella de vino, encender unas velas sobre la mesa… Y, de pronto, yo me encontraba en otro lugar. En otro tiempo.

*—Javi, ¿cómo es que te ha dado por cocinar?*

*—El tono de sorpresa en tu voz me ofende, pequeña —respondió él con su chulería innata.*

*—¿Qué? ¡Pero si tú nunca cocinas! —repliqué con una sonrisa en los labios.*

*—Pero hoy es una ocasión especial. —Me sujetó por la cintura desde atrás y apoyó su barbilla en mi hombro.*

*—¿Hoy? Pero si no es nuestro aniversario…*

*Me quedé pensativa unos segundos, reflexionando sobre qué había pasado por alto.*

*—No, no lo es, pero espero que hoy sea el día en que aceptes pasar el resto de tu vida conmigo. —Se colocó frente a mí con una cajita en las manos.*

*Durante el minuto siguiente, fui incapaz de reaccionar. La felicidad me había conducido a un estado de* shock*.*

*—Pequeña, me estás asustando. No he guardado el tique del anillo; ya sabes que soy un desastre… —bromeó Javi.*

*No le di tiempo a que terminase la frase. Me lancé a sus brazos y lo besé.*

*—¿Eso es un sí? —preguntó con los ojos brillantes a causa de la emoción.*

*—Sí, es un sí.*

En aquel momento, no había habido dudas, ni titubeos, ni miedos. No me hizo falta tiempo. Javier era el amor de mi vida. Llevábamos diez años juntos y una bonita historia construida en común; sin embargo, un desalmado y su disparo de bala me lo arrebataron todo. Me robaron ese futuro. Me borraron la felicidad que antaño me habían evocado los recuerdos de nuestra relación. Tuve miedo; me sentí asustada, aterrorizada. Nunca se identificó al asesino de mi prometido. Nadie pagó por su muerte. Todavía me carcomía la angustia de no saber por qué a nosotros, por qué aquella noche, por qué a Javi. Mi psicóloga estaba convencida de que esa era la incógnita que me impedía construir un futuro sólido con Óscar. Una incógnita cimentada en el miedo.

—¡Ey, cariño! ¿Qué te ocurre? —Óscar limpió una furtiva lágrima que se había escapado de mis ojos sin que me diese cuenta.

—Nada, estoy bien. Vayamos a cenar; esto tiene una pinta increíble.

Al levantarme del sofá, vi el dolor cruzar su rostro, pero mis sentimientos no eran algo en lo que él pudiese ayudarme. Eran mis recuerdos, mi propio dolor, y no estaba preparada para compartirlo con nadie.

Aunque la noche prometía, el cambio de humor en Óscar enrareció el ambiente y todo acabó en discusión. En las últimas semanas, parecía que no sabíamos hacer otra cosa más que alejarnos el uno del otro, y ya estaba cansada de ello.

Yo había comenzado por contarle cómo me había ido la jornada y lo a gusto que me había sentido. Le hablé de mis compañeros, del ambiente que se respiraba allí y de cómo me había vuelto a sentir yo

misma de nuevo. Entendía la preocupación de Óscar, e incluso sus reticencias a que participase en la investigación, pero no podía entender que ni siquiera mostrase la más mínima alegría por mí, por mis avances. En cuanto terminé de cenar, le di las gracias y me fui al piso de Lucas.

—¡Vais a acabar con mi paciencia! ¡Nunca he conocido a dos personas tan cabezotas como vosotros dos! —dijo este mientras se rellenaba la copa de vino por tercera vez.

Tras la fatídica cita con Óscar, necesitaba ahogar las penas con un buen amigo, y Lucas siempre estaba ahí para mí.

—Esta vez yo no tengo la culpa —respondí, cruzando los brazos como si fuera una niña pequeña a la que sus padres acabaran de soltar una reprimenda.

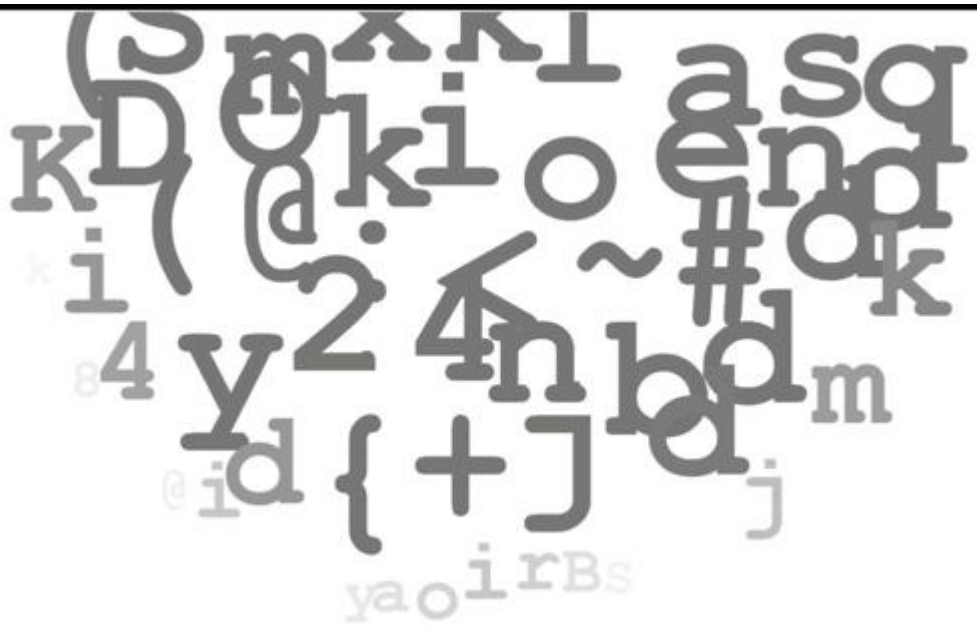
—Sí, tú también tienes la culpa. Ambos la tenéis. Sois incapaces de hablarle al otro de vuestros sentimientos por miedo a heriros, y no veis que es precisamente eso lo que os está distanciando —dijo Lucas, exasperado—. Y quiero que me escuches con atención: si pierdes a Óscar por culpa de tu cabezonería, no te lo perdonarás. Nunca.

Me quedé pensando en ello hasta que entre los dos pusimos fin a la botella de vino tinto que nos había acompañado durante nuestra deprimente charla.

Al volver a casa, esta continuaba vacía.

—¡Ey, pequeño! Menos mal que todavía te tengo a ti —dije mientras hundía mi cara en el peludo lomo de Piccolo.

Cuando por fin me metí en la cama, agotada y de un humor gris, cogí mi teléfono móvil con la firme intención de llamar a Óscar para intentar suavizar las cosas. No me gustaba sentir esa frialdad entre nosotros, pero algo me retuvo. Mi orgullo me impedía dar el primer paso, así que, en lugar de ello, me di la vuelta y contemplé los rayos de la luna que se filtraban por mi ventana, hasta que caí rendida.



# CAPÍTULO 8

## *Hombre de la boina*

«El hombre sano no tortura a otros, por lo general es el torturado el que se convierte en torturador».

Carl Gusta Jung

Mi creación, mi obra de arte, todavía no estaba acabada y, a pesar de ello, yo ya vislumbraba el resultado con adoración. Sería solo para mí, estaría a mi merced. Nadie más podría mirarla. Nadie más la tocaría. Nadie más que yo la amaría. Un amor puro, libre de contaminación y de prejuicios, porque ella me veía como yo realmente era. Ella era la única que me había mirado de verdad. Estaba seguro de que, al igual que yo nunca había podido olvidarla, ella tampoco habría podido sacarme de sus recuerdos, pues en su

vida solo había sitio para mí. La observé de nuevo: sus facciones alargadas, la línea de su nariz, su tez bronceada, sus ojos marrones que me miraban con pavor, el rizo de su pelo. Restaba un largo camino para que mi satisfacción se viese recompensada; su pelo rubio era como un pinchazo constante en mi sien. Un recordatorio. Debía hacer algo. Debía cambiarlo. Debía ser ella. Mi esfuerzo merecería la pena.

La observaba gimotear en el suelo de la habitación que había preparado solo para ella. La había adornado tal y como la recordaba: con su antiguo armario, su escritorio, la misma colcha de cama. Todo estaba exactamente como a ella le gustaba y, aun así, se negaba a disfrutar de las comodidades que yo le proporcionaba. Se resistía a probar bocado, pese a que me esmeraba en cocinar sus platos favoritos.

—T-tienes que comer algo o enfermarás. A-además, es t-tu plato favorit-to.

Ella se limitaba a sacudir la cabeza de un lado a otro. Cabía la posibilidad de que la timidez la hubiera vencido. Sí, estaba seguro de que era eso. Le imponía tanto mi presencia que era incapaz de fijar sus ojos en los míos.

—Est-tá bien, nos daremos una ducha, ¿de acuerdo? T-te has descuidado un p-poco.

La vi estremecerse, intentando hacerse más pequeña. Se apretaba las rodillas contra el pecho, como si eso pudiese evitar que yo la cuidase. Me acerqué con paso lento para no asustarla, igual que si tantease a un perro abandonado. El olor que desprendía era nauseabundo. Se había hecho sus necesidades encima.

—¿Sabes q-que t-tienes un cuart-to de aseo a tu disposición? No es necesario q-que orines aq-quí.

Se estremeció bajo mi contacto, y eso me agradó. La excitación recorrió mi cuerpo. Ella reaccionaba a mis manos. Temblaba de anticipación. La llevé hasta la bañera, le quité las ajadas ropas que había insistido en conservar y observé el esplendor de su cuerpo desnudo, la perfección de su piel. Accioné el agua caliente y nos metimos bajo el chorro. Enjaboné su cuerpo, despacio, disfrutando

del placer que me producía estar cerca de ella. Me emocioné cuando reparé en que las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Oh, p-pequeña, no t-te preocupes, ya est-tamos juntos! Nadie nos va a sep-parar.



La observé sentada en la cama, envuelta en su albornoz de colores. Yo le había dispuesto algunas de sus prendas favoritas en el armario, para que pudiera sentirse como en casa. Por fin estaba en casa.

—Arréglat-te. Est-ta noche sald-dremos a cenar.

Cerré la puerta y eché la llave. Sabía que ella todavía no confiaba en mí, y yo no podía arriesgarme a perderla. Era solo mía.

Ocupé la hora siguiente en preparar la velada perfecta: la cena, el vino, la música, las velas… Nada podía fallar. De pronto, escuché unos débiles e inseguros golpes en la puerta de mi amada, por lo que me apresuré a responder.

—¡Ya est-tás list-ta! Vamos, sígueme —apremié, nada más verla en el umbral de su dormitorio.

Ella caminaba un par de pasos por detrás de mí, semejante a un cervatillo asustado. La cogí de la mano para guiarla hasta el centro del salón; quería verla bajo la luz. Ella volvió a vibrar bajo mi contacto. Me deseaba.

—Déjame decirt-te que estás pr-preciosa, deslumbrante

—¿Por qué me has teñido el pelo? —Ella habló por primera vez.

—Porque ese es t-tu color de p-pelo favorito, ¿recuerdas?

—No, no lo es. Yo no soy quien tú crees.

Mis manos comenzaron a temblar cuando me percaté de que mi noche perfecta comenzaba a derrumbarse. La velada no debía transcurrir de esa forma.

—Sí, sí lo eres. Mírat-te, eres t-tan hermosa…

Acuné su rostro y la contemplé con adoración. Desde la escasa distancia que nos separaba, podía percibir su agitada respiración, la calidez que emanaba de su boca. Acerqué mis labios a los suyos, deseoso de fundirme con ella al fin. La sujeté de la cintura y bajé mis manos poco a poco, dándole tiempo para que su deseo por mí se acrecentase.

—Pero ¿qué es lo que has hecho? —grité con furia. La desagradecida había vuelto a orinarse encima—. Deja que te limpie.

—¡No! Ya lo hago yo. Perdóname, ha sido sin darme cuenta.

Me detuve a contemplar sus ojos hinchados por el llanto e intenté controlar mi respiración.

—Est-tá bien, p-pero no llores más. Ya est-tamos junt-tos.

Le di otro beso en sus finos y sonrosados labios. Nuestro amor no era carnal, sino que iba más allá de la piel. Era un amor que solo se podía sentir en el alma; aun así, rozar sus labios despertaba mis instintos más primitivos.

La observé caminar hacia el cuarto de baño, momento que aproveché para poner sobre la mesa los platos y los cubiertos, de plástico, por supuesto. No quería que se hiciese daño por un descuido. Nunca me lo perdonaría.

—¿P-por qué t-tardas t-tanto? ¿Necesit-tas ayuda? —grité desde el salón.

Al no obtener respuesta, comencé a impacientarme. Me dirigí hacia el cuarto de baño y, al abrir la puerta, solo pude contemplar con estupor la sangre que bañaba el suelo. Mi amada descansaba sobre los restos del espejo, con unos profundos cortes en las muñecas.

—P-pero ¿q-qué has hecho? ¡Desagradecida!

La ira que me invadió fue tal que hundí mi puño en su mejilla; ella abrió los ojos durante unos segundos. Después de todo lo que había hecho por ella; después de todo mi tiempo, mi esfuerzo; después de tanto amor, ella lo había cogido y lo había tirado por el retrete.

Traté de curarle las heridas y la llevé a la cama de su habitación para que recuperase fuerzas. Me mantuve a su lado día y noche,

velando su sueño, hasta que me di cuenta de algo. Ella nunca habría intentado quitarse la vida. Nunca se habría rendido. Ella era una roca en medio del océano, inamovible. Me acerqué a la cama y contemplé el rostro de la mujer; se parecía, pero no era ella. Un grito desgarrador brotó de mi garganta. Sin ser consciente de lo que hacía, agarré la lamparita de noche y la estampé contra la pared del fondo. Me obligué a respirar hondo. Al cabo de quince minutos, había recobrado parte de mi calma y ya podía pensar con claridad.

No era ella, pero eso me serviría para que viniese a mí por voluntad propia.



# CAPÍTULO 9

## *Lucas*

«Necesito de alguien que venga a luchar a mi lado sin ser llamado».

Charles Chaplin

Ruth llegó puntual al piso de Lucas. Esa era otra de sus múltiples cualidades.

Lucas había acordado la cita con bastante antelación a la llegada de su novio, que tenía turno de tarde en el trabajo. De ese modo, tendrían tiempo para hablar con tranquilidad. No es que desconfiase de él, y le constaba que Ruth tampoco, pero ese zumbido había sembrado una duda en Lucas y necesitaba que su amiga le confirmase que eran imaginaciones suyas.

—Bombón, ¿cómo estás? Tenía muchas ganas de verte. —Lucas la saludó con efusividad—. Además, tienes que ponerme al día: tus

nuevos compañeros, el caso, Óscar… —Dejó que la frase muriera en el aire.

—Yo también estaba deseando pasar tiempo contigo. Lo necesito de veras —dijo Ruth, que acogió a su amigo entre sus brazos.

Pronto las risas resonaron entre las cuatro paredes del pequeño piso. Ese era el modo de Lucas para evadir las preocupaciones, aunque sabía que tarde o temprano tendría que hablar de lo que rondaba su cabeza desde hacía días.

—Y, cuéntame, ¿cómo te sientes con tus nuevos compañeros? ¿Me echas de menos?

—Es imposible no echarte de menos, Lucas. Estoy demasiado acostumbrada a ti. —Trabajaban juntos desde que Ruth llegó destinada al puesto de Chiva, y esa era la primera vez que se separaban—. Debo reconocer que forman un grupo curioso, pero son muy majos. Me han tratado bien, dadas las circunstancias —añadió.

—¿A qué te refieres?

—Tienen mucha presión con lo del caso. Los medios de comunicación no los dejan respirar, y la familia de Mireya acude a diario a la comisaría. Para colmo, seguimos sin tener pistas sobre qué puede haberle pasado. Es como si se hubiera desvanecido —respondió Ruth, mirando a la nada.

—Ey, ey, tranquila. Si hay alguien que puede encontrarla esa eres tú. —Lucas intentó animarla.

Ruth se limitó a sonreír; una sonrisa cargada de melancolía.

—¿Y si ya está muerta? —se atrevió a preguntar.

Lucas sabía a lo que se refería. Ruth había sido afortunada. Había logrado escapar con vida tras semanas de reclusión; sin embargo, también sabía que no era lo habitual.

—La encontraréis de igual modo y se la devolveréis a esa pobre familia —fue lo único que pudo responder—. Bueno, entonces, dime: ¿cómo son tus compañeros? —cambió de tema.

—Pues, la otra mujer del equipo es muy profesional. Creo que, de todos ellos, es la que tiene el carácter más serio, pero estoy segura de que nos llevaremos bien. Y del resto, me han asignado

como compañero a Roberto, así que es al que más he tratado; aunque todos parecen muy competentes —respondió.

—Háblame más de ese tal Roberto. No será mejor compañero que yo, ¿verdad? —indagó Lucas con una punzada de celos en la voz.

—¡Ni por asomo! Es el gracioso del grupo. No para de intentar hacer reír a todo el mundo y, para colmo, me llama «nena». Si soy sincera, me parece un poco irritante —dijo Ruth.

—Vaya, así que a Óscar le ha salido competencia… No me extraña, eres increíble —comentó Lucas, entre preocupado y divertido.

—No seas tonto. Quiero a Óscar y eso no va a cambiar —se apresuró a explicar su amiga—. Aunque debo admitir que sienta bien que alguien más se interese por ti. Además, es la primera vez en meses que me he sentido yo misma. Resulta estimulante que no te traten como una muñeca de porcelana y poder trabajar de nuevo.

—Me alegro por ti, bombón, pero ten cuidado —dijo Lucas con sinceridad.

—Bueno, y ¿qué me dices de ti? ¿Ya has preparado tu fiesta de cumpleaños?

Lucas entendió que Ruth no quería ser el centro de la charla.

—Sí, justo esta tarde he estado ultimando detalles. Mañana os mandaré un mensaje con la dirección exacta a la que tendréis que ir. Por cierto, ¿al final os quedáis a dormir en Valencia?

—Óscar dijo que él se encargaría de buscar hotel, así que me he despreocupado por completo. Imagino que el plan seguirá en pie, ya que el domingo hemos quedado con su hermana para comer —dijo Ruth.

—¿Preocupada?

—Un poco sí, la verdad. Ya sabes que Lucía es la única familia que tiene y me preocupa no caerle bien. —Ruth bajó la mirada a la copa de vino que sostenía entre las manos.

—¿Qué? Eso es imposible.

—Además, si Óscar le ha contado algo sobre nuestra relación: el secreto que desencadenó el secuestro, el aborto, nuestra

separación, mis dudas a su pedida de matrimonio…, puede que me deteste por hacer sufrir a su hermano —dijo al fin.

Habían llegado al punto clave en la conversación.

—Bombón, escúchame: estoy seguro de que Lucía no es ninguna niñata tonta. Sabrá que las relaciones, a veces, atraviesan momentos difíciles. No te preocupes. —Lucas estrechó la mano de su amiga con fuerza—. Y, ya que hablamos de relaciones, ¿cómo vas con Óscar?

—Antes de que me llamaran para colaborar en la investigación, estaba decidida a que viviésemos juntos de nuevo. Pasamos una noche increíble, Luc, como si nada malo hubiese ocurrido entre nosotros —comenzó.

—Pero ¡eso es fantástico! —exclamó Lucas con alegría, y también cierto alivio.

—Sin embargo, cuando recibí la llamada y, luego, acepté el caso, todo se torció, así que cambié de idea y no llegué a decirle nada. Necesito que él me comprenda, pero no lo hace. —El semblante de Ruth se entristeció.

—Ya sabes que Óscar está un poco verde con el tema de las relaciones. Se lo tienes que dar todo mascado. Además, es normal que se preocupe. Ese hombre sigue suelto. —Lucas frunció el ceño en un gesto inconsciente.

—¿Crees que no lo sé? —gritó Ruth, perdiendo los nervios—. A veces me asomo a la ventana y creo verlo. Vigilándome. ¡Me estoy volviendo loca! —añadió, al tiempo que hundía su cabeza entre las manos.

—Ey, ey, ey, escúchame: no te estás volviendo loca, pero has atravesado una situación muy difícil y necesitas tiempo. Además, ¿seguro que solo son imaginaciones? No querría ser pájaro de mal agüero, Ruth, pero tú no viste su guarida; yo sí. Estaba ayudando a Óscar a encontrar alguna pista acerca de tu paradero cuando descubrimos dónde se escondía ese canalla. Está obsesionado contigo. Había fotografías tuyas de hace años. Una habitación entera repleta de ellas. Fue un *shock* encontrar un sitio así, sobre todo para Óscar —dijo Lucas con rostro descompuesto.

Ruth no respondió. Habían hablado de lo ocurrido durante su secuestro en ciertas ocasiones, pero era un tema demasiado doloroso como para profundizar en él. Lucas permitió que sus palabras calasen en la mente de su amiga y le dio el espacio que sabía que necesitaba. Sin embargo, él tenía sus propias inquietudes, y debía soltarlas o acabaría perdiendo la cordura.

—Por cierto, me gustaría hablarte de una cosa… —titubeó.

—Claro, dime.

—He descubierto algo muy extraño, pero cabe la posibilidad de que tan solo me haya vuelto un paranoico. Necesito que me confirmes que todo va bien.

Unas gotas de vino se vertieron sobre la mesa cuando Lucas posó la copa con un ímpetu desmedido. Recorrió de un lado a otro el pequeño salón, buscando reunir el valor para expresar sus temores.

—Suéltalo de una vez; empiezas a preocuparme —se impacientó Ruth.

—Está bien. Resulta que esta mañana Matías ha llegado del gimnasio y su móvil ha empezado a recibir muchos mensajes. Ya sabes lo molesto que me resulta ese sonido, pero he resistido la tentación… hasta que se ha metido en el cuarto de baño.

Ruth permaneció en silencio, dándole tiempo.

—Y me he acercado al móvil, pero solo para ponerlo en silencio. Entonces, me he dado cuenta de que le ha puesto una contraseña. ¿No es raro? —soltó al fin, junto con un largo suspiro de alivio por haber verbalizado sus miedos.

—¿Estás seguro de que no la tenía ya? La mayoría de la gente la tiene —dijo Ruth.

—Sí, estoy seguro. Los dos las eliminamos a la vez —respondió mientras se frotaba las manos con nerviosismo.

—Vale, pues tenemos dos opciones: la primera es que te esconda algo, y no digo que tenga que ser algo malo, también puede que quiera darte alguna sorpresa. La segunda es que se haya descargado alguna aplicación que requiera poner contraseña. —Ruth trató de tranquilizarlo.

—¿Eso existe? —preguntó Lucas con un toque de esperanza en la voz.

—Sí. La de Hacienda lo requiere, por ejemplo, así que no te preocupes. ¿Matías te ha dado algún motivo para dudar de él? —Se levantó del sofá para acercarse a su amigo y lo miró a los ojos.

—No, nunca.

Lucas se dio cuenta de que había estado conteniendo el aire. Sabía que él también estaba expuesto a las traiciones, las mentiras y los engaños, pero nunca había creído que Matías pudiese hacer algo así.

—Pues, ya está. Ahí tienes la respuesta.



# CAPÍTULO 10

## *Ruth*

«No son los días lo que recordamos, sino los momentos».

Walt Disney

Una sonrisa de alivio brotó en mi rostro al final de la velada por haber sido testigo del amor que reinaba entre Lucas y Matías. Entendía el miedo de mi amigo: los secretos son como un virus que acaba destruyéndolo todo, pero me parecía imposible que Matías pudiese engañarlo de algún modo. Si había puesto contraseña en el teléfono, yo estaba segura de que habría un buen motivo para ello. Mi madre siempre me decía que los ojos nunca mienten, y los de Matías miraban a Lucas con adoración.

Conduje de camino a casa, abstraída en mis pensamientos. No había visto a Óscar en todo el día. Me sentía extraña, como si lo

necesitase. Antes de que pudiera darme cuenta, ya había dado media vuelta y ponía rumbo hacia su piso.

Esa vez, rebusqué en mi bolso las llaves que Óscar me había cedido para entrar sin llamar a la puerta. Le daría una sorpresa. Mis dedos se toparon con todo el contenido antes de dar con lo que buscaba. El tintineo de un llavero en el fondo del bolso me alertó de su presencia.

—¡Os tengo! —exclamé con alivio.

El sonido del discurrir del agua en el cuarto de aseo me dio la bienvenida, junto con el aroma del gel de ducha de Óscar. Cerré los ojos unos segundos para embeberme en esa sensación. Al abrirlos, no pude evitar posar la vista en los informes que estaban expuestos sobre la mesa del salón. En ellos podían distinguirse los rostros de mis nuevos compañeros. No podía creerlo. Fui al baño hecha una furia, aunque tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no desconcentrarme al contemplar el cuerpo desnudo de Óscar.

—¿Qué significan estos informes? ¿Acaso se te ha ido la cabeza? ¿De verdad vas a investigar a todo el que se relacione conmigo? —grité mientras los dejaba caer sobre la alfombrilla de la ducha.

Óscar dio un respingo bajo el agua y el bote de champú acabó en el suelo.

—Joder, Ruth, qué susto me has dado —respondió, aliviado al cerciorarse de que tan solo se trataba de mí.

—Quiero una explicación, y la quiero ya —fue lo único que salió de mis labios. Lo conocía lo suficiente como para saber que estaba tratando de ganar algo de tiempo. Su mente trataba de dar con una explicación verosímil que no implicara una nueva discusión.

—¿Puedo al menos ponerme una toalla? ¿O prefieres que…?

No permití que terminase la frase. Cogí una de las toallas que había en la estantería y se la lancé sin ningún miramiento.

Minutos después, sentados en el sofá del salón, me extrañó lo tranquilo y seguro de sí mismo que se mostraba. ¿Cómo podía actuar como un lunático y mantenerse tan sereno? Sin embargo, había jugado bien sus cartas: su torso permanecía desnudo, y pequeñas gotas de agua discurrían por sus pectorales, acariciando

su piel hasta perderse bajo la toalla que tenía anudada en la cintura. Me entretuve en observar su recorrido.

—Habla de una vez; no tengo toda la noche. Mañana debo madrugar para ir al trabajo.

Antes de que pudiese frenarlo, tenía los labios de Óscar sobre los míos; unos labios que anestesiaban mi dolor y disipaban mis dudas. Pero debía concentrarme. No podía dejar que su juego sucio me alejase de mi objetivo.

—Te he echado mucho de menos. Ya pensaba que hoy no pasarías a verme —dijo Óscar con su mirada esmeralda fija sobre mí.

—Yo también, pero eso no es lo importante ahora. Informes. Habla —exigí.

Óscar exhaló un suspiro de resignación.

—Hasta que no atrapemos al hombre de la boina, pienso vigilar a todo el que tenga que pasar contigo más tiempo del necesario. Ruth, ese tipo es un enfermo que está obsesionado contigo, ¿crees que voy a quedarme tranquilo mientras él siga suelto? No conozco a tus nuevos compañeros, y prefiero estar seguro de que son de fiar.

—¿Crees que yo no estoy asustada? ¿Que no miro a mi espalda por si alguien me sigue? ¡Pero eso no te da derecho a espiar a mis compañeros! —grité con lágrimas en los ojos.

Lágrimas de comprensión, de dolor y de miedo. Ambos estábamos atemorizados, y tenía un origen común: el hombre de la boina. No conocer su identidad, ni de dónde había salido, ni qué era lo quería, nos estaba sumiendo a los dos en una incertidumbre constante.

—Lo siento, sé que tienes razón, pero, cuando se trata de tu seguridad, de que estés a salvo… Ruth, haría cualquier cosa por ti. Por protegerte.

Observé la frágil mirada de Óscar, sus ojos vidriosos y el miedo que se reflejaba en ellos.

—Lo sé, y créeme que te entiendo, pero esto no puede seguir así, Óscar. ¿Qué ocurrirá si nunca damos con él? ¿Si nunca lo atrapamos? ¿Vas a vigilar a todo el que se me acerque?

Óscar bajó la mirada y contempló sus manos, que se aferraban una a otra con fuerza. Estaba claro que él no se había planteado esa posibilidad. Acuné sus manos y lo obligué a que sus ojos se fijaran en los míos.

—Lo atraparemos. Te lo prometo. Pero, mientras, te propongo algo. Intentaré cambiar mi modo de llevar este tema. Me relajaré, ¿de acuerdo? —Mis cejas se elevaron con escepticismo. Lo conocía bien y dudaba que aquello fuera a ser posible—. Es solo que la dichosa investigación de esa chica me está volviendo loco. No paro de pensar en las semanas que estuviste secuestrada, en la pérdida de nuestro bebé, en todo el dolor que aquello nos ocasionó.

—Te entiendo, de veras que sí. Sé que estás asustado, pero tenemos que hacer esto juntos, ¿de acuerdo? No hablemos más sobre el tema —dije mientras trataba de acallar sus miedos y los míos colocando el dedo índice sobre sus labios.

Me acerqué más a él, todo lo que permitieron nuestros cuerpos, y dejé que su aroma disipara mis pensamientos. No quería pensar en la investigación, ni en mi secuestro, ni en el tipo de la boina. En ese momento solo quería que Óscar me aprisionase entre sus brazos, como si conformaran una tela de araña.

—Te quiero tanto, Ruth —susurró junto a mi oído.

Atrapé sus labios con una pasión desmesurada, como si su boca fuese todo lo que necesitase. Óscar me sujetó por la cintura y me colocó sobre él. Las gotas que perlaban su cuerpo humedecieron mi camiseta, pero no me importaba. En absoluto. Ese era el lugar en el que yo quería estar.

—Ruth, cariño, cásate conmigo —susurró Óscar.

Sus ojos brillaban en la oscuridad de la noche, una oscuridad que solo rompía la blanca luz de la luna que se filtraba por la ventana. Observé su rostro, y una sola palabra se atascó en mi garganta: «Sí», pensé; sin embargo, fui incapaz de pronunciarla. Nos miramos durante algunos segundos, en los que ninguno fue capaz de hablar.

—No pasa nada. No tienes que responder. Solo quería que supieras que no he cambiado de opinión —añadió.

Agradecí en mi fuero interno su decisión de no indagar en el inextricable lío mental que yo tenía en la cabeza. Necesitaba una vía

de escape. Un lugar al que huir, en el que refugiarme, y él era ese lugar. Mi puerto seguro.

Esa noche las pesadillas tampoco se atrevieron a hacer acto de presencia.



Por la mañana, salí a hurtadillas del piso de Óscar, como una vulgar ladrona que se da a la fuga, pero ¿qué más podía hacer? Él parecía necesitar una respuesta que yo todavía no podía darle, y temía que con el amanecer volviese a la carga, así que hui, aunque antes le dejé una nota sobre la almohada con dos palabras simples pero sinceras: «Te quiero».

Roberto y Adrián ya estaban tomando el primer café de la jornada cuando llegué al trabajo.

—Buenos días, nena. Te he traído un café. —Roberto esbozó una amplia sonrisa y me tendió un vaso de plástico.

—Gracias. Lo necesito. ¿Hemos averiguado algo de las redes sociales? Por mi parte, he encontrado algunas imágenes en las que se ve a Mireya de fondo, pero no parece haber nada sospechoso. —Necesitaba comenzar cuanto antes. El rostro de Mireya no cesaba de dar vueltas por mi mente.

—Sí, a nosotros nos ha pasado lo mismo, así que estamos como al principio —dijo Adrián, apesadumbrado.

—Tranquilos, chicos, ya veréis cómo damos con algo —dije, tan solo para tratar de subir un poco el ánimo.

Unos golpes en la puerta del despacho nos sobresaltaron, lo cual dejaba claro que todos teníamos los nervios a flor de piel.

—¿Ruth Lago? —preguntó una joven de rostro aniñado pero rictus serio.

—Sí, soy yo —me apresuré a responder.

—Ha llegado esto para usted. —Lo dejó sobre la mesa y se marchó tan de repente como había llegado.

—¿Solo llevas aquí un par de días y ya recibes correo? Vaya, nena, lo tuyo sí que es rapidez —comentó Roberto en su habitual tono bromista, que tanto conseguía irritarme.

—No sé, yo no le he pedido a nadie que me envíen correspondencia a comisaría —dije. Un mal presentimiento se instaló en la boca de mi estómago.

El paquete no pesaba nada. No llevaba remitente, ni de él se desprendía pista alguna acerca de su procedencia. Lo abrí con mano firme, bajo la atenta mirada de mis compañeros.

Lo supe. En cuanto mis dedos percibieron ese tacto tan peculiar y oí el ruido que emitían sus hojas, lo supe. Un periódico, pero ¿por qué? Lo saqué del sobre con manos trémulas. Las hojas cayeron sobre el escritorio y yo me aparté, como si el simple contacto pudiera resultar tóxico. «Inspira. Espira».

—¿Qué ocurre? —preguntó Roberto.

Su tono grave delataba que sí existía un Roberto más allá del despreocupado y bromista que quería mostrar a todo el mundo. Permanecí en silencio unos minutos. Para cualquier persona, esas páginas no significarían nada, pero a mí me traían recuerdos que nunca podría borrar.

Adrián, preocupado, cogió el periódico y lo ojeó con atención.

—Tan solo es la sección de pasatiempos de un periódico. ¿Por qué alguien te habrá enviado una cosa así? —preguntó.

—Era la que solíamos hacer Javi y yo cada día —comencé a explicar cuando al fin fui capaz de articular palabra—. Era como una especie de ritual. Nos sentábamos a la mesa del patio con una taza de café y los completábamos.

Intenté reprimir las lágrimas que me asediaban como un recordatorio constante de que él se había ido. Las obligué a permanecer a buen recaudo. Ese no era el momento ni el lugar. El escozor que me provocaban indicaba, no obstante, que no estaban de acuerdo con mi decisión.

—¿Quién es Javier? —preguntó Carolina con un hilo de voz.

Ni siquiera me había percatado de su presencia. No sabía si habría asistido a toda la escena o si tan solo habría sido testigo de mi estado de *shock*.

—Era mi novio. Lo asesinaron —respondí con la mirada clavada en la sección de pasatiempos.

—¿Quién más sabía que solíais hacerlo? —preguntó Roberto.

—No lo sé, creo que nadie. No era importante, tan solo una rutina que nos gustaba hacer juntos. Teníamos una especie de competición, en la que, a menudo, yo solía ganarle —repuse con una débil sonrisa.

Hacía años que no me permitía rememorar esos detalles. Detalles insignificantes que no eres consciente de necesitar hasta que un día aparecen delante de tus narices. Como si te evocaran todo lo que perdiste. Todo lo que podría haber sido. Mis compañeros parecieron notar mi tristeza, porque salieron del despacho para dejarme unos minutos a solas con mis recuerdos.

*—Javi, déjalo, sabes que los acertijos son mi punto fuerte. Nunca conseguirás ganarme. —Acicateé su sólida confianza.*

*—Ya lo verás. Llegará el día en el que tendrás que tragarte tus palabras —dijo, concentrado en las líneas que tenía delante.*

*Javier era el competitivo, aunque era yo la que tenía peor perder.*

Unos golpes en la puerta me devolvieron al presente. Sacudí la cabeza y compuse una sonrisa. El equipo al completo entró con paso lúgubre al despacho.

—¿Estás bien? —preguntó Carolina.

—Sí, solo son recuerdos —respondí, mirando la página del periódico que todavía descansaba sobre la mesa—. Desde que murió, he sido incapaz de volver a rellenar esta sección. Ese hábito se fue con él.

—¿Quién crees que puede haberlo mandado? Es muy extraño —comentó Joan. Supuse que los demás lo habrían puesto al corriente de lo sucedido.

—No tengo la menor idea. No era importante —insistí—, solo un juego entre los dos.

Mi mente bullía a mil por hora. ¿Por qué en ese momento? ¿Por qué Javi? Era como si mi pasado me persiguiese. Atormentándome. Cogí el periódico con manos temblorosas y eché una ojeada. Deslicé mis dedos por los crucigramas, el sudoku, la sopa de letras, hasta llegar al acertijo. Mi prueba estrella. De nuevo, una sonrisa de amarga tristeza se dibujó en mi rostro. Comencé a leer, en un acto reflejo, las escasas líneas que contenía el acertijo. Había manías que costaba dejar atrás.

*Si con vida la quieres encontrar, bajo la efímera prisión de Valencia has de buscar*.

Tuve que leerlo varias veces para darme cuenta de lo que podría implicar para la investigación.

—¡Chicos! ¡Es una pista! —grité ante la asombrada mirada de mis compañeros.

—¿Una pista? Déjame ver. —Miguel sujetó con cuidado las hojas del periódico.

—Yo era imbatible en los acertijos, y eso sacaba de quicio a Javi. Mirad este. No puede ser simple coincidencia —exclamé con entusiasmo.

—Pero, entonces, eso significaría que este caso guarda una relación directa con la muerte de… Javier. —Roberto buscó mi mirada.

Mi entusiasmo murió tan rápido como había surgido. Él estaba en lo cierto. Si yo tenía razón, la persona que me había mandado el periódico podría ser la misma que mató a Javier, o, al menos, estaba relacionada con ello de algún modo.

—Pero nos dijeron que fue un robo que salió mal —musité, incapaz de encarar las miradas de compasión de mis compañeros.

—Lo averiguaremos, ¿de acuerdo? —Miguel puso una mano sobre mi hombro—. Carolina, pídele al jefe que solicite el expediente del asesinato de Javier. Tenemos que averiguar si se trata de la misma persona o de alguien que pueda estar implicado en ambos casos. Eso explicaría por qué en la grabación la señalaban a ella para participar en la investigación —añadió.

—Puede que tú seas la clave —añadió Roberto, serio.

El equipo no tardó en ponerse en marcha; por fin había una pista que seguir: Joan mandó a analizar el periódico por si contuviese alguna huella o rastro de ADN, Carolina solicitó el expediente de la muerte de Javier, mientras que Miguel y Roberto se pusieron manos a la obra con el acertijo, que habían transcrito en la pizarra de la pared. Yo miraba estupefacta cuanto acontecía a mi alrededor, incapaz de reaccionar. ¿Y si yo era la clave? ¿Podía ser posible? Eso significaría que sobre mis hombros pesaba la muerte de Javi y la desaparición de aquella chica, pero ¿qué conexión podrían tener ambos casos? Demasiados interrogantes sin respuesta. Agité la cabeza para obligarme a reaccionar.

—¿Os echo una mano con el acertijo? —ofrecí.

Lo leí con atención y, a pesar de señalar de modo directo una prisión de Valencia, no podía ser tan obvio.

—Demasiado fácil —musité.

—Podemos mandar a registrar la antigua cárcel de mujeres, la del paseo de la Pechina. La otra opción es la cárcel de Picassent, pero dudo que la tenga allí retenida, con toda la seguridad que hay —comentó Miguel.

—No creo que encontremos nada en la cárcel de mujeres, pero de todos modos debemos asegurarnos —respondí.

Aquellos acertijos a menudo contenían una media verdad, con la única intención de jugar al despiste. Por eso yo estaba segura de que ninguna de las opciones que habíamos barajado era la correcta, pero todavía no conseguía dar con la solución. Además, que yo desconociera la historia de Valencia no jugaba a nuestro favor.

El juez autorizó sin problemas la orden de entrada y registro, dada la gravedad de la investigación que teníamos entre manos. Además, las autoridades tampoco pusieron ningún impedimento, al contrario: facilitaron nuestra labor en todo lo que les fue posible. Sin embargo, tal y como yo había anticipado, no se encontró nada en ninguna de las dos localizaciones.

Eran más de las diez de la noche y seguíamos encerrados en la oficina, dándole vueltas al dichoso acertijo. Mi teléfono no paraba de vibrar en el bolsillo trasero de los pantalones. Estaba segura de que sería Óscar, muerto de preocupación. Llevaba todo el día tan ocupada que no me había parado ni a mandarle un mensaje. Ahí estaba. Culpabilidad.

—Chicos, hoy no vamos a dar con la respuesta. Estamos agotados —concluí, exhausta.

—Tienes razón, lo mejor será que vayamos a descansar y mañana a primera hora retomemos el maldito acertijo —secundó Adrián, frustrado.

—Quiero interrogar a los exnovios de Mireya. Sé que ya lo hicisteis, pero hay algo en la coartada de Sergio que no me termina de cuadrar, y, de todos modos, no tenemos nada que perder —dije al tiempo que recogía mi mochila.

—Me parece buena idea. Yo entraré contigo al interrogatorio; podemos hacer de poli bueno y poli mala. —Roberto me propinó un codazo cariñoso.

—No voy a librarme de ti, ¿verdad? —respondí con fastidio.

—En el fondo te encanta pasar tiempo conmigo.

Observé cómo se subía a su moto y se perdía entre los vehículos que todavía mantenían despierta a la ciudad.

Me quedé unos segundos plantada en el aparcamiento, junto a mi coche, sin saber muy bien cómo tomarme la actitud de Roberto. Había dado por hecho que ese era su carácter y que, por tanto, trataba por igual a todo el mundo, pero me había fijado en que con Carolina no se comportaba del mismo modo. «Lo que me faltaba. Como si no tuviera ya suficientes problemas», pensé mientras cerraba la portezuela del coche y subía el volumen de la radio para no escuchar mis pensamientos.



Un desesperado Piccolo me esperaba ansioso en el jardín delantero de casa. Movía la cola con alegría, como si hubieran transcurrido meses en vez de horas desde la última vez que nos vimos. Esa era una de las cualidades que más me gustaban de los animales: su capacidad de amarte sin condiciones, sin tiempo, sin exigencias. A pesar de que mi padre se pasaba por casa para darle su vuelta rutinaria mientras yo estaba en el trabajo, le puse su correa y decidí que dar un paseo nocturno nos vendría bien a ambos. Tenía muchas cosas en las que pensar o, mejor aún, en las que no hacerlo.

«El pasado siempre vuelve», me repetí. No había sido capaz de cerrar del todo el capítulo de Javier, y no se trataba solo de los diez maravillosos años que habíamos compartido, sino de que algo en su muerte nunca llegó a convencerme. Yo estaba tan devastada que, como es lógico, no se me permitió participar en la investigación. Mis compañeros de entonces me aseguraron que se había tratado de un robo en el que se habían torcido las cosas; sin embargo, muchos puntos de aquella teoría no encajaban: si el asesino solo pretendía robarnos, ¿por qué no hacerlo durante el día, cuando la casa estaba vacía? Y ¿por qué no se llevó nada tras el disparo? Ni siquiera me robó el bolso, o las llaves del coche para escapar con más rapidez. Nada. Además, tras diez años juntos, Javier y yo habíamos desarrollado un lenguaje no verbal con el que nos podíamos comunicar de forma bastante efectiva, y, aquella noche, cuando entré en el salón y nuestras miradas se encontraron, había en la suya algo más, algo que no era miedo, una frase silenciosa que no pudo pronunciar. Una advertencia muerta en sus labios.

Al volver a casa con Piccolo, le preparé su cena y me cercioré de que todas las puertas estuviesen cerradas con llave, así como las ventanas. Sabía que lo más prudente habría sido llamar a Óscar para contarle lo ocurrido y pedirle que me acompañara esa noche, pero no lo hice. Por alguna razón, quería mantenerlo alejado de todo lo relacionado con Javier. Siempre me había sentido, en parte, responsable de la muerte de este, y esa era una culpabilidad que no podía compartir con nadie. Puede que solo quisiera proteger a Óscar de mí, de lo que suponía estar a mi lado si los demonios que asolaban mi mente eran ciertos.

Me metí en la cama, a pesar de que sabía que esa noche tampoco podría pegar ojo.

*—En esta ocasión te he ganado en tu prueba estrella —se mofaba Javi—. A veces tienes que saber leer los acertijos y conocer un poco de historia para poder resolverlos —añadió mientras pellizcaba uno de mis mofletes.*

*—No sé por qué te pones tan chulito. Total, para una vez que ganas… —respondí con resentimiento.*

*—Venga, no te enfades. Ya sabes que me gusta la historia, por eso me ha resultado más fácil conocer la solución al acertijo.*

El sueño se desvaneció tal y como había llegado. Abrí los ojos en la más absoluta oscuridad y me percaté de algo: el recuerdo de Javier acababa de darme la pista que me ayudaría a resolver el acertijo. Me levanté a la carrera y encendí el ordenador portátil.

—Gracias, Javi —susurré al cielo.



# CAPÍTULO 11

## *Ruth*

«Para aprender las lecciones importantes de la vida, uno debe vencer el miedo cada día».

Ralph Waldo Emerson

Aquel sueño fue un chute de adrenalina para mi cerebro, que se puso a trabajar, incansable, hasta dar con algo que resultase útil para la investigación. El sol ya se filtraba por los ventanales del salón cuando se me ocurrió. Lucas me había contado que la primera pista que tuvieron de mi paradero tras mi secuestro fue un acertijo del hombre de la boina. Ordené a mi móvil que marcara el número de teléfono de mi amigo, quien respondió al segundo tono:

—Buenos días, bombón, ¿qué puedo hacer por ti a estas intempestivas horas de la mañana? —dijo sin reprimir un bostezo.

—Necesito que me envíes una fotografía del acertijo que os dejó el hombre de la boina. Es importante —solté sin más.

Lucas se espabiló de un plumazo.

—¿A qué viene esto?

—No puedo explicarlo ahora, pero creemos que el secuestrador ha dejado un acertijo para mí y quiero comprobar una cosa.

—¿Crees que el secuestrador de esa chica podría ser el hombre de la boina? Ruth, eso es poco probable, y lo sabes.

Era consciente de lo que estaría cruzando por la cabeza de mi amigo: que yo estaba perdiendo el juicio al no haber podido averiguar la identidad del hombre misterioso y que eso aún me obsesionaba. Pero tenía un presentimiento y debía corroborarlo.

—Lo sé, Lucas, y, créeme, sé cómo suena, pero tengo que asegurarme. Por favor —supliqué.

—Está bien, dame media hora y te lo mando al móvil.

—Y, un último favor: no le comentes nada a Óscar. Todavía no he hablado con él.

Sabía que Lucas lo cumpliría, aunque, por el sonoro suspiro que salió de su boca, supe que no estaba de acuerdo con mi decisión.

—¡Está bien! Pero, Ruth, no juegues con fuego. Tienes que contarle qué está ocurriendo y, ya de paso, a mí también —añadió. El humor que intentó insuflar a su voz no pudo camuflar la preocupación que la teñía.

—Te lo prometo. Esta misma noche hablaré con él.

Colgué el teléfono. Recogí mis cosas, le di un beso a Piccolo y me encaminé al coche. No quería perder ni un solo segundo. Si existía la más mínima posibilidad de encontrar a Mireya con vida, debía darme prisa.

Me concentré en la carretera. Los hechos acaecidos en los últimos días se agolparon en mi mente de manera atropellada, como piezas inconexas de un puzle que yo debía hacer encajar. Lo primero en mi lista de prioridades era dar con el paradero de Mireya. Debía hallar alguna pista que nos condujese hasta ella. Por algún motivo que mi mente todavía no procesaba, ese caso era diferente a todos los demás. Me sentía más vinculada a él y a Mireya. No era solo trabajo.

Lo sentía como algo personal, aun sabiendo que suponía un terrible error.

Lo único que el equipo tenía claro era que algo o alguien la había distraído al salir de la discoteca hacia la calle principal, a donde se dirigía a coger un taxi para regresar a casa. Según su familia y sus amistades más cercanas, no habría atendido peticiones sexuales ni se habría ido con ningún desconocido sin antes avisar de ello. Eso me llevaba a pensar que el secuestrador debía de desplazarse en un vehículo, ¿cómo si no podría haber trasladado a Mireya sin que nadie viese nada? También cabía la posibilidad de que Mireya conociese a su secuestrador, lo que me orientaba de nuevo hacia sus exparejas. Había estudiado los interrogatorios y todos parecían tener una coartada sólida; sin embargo, la de Sergio, la última relación oficial de Mireya, presentaba algunas fisuras que podrían dejarlo con un tramo horario al descubierto. Mis compañeros lo habían citado para esa misma mañana en comisaría. Roberto y yo seríamos los encargados de proceder con el nuevo interrogatorio y, una vez contrastada esa vía, tendríamos que continuar la investigación hasta dar con la respuesta del acertijo.

—Ruth, el ex ya está en la sala de interrogatorios —anunció Roberto con su habitual buen humor.

—Está bien, dejémosle unos minutos más a solas.

—Quieres que se ponga nervioso, ¿eh? Eres buena, nena; sí, señor —dijo con una sonrisa socarrona.

—¿Puedes no llamarme así? —pedí con resignación.

No pude más que soltar una carcajada ante la reacción de mi nuevo compañero. Era como si hubieran metido a un adolescente en el cuerpo de un hombre de treinta y cinco años.

Tras ese incómodo episodio, cada uno se sumió en sus propios pensamientos. Las siguientes palabras que salieron de nuestra boca lo hicieron quince minutos más tarde, en la sala de interrogatorios. Nos encontrábamos frente a Sergio, un joven de veintisiete años, cabellos rubios y ojos color miel. Aunque su rostro lucía un aire angelical, su expresión era dura.

—En tu anterior declaración nos dijiste que la noche del veintisiete de febrero, entre las ocho de la noche y las tres de la

madrugada, te encontrabas en una fiesta privada en La Fête, ¿no es así? —comencé en tono neutro.

—Sí. Es un local que se alquila a grupos para celebraciones privadas, pero ellos ponen camareros, alcohol y todo lo demás —respondió, sin perder esa expresión tan extraña.

—¿Sigues teniendo contacto con Mireya tras la ruptura? —preguntó Roberto.

—De vez en cuando. Tenemos amigos en común y mantenemos las formas.

Por su rostro cruzó una expresión que no logré identificar; ¿dolor?

—¿Aún estás enamorado de ella? —pregunté de pronto, dejando que fluyera el interrogatorio.

—¿Y eso qué tiene que ver para la investigación? —se apresuró a responder él, con tono irritado.

—Bueno, tu respuesta no es un no —terció Roberto con una media sonrisa—. Debe de ser duro que te rechacen —añadió.

El semblante de Sergio se transformó en una mueca de ira, dolor y tristeza.

—Hemos interrogado a varias de las personas que estuvieron contigo en la fiesta aquella noche, y ¿sabes una cosa? —No desvié la mirada de esos ojos que, de haber sido posible, me habrían fulminado—. Recuerdan haberte visto en la fiesta, sí, pero nadie más tarde de las dos. Ni personal de seguridad, ni camareros, ni amigos. Nadie.

—Pues, estaba allí. Que no lo recuerden no quiere decir nada; a esa hora la gente ya va muy puesta.

Por primera vez la voz se le quebró y yo obtuve la grieta que necesitaba.

—Quiere decir… que acabas de quedarte sin coartada —apuntó Roberto.

—Dime dónde estuviste a partir de las dos de la madrugada —exigí.

Dudó durante algunos segundos, en los que decenas de pensamientos distintos parecieron cruzar por su mente. Sin embargo, al final, claudicó:

—Fui a verla, ¿contentos? Fui a hablar con ella a la puerta de la discoteca en la que estaba. Yo… yo no he podido olvidarla; no puedo superar nuestra ruptura y solo quería hablar con ella para que me diese otra oportunidad.

—¿Cómo supiste dónde se encontraba? —pregunté.

Su actitud me enfurecía. Las meteduras de pata, el arrepentimiento que venía después, las segundas oportunidades. Era como si todos estuviésemos en una rueda gigante de la que fuese imposible escapar.

—Por sus redes sociales.

—Y ¿qué pasó? ¿Te dijo que no y perdiste los estribos? —planteó Roberto.

—No, no, nada de eso. Me dijo que lo tenía que pensar, que debía demostrarle que había cambiado, y que yo era lo que ella necesitaba en su vida, así que me marché a mi casa.

Sergio hundió la cabeza entre las manos y rompió a llorar como un niño. No me parecía culpable, pero había sido la última persona en ver a Mireya, lo que lo convertía en el principal sospechoso.

—¿Por qué no nos contaste la verdad? —pregunté en un tono más suave.

—¡Por esto! —Abrió los brazos y señaló a su alrededor—. Sé lo que parece, pero tienen que creerme: yo no lo hice.

Abandonamos la sala de interrogatorios mientras Sergio permanecía sumido en el llanto. Un llanto que podía tener su origen en el dolor o en la culpa.

—¿Qué te parece? —me preguntó Roberto de camino al despacho del comisario.

—Creo que dice la verdad, pero ya sabes cómo funciona esto. A ver qué opina el jefe —respondí.

Caminamos en silencio el resto del trayecto, lo cual era extraño, teniendo en cuenta que Roberto era incapaz de estar más de un minuto sin soltar una de sus bromas.

—¿Estás bien? —pregunté justo antes de entrar.

Él se limitó a hacer un gesto afirmativo con la cabeza.

—Señor, ¿podemos pasar? —preguntó Roberto al abrir la puerta y asomar la cabeza.

—Sí, pasad. ¿Tenemos ya algo? Los de arriba no me dan respiro. —El comisario se levantó de la silla como si esta tuviera chinchetas y comenzó a deambular por el despacho.

—Sergio, el exnovio, mintió en su coartada. Salió de su fiesta a las dos para ir a hablar con Mireya en la discoteca donde ella se encontraba —explicó Roberto.

—¡Bien! Por fin una pista con la que trabajar. —El comisario resopló, aliviado.

—Del local en el que estaba Sergio a la discoteca de Mireya no hay más de veinte minutos a pie, lo que indica que quien secuestró a Mireya lo hizo entre las dos y media y las tres —aclaré.

—Eso, si no lo hizo el ex. Puede que perdiera los nervios durante la conversación y la matase —sugirió el comisario, empeñado en tener algo que darles a sus superiores lo antes posible.

Yo traté de defender mis argumentos.

—Lo dudo, señor. Sergio iba a pie y esa es una zona muy concurrida; no podría haberse deshecho del cadáver.

—A lo mejor la convenció para que fueran a un lugar más íntimo y se marcharon juntos. —Estaba claro que el comisario no pensaba ceder.

—Si se fue con él, que era alguien cercano a ella, eso explicaría que no cogiera ningún taxi —dijo Roberto para intentar contentar al jefe.

—No lo creo —intervine.

—Aquí no importa lo que tú creas. Importan los hechos. —El comisario se acercó a mí más de lo necesario—. No lo pongáis en libertad todavía. Voy a hablar con la jueza que lleva el caso por si considera que debemos aplicarle alguna medida cautelar. Según lo que decida, hablaré con la prensa.

—Pero, señor, no podemos señalar todavía a Sergio. No tenemos ninguna prueba. Si lo expone frente a la prensa, será culpable para ellos, destruirá su reputación —dije, sorprendida por ese método de trabajar.

—¿Crees que a mí me interesa *su reputación*? —preguntó en tono de burla.

—Debería —respondí antes de marcharme con un sonoro portazo.

Salí del despacho del comisario hecha un basilisco. No podía creer que quisieran cerrar el caso a toda costa, sin tener ninguna prueba que incriminase a aquel joven. Me dirigí a la oficina, en la que nos esperaba el resto del equipo, con Roberto tras de mí pero a una distancia prudencial.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Carolina al ver nuestras caras.

Dejé que Roberto ejerciera como portavoz de las últimas noticias y pude observar la cara de estupefacción de los demás.

—No suele ser su manera de proceder. Debe de estar bajo muchísima presión —defendió Joan.

Antes de que yo pudiera rebatirlo, el teléfono del despacho comenzó a sonar.

—Es el jefe —dijo Adrián—. Quiere que Miguel, Carolina, Joan y yo nos centremos en el sospechoso. Quiere que consigamos alguna prueba.

Aquello era el colmo: me implicaban en la investigación de un secuestro, solicitaban mi ayuda, encontraba una fisura en una de las declaraciones que ellos mismos habían tomado y, aun así, me dejaban fuera. Me sentí una imbécil. No quería ni plantearme el hecho de que podía haberme equivocado al aceptar participar en aquella búsqueda. Necesitaba más tiempo.

Todos los compañeros, excepto Roberto, salieron del despacho, dejándonos solos y en un tenso silencio. Al cabo de unos minutos, me levanté de la silla y me coloqué frente al ordenador. Me habían pedido que ayudase y eso era lo que pensaba hacer. Me dispuse a continuar con las pesquisas que había comenzado la noche anterior, la culpable de mis pronunciadas ojeras.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Roberto con voz insegura.

—Intento resolver el acertijo para seguir una vía de investigación que sí nos lleve hasta Mireya —respondí. El enfado era patente en mi voz.

—No creía que tuvieses tanto carácter. Eso me gusta.

Traté de hacer caso omiso y continué centrada en la pantalla del ordenador, aunque no pude evitar una ligera sonrisa que oculté a mi

compañero.

—¿Me dejas ayudarte?

La voz de Roberto sonó casi como un ruego, un susurro infantil. Estaba claro que quería salir de esa vorágine de ira y no sabía cómo hacerlo. Yo no podía culparlo; después de todo, hacía tan solo unos días que nos conocíamos. Sopesé mi respuesta durante algunos segundos, en los que llegué a la conclusión de que me vendría bien que un valenciano, que conociese la historia de la ciudad mejor que yo, me ayudase a encontrar lo que andaba buscando.

—Intento localizar posibles edificios o lugares en Valencia que, a lo largo de la historia, se hayan utilizado en algún momento como prisión —dije al fin.

Roberto pareció más animado al comprobar que mi enfado era momentáneo y, sobre todo, que no iba dirigido a él.

—Entonces, debemos centrarnos en la guerra civil. Solo con eso ya tenemos para rato —comentó Roberto, encendiendo el otro ordenador.

—¿Por qué dices eso? —pregunté con curiosidad.

—No soy un experto en el tema, pero sé que durante ese periodo se utilizaron muchos de los edificios y lugares emblemáticos de la ciudad para albergar a los presos de ambos bandos.

—No lo sabía; yo me estaba centrando en cárceles oficiales… —respondí, abstraída en la nueva información—. ¡Eso es! —exclamé—. No sé cómo no me he dado cuenta antes.

—¿Podrías ser más explícita, nena? —preguntó Roberto, recuperando su buen humor.

—¡Efímera! El acertijo dice «efímera prisión». Debe de tratarse de una de esas cárceles improvisadas de las que hablas —respondí con entusiasmo.

Tras unos minutos de búsqueda, la pantalla del ordenador ya arrojaba resultados por los que podríamos comenzar a indagar.

—Mira esto. —Llamé la atención de mi compañero—. «Las checas fueron cárceles no oficiales utilizadas por el gobierno de la República durante la guerra civil para detener de manera extraoficial a personas a las que se consideraba enemigas del pueblo. Se las torturaba antes de ejecutarlas. Las ciudades en las que más se

utilizó este procedimiento fueron Madrid y Barcelona, aunque Valencia tuvo cerca de cuarenta. Eso, sin contar un barco prisión y los presidios oficiales.

»En las checas se aplicaban todo tipo de torturas a los presos. En algunas, había celdas de castigo con el piso cubierto de ladrillos puntiagudos. A veces, se introducía a los detenidos en pequeños armarios en los que no podían moverse» —continué leyendo.

Leí con asombro cómo el historiador César Alcalá contabilizaba en sus estudios cuarenta y seis cárceles, entre las que se encontraban: el colegio de los Escolapios, en la calle Carniceros; en la calle Sorní; en la colegiata del Sagrado Corazón de Navellos; la iglesia de San Agustín; la Alameda; el convento de San Julián; plaza Na Jordana; el chalet Vila Rosa en el Grao; en Grabador Esteve; en Aparisi y Guijarro, en Santa Úrsula o en la Bailia.

—Ese es un número demasiado grande para que podamos cubrirlo. Tenemos que intentar reducir la lista. Ya has escuchado al comisario. No creo que esté por la labor de prestarnos efectivos para realizar registros en tantos lugares —dijo Roberto, enfrascado también en la búsqueda.

Asentí levemente mientras continuaba rastreando más edificios de la ciudad que, en algún momento, pudiesen haber sido utilizados como centro de reclusión. Al cabo de veinte minutos, una punzada de esperanza cruzó mi pecho.

—Puede que tenga la solución —dije con una sonrisa en los labios.



—Creo que hemos resuelto el acertijo —anuncié, sin resuello, al entrar en el despacho del comisario.

—No sé de qué manera trabajan en la Guardia Civil, pero aquí hay que llamar a la puerta —me reprendió de malos modos.

—¿No la ha oído? Creemos saber dónde puede estar retenida Mireya García —dijo Roberto, que llegó a la carrera tras de mí.

—Hablad. Tenéis poco tiempo. Acabo de convocar a la prensa. —Ojeaba los papeles que tenía sobre la mesa sin prestarnos la menor atención. Sus ojos saltaban de una línea a otra con rapidez, como si se asegurara de haberlos memorizado correctamente.

—No puede hacer eso. Ese chico es inocente. Estoy segura —dije. La desesperación impregnaba cada sílaba—. Hemos descubierto que la plaza de toros de Valencia fue utilizada, al menos durante el mes de abril del año 1939, como campo de concentración franquista. Una cárcel en la que fueron recluidos miles de soldados republicanos, derrotados tras la guerra —expliqué.

—¿Y? —fue lo único que salió de su boca.

—Que el acertijo decía «efímera prisión». El resto de los lugares que se usaron como cárceles improvisadas por el gobierno republicano tuvieron una duración más larga. Este es el que más se ajusta al acertijo —se apresuró a aclarar Roberto.

—¿Queréis que sigamos una pista basada en lo que creéis que es la solución a un acertijo que no sabéis quién coño ha enviado? —El tono de voz del comisario se fue elevando hasta acabar en un grito. Cerró los ojos y, tras un tenso silencio, volvió a abrirlos antes de continuar—: No pienso malgastar esfuerzos para seguir corazonadas sin sentido. Si me disculpáis, debo hablar con la prensa.

Roberto y yo permanecimos unos minutos de pie en el despacho del comisario tras su partida, perplejos ante su reacción. Había tenido muchos jefes a lo largo de mi vida, pero nunca ninguno tan testarudo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Roberto.

De su voz se desprendía que él también tenía la moral por los suelos.

—Yo pienso ir a la plaza de toros —resolví.

—¿Cómo piensas entrar? Porque siempre está cerrada, a no ser que se celebre algún evento.

—Ya pensaremos en ello.

Nos subimos en uno de los coches de camuflaje de los que disponía la policía y pusimos rumbo a la calle Játiva, en el centro de la ciudad, emplazamiento en el que se encontraba la plaza de toros. Estacionamos sin cuidado en una de las zonas prohibidas y bajamos a la carrera. Al margen de la afición patria por las tradiciones taurinas, yo debía reconocer que el recinto era una maravilla para la vista. Construido en ladrillo y madera, reflejaba la mezcla de estilos neoclásico y neomudéjar.

—¿Te has dado cuenta de lo cerca que queda este lugar de la discoteca en la que desapareció Mireya? —puntualizó Roberto.

—Sí, pero, aun así, esta es una de las zonas más concurridas de Valencia. Alguien debió haber visto algo —comenté, pensativa.

—Hombre, no es muy normal ver a alguien con una mujer al hombro —puntualizó mi compañero.

—¿Por qué crees que se mueve a pie?

—Esta parte de la ciudad es una locura. Es imposible encontrar aparcamiento. Solo lo he dado por hecho —respondió Roberto con un leve alzamiento de hombros.

—Sí, pero puede tener una plaza de garaje por aquí cerca. Tenemos que revisar las cámaras de seguridad de los alrededores de la discoteca y compararlas con las de la vía principal frente a la plaza de toros entre las dos y las cuatro de la madrugada del día del secuestro, a ver si algún vehículo coincide y nos resulta sospechoso.

—Pero revisar tantas imágenes nos llevará horas, puede que días —se quejó Roberto, que exhaló un bufido.

No respondí. Sabía por experiencia que esa era una de las peores partes de nuestro trabajo. Las largas horas encerrados frente a pantallas siguiendo pistas que, en su mayoría, no llevaban a ningún sitio. Esa era la cara oculta de las investigaciones.

Caminamos alrededor del edificio buscando algún punto de acceso, pero todas las puertas estaban convenientemente cerradas y no encontramos a ningún vigilante de seguridad. Una hora más tarde, con los nervios a flor de piel y el ánimo por los suelos, Roberto dio un puntapié a una lata que alguien había dejado tirada. Los restos del refresco salieron disparados y pequeñas gotas

salpicaron el bajo de sus pantalones, pero a mi compañero no pareció importarle.

—¡Esto es una gilipollez! ¡Estamos perdiendo el tiempo! —gritó Roberto al tiempo que dejaba caer su peso contra una de las paredes del edificio.

—No digas eso. Nuestra pista es buena, pero, sin el consentimiento del comisario, era prácticamente imposible que pudiésemos entrar —respondí, abatida.

Permanecimos en silencio durante los minutos que siguieron, apoyados en uno de los arcos de la planta baja. Un sentimiento de rabia e impotencia me invadió. Mireya podría estar allí mismo, a unos cuantos metros de mi posición, y yo no podía hacer nada más por salvarla. Estaba atada de pies y manos. De pronto, una de las palmas de Roberto se posó sobre mi hombro.

—No te castigues más. Hemos hecho lo que hemos podido —dijo en un tono más sosegado—. El lunes trataremos de convencer al jefe. Ve a casa y recupera fuerzas este fin de semana. Además, es muy posible que nos hayamos equivocado con el acertijo y estemos siguiendo una pista falsa —añadió justo antes de poner rumbo al coche.

Si Roberto pensaba aquello de verdad o no era un misterio para mí, pero no pude más que aceptar nuestra derrota en aquella batalla. Entendía la presión a la que estaba sometido el comisario, su afán por encontrar un sospechoso al que poder lanzar a los leones y que calmase el desasosiego de la familia de la víctima. Pero ese hormigueo en la boca de mi estómago no cesaba.

De camino a casa de Óscar, traté de recomponerme del mal humor que me embargaba, en vano. Él apenas tardó unos segundos en descifrar mi negro estado de ánimo.

—Ruth, cuéntamelo, por favor —rogó, preocupado.

Miré sus ojos color esmeralda durante unos segundos con el único fin de ganar un poco de tiempo para ordenar todo lo sucedido en la última semana.

—Hace unos días, llegaron a comisaría unas hojas de periódico, en concreto de la sección de pasatiempos —comencé.

—¿Y eso qué tiene que ver con la investigación?

Levanté las manos para indicarle que no interrumpiese mi relato y me dispuse a continuar.

—En el sobre decía: «A la atención de Ruth Lago».

De nuevo, tuve que tomarme unos segundos para reunir valor de confesar lo que venía. Siempre me sentía del mismo modo cuando hablaba de él con Óscar. Era como si, de algún modo, los estuviera traicionando a ambos. Sabía que era absurdo, pero los sentimientos eran difíciles de controlar.

—Yo siempre completaba esos crucigramas y acertijos con Javier. Cada día. Era nuestro ritual, algo que, pasara lo que pasase, nos mantenía cerca del otro. Un momento solo nuestro.

El rostro de Óscar se ensombreció hasta ocultarse tras una fría máscara con la que trataba de esconder sus pensamientos. Tardé unos minutos en continuar; sin embargo, esa vez no hubo interrupciones.

—Creo que el secuestrador escribió el acertijo de esas páginas para mí. De alguna manera, debe de saber que esa era la prueba en la que yo siempre ganaba, y, antes de que me lo preguntes, no tengo ni idea de cómo ha podido averiguarlo. Se me daba bien, y a Javier, muy mal. —Una sonrisa de tristeza surcó mi rostro sin pedir permiso—. El acertijo dice: «Si con vida la quieres encontrar, bajo la efímera prisión de Valencia has de buscar».

—¿Cómo sabes que no es mera coincidencia?

—Tú no crees eso —respondí con frustración.

Sabía lo que Óscar estaba intentando. Si ese caso tenía algún nexo con mi pasado, todo cambiaba. Sería algo personal. Lo observé recorrer el salón de su piso sin cesar durante diez largos minutos.

—No quiero que corras ningún peligro —dijo al fin—. Odio no poder estar cerca de ti, ayudarte. Me estoy volviendo loco.

Me levanté del sofá y me acerqué a él. Comprendía la impotencia que sentía, pero aquello debía resolverlo yo sola. Le aparté el pelo que caía por su frente y observé su rostro. La familiaridad de sus facciones deshizo el nudo de mi estómago. Respiré el aroma de su piel y dejé que se colara en mi sistema nervioso.

—Lo estás haciendo. Esto es lo que necesito de ti: que me apoyes, que me escuches, que estés a mi lado cuando me derrumbo, que me recuerdes por qué hago esto —susurré en su oído.

Noté cómo su cuerpo se estremecía, no sabía si de placer o de exasperación, pero no me importaba. Mis labios no tardaron en deslizarse por su mentón hasta alcanzar los suyos, esos en los que tantas veces me había perdido. Dejé que su piel adormeciera mi juicio. Abrí los botones de su camisa, sin delicadeza. Lo único que quería era que Óscar me hiciese olvidar.

—Espera, ¿por eso Lucas se ha llevado esta mañana una fotografía del acertijo que nos dejó el hombre de la boina? —dijo de pronto, separando su cuerpo del mío—. ¿Acaso crees que puede ser el mismo hombre? —añadió con una mezcla de sorpresa, decepción y temor.

—No lo sé, puede que solo sea una tontería, pero ¿qué probabilidad existe de que haya dos locos sueltos a los que les guste dejar acertijos? —respondí con voz cansada.

—Ruth, eso lo cambia todo.

Sus manos recorrieron mi rostro en una súplica acompasada. Eran sedosas en contacto con mis mejillas, o puede que solo fuera mi piel reaccionando a sus caricias. Me centré en sus ojos, que lanzaban un silencioso grito de preocupación.

—Te prometo que tendré mucho cuidado. No correré ningún riesgo. Siempre iré acompañada y te mantendré informado de todos mis pasos, ¿de acuerdo?

Era lo mínimo que podía hacer. Sabía que esas promesas no detendrían su impulso por controlar cada detalle que pudiera ponerme en peligro tras descubrir la posibilidad de que el hombre misterioso estuviese implicado, pero, al menos, lo aplacaría.



# CAPÍTULO 12

## *Ruth*

«Nada es permanente en este mundo perverso. Ni siquiera nuestros problemas».

Charles Chaplin

A pesar de mis esfuerzos por encauzar la situación hacia la normalidad, no tuve éxito. El ambiente entre ambos se había enrarecido. Óscar se mantuvo distante y agobiado durante toda la cena, así que decidí que lo mejor sería dormir en mi casa esa noche. Lo único que quería era evadirme del caso, de la investigación, del trauma de mi secuestro y del hombre misterioso que parecía seguir al acecho; sin embargo, Óscar tenía todos aquellos factores tatuados a fuego en su cara. Los veía reflejados en sus ojos cada vez que me

miraba y, aunque él no tenía la culpa, no era lo que más me convenía en aquellos momentos.

La mañana siguiente, me levanté con energías renovadas. Ese día Lucas celebraría su cumpleaños y, a riesgo de parecer egoísta, era lo que yo necesitaba: una reunión con amigos para festejar la vida. Sin más. Repasé la mochila por tercera vez para cerciorarme de que tenía todo lo necesario: pijama, ropa limpia, neceser y zapatos. El timbre de la puerta me devolvió a la realidad. Miré el reloj de mi muñeca; todavía faltaban diez minutos para que llegase Óscar. Debía de ser mi padre. Le había pedido que se hiciesen cargo de Piccolo mientras nosotros pasábamos el fin de semana en Valencia. No quería que mi perro se quedase solo tanto tiempo.

—¡Hola, papá!

—¡Hola, cariño! ¿Ya estás lista? —preguntó con su buen humor de costumbre.

—Creo que sí, solo falta que llegue Óscar y pongamos rumbo al hotel. No sé en cuál nos alojaremos porque ha querido darme una sorpresa, así que ya os contaré qué tal está —expliqué mientras me hacía a un lado para dejarlo entrar.

Piccolo pareció entender que ese fin de semana se iba de excursión con los abuelos, porque se puso a ladrar y a sacudir la cola con una alegría desmedida. Su reacción disipó mis dudas sobre si mis padres lo consentían demasiado. Es curioso cómo un simple pensamiento puede empujarte a un recuerdo doloroso. «¿Habrían consentido a su nieto?», me pregunté. Estaba segura de conocer la respuesta. Cuando perdí el bebé tras el secuestro, nunca me planteé el sufrimiento de quienes me rodeaban. Estaba tan expuesta a mi propio dolor que era incapaz de percibir el de los demás.

—Hija —comenzó a decir mi padre, con duda en la voz—. Sé que no es asunto mío, pero ¿estás bien con Óscar? Quiero decir, ¿tú estás bien? ¿Quieres seguir con él? Es que como todavía no vivís juntos después de lo que te sucedió… No quiero que continúes con una relación que te haga infeliz por miedo a dar el paso de la ruptura. No le debes nada. Si no quieres seguir a su lado, solo sé sincera —añadió.

Nunca había hablado con mi padre de temas tan profundos y personales, por lo que me cogió desprevenida. Él no era de los que se sentían cómodos hablando de sentimientos, tampoco demostrándolos.

—Te aseguro que no es nada de eso. Nuestra relación va bien. —Intenté zanjar aquella incómoda charla.

—Pero, hija, ¿tú lo quieres? —insistió.

Sus profundos ojos oscuros, casi negros, trataban de descifrar la veracidad de mi respuesta. En ese momento me di cuenta de lo mucho que había envejecido desde mi secuestro: las arrugas surcaban su frente; sus párpados se habían caído; incluso parecía tener más canas. Su aspecto me confirmó lo egoísta que había sido por pensar que yo era la única que había sufrido.

—Sí, papá, es solo que…

—¿Quieres pasar cada día de tu vida junto a él? —me cortó.

—Sí, pero…

—Entonces, no veo que haya ningún problema que no podáis solucionar juntos, como hacemos todas las parejas. Sé que tú siempre has sido muy independiente, pero compartir tu vida con otra persona requiere algo de sacrificio por ambas partes y, sobre todo, valentía, y tú posees las dos cualidades.

Esa reflexión tan natural y cierta se abrió paso en mi interior como un rayo de sol entre la niebla. Los argumentos que mi padre había esgrimido eran tan simples que yo había sido incapaz de verlos. Hasta ese instante. El timbre de la puerta nos interrumpió; sin embargo, guardé sus palabras con celo en mi mente para reflexionar sobre ellas más tarde.

—¡Hola, Óscar! —saludé al abrir la puerta.

La sorpresa se dibujó en su rostro ante mi efusivo saludo, dadas las circunstancias en las que nos habíamos despedido la noche anterior. Cuando su mirada se detuvo en mi padre, pareció encontrar la respuesta y un relámpago de dolor atravesó su rostro, uno que, estaba segura, habría pasado inadvertido para mi padre, aunque no para mí.

—¡Bueno, pareja! Pasadlo muy bien el fin de semana, y, Óscar, saluda a tu hermana de nuestra parte. Dile que estamos deseando

conocerla —se despidió mi padre, con Piccolo saltando a su alrededor.

—Se lo diré. Estoy seguro de que la idea de conoceros la entusiasmará —respondió Óscar.

—¿Estás bien? —pregunté una vez que vi alejarse el coche de mi padre.

—No lo sé, Ruth. No me gusta esto. Me resulta desagradable tener que fingir que estamos bien cuando la realidad es distinta —dijo justo antes de coger mi bolsa y llevarla hacia el coche.

Tenía razón. Era incómodo aparentar frente a los demás una normalidad que ninguno sentía, pero yo estaba dispuesta a hacer todo lo que estuviera en mi mano por cambiar esa situación. Quería que lo mío con Óscar saliese bien.



Óscar no me decepcionó con la elección del alojamiento en el que pasaríamos la noche: una de las *suites* de un lujoso hotel en la playa de la Malvarrosa. El sonido de las olas inundaba la habitación y reverberaba en las paredes. La brisa hacía ondear las cortinas, que parecían danzar con el Mediterráneo. Desde los ventanales, se podía vislumbrar la inmensidad del mar. Me acerqué a la puerta de cristal que daba acceso al amplio balcón, embrujada por la belleza que me regalaba el paisaje. Cerré los ojos durante unos instantes y dejé que la marea se llevara mis miedos e inseguridades. Aspiré el aroma a sal, y el tibio sol de marzo calentó mi rostro.

Sentí a Óscar a mi lado incluso antes de abrir los ojos.

—¿Te gusta? —preguntó con su voz honda.

No quería estropear aquella idílica escena con palabras, así que dejé que me acogiera entre sus brazos, en un lugar en el que me

sentía a salvo. A salvo de desapariciones, de acertijos, de dolor y de interrogantes pasados y presentes. Noté sus besos en mi mejilla y una sonrisa apareció en mi rostro como respuesta.

—Gracias por esto. Lo necesitaba —dije al fin, y le di la espalda al mar para poder bucear en las profundidades de aquellos ojos que me miraban con tanta intensidad. En ellos solo percibí sinceridad y amor.

—Lo sé; yo también. Tú eres todo lo que necesito. Quiero que lo sepas.

—Cuando todo esto acabe, lo de la investigación —dije, sin miedo a equivocarme—, quiero que vivamos juntos. No quiero separarme de ti nunca más.

Óscar abrió mucho los ojos. Estaba claro que no se esperaba mi propuesta. En su mirada despuntó un brillo que delataba su emoción. No era el sí que él aguardaba, pero era el sí que yo podía darle en ese momento, y Óscar era consciente de ello.

—¿Estás segura? Ruth, yo solo quiero que lo nuestro salga bien. Puedo esperar el tiempo que sea necesario. —El temblor de su voz mostraba inquietud ante mi posible respuesta.

—No necesito esperar. Te quiero y quiero que vivamos juntos.

Acunó mi cara entre sus manos y descansó su frente sobre la mía. Su respiración me hizo cosquillas en los labios y no pude evitar sonreír. Él también lo hizo. Estaba segura de no haber experimentado nunca nada tan especial como un beso sonriente. Me guio hacia la cama y dimos rienda suelta a la pasión sobre el mullido colchón del hotel. Las olas seguían su incesante vaivén, y, por un momento, creí que flotaba en el mar. Óscar navegó por mi cuerpo con destreza, recorriendo con sus labios cada centímetro de mi piel hasta alcanzar mis marcas, las cicatrices que afeaban mi tez y oscurecían mi alma. Él conseguía arrebatarles ese poder. Conseguía que las sintiera parte de mí.

—Eres perfecta —dijo con la voz empañada a causa del deseo.

Sus labios atacaron los míos y, esa vez, le permití ganar. Dejé de luchar, dejé de temer, dejé de preguntarme por el origen de mis miedos y me entregué a él. En esa *suite*, frente al mar, tan solo éramos nosotros.



El local en el que tendría lugar la fiesta de cumpleaños de Lucas estaba a apenas quinientos metros del hotel, por lo que decidimos ir caminando para disfrutar de la luz con que la luna bañaba el mar, embelleciéndolo aún más. La brisa nocturna revolvió algunos mechones de mi pelo, que, rebeldes, habían huido del moño informal con el que yo había complementado mi vestido.

—Ruth, esta noche estás radiante.

Óscar me contemplaba como si yo fuese lo más precioso en la bucólica estampa que tenía ante sí. Sus ojos esmeralda refulgían como dos astros que compitiesen en atractivo con la mismísima luna.

—Tú tampoco estás nada mal —respondí con una sonrisa.

Ya estaba acostumbrada a verlo vestir de manera elegante, pero nunca era suficiente. No sabía si alguna vez llegaría a bastarme. Observarlo con ese aspecto siempre lograba que las mariposas revolotearan de nuevo en mi estómago. Yo, en cambio, era de las que siempre vestían de modo desenfadado, por lo que la expresión de sorpresa en su rostro estaba más que justificada. Noté su mano, firme y cálida, en la parte baja de mi espalda, y un latigazo de placer se instaló en mi intimidad. Si me paraba a pensarlo, quizá no hubiera sido tan buena idea, teniendo la tentación tan cerca, elegir un vestido cuya abertura en la espalda llegaba hasta la parte alta de mi trasero.

En menos de diez minutos, llegamos al local donde Lucas había alquilado un reservado. Sin duda, había sido escogido a conciencia. Nada más entrar en él, parecía transportarte a una playa caribeña.

—¡Chicos, estoy aquí! —gritó Lucas desde el fondo del local, con un colorido cóctel en la mano.

—¡Lucas, muchas felicidades! Por cierto, este lugar es fantástico —alabé.

—Tú sí que estás fantástica ¿Qué haces más guapa que yo en mi propia fiesta? —preguntó, y me obligó a girar sobre mí misma para no perder detalle de mi *look*.

—Nadie podría hacerte sombra —bromeé—. ¿Te gusta? —pregunté con timidez.

—Estás preciosa —dijo Matías mientras abrazaba a su novio por la espalda y le besaba la mejilla con ternura.

Leí reconocimiento en la mirada de mis amigos. Los ojos de ambos saltaban de Óscar a mí y supe que se alegraban de vernos tan felices.

—Bueno, ¿aquí se sirve alcohol o solo esas bebidas de colorines? —preguntó Óscar, alejándose con Lucas.

—De verdad, Ruth, me alegro muchísimo de veros tan bien —me dijo Matías cuando nuestras respectivas parejas ya no podían escucharlo—. No hace falta que me digas nada para saber que habéis hecho algo más que hablar de vuestra situación.

—Todavía quedan cosas por definir, pero lo quiero tanto, Matías, que no quiero sufrir más ni hacerlo sufrir a él. Cuando concluya la investigación, viviremos juntos, y lo de la boda… Bueno, ya se verá —dije con una sonrisa.

—Paso a paso. Lo que habéis sufrido es algo gordo, una de esas situaciones que te cambian la vida y te dejan huella, así que no tenéis por qué forzar nada.

La fiesta resultó ser lo que todos necesitábamos: un oasis de paz y felicidad. Uno en el que no había acertijos, ni crímenes, ni secretos, ni dudas. Solo Lucas era capaz de conseguir algo así. Estuvo radiante durante toda la velada, con una insondable sonrisa que iluminaba su rostro y lo hacía parecer más joven. Matías, de personalidad más retraída, intentaba mantenerse en un segundo plano; sin embargo, no podía evitar que el amor que sentía por Lucas se desbordase de su mirada. Pasada la medianoche, y con algunas copas de más en la sangre de todos los presentes, Lucas

atrajo la atención de sus invitados para pronunciar unas palabras. Observé a mi amigo: la luz que irradiaba, su alegría y su bondad. No podía sentirme más orgullosa de incluirme entre sus personas favoritas.

—Como todos sabéis —comenzó—, estamos celebrando mi cumpleaños, este año con más motivos que nunca. He tenido que darme cuenta por las malas de lo mucho que se te puede joder la vida —hizo una pausa, durante la que se esforzó, sin éxito, por no mostrar la debilidad que sentía—, y no pienso malgastar ni un solo segundo de la mía rodeándome de gente que no me acepta o intentando amoldarme a los cánones socialmente aceptados. Así que he decidido ser yo el que elija qué rumbo tomar y con quién. —Alzó su copa en nuestra dirección y una lágrima manó de mis ojos—. Y he tomado una decisión; bueno, hemos tomado una decisión. —Lucas alargó una mano para alcanzar la de Matías y lo atrajo hacia sí —: Esta maravillosa persona me ha pedido matrimonio, y no imagino otro plan mejor para el resto de mi vida que pasarla junto a él.

Vítores de júbilo resonaron por todo el local, sumados a las felicitaciones de todos los presentes, que se agolpaban alrededor de los futuros novios. Óscar y yo nos mantuvimos a una distancia prudencial hasta que el alboroto amainó.

—Lucas; Matías, enhorabuena. No sabéis lo mucho que me alegro por ambos —dije mientras me fundía en un abrazo conjunto.

Aquello me devolvió la esperanza. Esperanza en que, por muy dura que fuese la vida, siempre daba un respiro. No existía nadie que se mereciera más esa felicidad que Lucas.

—Chicos, me alegro muchísimo —dijo Óscar—; aunque, Matías, ¿estás seguro de lo que has hecho? Le has dado a este loco la oportunidad de oro para celebrar una fiesta por todo lo alto.

El tema de conversación durante el resto de la velada no podía ser otro más que la futura boda de Lucas y Matías. Óscar trataba de aparentar normalidad, pero no podía esconder el atisbo de dolor que debía de sentir al pensar en qué habría ocurrido si mi respuesta a su pregunta hubiera sido un sí.

Decidimos hacer el camino de regreso al hotel por la orilla del mar, a pesar del frío que azotaba aquella madrugada. Óscar pareció

percibir mi destemplanza, así que se despojó de su chaqueta y la extendió sobre mis hombros, aportando una sensación de bienestar a mi cuerpo. Aspiré el aroma de la prenda, que olía a él, y de nuevo se dibujó en mis labios una sonrisa, de la cual solo él era destinatario. Me detuve para observar nuestras manos entrelazadas.

—Óscar, sé que lo de esta noche no ha sido fácil para ti. La noticia de la boda —especifiqué.

—Ruth, no te preocupes, no pasa nada. Me alegro mucho por ellos…

—Déjame continuar. —Tomé aire y contemplé su rostro—. Sé que te alegras por nuestros amigos, pero también que sufres porque piensas que mi reticencia puede deberse a inseguridad con respecto a nuestra relación. No es así. Tú eres lo único cierto y constante en este momento de mi vida. Quiero que entiendas esto bien: deseo pasar el resto de mi vida contigo, pero tengo una herida que todavía no he podido cerrar. Necesito terminar con mi pasado y resolver qué tiene que ver con mi presente para que no afecte a mi futuro —dije, intentando desembrollar el lío que anidaba en mi interior.

Óscar sujetó mi rostro entre sus manos y me miró con fijeza antes de responder.

—Yo estaré aquí, a tu lado. Esperaré hasta que estés lista.



Salí al balcón para tomar un poco de aire fresco tras el apasionado momento de intimidad que acababa de vivir con Óscar. «¿Por qué no puede ser la vida siempre como esta noche?», me pregunté. Sabía que yo tenía la respuesta a ese interrogante: era mi mente la que ponía las trabas, obstáculos en mi camino que me hacían dudar. En el interior de la habitación, Óscar salió del cuarto de baño y se

dirigió hacia mí. Me ladeé para poder contemplarlo; sin embargo, en el proceso, algo más entró en mi campo de visión: una figura negra que me observaba, y que desapareció tan rápido como se había presentado.

—Ruth, ¿estás bien? Cariño, estás temblando —dijo Óscar, colocándose junto a mí.

Dudé unos segundos si compartir mis temores con él. No quería guardarle ningún secreto, sobre todo, debido a lo que eso había supuesto para nosotros en el pasado. También sabía que esa información lo sumiría en un estado de alerta del que no podría deshacerse hasta atrapar a ese tipo; sin embargo, no quería que más secretos ni mentiras enturbiaran nuestra relación. No en ese momento, en que me sentía tan unida a él de nuevo.

—Me ha parecido ver algo —claudiqué.

—¿Dónde? —se apresuró a preguntar. Recorrió con la mirada cada resquicio de la playa.

—Bajo el cartel luminoso de aquel bar, al lado de esa callejuela. Pero puede que solo sea mi imaginación jugándome una mala pasada.

Intenté restarle importancia, pero, al observar su rostro, supe que no lo había conseguido.

—Era él, ¿verdad? —preguntó antes de enfocarse en mis ojos.

Asentí con la cabeza, derrotada. Él me recibió entre sus brazos, acogiéndome sin condiciones, y allí me sentí más libre de lo que había estado en los últimos meses. Sin embargo, sabía que el enigma de la identidad de ese tipo era un fantasma que nos perseguía a ambos. Y ¿cómo se puede vencer a un fantasma?



# CAPÍTULO 13

## *Ruth*

«Yo creo que nada sucede por casualidad, ¿sabes? Que, en el fondo, las cosas tienen su plan secreto, aunque nosotros no lo entendamos».

La sombra del viento, Carlos Ruiz Zafón

No había conseguido deshacerme del hormigueo que llevaba meses forjándose en mi pecho y en mi cabeza. Lucía Castillo era la hermana de Óscar. Su única familia. Sabía lo importante que era en su vida. «¿Y si no encajamos? ¿Y si no le gusto para su hermano?», me preguntaba una y otra vez. Era precisamente eso lo que más me preocupaba. Mi pasado era complejo. Nadie que atravesara por lo mismo que yo salía indemne de ello: la desolación tras la muerte de Javier, la rabia por no haber podido salvarlo, la soledad que había

crecido en mi pecho, mi secuestro, la traición de Óscar, las secuelas físicas, la pérdida de nuestro bebé. La lista era larga, por no hablar de las sombras que todavía me acechaban. Además, estaba el tema de la boda. ¿Entendería Lucía mi ausencia de respuesta? Demasiadas incógnitas. Traté de ponerme en su piel, solo para descubrir que, de estar en su lugar, me costaría aceptarla como la pareja de mi hermano.

—¿Lista?

Ni siquiera me había dado cuenta de que el coche se había detenido ni de que Óscar sujetaba mi puerta en un gesto de caballerosidad. Acepté la mano que me tendía y me dispuse a afrontar la situación.

—Ruth, escúchame: no tienes de qué preocuparte. Estoy seguro de que a mi hermana le vas a encantar.

Ahí estaba, una vez más, la confirmación de que Óscar parecía comprenderme, incluso mejor que yo misma. Caminamos hacia el paseo de la Alameda. Lucía se había encargado de efectuar la reserva del restaurante, por lo que solo contábamos con una dirección. La Ciudad de las Artes y las Ciencias coronaba el maravilloso paisaje levantino. Era curioso cómo la ciudad parecía compaginar de un modo tan perfecto la modernidad con la tradición, ya que numerosas huertas resistían con orgullo frente a los majestuosos edificios. Cuando al fin llegamos a la dirección que Lucía nos había facilitado, ambos contemplamos la fachada del restaurante con una mezcla de asombro y curiosidad: cerezos en flor se erguían al final de un pasillo custodiado por múltiples *toris*. Al llegar, una de las trabajadoras nos saludó de una manera muy peculiar:

—Hemos viajado a Japón y ahora estamos cruzando las puertas *tori*, que conectan el mundo espiritual con el mundo terrenal. Las más conocidas son las del parque Fushimi Inari, de Kioto, ya que forman la fila más larga que hay. Una vez cruzadas, nos adentraremos en un pequeño jardín de *sakura* que hoy nos permitirá viajar en el tiempo: una puerta nos llevará a Kioto en el año 1620, y la otra, al futuro, al año 3050. ¿Recordáis a dónde vais a viajar hoy?

Óscar se apresuró a informar de que la mesa había sido reservada en el pasado. Observé estupefacta el mimo con el que estaba decorado cada rincón de aquel local, como si al atravesar sus puertas te absorbiera la cultura japonesa. Yo no era una experta en el país nipón; sin embargo, debía reconocer que me fascinaba.

Cruzamos un estrecho puente de madera justo a tiempo para ser recibidos por uno de los camareros:

—¿Puedo ayudarles?

—Sí, tenemos una reserva a nombre de Lucía Castillo —indicó Óscar.

—La señorita Castillo ya ha llegado. Su mesa se encuentra en uno de los *washitsu* del pasado —comentó el camarero mientras nos guiaba hacia uno de los comedores.

—¿En el pasado? —pregunté.

El hombre me contempló con una sonrisa.

—Nuestro restaurante está dividido en tres espacios: pasado, futuro y la terraza. Los clientes pueden elegir si degustar nuestra carta en nuestro salón japonés tradicional, en nuestro luminoso salón futurista o disfrutando del clima de Valencia en la terraza —respondió antes de reanudar su camino.

Nos mantuvimos en silencio el resto del trayecto, estudiando maravillados todo lo que nos rodeaba. Las flores de los cerezos adornaban el techo del restaurante, y varios farolillos nadaban sobre una corriente de agua, sobre la cual se hallaban los *washitsu*.

—¡Óscar! —gritó una joven, cuyos ojos verdes la delataban como la hermana de mi novio.

—¡Ey, pequeñaja! ¡Cuánto me alegro de verte! —La ternura se reflejó en el rostro de Óscar.

Me deleité en esa nueva faceta suya, desconocida para mí. A pesar de que me había hablado en cientos de ocasiones sobre su hermana, y siempre con mucho cariño, jamás le había visto esa actitud tan dulce con nadie.

—Tú debes de ser Ruth. Me moría de ganas por conocerte. —Lucía me regaló un afectuoso abrazo que disipó todos mis miedos.

Ya en la mesa, mientras los hermanos se ponían al corriente de los últimos acontecimientos de sus vidas, disfruté contemplando esa

escena tan familiar. A pesar del incuestionable parecido físico entre ambos, los rasgos duros y la expresión seria de Óscar, fruto de su experiencia vital, contrastaban con la ingenuidad y ternura de Lucía.

—¿Por qué has tardado tanto en presentarme a Ruth? ¡Ya empezaba a pensar que solo eras una invención de mi hermano! —exclamó esta, divertida, mirando en mi dirección.

—Yo también tenía muchas ganas de conocerte. Óscar me ha hablado mucho de ti. —No podía borrar la sonrisa de mis labios.

—No sé cómo soportas a este adicto al trabajo, aunque reconozco que está mucho más cambiado desde que tú apareciste. Casi parece una persona normal —comentó ella entre risas.

Puse mi mano sobre la de Óscar cuando noté el rubor en sus mejillas. No debía de estar acostumbrado a que su hermana hiciese aquellos comentarios tan íntimos frente a otras personas. Aun así, me gustó descubrir esa parte de Óscar, la que ocultaba del resto del mundo que no fuese su hermana. Vislumbré al Óscar protector, tierno y dulce al que nadie conocía. Descubrí al Óscar hermano y, en cierto modo, padre, ya que Lucía era muy pequeña cuando ambos se quedaron huérfanos. Lucía, por su parte, lo miraba con un amor puro, incondicional, de esos que solo puedes sentir por personas que llevan tu misma sangre y a las que querrías a pesar de todo. Mientras los hermanos charlaban entre sí, lo tuve claro: ese era el Óscar de verdad, y no el que mostraba en el trabajo o en ciertos eventos sociales. Sin embargo, resultaba extraño verlo tan vulnerable, tan expuesto. Él, que siempre ocultaba sus sentimientos tras una coraza de hierro forjado, se encontraba entonces con el corazón desnudo. Yo no sabía si Lucía era conocedora de las dos versiones de su hermano, aunque era más que probable que así fuese. Quizá ese fuera el motivo por el cual lo contemplaba con tanta adoración.

Disfrutamos de una comida deliciosa en una compañía inmejorable. Lucía era una jovencita encantadora. Óscar había hecho un buen trabajo con su crianza y su educación. Me sorprendió que, a pesar de la diferencia de edad, en ciertos aspectos parecía más madura que su hermano. Tenía muy claro hacia dónde quería encaminar su futuro y parecía no importarle lo que pensasen los

demás. En definitiva, el físico era lo único en que se asemejaban ambos.

—Y cuéntame, ¿trabajas? —pregunté con sincero interés.

—Sí. Después de terminar la carrera, a la empresa en la que realicé las prácticas le agradó mi perfil y me contrató. Me encargo del *marketing* de agencias turísticas y turoperadores que contratan nuestros servicios para darse a conocer, incluso de manera internacional —explicó Lucía.

—¡Vaya! Nunca había conocido a nadie con esa profesión, suena muy interesante —comenté, fascinada.

—Lo es. Además, me da la oportunidad de viajar, algo que me encanta. Mi sueño es poder montar mi propia empresa algún día y viajar por todo el mundo —dijo antes de soltar un sonoro suspiro.

—Mi hermana es una soñadora, como ya habrás podido comprobar.

—Hermanito, a veces los sueños se cumplen. Tú, mejor que nadie, deberías saberlo.

Lucía miró en mi dirección y esa vez fui yo la que no pudo esconder el rubor. Tras unos segundos de incómodo silencio, Óscar se disculpó para dirigirse al aseo.

—Ruth, tengo que agradecerte todo lo que estás haciendo por mi hermano. Tú no sabes cómo era él antes de conocerte. —El rostro de Lucía se ensombreció—. Ha tenido que pasar por mucho, y cuidar de mí tampoco ha sido fácil. Sé que todo se lo debo a él, y me alegro de verlo feliz —añadió con dulzura.

—Yo no he hecho nada especial… —Escondí la mirada en los restos de *okashi* de mi plato.

—Si lo hubieras conocido antes, lo entenderías. Solo quería darte las gracias por ser su compañera y por entrar en nuestra pequeña familia —dijo Lucía. La emoción era visible en sus verdes iris.

Alargué mi brazo sobre la mesa y estreché su mano. No pude evitar que la emoción también alcanzase mis ojos. Óscar me había contado su historia, pero yo no podía llegar a imaginar lo duro que había tenido que ser para Lucía, siendo tan pequeña. Sentí una combinación de alivio y felicidad al escuchar sus palabras. Esa chica

tan cariñosa se había hecho un hueco en mi corazón en tan solo unas horas.

—Bueno, ya basta de hablar de Óscar y de mí, ¿qué me cuentas de tu corazoncito? ¿Está ocupado por alguien especial?

El semblante de Lucía adoptó una expresión soñadora mientras contemplaba las ramas de los cerezos que decoraban el techo del local.

—Absolutamente nadie. No sé qué me pasa, pero soy incapaz de encontrar a alguien que sea bueno, sincero, que comparta mis aficiones e inquietudes y, a poder ser, guapo.

Ambas reímos ante su descripción de la pareja perfecta.

—No desesperes, ya aparecerá. A ti no te pasa nada. Eres guapa, inteligente y divertida. Ningún hombre como Dios manda te dejaría escapar —aseguré.

—O mujer —apostilló Lucía, y me guiñó un ojo—. No se lo digas a mi hermano o le dará un infarto, pero me he instalado una aplicación de citas para ver si así consigo conocer a alguien especial —añadió, sin perder de vista la puerta por la que debía aparecer Óscar.

—Lucía, ten cuidado. Nunca sabes qué tipo de gente hay al otro lado de una pantalla. Puede ser peligroso —aconsejé.

—Vaya, veo que tú también compartes aficiones con mi hermano. —Rio ante su propio comentario—. No te preocupes, tendré cuidado. He tenido al mejor maestro.

—Lo siento, es que estoy investigando la desaparición de esa pobre chica y estoy bastante susceptible. Además, con todo el tema de mi secuestro… —Dejé que la frase muriera a medio camino. Ella me miró desde el extremo opuesto de la mesa con una sonrisa triste.

—Lo entiendo. Mi hermano me comentó algo al respecto, aunque lo cierto es que apenas hablaba del tema. ¿Sabes una cosa? Durante esas semanas pensé que, si no lograba dar con tu paradero, se moriría. Estaba muy preocupada por él. Óscar se guarda todo para sí: el dolor, la tristeza, el miedo. No quiere compartir esa carga con nadie, y me preocupa que pueda con él.

No supe qué responder, así que observé cómo se pasaba las manos por su desenfadada melena castaña, en un gesto idéntico al que solía hacer Óscar cuando estaba nervioso o preocupado.

—Hagamos algo —propuso Lucía—: cada vez que tenga una cita con alguien, te mandaré su perfil y te informaré de dónde vamos a quedar. Por seguridad. Siempre escojo lugares públicos en los que haya mucha gente, como ese local temático del centro, o en el que preparan unas hamburguesas veganas de escándalo.

—Me parece una idea fantástica. Además, así podré enterarme de qué sitios están de moda. Me he quedado desfasada —bromeé.

—Tranquila, estás con la persona indicada. Además, a mi hermano no le vendría nada mal salir de su burbuja de crímenes y desgracias y disfrutar un poco de la vida.

Su entusiasmo y su forma de ver la realidad eran contagiosos. Descubrí en Lucía a una de esas personas con un aura de positividad difícil de encontrar, y, para qué negarlo, me venía de perlas en esos momentos.

Continuamos compartiendo confidencias, como, por ejemplo, que había tenido una relación de ocho meses con una chica que le había roto el corazón, que le encantaba todo lo relacionado con el arte y que le gustaría tener muchos hijos, siempre que su economía se lo permitiese. No pude evitar recordar mi embarazo y el bebé al que perdí. Que perdimos. Lucía habría sido una tía fabulosa. Ella parecía no saber nada del tema, así que preferí guardarme la tristeza.

Cuando Óscar llegó, su hermana comenzó a desenterrar vergonzosos secretos de su infancia y adolescencia, lo que provocó cierta tensión en el ambiente. Yo no pude evitar reír a carcajadas ante la naturalidad con la que Lucía desgranaba aquellas anécdotas, haciendo caso omiso a las quejas de él. Durante las horas que duró la velada, me olvidé de que Lucía no era mi hermana, sino la de Óscar. Me sentí acogida y querida, como solo eres capaz de sentirte en familia. Sin embargo, una llamada de Roberto rompió la atmósfera en mil pedazos.

—¿Roberto? ¿Ha pasado algo?

Sabía que debía existir un buen motivo para que mi compañero llamase en mi día libre. En nuestra profesión, el descanso era sagrado. Era la única manera de desconectar y mantener la cordura.

—Siento molestarte, no lo habría hecho si no fuera urgente —comenzó. Su voz temblorosa sonaba extraña en él—. Verás, es que creemos que hemos encontrado a Mireya.

—¿Está viva? —atiné a preguntar.

—No —respondió.

—Voy para allá. Dame tu dirección.

—En la plaza de toros —fueron sus únicas palabras.

Colgué la llamada sin un adiós, sin un «lo sabía», sin una expresión de lamento. En mi interior solo había sitio para la rabia que comenzaba a campar a sus anchas, incendiando todo lo que encontraba a su paso. Permanecí inmóvil varios segundos, presa de una tristeza y de unas lágrimas invisibles a las cuales no tenía derecho, hasta que la voz de Óscar me rescató.

—Cariño, ¿es Mireya? ¿La han encontrado?

—Sí, debo marcharme. Lo siento —dije, tomando consciencia al fin de dónde me encontraba.

El rostro de Lucía denotaba consternación. Sin duda, la situación debía de antojársele extraña, a pesar de la profesión de su hermano. Traté de forzar una sonrisa para no alarmarla más de lo que ya lo había hecho.

—Está muerta, ¿verdad? —indagó él con voz trémula.

Yo me limité a asentir con la cabeza.

—Voy contigo —dijo Óscar.



# CAPÍTULO 14

## *Ruth*

«No empezamos a codiciar cosas imaginarias. La codicia es un pecado muy literal; empezamos a codiciar elementos tangibles, empezamos a codiciar lo que vemos todos los días».

*El silencio de los corderos*, Thomas Harris

En apenas quince minutos, ya nos encontrábamos frente al cordón policial desplegado en la parte trasera de la plaza de toros. Óscar aparcó el coche de cualquier manera y, con paso decidido, se acercó a uno de los policías que vigilaban la zona, protegiéndola de ojos curiosos. Los primeros medios de comunicación ya se agolpaban alrededor como aves carroñeras.

—Soy Ruth Lago y formo parte del equipo de investigación del caso. —Les enseñé la documentación.

Pasaron diez largos y tensos minutos, en los que mi cabeza no cesaba de reproducir imágenes de Mireya sonriente, y de su madre desolada ante la prensa. Se entremezclaban con las de la muerte de Javier, cuyo rostro, pálido, me observaba con adoración. Mis manos ensangrentadas trataban de contener, en vano, la sangre que manaba de la herida abierta en su pecho. Desesperación. Sentimiento del cual yo era una vieja amiga. Notaba la presencia de Óscar a mi lado, como una roca que se mantiene firme contra el embate de las olas. Percibía su aroma. Trataba de aferrarme a él para anclar mi mente a la realidad. Quería huir de aquello que me hacía tanto daño.

Al fin, tras comprobar nuestras identidades, el policía nos permitió acceder a la zona acordonada. Roberto vino a nuestro encuentro con expresión sombría y nos acompañó hacia el interior de la plaza por la puerta principal. No fue hasta que alcanzamos uno de los arcos de piedra cuando al fin me dirigió la palabra, clavando sus ojos en los míos e ignorando la presencia de Óscar, a quien no conocía.

—Ruth, la escena es algo… macabra. Quiero que lo sepas, que estés preparada. —Su voz era apenas un leve susurro.

—Estoy preparada —dije, a pesar de que era mentira.

—Debí… debí insistir más. Darte más credibilidad —se disculpó Roberto.

—Ya no sirve de nada lamentarnos. Además, no es nuestra conciencia la que debería sentirse intranquila. Hicimos lo que estaba en nuestra mano.

Mi mirada se posó en el rostro indescifrable del comisario, quien caminaba hacia mí con paso decidido. Óscar salió a su encuentro y, tras el saludo de rigor, se dirigió a nosotros.

—La identidad está confirmada, a pesar del cambio físico y de las múltiples lesiones que presenta el cuerpo. Es Mireya García —afirmó cabizbajo.

—¿Cambio físico? —Óscar puso voz a mis pensamientos.

—Será mejor que lo veáis por vosotros mismos —respondió antes de regresar al interior del recinto.

Tras recorrer el túnel de piedra, subimos unas escaleras y accedimos a la arena. Decenas de agentes de policía, algunos ataviados con monos, se dispersaban por el ruedo, analizando cada milímetro en busca de pistas. El médico forense se encontraba de rodillas junto al cadáver. La escena me parecía surrealista: hacía menos de dos días que Roberto y yo habíamos recorrido los exteriores de la plaza, desesperados por colarnos en ella tras la negativa del comisario a seguir esa vía de investigación. Quizá hubiera podido salvarla. De nuevo, el rostro de la madre de Mireya pidiendo clemencia.

—¿Lo sabe ya su familia? —pregunté al aire.

—Una patrulla está ahora mismo con ellos —respondió Roberto.

No me había dado cuenta del temblor de mi mano hasta que Óscar se aferró a ella. Me permití mirar en sus ojos antes de que estos solo contemplaran el horror que me esperaba.

Mi mente había sido benévola. Mireya García descansaba en una postura antinatural en el centro del ruedo. Su asesino le había extendido ligeramente los brazos, sin que estos alcanzasen la postura de la cruz. Su pierna derecha estaba doblada por la rodilla, y habían llevado su talón hacia el glúteo. Ataviada con un vestido rojo de lunares blancos, apenas se parecía a la chica de las fotografías que yo llevaba investigando un par de semanas.

—¿Seguro que es ella? —pregunté, acercándome más.

—Sí, pero le han teñido el pelo y la han maquillado —respondió el comisario antes de desaparecer para atender una llamada de teléfono.

La cabeza de Mireya estaba ladeada hacia la izquierda, y en su rostro habían forzado una sonrisa siniestra. El cabello de la víctima, que en las fotografías brillaba con un bonito tono dorado, estaba teñido de rojo sangre.

—¿Qué significa esto? —No esperaba contestación, y tampoco era una pregunta dirigida a alguien en particular. La escena resultaba tan dantesca que dudaba de que cualquiera de los presentes pudiera ofrecerme una respuesta.

Solté la mano de Óscar y rodeé el cuerpo. Estaba claro que ese no había sido el escenario del crimen, sino que lo habían trasladado y preparado a conciencia. El asesino quería mandar un mensaje. Mi mente quería decirme algo, yo sabía que no estaba teniendo en cuenta un detalle importante, pero este me eludía, como si se amparase detrás de un velo.

—¿Qué son esos cortes en las muñecas? —pregunté al forense que estudiaba la escena.

—Son *ante mortem*. Parece que intentó cortarse las venas, pero alguien detuvo la hemorragia y curó sus heridas —respondió.

—O quizá se las cortara su asesino —apunté.

—Es posible, aunque ¿qué sentido tendría curarla después? —dijo el forense.

—Nada de esto tiene sentido —respondí con tristeza—. ¿Cuál ha sido la causa de la muerte?

—Hasta que no se realice la autopsia, no lo sabré con certeza, pero estoy casi seguro de que ha sido por estrangulación manual, dadas estas marcas alrededor de su cuello. —Señaló la zona.

—¿No pudo ser un ahorcamiento? —preguntó Roberto, que se situó a mi lado.

—Lo dudo. ¿Ven estas hemorragias? Tienen una forma descendente e irregular. Esa es una señal de estrangulación realizada sobre la víctima, con una mano o las dos. Si fuera un ahorcamiento, las marcas presentarían un sentido ascendente. No obstante, lo sabremos con seguridad cuando nos cercioremos de si existe fractura de hioides. Eso confirmará mis primeras conclusiones.

—¿Y esa extraña expresión que tiene en el rostro? —pregunté con un hilo de voz.

—Es *post mortem*. Es una práctica que se viene utilizando en tanatopraxia en los últimos años. Para formar la sonrisa en el cadáver es necesario activar treinta y tres músculos de la cara a través de diferentes técnicas: bótox, aparatos ortopédicos, maquillaje aerodinámico o pegado muscular. Sinceramente, a mí me parece macabro, pero algunos familiares sienten más consuelo al ver a sus seres queridos partir con una sonrisa en los labios —explicó.

—No creo que los familiares de Mireya quisieran ver esta sonrisa —comentó Óscar con cara de repulsión.

—¿Por qué montar toda esta puesta en escena? La ropa, el pelo, la sonrisa, la postura del cadáver, incluso el lugar escogido para hacerlo visible —reflexionó Roberto en voz alta.

—Es otro acertijo. Está jugando con nosotros —apunté sin dejar de mirar los ojos vacíos de la joven a la que habían arrebatado su futuro—. ¿Quién encontró el cuerpo?

—Una vecina de ese edificio. —Roberto indicó un bloque situado en la calle contigua, desde cuyas ventanas podía divisarse todo el ruedo.

—¿Y vio algo más? —pregunté con un hilo de esperanza—. El asesino tardaría bastante tiempo en montar todo este numerito.

—Tenemos agentes interrogando a todos y cada uno de los vecinos de los diferentes edificios desde los que se ve la plaza de toros —respondió de pronto el comisario, frente a mí—. ¿No le dice nada la escena que está presenciando? —añadió. No apartó su dura mirada de la mía.

—No estoy segura —respondí con sinceridad.

—¿De verdad? Primero, la llamada pidiéndonos que usted participe en la investigación; después, el acertijo en la sección del periódico que, justamente, era la que usted hacía con su exprometido muerto, y, ahora, el asesino tiñe de rojo el pelo de la víctima, ¿coincidencia?

Me quedé petrificada, incapaz de mover un solo músculo mientras trataba de dar sentido a las palabras que acababa de escuchar. Observé con el rabillo del ojo cómo Óscar se alejaba con él, en una actitud más que molesta. Recordé entonces la primera conversación con el comisario en su despacho, y cuáles fueron mis pensamientos al ver las fotografías de Mireya esparcidas sobre la mesa:

«Aquella chica bien podría ser yo: misma fisonomía, misma estatura, misma talla».

Ya no era Mireya, sino una burda mofa que el asesino había realizado para satisfacer alguna loca obsesión. Aunque es cierto que guardaba cierto parecido físico conmigo. Una arcada me obligó a

salir corriendo de allí; sin embargo, no pude alcanzar la salida antes de arrojar lo que llevaba en el estómago. Al menos, logré alejarme del olor que flotaba en el ambiente y de la tétrica imagen de la que bien habría podido ser mi muerte. «Es un mensaje para mí», pensé mientras me limpiaba la comisura de los labios con un pañuelo.

Unos pasos acelerados sonaron detrás de mí.

—Cariño, ¿estás bien?

—Óscar, es un mensaje. Ha preparado todo esto para mí. Es él. Tiene que ser él.

No pronuncié su nombre; no hizo falta para que ambos supiéramos a quién me refería.

—Puede que no sea él. Lo mejor será estudiar las declaraciones de los testigos, buscar imágenes de las cámaras de seguridad y esperar el informe de la autopsia —dijo, en un intento por tranquilizarme. No obstante, que nos conociéramos tan bien tenía sus desventajas. Una de ellas era saber cuándo el otro te mentía.



Óscar insistió en acompañarme a comisaría para mostrarme su apoyo y no pude negarme. Necesitaba a alguien a mi lado que me conociese de verdad, que no permitiera que me hundiese en la desesperación. Necesitaba mi ancla. El equipo al completo se había reunido en el despacho para intercambiar los detalles del crimen. El departamento de homicidios bullía como un enjambre embravecido: agentes de un lado para otro, decenas de teléfonos sonando, órdenes lanzadas a voz en grito a través de los diferentes despachos. Sin embargo, en nuestra pequeña fortaleza reinaba la paz, un orden irreal y apesadumbrado que recibía ecos del caos del exterior.

—Vamos a analizar qué tenemos. —Carolina intentó poner algo de orden.

Se levantó para dirigirse a la pizarra con el fin de anotar los nuevos datos con los que continuar la investigación.

—Ruth tenía razón en lo del acertijo del periódico: Mireya estaba en la plaza de toros —dijo Roberto—, por lo que debemos permanecer atentos por si vuelve a publicar algo más.

Carolina cogió la hoja del periódico y la colocó en el tablón.

—Deberíamos hablar con el diario para que nos expliquen cómo alguien ha podido publicar en su sección. Llevarán algún control de lo que se publica en su medio —apuntó Carolina.

—¿Cómo pudo trasladar y colocar el cuerpo sin que nadie lo viese? Ningún vecino se dio cuenta de nada hasta media mañana, cuando una anciana salió al balcón a cambiar la arena de su gato y se percató de que había una mancha roja en el centro del ruedo —dijo Adrián.

—Tiene que haber alguna grabación. La estación queda justo al lado y cuenta con mucha seguridad perimetral. Hay que solicitar al juez que nos dé acceso cuanto antes —dijo Óscar de pronto.

Su voz sonó autoritaria, a pesar de que no estaba dirigiéndose a su propio equipo ni estaba en su acuartelamiento. No obstante, nadie lo contradijo, sino que aceptaron la orden de buen grado. En ese momento, no había distinción de escudos ni colores. Todos queríamos lo mismo: atrapar al asesino.

—No había rastro de arena ni en la ropa ni en el cuerpo, lo que indica que no fue arrastrado hasta allí. El asesino tuvo que cargar con ella y depositarla en el suelo —dije, rememorando en mi cabeza la escena del crimen—. ¿Había alguna huella cuando llegasteis?

—Ni una sola. Debió de borrarlas antes de marcharse, porque no puede haber llegado hasta el centro de la arena volando —respondió Joan.

—¿Dónde la ha tenido retenida todos estos días? Si encontramos ese lugar, daremos con el escenario del crimen. —Miguel intervino por primera vez en la conversación.

—Si conseguimos localizar algún vehículo que coincida en los diferentes lugares y momentos tanto del secuestro como de la

muerte, puede que demos con algo —comentó Carolina con poca convicción.

—Creo… —Por mi cabeza rondaba una idea carente de explicación empírica.

—Suéltalo ya, pequeña —dijo Roberto con una de sus sonrisas.

Noté cómo Óscar se tensaba a mi lado y una fría capa de escarcha se formaba a nuestro alrededor, pero, dadas las circunstancias, me limité a ignorarlo.

—Creo que la ha tenido todo este tiempo en la plaza de toros —dije al fin—. Está muy cerca de la discoteca en la que desapareció Mireya, a unos doscientos o trescientos metros. Era de madrugada y estaba oscuro. Además, puede haber accedido por alguna de las múltiples puertas laterales, y si se movía por callejuelas es más difícil que alguien haya visto algo —completé.

—Tiene sentido. Entonces, hay que registrar cada rincón de la plaza, cada puerta, cada trampilla. Hay que encontrar el lugar en el que la tuvo retenida —dijo Óscar.

—Está bien. Miguel, Adrián y yo nos pondremos con las cámaras de seguridad —resolvió Joan, poniéndose en marcha—. Carolina, tú le caes mejor al jefe; explícale todo y pídele permiso para registrar de nuevo la plaza —añadió mientras ponía ojitos de cordero degollado.

Eso nos dejó a Roberto, a Óscar y a mí solos en el despacho. Observé a los dos hombres que me acompañaban solo para percatarme de que no podían ser más diferentes: Roberto, con su estudiada pose de chulería, descansaba sentado de cualquier forma en una de las sillas, con los pies sobre la mesa central, mientras que Óscar permanecía erguido, de pie frente al tablón. Observaba con minuciosidad cada una de las anotaciones.

—¿Qué me dices del pelo? ¿Por qué se lo habrá teñido? No es que yo les haga ascos a las pelirrojas, es más, me ponen un montón, pero las rubias también tienen lo suyo —comentó Roberto, socarrón.

Yo sabía que solo intentaba romper el hielo, pero la respuesta de Óscar no se hizo esperar:

—Te agradecería que hablases con más respeto. Estás investigando un homicidio.

Los dos hombres se enfrentaron en un duelo de miradas que parecía a punto de estallar en cualquier momento; sin embargo, Roberto compuso una de sus sonrisas pícaras y ladeó la cabeza en señal de aburrimiento.

—Creo que es un mensaje para mí —respondí, obviando de manera intencionada el tenso episodio que acabábamos de sufrir—. Esa escena… me resulta familiar.

Me levanté de la silla, incapaz de permanecer quieta por más tiempo. Un zumbido molesto y continuo taladraba mi mente y no me dejaba pensar con claridad.

—¿Familiar? —preguntaron Óscar y Roberto al unísono.

De nuevo la tensión. La respiración de los tres resonaba en las débiles paredes.

—Sí, estoy intentando recordar por qué. Sé que tengo la respuesta, pero no logro dar con ella —dije, ofuscada, justo antes de apoyar las palmas sobre la mesa de madera y dejar caer mi cabeza.

—Ey, compi, no te preocupes. Lo resolveremos. Ya verás cómo damos con las respuestas que necesitamos.

*—¡Javi!¡Quiero que nos saquemos una foto en medio de la plaza! ¡Vamos, date prisa!*

*Javier le pidió a uno de los turistas que visitaban la plaza de toros de Ronda que nos tomase la fotografía. Luego, se acercó a mí, me enlazó por la cintura y esbozó una de aquellas sonrisas que conseguían derretir mi corazón.*

—Dios mío —musité horrorizada, tras unos minutos de silencio.

—¿Qué pasa? —Óscar alcanzó mi posición en menos de tres zancadas.

—Acabo de recordar algo… Una fotografía que nos hicimos Javier y yo en la plaza de toros de Ronda.

—¿Y qué tiene eso que ver? Todo el mundo se ha sacado alguna fotografía en una plaza de toros. No tiene nada de especial. —Roberto le restó importancia.

—Pero yo llevaba un vestido rojo con lunares blancos —dije con voz desgarrada.



Sabía que Óscar no querría dejarme sola en casa después de lo sucedido, pero tampoco podía hacer a un lado sus obligaciones, menos aún después de lo que había ocurrido. Debía informar a los jefes del desarrollo de la investigación. Él había intervenido en un caso de otro cuerpo policial y debía dar algunas explicaciones. Le pidió a Lucas que se quedase conmigo hasta su regreso, gesto que agradecí en mi fuero interno.

—Bombón, ¿cómo estás? ¿Qué ha pasado? —Lucas me abrazó en cuanto observó mi semblante.

—Gracias por venir. Sé que estás de celebración y que es un fin de semana especial para ti, y yo te lo estoy estropeando —respondí con lágrimas en los ojos.

—No seas boba; dejaría cualquier asunto por ti. Tú eres más importante.

Lucas me condujo hasta el sofá del salón, donde me obligó a sentarme. Yo me hice un ovillo y apoyé la cabeza sobre el respaldo, agotada. Comencé a relatarle todo lo que había sucedido desde su fiesta de cumpleaños, sin obviar nada. Sabía que Lucas vislumbraría detalles para los cuales yo permanecía ciega. Cuando acabé de contarle todo, Lucas me observaba con uno de los rostros más serios que yo le había visto.

—Ruth, esto no me gusta nada. Ese tipo va a por ti. Quizá no directamente, pero está claro que tú eres el objeto de su obsesión, locura o como lo quieras llamar —dijo mientras estrechaba mi mano con fuerza.

—Pero, entonces, eso significa que esa chica ha muerto por mi culpa —dije antes de permitir que una lágrima resbalase por mi rostro hasta golpear el terciopelo del sofá.

Esa certeza comenzaba a hacer mella en mi pecho, como un dolor lacerante que me consumía poco a poco, acabando con todo atisbo de esperanza. Era como caminar por un túnel oscuro con una linterna cuyas pilas estaban a punto de agotarse. Luz intermitente. Fuertes latidos. Miedo.

—De eso, nada. El único culpable es el asesino, ¿me oyes? No permitiré que te hagas esto —repuso en tono grave—. Y ahora, vamos a buscar esa fotografía.

Nos pasamos horas y horas buscando por toda la casa mis viejos álbumes de fotografías, mis recuerdos; sin embargo, la mudanza que había hecho un par de años atrás dificultaba la tarea más de la cuenta, ya que aún mantenía algunas cajas con artículos personales en el trastero. No había encontrado ni tiempo ni ganas para enfrentarme a ellos.

—Creo que dejé más álbumes en casa de mi madre —recordé al fin.

—Es muy tarde para molestarla. Si nos presentamos en su casa, puede que a la pobre le dé un patatús —aconsejó Lucas.

—Tienes razón. Empezaremos por estas cajas y mañana iré a coger el resto.

Pasaban de las cuatro de la madrugada y Óscar todavía no había llegado a casa ni había dado señales de vida. Ello, sumado al hecho de que Lucas y yo llevábamos horas revisando fotografías sin dar con la correcta, me empujaba a un estado de absoluta desesperación.

—Se te veía tan feliz en estas fotos —comentó Lucas mientras trataba de sofocar un bostezo.

—Lo era. Javi y yo éramos muy diferentes, pero nos complementábamos —respondí con tristeza.

—El pueblo que aparece en estas fotos es precioso —dijo con tono soñador.

—A ver. —Estiré el cuello para comprobar a qué lugar se refería —. Lucas, ¡es Ronda! ¡Ese es el álbum!

En menos de un segundo, ya me encontraba de pie a su lado, observando una por una cada parcela de mis recuerdos.

—Mira, en estas fotos llevas el vestido de lunares —apuntó Lucas.

—La foto de la plaza de toros debe de estar cerca —dije con nerviosismo.

—Aquí falta una. Hay un hueco entre dos fotos.

—Debe de haberla cogido él —musité con un hilo de voz—. Lucas, pero eso significa que ha estado en mi casa en algún momento. No sé si en esta o en mi antigua casa de Ciudad Real, pero ha hurgado en mis cosas —añadí con estupor. Un escalofrío recorrió cada fibra de mi cuerpo, que comenzó a temblar a pesar de la cálida temperatura.

—Tranquila, bombón, cálmate. Nos ocuparemos de que no pueda tocarte ni hacerte daño —me consoló Lucas.

—Sí, pero no podemos proteger a todas las mujeres. Mira lo que le ha hecho a Mireya.

Ya no trataba de esconder mi miedo, ni mi pena, ni el sentimiento de culpa que había arraigado en mi pecho. No tenía sentido hacerlo. Además, prefería desahogarme con Lucas antes de que llegara Óscar y me encontrara en ese estado deplorable. No quería preocuparlo más de lo que ya lo estaba.

—Escúchame: si ese enfermo está recreando fotografías tuyas, cabe pensar que se ha llevado más de una. Hay que dar con ellas para ir un paso por delante en la investigación.

Ese era mi amigo: un gran profesional que conseguía sacar algo bueno de todas las situaciones, por muy oscuras que fuesen. Con ese nuevo objetivo en mente, revisamos una por una las piezas de mi vida, diseccionándola. Me sentía igual que había debido de hacerlo Mary Shelley mientras creaba al monstruo de Frankenstein.



# CAPÍTULO 15

## *Lucas*

«Cuanto más atrás puedas mirar, más adelante verás».

Sir Winston Churchill

Mientras conducía hasta su pequeña fortaleza, agotado tanto física como mentalmente, Lucas solo podía dar vueltas a una idea en su cabeza: el pasado de Ruth. Todo parecía apuntar hacia él. Era muy posible que la clave para resolver aquel caso y atrapar al asesino se escondiera en el pasado y no en el presente. Por supuesto, no le había comentado nada de aquello a su amiga. Ruth ya estaba sufriendo demasiado como para remover aún más sus dolorosos recuerdos.

Aparcó frente a su edificio y se dirigió con pasos cansados hasta la puerta de su hogar. El olor a café que se desprendía por la rendija le indicó que su novio ya estaba despierto.

—¡Buenos días, mi amor! —saludó con entusiasmo, en un intento de ocultar su agitación mental.

—Más bien, buenas noches, para ti —respondió Matías antes de posar en sus labios un sutil beso—. ¿Cómo está Ruth?

—Ya te puedes imaginar. Este caso se está complicando más de la cuenta, y todo parece apuntar a ella. —Lucas se dejó caer en una de las sillas del salón.

Matías fue a la cocina y, a los pocos segundos, regresó con una humeante taza de café, que dejó frente a su pareja.

—¿Qué piensas tú? —preguntó, sus ojos dorados fijos en los de Lucas.

Lucas reflexionó durante unos instantes. Trató de vislumbrar la verdad que se escondía en el rompecabezas en el que se encontraba inmersa su mejor amiga.

—Es evidente que todo esto tiene una conexión con ella. La clave está en su pasado. —Lucas guardó silencio durante unos segundos, mientras ponía en orden sus ideas—. ¿Y qué es lo más extraño que le ha sucedido a Ruth en el pasado? Al menos, que nosotros sepamos.

—La muerte de Javier —respondió Matías, que se dejó caer en otra de las sillas.

—Exacto. Una muerte que nunca se resolvió y que se produjo en unas circunstancias muy extrañas. Ruth me contó que lo calificaron como un robo, pero el asesino no se llevó nada de la casa. Además, ya sabes cómo suelen funcionar ese tipo de delincuentes: prefieren esperar a que las viviendas estén vacías. Sin embargo, Javier estaba en casa, viendo la televisión, ¿y el supuesto ladrón entra precisamente en esa estancia? Algo no cuadra.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Matías, decidido.

—Tenemos que investigar ese caso.

—Sabes lo que eso supondrá para Ruth, ¿verdad?

—No vamos a decirle nada, y tampoco a Óscar. No podemos ponerlos en esa tesitura, con todo lo que ya tienen encima. Investigaremos por nuestra cuenta y no diremos nada hasta que no tengamos algo sólido.

El teléfono móvil de Matías se iluminó; el sonido anunció que acababa de recibir un mensaje. Lucas no pudo evitar que su mirada se desviase en esa dirección y, a pesar de la rapidez con la que Matías trató de esconder la pantalla, Lucas pudo intuir un nombre: Tomás.

—Será mejor que le quite el sonido. Tenemos mucho trabajo por delante —resolvió Matías; sin embargo, su voz no logró camuflar el nerviosismo.

Lucas no respondió. Se limitó a asentir con la cabeza, a sabiendas de que su prometido le ocultaba algo. Ya no podía negar lo evidente. Se moría de ganas por indagar más al respecto, por llegar al fondo de aquel asunto que podría romper su corazón de una manera definitiva, pero Ruth estaba en peligro y, en ese momento, la vida de su amiga era más importante que su propio corazón.

El primer paso estaba claro: llamar a los antiguos compañeros de Ruth para que les hablaran del caso de Javier. Después, debía convencerlos para que le pasaran el expediente sin meter a los jefes de por medio. Eso sería lo más difícil. Si involucraban a sus superiores, no habría manera de esconderle a Ruth en lo que estaban metidos.

A pesar del cansancio que Lucas arrastraba, consiguió serenarse y centrarse en la investigación que tenían entre manos. Cuando salió de la ducha, con una toalla anudada en la cintura, Matías había logrado convencer a uno de los guardias del antiguo puesto de Ruth de que era un compañero y de que solo trataba de protegerla. Le explicó que podría estar en peligro; sin embargo, este se negaba a proporcionar el expediente del caso.

—Tendría que preguntarle primero a mi sargento —dijo con voz ronca.

—Está bien —claudicó Matías. Sabía que, de otro modo, no obtendrían la información.

Al cabo de diez largos minutos, Matías recibió la llamada que estaban esperando.

—¿Sargento? A sus órdenes. Soy Matías Ruiz, guardia civil y miembro del cuerpo de Policía Judicial de la comandancia de

Valencia.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Verá, soy compañero de Ruth Lago. No sé si habrá oído en las noticias el caso de la mujer desaparecida en Valencia. Ruth se está encargando de la investigación, pero todas las pruebas parecen apuntar a su pasado. Puede que ella esté en peligro. Por eso, necesitamos acceder al expediente de la muerte de Javier Martín —detalló.

Tras un minuto entero de silencio, el sargento dijo al fin:

—Siempre pensé que se nos escapaba algo, que había algo más en aquella muerte. Nada tenía sentido. —Exhaló una bocanada de aire antes de continuar—: Sin embargo, no encontramos ninguna prueba, ningún sospechoso, ningún testigo. Nada.

—¿Está seguro? Cualquier cosa, por pequeña que le parezca, podría sernos de ayuda.

—Ni un solo indicio del que tirar. Lo que sí puedo hacer es mandaros las fotografías que tomamos de la escena del crimen, por si vosotros veis algo que a nosotros se nos escapara —dijo el sargento.

—Perfecto —agradeció Matías—. ¿Puedo pedirle algo más? No le cuente nada de esto a Ruth. No está pasando por un buen momento, y no queremos remover el pasado de manera innecesaria —añadió.

—Por supuesto. Si dierais con algo, informadme, por favor. Ruth es una buena persona. No se merecía lo que le pasó —dijo con la voz teñida de tristeza.

—¿Has conseguido algo? —preguntó Lucas en cuanto Matías colgó.

—Sí. Aunque no es el expediente, he logrado que el antiguo sargento de Ruth, que llevó el caso, nos envíe las fotografías del escenario del crimen. Él asegura que no había ni una sola pista —respondió Matías.

—Bueno, yo no albergaba muchas esperanzas de que nos mandaran el expediente, así que algo es algo —concluyó Lucas.

—Falta un rato hasta que nos las manden. ¿Quieres descansar un rato mientras tanto? —preguntó Matías sin apartar la vista de las

últimas gotas de agua que se colaban por el cuello de la camiseta de su prometido.

Lucas se desprendió de la prenda y la dejó caer al suelo, dando varios pasos en dirección al dormitorio. Aquel nombre, Tomás, todavía revoloteaba en su cabeza. Sin embargo, en su corazón solo había espacio para otro nombre: Matías.



# CAPÍTULO 16

## *Ruth*

«La tragedia es una herramienta que aporta sabiduría a los vivos, no una guía para vivir».

Robert F. Kennedy

Tras horas registrando cada rincón de la plaza de toros, sin éxito, todos nos encontrábamos cansados y desmoralizados, lo que se reflejaba no solo en nuestro semblante, sino también en nuestra actitud. A falta del informe forense, no teníamos ni una sola pista que nos condujese hasta un sospechoso. Parecíamos atrapados en un callejón sin salida. Por si todo ello fuera poco, el comisario cada vez nos metía más presión, la misma a la que él estaba sometido, sobre todo, tras la metedura de pata con Sergio, el exnovio de Mireya, quien, por supuesto, se había despachado a gusto frente a

las cámaras. Además, la familia de la joven quería respuestas para canalizar el dolor que, a buen seguro, estaba padeciendo.

—Aquí no hay nada, ¡joder! —gritó Miguel.

Su frustración no encontró palabras de ánimo ni de consuelo. Él tan solo había verbalizado lo que todos sentíamos.

—Voy a volver a mirar en el ruedo —dije, sin que mi voz denotara ninguna emoción.

Pese a que yo imaginaba que para mis compañeros era una pérdida de tiempo, me negaba a aceptar la derrota. Caminé por el pasillo empedrado que rodeaba la parte exterior de la plaza y accedí, por el arco de piedra, al imponente círculo de arena. El ruido de la calle me recordaba que la ciudad palpitaba; que continuaba con su inercia, a pesar de lo sucedido. A pesar de que, a tan solo unos metros de distancia, una vida había sido segada sin ningún motivo.

Recorrí una vez más el pasillo tras la barrera de madera, atenta al más mínimo detalle que captara mi atención. Sin embargo, allí solo había tierra y ladrillo. Llegué a una zona en la que unos tablones rojos formaban un arco en el interior del pasillo. Mi desconocimiento sobre el mundo taurino me impedía conocer los nombres y utilidades de cuanto me rodeaba, así que me detuve para tratar de averiguar la función de ese elemento. Tras él, se abría un pequeño hueco hasta la pared, en el que una persona podría, no sin esfuerzo, colocarse de perfil. «Puede que sea para refugiarse si el toro salta la barrera», pensé. El reflejo del sol en una trampilla metálica situada tras una de aquellas estructuras captó mi atención. No se encontraba en ninguna otra. Me aproximé para inspeccionarla más de cerca. A pesar de su tamaño, una persona podría caber en ella, siempre que accediese agachada.

—Mierda, tiene un candado —maldije.

Saqué del bolsillo de mi pantalón una de las llaves maestras que nos habían proporcionado desde el ayuntamiento para efectuar el registro, y probé suerte. Nada. Cansada de la situación, me levanté y pateé el candado hasta que al final se rompió. Me emocioné tanto al descubrir el estrecho túnel que se escondía tras la trampilla que no pude evitar un grito de júbilo. Al cabo de pocos minutos, todos mis compañeros me rodeaban con cara de preocupación.

—¿Te ha pasado algo? —preguntó Roberto, que trataba de recuperar el aliento tras la carrera.

—Mirad esto.

Me aparté para que el resto de mis compañeros pudieran contemplar con sus propios ojos lo que podría ser el descubrimiento de la guarida del asesino.

—Entrad vosotros —dijo Joan—. Yo me quedaré aquí por si hubiese alguna huella en estos tablones o en el candado que Ruth ha reventado.

Aquello era lo que todos necesitábamos: un soplo de aire fresco en plena ola de calor. Descendimos con la espalda encorvada durante al menos cincuenta metros; las linternas apuntaban hacia cada centímetro del claustrofóbico túnel mientras tratábamos de no contaminar ninguna posible prueba, aunque todos llevábamos los guantes.

—Chicos, veo algo. Parece una puerta —dije al cabo de unos segundos.

Desenfundé mi arma y me preparé para encarar lo que estuviera por venir. Por suerte para mí, aquella puerta carecía de cerradura, así que empuñé el pomo y, en silencio, lo giré con lentitud. Notaba el sudor dentro de los guantes. Los latidos de mi corazón martilleaban más acelerados de lo normal. Estaba cerca.

Una oscura estancia nos aguardaba al otro lado. Como si toda la vida de ese lugar hubiera sido arrancada de cuajo. Ni luz natural, ni colores en las paredes, ni rastro de esperanza. Era casi como si el propio lugar supiese que allí todo acababa en el matadero.

Nos dividimos por parejas para cubrir todo el espacio en el menor tiempo posible y, en menos de un minuto, nos reunimos de nuevo en la que parecía la habitación principal. Me concedí unos minutos para observar con atención todo lo que me rodeaba: los restos de un pequeño hornillo, que había conocido tiempos mejores, descansaban en una de las esquinas, junto a una destartalada mesa de plástico que hacía las funciones de bancada; contra una de las paredes se alzaba un ajado sofá que hacía tiempo debería haber pasado a mejor vida, y, en el centro del espacio, que parecía hacer las veces de comedor y de cocina, se encontraba una mesa redonda con dos

sillas cuyas patas habían sido roídas por algún animal. La simple posibilidad de que pudiese haber ratas desencadenó una mueca de asco en mi rostro. Trajo a mi memoria lúgubres y dolorosos recuerdos. Las paredes eran de cemento, sin ningún tipo de decoración, lo que reflejaba el carácter impersonal de la estancia.

—¡Aquí hay restos de sangre! —gritó Carolina desde la habitación contigua.

No pude fijarme en el reguero de gotas rojas que manchaba el suelo de cemento. La imagen que surgió ante mí me paralizó por completo: el papel de las paredes, el armario con flores talladas en las puertas, el edredón azul. Un recuerdo acudió a mi mente y me golpeó con certeza. Parecía como si alguien hubiese querido simular mi antigua habitación, aquella en la que yo me había criado, y en la que había sido inmensamente feliz. «¿Cómo puede ser esto posible?», pensé, aturdida. Agité la cabeza para alejar aquellos pensamientos. Debía de tratarse de una mera coincidencia. Después de todo, en los años ochenta todas las habitaciones infantiles debían de haberse decorado de manera similar.

—¿Hacia dónde lleva la sangre? —pregunté una vez que fui capaz de salir de mi estupor.

—Hacia un pequeño cuarto de baño —respondió Roberto—. Estoy seguro de que aquí es donde la tuvo retenida todo el tiempo. Hay ropa de mujer en el armario y artículos de aseo en el cuarto de baño. Además, la cama está revuelta y hay algunos cabellos en la almohada.

—Voy a llamar al jefe para informarlo. Se alegrará de que por fin hayamos dado con algo —dijo Adrián al tiempo que se dirigía hacia la salida de aquella ratonera.

Todavía sumida en el nerviosismo, me dirigí a inspeccionar el cuarto de baño, donde se apreciaba cómo alguien había intentado, en vano, limpiar los abundantes restos de sangre que teñían el suelo y el lavabo. Cuando giré la cabeza hacia la izquierda, me topé con mi rostro, aunque deformado como consecuencia del estado del espejo.

—Te lo hiciste tú misma, ¿verdad? Querías encontrar la libertad —musité frente a mi resquebrajado reflejo.

—¿Has encontrado algo interesante? —preguntó Carolina.

—Creo que ya sabemos cómo se hizo Mireya los cortes de las muñecas —respondí mientras trataba de alejarme del asfixiante olor que se respiraba en ese lugar.

Desde mi secuestro, odiaba permanecer mucho tiempo encerrada en espacios pequeños, y, a pesar de que estaba mejorando gracias a la terapia con la psicóloga, aquella situación comenzaba a superarme. Salí del minúsculo cuarto de baño todo lo rápido que me permitieron mis temblorosas piernas, haciendo caso omiso a esa voz interior que me gritaba que prestara más atención a los detalles. Sin embargo, las líneas de sudor que corrían por mi espalda me instaban a salir de allí cuanto antes.



Mis compañeros debatían sobre los pasos que debíamos seguir hasta que el laboratorio nos entregase los resultados de los restos biológicos hallados en el zulo. Yo observaba, a través de la cortina del despacho, cómo uno de los policías mantenía una acalorada discusión por teléfono, la cual provocó que se derramase sobre la mesa el resto de café que quedaba en su vaso de cartón. Una media sonrisa se dibujó en mi cara, pero el destello solo duró un segundo. Pronto mi atención se trasladó a la imponente figura que apareció en el departamento de Policía Judicial. No importaba el tiempo que transcurriese. No podía evitar que mi corazón se acelerase al verlo. Seguí sus firmes pasos con la mirada, solo para comprobar que se dirigía al despacho del comisario, por lo que solté un suspiro y esperé paciente a que terminase la reunión.

—¡Ruth! El jefe te reclama. Te espera en su despacho —dijo Joan, el cual consiguió sobresaltarme, ya que, ensimismada como estaba, ni siquiera me había percatado del sonido del teléfono.

Salí de nuestra oficina sin pronunciar palabra. Con cada paso que daba, una nueva imagen de todo lo que habíamos encontrado en aquel lugar se colaba en mi mente, vinculándose de inmediato con un recuerdo del pasado. Por más que yo desease que todo fuera fruto de una causalidad, sabía lo improbable de mi teoría.

—¿Me ha mandado llamar? —le pregunté al comisario, sin mirarlo.

Enfoqué la mirada en la pared del fondo, de la que colgaban numerosos títulos que acreditaban su formación. Deduje que al comisario no le bastaba con ostentar poder, sino que tenía que demostrarlo de todas las formas que estuvieran a su alcance.

Pronto en mis retinas solo hubo espacio para él: Óscar permanecía sentado en una de las sillas de cuero y me miraba con ese brillo en los ojos que guardaba solo para mí.

—¿Por qué llama a la puerta si no espera a que le den permiso para entrar? —me censuró el comisario, que, estaba claro, no estaba teniendo su mejor día.

—Manías militares —me limité a responder.

Óscar me guiñó uno de sus ojos verde esmeralda en un gesto cómplice. Aunque consiguió disipar parte de mis turbulentos pensamientos, el respiro apenas duró unos segundos.

—El teniente Castillo me ha informado de los pormenores de su caso. Ya sabe —añadió al observar mi expresión—, el secuestro. Sin embargo, todavía quedan algunos flecos por resolver, y necesito saber qué conexión tienen usted y sus problemas del pasado con mi caso —dijo sin la menor empatía en su voz.

—¿Mis problemas?

La sangre comenzó a bullir en mi interior. Ya la había notado antes. Es una ira que recorre tu cuerpo, abrasando todo rastro de lógica a su paso y reduciéndola a cenizas.

—Comisario, todos estamos en el mismo barco. Tenemos el mismo objetivo: resolver el caso y la posible conexión que pueda tener con Ruth, para poder atrapar al asesino —intervino Óscar.

—Lo sé. —El comisario se reclinó sobre el respaldo de su silla y soltó un bufido hacia el techo—. Pero es que estoy sometido a mucha presión.

—Lo único que tengo claro es que todo esto está relacionado conmigo de algún modo: la llamada, el acertijo, la fotografía, y ahora… —Los dos pares de ojos se posaron sobre mi rostro, intentando adivinar mis pensamientos, así que continué—: La habitación en la que podría haber estado retenida Mireya tiene elementos comunes con mi habitación de la infancia.

Noté la intensidad de la mirada de Óscar sobre mí; era como si quisiese abrazarme desde la escasa distancia que nos separaba. Me esforcé en que su preocupación por mí no me distrajese, así que tomé aire, escogí un punto fijo en la pared tras el escritorio del comisario y me dispuse a describirles las coincidencias que había captado entre las dos estancias. Todo era más fácil en mi mente, como si el hecho de no verbalizar mis pensamientos confinara estos al mundo de la hipótesis. Sin embargo, enumerarlos convirtió las hipótesis en certezas. Las lágrimas se acumulaban detrás de mis ojos, pero no podía dejarlas correr. No allí. No en ese momento. Expuse todo con detalle, sin guardarme nada para mí; me recordó a un juego de la niñez en el que debíamos pasarnos una esfera que contenía un globo de agua, lo más rápido posible o te explotaba encima. Así era como me sentía, como si llevara meses jugando y perdiendo. Estaba cansada. Quería pasar la pelota de una vez.



El silencio en el interior del coche era sepulcral. Tan solo se escuchaba la respiración de Óscar y el sonido de los vehículos que circulaban a toda velocidad por nuestra izquierda. Sabía que no estaba enfadado conmigo, sino más bien aterrado por el cariz que estaba adquiriendo la situación en la que, sin pretenderlo, me había visto envuelta.

—Óscar, sé que estás asustado. Yo también —reconocí. No tenía sentido negarlo—, pero te prometo que tendré mucho cuidado. Nunca iré sola a ningún sitio ni trataré de seguir pistas por mi cuenta. Os mantendré informados, a ti y al equipo, de mis movimientos en todo momento.

Óscar detuvo el vehículo en una de las plazas de aparcamiento del Instituto de Medicina Legal asignadas a los vehículos oficiales, y suspiró antes de clavar su mirada en mí.

—¿Lo prometes?

Lo estreché entre mis brazos. Conocía el origen de su sobreprotección. Después de la muerte de sus padres en aquel accidente, sus únicos parientes vivos se habían ocupado de ellos. Sin embargo, tras morir su tía, su tío comenzó a mostrar un comportamiento inadecuado con su hermana, y Óscar tuvo que vivir en un estado de alerta constante para evitar que Lucía sufriera algún tipo de agresión o abuso.

Dejé reposar mi cabeza en su hombro y aspiré su aroma. Olía a hogar. De pronto, unos golpes en el cristal de la ventanilla hicieron que nos girásemos con brusquedad. Antes de darme cuenta de lo que hacía, ya tenía mi arma en la mano.

—¡Lo siento! No pretendía asustarlos —dijo un guardia de seguridad, con los brazos en alto—. Ustedes deben de ser los agentes a los que estábamos esperando.

—Sí, yo soy el teniente Castillo y ella es la guardia Lago.

—Acompáñenme, la forense les espera.

El comisario, por algún motivo que escapaba a mis conocimientos, había accedido a que Óscar y yo fuésemos los encargados de hablar con la forense y recoger el informe de la autopsia. Al enterarse, Roberto me había lanzado una mirada de reprobación. Sin embargo, no era un asunto que me quitase el sueño en ese momento. No mientras teníamos a un asesino loco suelto.

Los largos pasillos del instituto me evocaron el purgatorio, como si las almas de las pobres personas cuyos cuerpos tenían la desgracia de acabar en ese lugar estuviesen condenadas a vagar por esos corredores sin rumbo fijo. Yo lo único que deseaba era que

esos cuerpos pudiesen ser devueltos a sus familias lo antes posible, para que les dieran el descanso que merecían. Con esos pensamientos en mi cabeza, que no ayudaban mucho a mejorar mi estado de ánimo, llegamos a la sala de autopsias, donde una curiosa mujer de redondeadas curvas y pronunciadas arrugas tarareaba una canción a ritmo de bisturí. Su imagen afable en aquel siniestro entorno me sorprendió tanto que debió de plasmarse en mi rostro. Nos observó durante unos segundos y luego, con total naturalidad, soltó:

—Me pega más hacer ganchillo frente a una chimenea, ¿verdad? Pero, ya me ven, para lo único que me han gustado siempre los objetos punzantes ha sido para abrir cadáveres.

—Disculpe la intromisión. Somos los agentes encargados de la investigación en el caso de Mireya —anuncié antes de que Óscar pudiese intervenir.

—Sí, sí, ya avisé al comisario de que tengo el informe preliminar de la autopsia. El laboratorio todavía debe enviarme el resultado de algunas pruebas, pero quería comentarles lo que he descubierto hasta el momento, por si los ayuda a continuar con la investigación.

—Por supuesto. Usted dirá —la instó Óscar.

Seguimos a la extraña mujer por la estancia, en la que parecía moverse como pez en el agua, como si fuese su hábitat natural. El contoneo de sus caderas hacía que la bata blanca ondease como una capa de superheroína. La salvadora de almas. Ese pensamiento ridículo me provocó una media sonrisa. Era una bonita forma de ver el trabajo de los forenses: averiguar qué les había sucedido a las personas que sufrían una muerte violenta, para tratar de brindar consuelo a su espíritu. Puede que sí fuesen superhéroes, después de todo. Puede que todos los que debíamos trabajar día a día con la muerte, de un modo u otro, lo fuésemos.

La forense se aproximó a una de las camillas metálicas, la única en la que había una sábana, y la retiró, dejando a la vista el cuerpo de Mireya García. No era la primera vez que yo veía un cadáver, pero, aun así, no pude deshacerme del malestar que la imagen provocó en mi estómago, el cual parecía una lavadora durante el

centrifugado. No podía dejar de pensar en la Mireya García sonriente cuya foto aparecía en los telediarios.

—Empecemos por la causa de la muerte —comenzó la forense—. Como ya les adelantó mi colega en el lugar donde apareció el cuerpo, esta mujer ha sido estrangulada. Tiene fractura de hioides, y puedo confirmarles que se empleó más fuerza de la necesaria, dada la complexión de la mujer y lo débil que se encontraba por la pérdida de sangre —añadió mientras nos señalaba los cortes en las muñecas.

—Se los hizo ella misma, ¿verdad? —pregunté, aun creyendo conocer la respuesta.

—Sí. Miren la dirección de los cortes y la profundidad. Solo pudo hacérselos ella misma. Imagino que para acabar con la situación que estaba viviendo, aunque eso ya lo dilucidarán ustedes.

—Entonces, ¿usted diría que se utilizaron ambas manos para el estrangulamiento? —preguntó Óscar.

—De eso no hay duda. Por estas marcas que pueden ver aquí —señaló las múltiples marcas que tachonaban el cuello de Mireya—, yo diría que el homicida se subió encima de ella y dejó caer todo el peso de su cuerpo para hacer aún más fuerza.

Permanecimos unos segundos en silencio, como si necesitásemos interiorizar la información. Imaginé a Mireya en aquel oscuro lugar, sola y asustada. No había podido salvarla.

—¿Qué me dice de la postura en la que fue encontrada? Fue *post mortem*, ¿verdad? —pregunté con un hilo de voz al recordar la escena.

—No cabe duda, las fracturas así lo indican. Tiene los huesos de la rodilla derecha fracturados.

—¿Y la sonrisa? —preguntó Óscar tras un carraspeo incómodo. Estaba claro que eso era lo que más le había impactado.

—Creo que mi compañero ya les explicó que es una práctica habitual en los últimos años. «No te vayas sin una sonrisa», reza el eslogan de una de las funerarias que lo practica. Sin embargo, sí les puedo decir que esto no lo ha hecho un profesional, por eso tiene ese aspecto tan…

—Tétrico —completé.

—Sí. Imagino que debió de buscar información por internet sobre cómo realizarlo —explicó la forense.

—¿Podría analizar el tinte del pelo? Necesitamos saber la marca, para la investigación —señaló Óscar.

—Por supuesto, ya contaba con ello. Estoy a la espera de los resultados. También he mandado a analizar el vestido que llevaba la víctima, por si hubiese restos de ADN. Aunque ya les adelanto que hay semen sobre el cuerpo de la víctima, y que seguramente se haya trasladado al vestido.

—¿Semen? —pregunté con una mezcla de sorpresa y repugnancia. Esa podría ser una buena pista para dar con la identidad del asesino.

—Sí. Por la trayectoria, yo diría que el asesino se colocó sobre ella y lo esparció por su vientre.

—Puede que fuese justo después de estrangularla. La postura coincide, ¿verdad? —preguntó Óscar.

—Sí, es la misma postura que se utilizó para el estrangulamiento —confirmó la forense.

—Pero, entonces… ¿la violó? —indagué.

—No. Nada de relaciones sexuales, pero todo parece indicar que a nuestro asesino le excita el acto de matar —puntualizó la doctora.

—Sí, es algo muy común, sobre todo en los asesinos en serie —respondí, incapaz de mirar a Óscar a los ojos. Sabía de sobra lo que encontraría en ellos, y todavía no estaba preparada para enfrentarme a eso.

—Entonces, ¿creen que habrá más víctimas? —preguntó la forense.

—Estoy segura —respondí, antes de pararme a pensar en lo que suponía mi respuesta.

—Pues, me van a salvar de tener que cogerme vacaciones —replicó la mujer, como si nada.

Puede que vivir día tras día con la muerte la hubiese insensibilizado. Yo, en cambio, estaba segura de que tardaría meses en recuperarme de lo que acababa de vivir. El olor de aquel lugar, la sensación de vacío, la tristeza. Todo parecía indicar que allí reinaba la ausencia de vida.



En el fondo de mi corazón, sabía lo que estaba pasando. Aquel psicópata me buscaba a mí. Era a mí a quien quería. Yo era el objeto de su obsesión, esa era la única explicación plausible. El hombre de la boina llevaba años espiando cada uno de mis movimientos, acechándome desde las sombras. Si él era el asesino, estaba segura de que seguiría matando hasta conseguirme. El simple pensamiento de permanecer de nuevo encerrada, y en manos de un monstruo como aquel, me hacía estremecer de terror. El miedo había regresado a mi vida, y esta vez parecía haber venido para quedarse.

—¿Tienes frío? Puedo encender la calefacción. —Óscar malinterpretó mis tiritones.

El silencio había vuelto a instalarse entre nosotros durante el trayecto a casa. Los dos estábamos absortos en nuestros pensamientos.

—No, no tiemblo de frío —musité minutos después, en voz baja.

Óscar se apresuró a coger la siguiente salida de la autovía, que coincidió con una estación de servicio. Detuvo el vehículo y me miró con aquellos profundos ojos verdes que tan bien me conocían.

—No voy a permitir que te toque, ¿de acuerdo? No llegará hasta ti.

—No lo entiendes, ¿verdad? —pregunté con tristeza—. Ese es el motivo de que haya matado a Mireya, de que le haya hecho todo eso. Lo hace porque no puede llegar hasta mí. No he podido salvarla.

La verdad se propagó entre nosotros como una densa niebla que lo engullía todo: la felicidad, la paz, el amor. Nada parecía sobrevivir

a ella, y, sin embargo, allí estaba la mirada de Óscar abriéndose paso hasta mí.

—Has hecho todo lo que has podido, Ruth. No te culpes, por favor. No eres responsable de que ese asesino se haya obsesionado contigo. Además, todavía no estamos seguros de que sea el hombre de la boina. Podría tratarse de alguien completamente diferente.

Ambos sabíamos que no era cierto, pero, como investigadores, debíamos estar abiertos a todas las líneas de investigación posibles si queríamos dar con el culpable.

Esa noche, no me hizo falta pedirle a Óscar que permaneciese a mi lado. No hicieron falta explicaciones. No hubo más palabras. Me estrechó entre sus brazos y dejó que mi alma sanase en ellos.



# CAPÍTULO 17

## *Ruth*

«Para que la luz brille tan intensamente, la oscuridad debe estar presente».

Francis Bacon

Sabía que el momento había llegado. Tras contarle al comisario todos los pormenores de mi pasado, se interesó especialmente por algunos de los flecos del caso Manzanares, en el que el cuerpo de una joven había aparecido a orillas del río que daba nombre a la investigación. Su muerte había estado rodeada de polémica, y nunca se encontró al culpable, o culpables. Hasta mi secuestro. Yo había sido, sin pretenderlo, la moneda de cambio de la información que poseía Óscar, y que podría poner entre rejas a los poderosos responsables de aquella muerte y de otras muchas agresiones sexuales. Era consciente de que Óscar aún no se había perdonado

del todo el haberme escondido aquella información ni las terribles consecuencias que eso acarreó para nuestras vidas; sin embargo, debía tratar de dejar a un lado todo rastro de mis emociones y centrarme en los detalles, tal y como me había aconsejado el comisario. Todavía no lo había hablado con Óscar ni con Lucas, pero sabía bien cuál era el hilo del que debía tirar, a pesar de que no me apeteciese nada enfrentarme a ella de nuevo.

La sargento Estévez, antigua compañera, había estado implicada de un modo directo en mi secuestro, motivo por el cual se encontraba en la cárcel. No obstante, hasta la fecha, había mantenido un absoluto silencio con respecto a los motivos que la habían llevado a participar en un delito tan grave, por más odio que sintiese hacia mi persona. Su implicación con aquel grupo criminal todavía suponía una incógnita para la cual no habíamos hallado respuesta. Tampoco habíamos encontrado ninguna prueba que la relacionase con el caso Manzanares; tan solo con mi secuestro. El juez había llegado a la conclusión de que había actuado motivada por asuntos de índole personal: celos. No obstante, yo sabía que la sargento era demasiado inteligente como para dejarse influenciar por ese tipo de sentimientos. Debía de haber algo más. Algo que desconocíamos, y que debía averiguar. Existía la posibilidad de que eso me llevase a un callejón sin salida, pero, desesperada como estaba por encontrar respuestas que me condujesen hasta el asesino, debía explorar todas las vías a mi alcance.

—Lucas, tengo que pedirte algo.

En menos de diez minutos, mi amigo se encontraba frente a la puerta de mi casa, con una mirada interrogante y cargada de preocupación. Yo no había querido comentarle nada por teléfono. Lo conocía bien y sabía lo que opinaría del plan que pensaba llevar a cabo. También sabía que no permitiría que fuese sola.

—¿Estás loca? ¿En serio quieres pasar por esto de nuevo? Mira, Ruth, te quiero con locura, pero no creo que la sargento tenga nada que ver con el caso de Mireya. Lleva meses encerrada —dijo una vez que lo puse al día de mis planes.

—Sé que no tiene nada que ver con este caso, pero a lo mejor sí tiene alguna conexión con el hombre de la boina —dije con

convicción—. Lucas, piénsalo. Ellos dos son los únicos flecos que quedaron sin resolver en mi secuestro. Sus piezas no encajan.

Observé cómo la duda se abría paso poco a poco en la mirada de mi amigo. Yo había ganado.

—Está bien. Iré contigo, pero ¿lo sabe Óscar?

Leí en sus ojos lo que implicaba esa pregunta. Nuestra relación de pareja parecía haberse reconducido y, para que siguiese por ese camino, no podía haber secretos entre nosotros. Además, yo le había prometido que lo mantendría informado de mis movimientos hasta que el asesino estuviese entre rejas.

Me alejé de Lucas unos metros para realizar esa llamada. No me hizo falta buscar su nombre en la agenda del teléfono. Me sabía su número de memoria.

—Cariño, dime, ¿ha pasado algo?

—No, no pasa nada, no te preocupes. Solo quería decirte que Lucas y yo vamos a ir a la cárcel de Picassent a hablar con la sargento —solté sin más.

—Reconozco que yo también había pensado en ello, aunque hubiese preferido evitarte ese mal trago. ¿Seguro que no quieres que vayamos Lucas y yo?

—No, necesito que me mire a los ojos. Puede que no nos sirva de nada, pero ahora mismo no se me ocurre qué más hacer.

—Ruth, ten mucho cuidado y llámame en cuanto sepas algo, ¿de acuerdo?



En el trayecto hasta la prisión, Lucas trató de distraerme con los últimos cotilleos de la comandancia y en nuestro antiguo puesto de Chiva. Así era él: no importaba lo preocupado que estuviera o

cuánto le doliese el corazón, siempre tenía una sonrisa que ofrecerle al mundo.

Tras treinta minutos de trayecto, el edificio se erguía frente a nosotros. No era la primera vez que yo acudía allí; sin embargo, la sensación de malestar seguía asaltándome, igual que un depredador que pretende acabar con su presa. Ese lugar representaba lo opuesto a la libertad, algo que se respiraba en cada puerta, en cada pasillo, en cada estancia. No recordaba haberme sentido así en mis anteriores visitas, aunque sabía bien el origen de esa emoción: ya no soportaba sentirme encerrada. Era como si una mano invisible me oprimiese el pecho, impidiéndome respirar.

—Ruth, bombón, ¿estás bien?

—Sí, es solo que me falta el aire entre estos cuatro bloques de hormigón —confesé con temor.

—Mírame. No estás encerrada. Podemos salir de aquí cuando lo necesites. Además, yo estoy contigo.

Sus palabras fueron como un bálsamo para mi desasosiego. Hice un gesto de asentimiento con la cabeza y la mano invisible se desvaneció. Caminamos juntos por el laberinto de infinitos corredores tras uno de los funcionarios de prisiones. Al cabo de veinte minutos, entramos en una sala gris en la que se disponían varias mesas. Me asombró escuchar la risa de una niña; cuando giré el rostro en busca del sonido, uno de los presos lanzaba una mirada de adoración a la que solo podía ser su hija. Un rayo de luz en medio de las tinieblas.

De pronto, noté el codazo de Lucas en mis costillas y comprendí lo que significaba. Sin embargo, tardé unos segundos más en desviar la mirada. No quería afrontarlo. No todavía. Prefería seguir contemplando la escena familiar que se desarrollaba a tan solo unos metros.

—Vaya, vaya, mira a quién tenemos aquí.

Esa voz me provocó un escalofrío que traté de ocultar. Mi mirada claudicó y se posó sobre la desmejorada sargento. Me desconcertó su aspecto descuidado, muy distante del que yo conservaba en mi memoria. Ella siempre había tratado de exaltar sus puntos fuertes:

piernas altas y esbeltas, piel bronceada y silueta trabajada. No había ni rastro del maquillaje con el que yo la recordaba, siempre perfecto.

—La cárcel te sienta bien —ironicé.

Su rictus estaba tenso por el odio, pero no me sorprendió.

—Solo queremos formularte unas preguntas —intervino Lucas, más diplomático.

—¡Has traído a uno de tus perritos falderos! ¿No te atreves a enfrentarte a mí tú sola? —atacó con rabia.

—Esto no es un enfrentamiento. Nunca lo ha sido —respondí, sincera.

Sus facciones parecieron suavizarse, aunque la expresión de odio no abandonó su rostro. Miró hacia Lucas antes de comenzar a hablar, excluyéndome de la conversación de manera deliberada. No era algo que me importase, siempre y cuando nos proporcionara las respuestas que andábamos buscando.

—Venís por el asesinato de esa chica, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —Lucas trató de disimular su curiosidad.

—Te sorprendería la cantidad de información que circula aquí dentro. Supongo que estáis al tanto de lo que se ha publicado en la prensa, pero quizá no lo estéis de las fotografías que se han filtrado de la escena del crimen.

Lucas y yo evitamos mirarnos para no delatar nuestra postura, aunque el involuntario movimiento de nuestras manos no pasó desapercibido para la sargento. Ella conocía nuestros trucos. Había sido una de nosotros.

—Sois patéticos.

—¿Qué fotografías? —pregunté.

La sargento me regaló una mirada de odio antes de responder.

—Por lo visto, alguien tomó fotografías desde uno de los pisos cercanos a la plaza de toros y se están difundiendo como la pólvora. La prensa no las habrá publicado todavía por miedo a las represalias de la familia.

Eché mano al bolsillo de mi pantalón, solo para recordar que nos habían quitado los teléfonos móviles. Debía avisar al comisario para que rastrearan el origen de aquellas fotografías y las retirasen de la circulación.

—No me sorprendió ver que aquella chica se parecía a ti. —Cada una de sus palabras iba inyectada de veneno.

—Y ¿puedo preguntar por qué no, Estévez?

—Él estaba obsesionado contigo. Enfermo. Parecía idolatrarte. ¡Pobre infeliz!

Una llama se encendió en mi pecho y, en menos de un segundo, ya la sujetaba por la solapa de su camisa. Necesitaba descubrir qué tenía que ver yo en todo aquel asunto, por qué me había elegido a mí. Lucas intervino para tratar de salvar la situación y recuperar el control que yo había perdido.

—¿Sabes quién es? —preguntó mi amigo.

—No, nunca pude verle la cara, y tampoco dijo su nombre —admitió.

—Entonces, ¿quedaste con él en más de una ocasión? ¿Para qué? —pregunté mientras me obligaba a controlar mi respiración.

—No tengo que explicaros nada. No entiendo por qué pensáis que voy a ayudaros. Sobre todo, a ti. —Fijó su dura mirada en la mía.

—No quiero que me ayudes a mí, sino a ellas: a Mireya y a todas las chicas a las que puede asesinar. Si aún te queda algo del juramento que hiciste el día en que ingresaste en el cuerpo, nos ayudarás —afirmé sin un ápice de temblor en la voz.

Sabía que apelar a su lado más humano, aquel por el cual un día había decidido consagrar su vida a la Guardia Civil, sería una buena idea.

—Me chantajeó para que colaborase con él —comenzó—. Él llevaba años siguiéndote. Por eso sabía que alguien andaba tras tus pasos. Así fue como descubrió parte del plan del secuestro. Después, contactó conmigo y me pidió que participase para asegurarme de que llegabas hasta él. No le importaba en qué estado, pero quería que fueses suya, como una especie de muñeca de colección. —Una mueca de desagrado apareció en su rostro.

—Está absolutamente perturbado —musitó Lucas junto a mí.

—No sabéis hasta qué punto.

—¿Qué utilizó para chantajearte? —pregunté con suspicacia.

La sargento se revolvió en su asiento.

—Las pruebas del viejo caso de robo en El Bosque. Aquel carmín rojo que especificasteis en vuestro informe era mío. Tenía una aventura con Manuel Gutiérrez, el marido de Clara Garza —dijo, y desvió la mirada hacia una de las esquinas de la sala.

Recordaba aquel caso; había sido el primero tras mi llegada a Chiva. Un robo a un matrimonio adinerado en una de las urbanizaciones del pueblo, gracias al cual logramos destapar una red de corrupción.

—Estabas metida en sus asuntos turbios, ¿verdad? —pregunté, a sabiendas de cuál sería la respuesta.

—Está bien, no hace falta que respondas —intervino Lucas de nuevo—. No estamos aquí para eso. Tan solo queremos averiguar la identidad de ese hombre, el que persigue a Ruth. Creemos que él puede ser el asesino de Mireya García.

—No me extrañaría en absoluto —respondió Estévez—. Pero no puedo seros de mucha ayuda. Siempre quedábamos en sitios oscuros y aislados, sin cámaras, sin nombres. Traté de descubrir su identidad para ponerle fin al chantaje, pero no pude.

—Pero tú disfrutaste con mi secuestro, con el daño que me provocaban. Pudiste ponerle fin, decirle algo a Óscar, y nunca lo hiciste —reproché.

No podía olvidar los golpes, las condiciones en las que me mantuvieron, la crudeza y maldad de las palabras que me dedicaron. No podía perdonarla.

—Sí, lo hice. Desde que apareciste en nuestras vidas, lo estropeaste todo, y yo no podía soportarlo. Creí que mi vida volvería a ser mejor si desaparecías del mapa —reconoció—. El psicólogo de la prisión me está ayudando a ver la situación desde otra perspectiva.

Sabía que eso sería lo más cerca que estaría Estévez de emitir una disculpa, pero a mí no me servía. Las cicatrices que se dibujaban en mi cuerpo todavía estaban demasiado frescas.



Lucas y yo decidimos pasar por el cuartel de la Guardia Civil de Chiva para buscar el expediente del robo en la urbanización El Bosque, aunque estábamos convencidos de que, en esa ocasión, Estévez no mentía. De camino, noté que Lucas se revolvía inquieto. Al llegar, todos los compañeros se acercaron a saludarnos y a saciar su curiosidad sobre el caso de asesinato que copaba los telediarios y programas de televisión. Sin embargo, yo lo único que quería era llegar al despacho del teniente para ponerlo al día de lo que habíamos averiguado y rastrear en los informes alguna pista que nos confirmase lo que nos había revelado Estévez. Necesitaba dejar de avanzar sobre arenas movedizas y pisar tierra firme, aunque esta estuviese repleta de fieras hambrientas. Tras más de diez minutos de interminables saludos y conversaciones en las que todo el mundo me aconsejaba cómo resolver el caso, Lucas y yo nos adentramos en el despacho de Óscar. Su mirada se posó de inmediato en mi rostro, como si así tratase de discernir cuánto me había afectado la visita a Picassent.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó tras considerarlo unos segundos.

Sabía que intentaba darme espacio y no atosigarme a preguntas sobre mi estado anímico, aunque en el fondo se estuviera muriendo de preocupación.

—Ha sido bastante interesante —respondió Lucas antes de cerrar la puerta del despacho.

Rodeé el escritorio y estreché a Óscar entre mis brazos. Él respondió al instante envolviéndome con su cuerpo.

—Estoy bien —susurré en su oído.

Le contamos con pelos y señales todo lo sucedido durante nuestro breve encuentro con Estévez. Traté de descifrar alguna expresión en su rostro, alguna emoción, pero en ese momento no era mi Óscar, sino el teniente Castillo.

—¿Creéis que es cierto? —preguntó una vez que hubimos terminado nuestro relato.

—Sí —respondimos Lucas y yo al unísono.

—Entonces, ya sabemos por qué el departamento de investigación obvió el vaso manchado de carmín rojo en la cocina, a pesar de vuestras advertencias. ¡Qué estúpido fui! —exclamó Óscar mientras paseaba por el despacho como un león enjaulado.

—No podías saberlo. Nos engañó a todos. —Lucas trató de consolarlo.

Buscamos el expediente del robo en El Bosque para dar con algo que nos condujese hasta Estévez. Esa tarea nos llevó varias horas. Estábamos a punto de abandonar para ir a comer, cuando una idea acudió a mi mente.

—Dejadme el registro de llamadas de Manuel Gutiérrez.

Busqué en mi teléfono móvil el número personal de Estévez y lo cotejé con las llamadas que se reflejaban en la factura que constaba entre las pruebas obtenidas.

—¡Aquí está! Mirad cuántas veces se repite. Es el número de Estévez —señalé, eufórica.

—Ya tenemos la confirmación. Está diciendo la verdad —repuso Óscar con rostro sombrío.

—Lo cual significa que puede que también la esté diciendo con respecto al hombre de la boina —concluyó Lucas.

La euforia que yo había experimentado segundos antes se disipó como la espuma de las olas al romper en la orilla. Un perturbado que estaba obsesionado conmigo andaba suelto por alguna parte. Merodeando. Al acecho.



—Gracias por quedarte esta noche en mi casa —dije mientras trataba de concentrarme en la cena.

—No seas tonta, sabes que no tienes nada que agradecerme.

Solo cuando estábamos solos, en la intimidad, salía a relucir el verdadero Óscar, ese que en el trabajo permanecía oculto tras una máscara de frialdad e indiferencia.

—Estoy asustada —reconocí.

—Lo sé. Yo también lo estoy.

Me levanté de la mesa para, acto seguido, dejarme caer en el sofá. Sostuve mi cabeza entre las manos en un gesto de derrota. Aquel tipo nos llevaba ventaja. Tenía todo tipo de información acerca de mí, había estado en mi casa y, si de verdad era el asesino de Mireya, estaba más loco de lo que yo podría haber imaginado.

Percibí la fragancia de Óscar cuando se arrodilló frente a mí en el sofá y acunó mis manos entre las suyas.

—No dejaré que te haga nada. Te lo prometo.

Sabía que haría todo lo posible por cumplir su promesa, incluso dar su vida si con ello podía librarme del peligro, pero, en ese momento, lo único que yo quería era que embotase mis sentidos con sus caricias. Quería que me hiciese olvidar el mal que nos rodeaba, que solo existiésemos él y yo. Acerqué mis labios a los suyos con una calma estudiada y los recorrí con mi lengua. Sus manos comenzaron a temblar. Antes de que yo pudiese hacer cualquier otro movimiento, Óscar ya me había recostado sobre el sofá y se había colocado encima de mí. Su mano derecha esquivó grácilmente mi camiseta y se deslizó por mi piel desnuda. Ese era el lugar en el que

yo quería estar: bajo el peso de su cuerpo, respirando su aroma, saboreando sus besos.

El sonido de mi teléfono móvil rompió la magia del momento. Ambos nos miramos con los ojos ardiendo de deseo, hasta que Óscar se levantó para dejarme el espacio que necesitaba. Saqué el teléfono del bolsillo y, al no reconocer el número, me apresuré a responder.

—¿Dígame?

—¡Ruth, soy Lucía! —dijo una melodiosa voz.

—¡Hola, Lucía!

Me levanté del sofá para alejarme unos metros de Óscar, que me miró con una mezcla de curiosidad y sorpresa.

—Espero no molestarte, ¿puedes hablar?

—Sí, sí, no hay problema. Cuéntame, ¿estás bien?

—¿Recuerdas la aplicación de citas de la que te hablé? He conocido a un chico que quiere quedar conmigo —dijo con inocencia.

—¿De verdad? ¿Tan rápido? Bueno, supongo que es mejor que os conozcáis en persona a que lo hagáis a través de mensajes, ¿no? —le aconsejé tras sopesarlo unos segundos—. Solo te pido que tengas mucho cuidado.

—Lo sé. Cuando quede con él, te lo diré y te enviaré la ubicación, tal y como hablamos.

—Me quedaré mucho más tranquila. Gracias por confiar en mí, Lucía —añadí, temerosa de que me considerase una entrometida.

—No hay de qué. Estoy muy contenta de tener una hermana postiza a la que poder contarle estas cosas; ya sabes lo que diría mi hermano…

—Sí, a él, de momento, mejor no contarle nada de tus citas —susurré.

Ambas reímos al imaginar la expresión de Óscar si llegaba a enterarse de que su hermana pequeña estaba buscando pareja a través de internet.

—Además, ya sabes que nunca he tenido cerca una figura femenina —comentó ella. Su voz, que normalmente destilaba alegría, sonó melancólica—. Mi madre murió cuando yo era muy

pequeña, y mi tía, con la que vivimos tras la muerte de mis padres, también, así que siempre hemos estado solos Óscar y yo.

—No te preocupes, ahora me tienes a mí, ¿de acuerdo?

No pude evitar que una diminuta lágrima de emoción escapase de mis ojos.

—¿Era *mi* Lucía? ¿Ha pasado algo? —se apresuró a preguntar Óscar en cuanto regresé al salón.

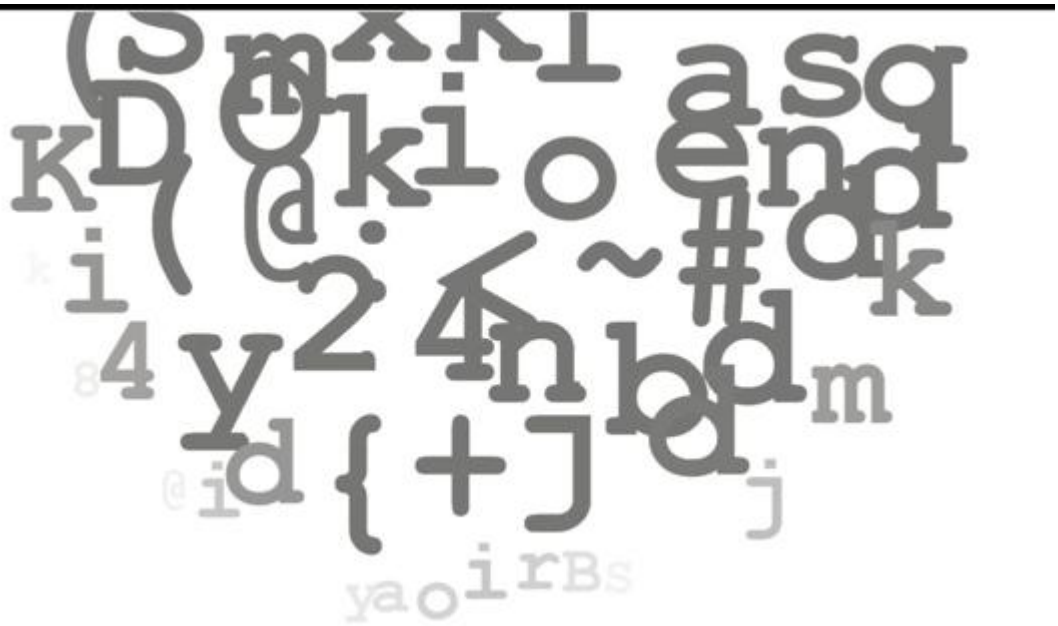
—Sí, era ella, y no, todo va a las mil maravillas —respondí, en un intento de retomar lo que habíamos dejado a medias.

—¿Estás segura? ¿Para qué te ha llamado? —insistió.

—Cosas de chicas.

Una media sonrisa fue suficiente para que Óscar captara que no tenía de qué preocuparse. Ataqué sus labios una vez más, como si el tiempo que habíamos permanecido separados se me hubiese hecho eterno.

—Gracias por cuidar de ella —susurró en mí oído antes de bajar su mano hacia mi pecho.



# CAPÍTULO 18

## *Hombre de la boina*

«Todas las cosas verdaderamente retorcidas empiezan desde la inocencia».

Ernest Hemingway

Había estado tan cerca de conseguirlo… Ella parecía no darse cuenta, pero estaba destinada a que sus pasos la guiasen hasta mí. El primer acertijo no era nada fácil y, aun así, había dado con la respuesta correcta. Sin embargo, el tiempo era caprichoso: cuando queríamos que pasase rápido, las agujas del reloj parecían tener agujetas, mientras que, cuando queríamos que aminorase la marcha, volaba como un pájaro.

Yo nunca había sentido nada igual. Me embriagaba una mezcla de emociones. Excitación, entusiasmo e ira. Algo semejante a un

último chute de cocaína a medianoche. No es que yo fuera un drogadicto, pero me gustaba experimentar para llevarme al límite. No obstante, ninguno que hubiera experimentado antes era comparable con lo que estaba viviendo en esos momentos. Ella, mi ave fénix, estaba en cada fibra de mi ser, en mi misma esencia. Nos habíamos convertido en dos almas que deseaban habitar el mismo cuerpo. Por eso, sabía que llegaría hasta mí y, entonces, podríamos estar juntos. Para siempre.

Que ella fuera tan inteligente conllevaba algunas molestias. Yo había perdido mi escondite, el lugar que con tanto esfuerzo había decorado para nosotros, para que se sintiera como en su verdadera casa, porque, en el fondo, debía de saber que no tenía otra opción más que estar a mi lado. De un modo u otro. Esa era la razón de que me encontrase allí, caminando por la desolación que solo un polígono industrial medio abandonado podía presentar un domingo por la mañana. En ese apartado rincón de la ciudad, ni los gatos querían salir a pasear. Pero así era mejor; me había acostumbrado a la soledad en la que ella siempre me acompañaba. Me detuve en el recuerdo de su rostro cuando encontró el cadáver de la chica, su *alter ego*. Me recreé en esa imagen que permanecería conmigo para siempre, y una erección se instaló en mi entrepierna. Me reprendí por ello. No debía sucumbir a instintos tan animales, pero no podía evitarlo. Recordar la devastación en su rostro, toda la rabia, la tristeza. Casi pude saborearla en mi boca. Yo había provocado aquello y me sentí orgulloso. Algo había despertado en mi interior; algo que, si bien ya existía, había permanecido en estado de letargo, esperando el momento propicio. Y ese momento había llegado.

—Sí, lo sé. Perdóneme, jefe, pero es que ayer salí muy apurada de tiempo para poder recoger a mi hijo en casa de su padre, y se me olvidó por completo —escuché que decía una voz femenina—. No se preocupe, ya estoy en la puerta de la empresa —añadió, nerviosa.

Observé sus pasos, los rizos que ondulaban su larga melena, el contoneo de sus caderas, y fue entonces cuando lo sentí de nuevo. Sin perder tiempo, eché a andar hacia ella cabizbajo. Tenía que comprobar que podía ser ella.

—Perdone, ¿se encuentra usted bien? ¿Se ha desorientado? —preguntó de pronto su melodiosa voz, cerca de mí.

—P-perfect-tament-te.

No tuve más que perderme en el mar de chocolate que eran sus ojos para reconocerla. Tenía una segunda oportunidad. Había sabido que ese momento llegaría, pero nunca imaginé que fuera tan pronto. La suerte, una vez más, estaba de mi lado. El destino quería que estuviésemos juntos.

Compuse una sonrisa que dejaba ver parte de mi dentadura y la golpeé con fuerza en la cabeza. Miré a un lado y a otro para cerciorarme de que allí no había ni un alma. Tan solo las nuestras. Eso me proporcionó el valor que necesitaba para tomarme unos segundos en los que aspirar su aroma. Mi boca comenzó a salivar como un animal hambriento. Sabía que no debía tocarla hasta que despertase y comenzara la función, pero mi lengua no me obedeció. Solo probar el salitre de la piel de su escote hizo que mi erección llegase a su clímax. La sujeté bajo los hombros y la arrastré hasta nuestro nuevo hogar. Por fin volveríamos a estar juntos, en casa.



# CAPÍTULO 19

## *Ruth*

«Es un acertijo, pero se puede resolver. Es complejo, pero es humano».

Holden Ford, *Mindhunter*

Los tímidos rayos de sol de aquel domingo de marzo se posaron sobre mis párpados, obligándome a revolverme inquieta en la cama. Me giré, en un intento de esquivar la luz que trataba de vencer la batalla al sueño, y me topé con una cálida respiración que golpeaba mi rostro. No me hizo falta abrir los ojos para saber a quién pertenecía. Reconocería su aroma en cualquier parte. Antes de que pudiese darme cuenta, una débil sonrisa ya se había dibujado en mis labios, como si eso fuese lo único que necesitaba para comenzar bien el día. Cuando al fin mis ojos se acostumbraron a la luminosidad que se filtraba por la ventana, los abrí. Allí estaba él. Su

pecho se movía en una acompasada danza y su rostro estaba libre de las arrugas de preocupación que en las últimas semanas lo acompañaban allá donde fuese. Levanté la mano para apartar uno de los mechones de su frente y me deleité en ese leve contacto. Pero, pronto, la vibración de mi teléfono móvil me devolvió a la realidad. Miré la pantalla; si alguien me llamaba un domingo a esas horas de la mañana, debía de ser urgente. Salí a hurtadillas, con los pies descalzos, y me encerré en la cocina.

—Comisario, ¿ha pasado algo?

—Venga de inmediato. Tenemos a otra chica desaparecida —dijo sin más.

Guardé silencio algunos segundos mientras observaba la hora del reloj del microondas parpadear de manera insistente, como si fuera a detenerse.

—¿Sigue usted ahí?

—Sí, lo siento. ¿Tenemos alguna pista?

—Estamos en ello. La familia ha venido hace un rato a poner la denuncia.

—¿Y cómo sabemos que está relacionado con nuestro caso? Desaparecen personas todos los días.

—Es mejor que vea su foto usted misma. No podemos estar seguros todavía, pero el parecido es innegable.

—Está bien. Voy para allá.

—Por cierto, no comente nada con nadie. No queremos que se filtre todavía a la prensa o cundirá el pánico.

Permanecí apoyada en el banco de la cocina varios minutos, incapaz de reaccionar ante la nueva información. Las piernas me temblaban tanto que, de no haber estado sujeta, me habría caído al suelo. Una nueva desaparición. Otra chica en peligro. Otra investigación contrarreloj. Me esforcé en mantener la calma. El número de denuncias por desaparición era muy elevado en España, con una media de sesenta al día, y, en la mayoría de los casos, se lograba dar con el paradero de la persona desaparecida, o solo era una falsa alarma. Sin embargo, yo no podía obviar el cosquilleo en mi estómago. Traté de respirar hondo unas cuantas veces antes de

regresar al dormitorio, pero Óscar entró en la cocina antes de que yo pudiese recobrar la calma que esa llamada me había robado.

Su pelo enmarañado y su pecho desnudo me ayudaron a desviar mi atención de la bomba que acababa de recibir y pude esbozar una sonrisa.

—Buenos días, cariño —dijo, todavía somnoliento.

—¿Has dormido bien?

Me volví hacia la cafetera para que no pudiese leer la preocupación en mi rostro.

—Como un bebé. Hoy solo quiero que estemos tirados en casa sin hacer nada. Bueno, alguna actividad sí se me ocurre, la verdad…

Óscar me abrazó por la cintura y dejó una estela de besos por mi cuello. Carraspeé para tratar de recuperar el control.

—Hoy no puedo quedarme en casa —solté.

Óscar se apoyó también contra el banco de la cocina para observar mejor mi rostro. Yo, de manera deliberada, lo escondía tras mis rizos.

—Si quieres, puedo irme a mi piso. No es necesario que…

—¡No, no, no! Te prometo que no es nada de eso. He recibido una llamada del comisario y debo ir a trabajar —aclaré.

Noté el momento exacto en el que el rostro de Óscar pasó del alivio al desasosiego.

—¿Ha pasado algo? ¿Hay alguna pista nueva?

—Todavía no lo sé. No ha querido decirme mucho por teléfono —mentí, solo a medias.

—Está bien. Deja que sea yo quien prepare el desayuno mientras te arreglas para ir a trabajar —dijo, y posó un tierno beso en mis labios.

Cuando alcancé el dormitorio, expulsé todo el aire que no sabía que había estado conteniendo. Negué con la cabeza y me prometí informar a Óscar por teléfono tras comprobar qué estaba pasando. No sería una mentira, solo un aplazamiento de la verdad.



—Ruth, tu asunto urgente del trabajo no tendrá que ver con esto, ¿verdad?

Antes de que Óscar me tendiera la pantalla de la *tablet*, yo ya intuía lo que me iba a encontrar. Debí haber imaginado que la prensa no tardaría en hacerse eco, y más tras el revuelo que se había formado con la muerte de Mireya. Leí para mis adentros el titular del periódico digital:

*Cunde el pánico a pocos días del comienzo de las Fallas por la desaparición de otra joven.*

—¿No pensabas decírmelo? —preguntó al ver que yo no respondía.

—Lo siento, no quería preocuparte sin motivo. Todavía no sabemos si ambas desapariciones están relacionadas —respondí al fin.

Me concentré en la espuma que se había quedado adherida al fondo de mi taza de café. Si miraba a Óscar a los ojos, estos me desarmarían. Al cabo de unos segundos, escuché cómo exhalaba un profundo suspiro de resignación.

—Anda, ven aquí.

Apartó la silla de la mesa para dejarme hueco sobre su regazo. Rememoré cuando me sentaba sobre mi padre en aquella misma postura para que me hiciera cosquillas. Ese simple recuerdo hizo que mi alma sonriera.

—Óscar, de verdad que no pretendía esconderte nada. Solo quería estar segura de que ambos casos estaban relacionados antes de hablar contigo —confesé.

—Lo sé. Además, este siempre ha sido nuestro problema: tratar de protegernos el uno al otro.

—Te iba a llamar en cuanto viera la foto de la chica. El comisario me advirtió de que el parecido era considerable.

Óscar hundió su rostro en mi cuello e inhaló mi aroma. Fue un roce sutil, pero las células de mi cuerpo reaccionaron al instante al reconocer el tacto de su piel. Antes de que pudiese frenarlo, un débil gemido escapó de mi garganta.

—¿No tuviste suficiente anoche?

—Nunca —respondí.

Sabía que no era el momento. Sabía que había otra vida en juego. Pero, desde mi secuestro, y gracias a la terapia con la psicóloga, era más consciente de lo efímeros que resultan esos breves momentos. Instantes de felicidad y armonía que se evaporan como el rocío de la mañana. Y yo quería conservar el sabor de sus labios en mi memoria todo el tiempo que me estuviese permitido, así que los acaricié con dulzura, navegué en ellos y dejé que mi cerebro se perdiera en el placer que me hacía sentir.

—Cariño —comenzó Óscar cuando al fin pusimos algo de distancia entre ambos—, soy el primero que quiere que te quedes conmigo todo el día, pero deberías irte al trabajo.

El teniente Castillo había salido a relucir. Yo ya lo había aceptado como algo inherente a él, y lo cierto es que esa faceta de Óscar me encantaba.

—A la orden, mi teniente —respondí, no sin antes posar mis labios de nuevo sobre los suyos.



Llegar a la comisaría me llevó más tiempo del habitual. El tráfico de Valencia solía ser una auténtica pesadilla; sin embargo, en marzo, se respiraba un ambiente festivo difícil de ignorar. Las calles estaban abarrotadas de gente, y el centro se volvía inaccesible para los vehículos. Por suerte, todavía no habían *plantado* las fallas, pero la *mascletá* se celebraba cada mediodía en la plaza del Ayuntamiento.

—¿Quién me pone al día? —pregunté, azorada, cuando al fin pude alcanzar el despacho.

—Yo mismo, encanto. Sé que mi voz te resulta irresistible —dijo Roberto con su habitual desparpajo.

Una mueca de disgusto desfiguró mi rostro. No estaba para bromas.

—Desirée Trujillo. Veintinueve años. Trabaja como administrativa en una empresa del polígono La Mina, en Paiporta. Le pidió a su madre que cuidase a su hijo porque tenía que acercarse a la oficina, e incluso habló con su jefe para decirle que ya estaba en la puerta. Según el jefe, que ha visionado las grabaciones de las cámaras de seguridad, nunca llegó a entrar. Ya hemos solicitado las imágenes. El coche de Desirée sigue aparcado frente a la nave, pero no se ha sabido nada más de ella. Su madre está muy asustada porque asegura que Desirée nunca dejaría a su hijo durante tanto tiempo sin un buen motivo.

—¿Qué hay del padre del niño? —pregunté mientras me acercaba a la pizarra y, estremecida, observaba su rostro.

—Estamos comprobando su coartada —añadió Roberto—. El parecido es impresionante, ¿verdad?

—¿Por qué sonríes? A mí esta situación no me hace ninguna gracia. —No traté de esconder mi enfado.

—Lo siento. Puedo reaccionar como un capullo cuando estoy nervioso.

Esas palabras ablandaron mi corazón. Después de todo, cada persona tenía maneras muy distintas de afrontar situaciones límite, y creía conocer a Roberto lo suficiente para saber que no lo hacía con maldad.

—No pasa nada, todos estamos de los nervios —respondí.

—Lo que está claro es que algo debe de haberle ocurrido, porque no se habría ido dejando allí su coche, y más sabiendo que su madre estaba cuidando de su hijo —intervino Joan.

—¿Habéis interrogado al jefe? Puede que estuviera esperándola en la puerta de su empresa y se la llevara a alguna parte —dije sin ninguna convicción.

—Eso tendría sentido, porque Desirée no se montaría en el coche de un extraño, pero sí en el de su jefe —musitó Miguel.

—Sí, tendría sentido, pero él tiene coartada, y es sólida —dijo Carolina tras colgar el teléfono.

—¡Mierda! —maldije, sin poder reprimir la angustia—. No puede estar sucediendo otra vez.

Una mano se posó en mi hombro derecho para intentar consolarme, y, aunque traté de agradecer el gesto con una frágil sonrisa, no logré engañar a Roberto.

De pronto, el comisario, que traía un humor de perros, entró a la oficina como un huracán y se situó frente a la pizarra.

—Venga, quiero que os estrujéis los sesos y me digáis qué tenemos y por dónde podemos seguir investigando. No sé cómo cojones se ha filtrado la noticia a la prensa, pero ya tengo a todo el mundo encima.

Como nadie parecía atreverse a dar el primer paso, decidí lanzarme.

—Sabemos que Desirée es una madre trabajadora que nunca abandonaría a su hijo. Tiene que ir a la empresa un domingo por la mañana a terminar una gestión que le ha mandado su jefe. Aparca su coche frente a la nave, descuelga la llamada de teléfono de este, pero nunca llega a entrar. ¿Sabemos a qué hora recibe esa llamada?

—A las ocho y diez —confirmó Roberto.

—Se tardan unos veinte minutos en coche desde casa de Desirée hasta el polígono, así que debió de salir a las siete cincuenta aproximadamente —añadí, pensativa.

—Así es, su madre lo ha corroborado —intervino Adrián.

—Por tanto, podemos decir que desapareció justo tras colgar la llamada de su jefe —apuntó el comisario.

—En el caso de Mireya, descartamos que el secuestrador se moviera en coche, pero aquí esa teoría no cuadra. Tuvo que desplazarse en algún tipo de vehículo. Seguramente la golpeó o la drogó, la metió en su coche y la trasladó a otro lugar. Aprovechó que los domingos a esas horas los polígonos están prácticamente desiertos —explicó Miguel.

—¿Y si no se la ha llevado a ningún sitio? —pregunté de pronto —. A Mireya la retuvo todo el tiempo en el mismo lugar, y la secuestró en una de las calles cercanas a la plaza de toros. Puede que, si es el mismo individuo, haya actuado de idéntica forma.

—¿Si es el mismo individuo?

La falsa calma con la que el comisario pronunció esas palabras hizo que un escalofrío recorriera mi cuerpo. En dos zancadas se acercó a mí y me sujetó por la barbilla con más fuerza de la requerida, obligándome así a mirar el sonriente rostro de Desirée en una de las fotografías del tablón.

—¡Mírala! —Sin embargo, yo solo pude cerrar los ojos—. He dicho que la mires —repitió el comisario, algo más tranquilo, como si se hubiese percatado de lo que estaba haciendo.

Acercó tanto su rostro a mi cara que pude notar el olor a café impregnado del humo del tabaco. Una mueca de repugnancia se apoderó de mí.

—¡Eh, comisario, creo que ya es suficiente! —dijo Roberto.

—Suélteme —gruñí, como si mi voz saliese de las mismísimas entrañas—, y no vuelva a ponerme una mano encima en su jodida vida.

Luché con todas mis fuerzas para contener las lágrimas de rabia que ya comenzaban a escocer bajo mis párpados, y salí de la oficina. No sabía a dónde me dirigía, solo sabía que tenía que salir de allí, de ese edificio, de esa ciudad. De forma inconsciente, mis manos sacaron el teléfono móvil y marcaron el número de una de las personas en las que más podía confiar.

—Bombón, ¿qué haces que no estás disfrutando de esta maravillosa mañana de domingo?

—Lucas —sollocé.

—Ey, ey, dime qué te pasa, ¿dónde estás?

—En la puerta de comisaría. Otra mujer ha desaparecido y he tenido un enfrentamiento muy desagradable con el comisario —expliqué de manera atropellada.

—Tranquila, desaparecen personas todos los días.

—Eso he tratado de repetirme, Lucas; pero la chica se parece a mí.

Un incómodo silencio se adueñó de la conversación, sacando a la luz los miedos que ambos nos negábamos a reconocer.

—Y ¿qué es lo que ha pasado con el comisario?

Noté cómo Lucas apretaba los dientes al otro lado del teléfono.

—Cuando he sugerido que ambos casos podrían no estar relacionados, me ha humillado delante del resto del equipo y…

—¿Y? Ruth, sigue hablando, porque estoy a punto de presentarme allí y partirle la cara a ese imbécil.

Imaginar a Lucas en esa situación me hizo sonreír. Sabía que era capaz, aunque también que prefería solucionar los problemas mediante el diálogo.

—Nada, es solo que no trago a ese tipo —confesé.

—Bombón, ¿quieres que vaya a recogerte? Podemos pasar el día juntos.

El bueno de Lucas siempre sabía lo que yo necesitaba. No podía ser más afortunada de tenerlo en mi vida. De pronto, una mano en mi hombro me obligó a encarar de nuevo la realidad. El afligido rostro de Roberto me observaba con atención.

—No te preocupes, Lucas. Debo regresar al trabajo. Te prometo que te llamaré cuando llegue a casa.

Lucas se despidió poco convencido, y yo sabía lo que eso significaba: iba a desplegar al batallón, por lo que, a mi regreso a casa, me esperarían Matías, Lucas y… Óscar.

—Encanto, el jefe quiere hablar contigo. Creo que solo busca disculparse; está sometido a mucha presión y… ¿Qué estoy diciendo? Es un gilipollas integral. Hala, ya lo he dicho —soltó mi compañero sin dejar de mirarme.

—Gracias, Roberto, pero ahora no me apetece hablar con él ni regresar ahí dentro.

—Tus deseos son órdenes. Sé exactamente lo que necesitas.

La pícara sonrisa que se formó en su rostro no me tranquilizó en absoluto, pero necesitaba distraerme o acabaría por volverme loca.

Caminamos bajo el cálido sol durante algo más de media hora. A medida que pasaba el tiempo, me iba sintiendo un poco más cómoda y relajada en presencia de Roberto. Era un chico muy divertido, con un punto de locura que siempre conseguía sacarme una sonrisa. Recorrimos la calle Jàtiva y, al pasar por delante de la plaza de toros, un nudo se apoderó de mi estómago. Roberto debió de percibir el cambio en mi humor, porque se apresuró a cogerme de la mano y a retarme a echar una carrera.

—¿Estás loco? ¡Hay demasiada gente como para ponerse a correr!

La Estación del Norte estaba repleta de personas, las cuales se acercaban a disfrutar del ambiente fallero que se respiraba en el aire y de la *mascletá* que tendría lugar en un par de horas. Corrimos por la avenida del Reino de Valencia hasta que nos quedamos sin aliento y el sudor comenzaba a perlar nuestros rostros.

—Estás chalado.

—Lo sé —reconoció con una media sonrisa.

Seguimos caminando durante algunos minutos mientras disfrutábamos de la complicidad que empezaba a surgir entre nosotros. Una complicidad que hacía más fácil el trabajo entre compañeros.

Sonreí al comprender a dónde nos dirigíamos. La enorme escultura de un hombre con los brazos y las piernas extendidos apareció frente a nosotros. Las risas de los niños inundaban el lugar, llevándose consigo el horror de las últimas semanas.

—Gracias —dije, sin perder de vista los enormes toboganes, que invitaban a retrotraerse a la infancia.

—No te he traído aquí solo para mirar —comentó Roberto—. ¡Vamos!

Tomó mi mano de nuevo y corrimos hasta una de las piernas de Gulliver. Pasamos la hora siguiente riendo y jugando como un par de adolescentes; yo debía admitir que eso era justo lo que necesitaba. Olvidarme de todo. Reír. Y Roberto había conseguido que lo hiciera.

Compramos un par de bocadillos y nos sentamos bajo el sol en el césped que rodeaba el parque.

—Gracias por ser tan bueno conmigo.

—Ruth, yo…

Un balonazo en la cabeza lo hizo componer una mueca de dolor, que Roberto se apresuró a borrar cuando vio el preocupado rostro del niño que se acercaba pidiendo disculpas. Me reí tanto que comenzó a dolerme el estómago. Al final, ambos terminamos tumbados sobre la hierba y con lágrimas en los ojos, por lo que nuestra conversación quedó inconclusa. Sabía que aquellas dos simples palabras y, sobre todo, el tono en el que Roberto las había pronunciado, significaban algo, pero mi cerebro estaba demasiado saturado como para reflexionar acerca de ello. Pese a todo, el rostro de Desirée seguía sobrevolando mi mente.

—Ruth, me lo he pasado muy bien. No sabía que podías ser tan divertida.

—Ya; el último año de mi vida se ha llevado una parte de mí. Puede que para siempre.

—No es así. Esa parte de ti sigue aquí dentro.

Roberto posó una mano sobre mi pecho, a la altura de mi corazón. El gesto me pilló tan desprevenida que no supe cómo reaccionar. El rubor coloreó mis mejillas.

—¡Vaya! Parece que tienes una bailaora de flamenco ahí dentro —dijo antes de apartar la mano, restándole importancia a su gesto.

Quizá yo no debí obviar lo que fuese que estaba sucediendo. Sin embargo, una llamada de teléfono me libró de enfrentarme a la inesperada situación.

—Ruth Lago. ¿Con quién hablo?

—Buenas tardes; soy la forense. Ya tenemos los resultados de ADN.

Todo rastro de felicidad se esfumó al escuchar aquellas palabras.

—De acuerdo. Vamos enseguida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Roberto con inquietud.

—Tenemos que ir a recoger los resultados de ADN.

Ambos nos levantamos de un salto y nos dirigimos hacia la calle principal, donde detuvimos un taxi.

—A la Jefatura Superior de la Policía Nacional —dijo Roberto una vez que ambos estuvimos acomodados en la parte trasera del vehículo.

En el fondo, agradecí la llamada. Me había evitado tener que enfrentarme a la situación que estaba surgiendo con Roberto. Era cierto que me sentía muy a gusto en su compañía, más yo misma, la Ruth de antes. Él no conocía mis sombras, y eso lo hacía más fácil.



Tenía el resultado de la analítica de ADN del asesino en mis manos, cuyo temblor me esforzaba en controlar. Podíamos ponerle fin a la pesadilla. Podíamos salvar a Desirée.

—¿Son concluyentes? —le preguntó Roberto a la forense.

—Sí. Había suficiente material genético en los restos de semen que pude extraer del cuerpo de la víctima. Ahora solo queda cotejarlo con la base de datos de la policía para ver si existe alguna coincidencia.

—Está bien. Muchas gracias por trabajar un domingo para ayudarnos a esclarecer el caso —dije.

—No hay de qué —respondió—. Cojan a ese hijo de puta —añadió mientras nos alejábamos por el pasillo.



# CAPÍTULO 20

## *Lucas*

«Hay ciertas pistas en una escena del crimen que, por su propia naturaleza, no se prestan a ser recogidas o examinadas. ¿Cómo se recogen el amor, la rabia, el odio, el miedo…? Estas son cosas que estamos entrenados para saber buscar».

James Reese

Lucas había conseguido desterrar a un rincón de su mente las dudas y las sospechas sobre Matías. Quería confiar en él. Apostaría por esa relación. Además, sabía que Matías lo amaba, y si le estaba escondiendo algo, debía de ser por un buen motivo, o, al menos, eso era lo que se repetía como un mantra infinito que nunca le llevaba la paz. No podía creer que alguien con quien se sentía tan pleno y feliz pudiese engañarlo con otra persona. Su Matías. El chico de ojos color miel que conseguía desintegrar sus miedos y problemas con

tan solo una de sus cálidas sonrisas. El que lo había rescatado en el momento más oscuro de su vida, cuando ya pensaba que no existía salvación para su corazón.

—Luc, ¿quieres que nos pongamos a analizar las fotografías del caso de Ruth? Sé que no es el mejor plan para un domingo, pero ya sabes que esta semana tenemos mucho trabajo y no sé cuánto tiempo podremos dedicarle a esto.

La voz dulce de su prometido lo sacó de su ensimismamiento.

—Tienes razón. Veamos qué material nos ha enviado el sargento y si podemos sacar algo.

Al cabo de diez minutos, la mesa de su pequeño comedor había sido invadida por fotografías de la escena del crimen en el que falleció Javier. Una punzada de dolor atravesó el pecho de Lucas. Observó el rostro carente de vida, la sangre reseca a su alrededor, su brazo derecho extendido. Imaginó sus últimos momentos junto a Ruth, tratando de protegerla, aún con vida, y de alcanzarla una vez muerto. Lucas también había pasado por ello. También había visto el cuerpo inerte de Carlos mientras la vida se iba escurriendo de su alma. Antes de que pudiera darse cuenta, sus manos comenzaron a temblar de manera descontrolada.

—Luc, cariño, ¿estás bien? ¿Qué te ocurre? —preguntó Matías, alarmado.

Lucas ni siquiera lo escuchó. Su mirada estaba fija en el cadáver de Javier tumbado en el suelo del comedor y rodeado de una oscura mancha viscosa. Observó las marcas que Ruth había dejado en aquella sangre al agacharse junto al cuerpo de su novio y su tristeza se materializó en lágrimas silenciosas que trataban de abandonar su corazón. Tristeza por Javier. Tristeza por Carlos. Tristeza por Mireya. Se preguntó por qué el universo se empeñaba en rodearlos de muerte, cuando él siempre se había afanado en ser una buena persona. Por no hablar de Ruth. Lucas no conocía a nadie como ella, y se alegraba de todo corazón de tenerla en su vida.

—Luc, Luc, mírame, cariño —repetía Matías mientras zarandeaba a su novio por los hombros.

—Estoy bien —dijo él, como un autómata.

—No, no lo estás, y si esto es demasiado para ti, no voy a permitir que te inmiscuyas en el caso. No quiero que sufras. Yo me encargaré.

Sin mediar palabra, Lucas se levantó de la silla y abrazó a Matías con tanta fuerza que temió que este se molestara. En cambio, notó sus brazos firmes rodeando su espalda.

—Lo siento, no sabía que las fotografías me afectarían de este modo. He recordado a Carlos… —La voz de Lucas se apagó. Se sentía extraño por hablar con su prometido de su antiguo novio.

—Mírame. No pasa nada, tu reacción es completamente normal. Carlos fue alguien importante para ti, y su muerte resultó muy traumática —dijo Matías en tono comprensivo.

—¿Qué he hecho para merecerte? —preguntó Lucas con ojos vidriosos.

—Tan solo existir.

Matías selló aquella tristeza con un beso. Lucas sabía que su prometido estaba buscando la forma de ayudarlo, pero él era consciente de que la lucha que se estaba librando en su interior tenía que ganarla solo, y puede que le llevase toda la vida. Las pérdidas dejaban una huella imborrable en el alma y una herida sin cicatrizar en el corazón.

—Puedo seguir, de veras. —Lucas limpió los restos de sus lágrimas con la manga de la sudadera—. Es solo que he pensado en todo por lo que ha tenido que pasar Ruth y me he roto.

—La ayudaremos. Si conseguimos resolver el caso de la muerte de Javier, al fin podrá cerrar esa puerta y darle una salida a su dolor.

Pasaron el resto de la mañana clasificando la maraña de fotografías y tratando de recomponer la escena del crimen en su propio comedor. Pronto llegaron a la conclusión de que no se había tratado de un simple robo que se torció, tal y como habían sospechado desde un inicio los investigadores. No era solo que no faltara ni un solo objeto de valor en la casa, sino que el supuesto ladrón no había forzado ninguna cerradura ni ventana para acceder al domicilio. Además, a pesar del gran tamaño de la antigua casa de Ruth, según los planos que tenían sobre la mesa, el asesino se había dirigido al lugar exacto en el que se encontraba Javier. No había

encendido ninguna luz, a pesar de que era de noche y todo estaba a oscuras. Eso habría llamado la atención de Javier y le habría dado tiempo a reaccionar.

Llamaron al sargento para preguntarle si habían encontrado alguna linterna en la casa, pero este lo negó. Además, según la declaración que prestó Ruth de los hechos acaecidos aquella noche, el asesino solo portaba una pistola.

—¿Conocía la casa? ¿O acaso se trataba de alguien que los conocía y Javier lo había dejado entrar? —preguntó Matías. Se apretó el puente de la nariz con los dedos, en un claro signo de frustración.

—No forzó ninguna cerradura y todas las ventanas estaban cerradas —repitió Lucas—, por lo que podría cuadrar que Javier lo conociese y lo hubiera dejado entrar, pero Ruth aseguró que no había podido verle la cara porque llevaba el rostro cubierto. Si hubiese sido alguien conocido, se habría dejado ver.

—Crees que es él, ¿verdad?

Lucas tardó unos segundos en meditar su respuesta.

—Sí, lo creo —afirmó con rotundidad—. Creo que ese tipo está obsesionado con ella. Conocía todos los detalles sobre su vida, sabía quién era Javier y cómo era su casa. Puede que hasta contase con una llave. Además, sabemos que ya ha estado antes en su casa para robar las fotografías. Pero no tengo pruebas.

—Las encontraremos. Daremos con la solución. Ha de haber algo en estas fotografías que nos dé una pista —dijo Matías mientras se zambullía de nuevo en el caso.

Media hora más tarde, todavía no habían dado con nada que los condujese hasta el asesino. Lucas estaba convencido de que el móvil del asesinato radicaba en la obsesión que aquel tipo albergaba hacia Ruth, pero tampoco tenían ninguna pista de ello. Ni huellas. Ni testigos. Nada.

—Voy a buscar la noticia del asesinato de Javier en los periódicos digitales. A lo mejor encontramos algo que pueda sernos de ayuda —dijo Matías con escasa convicción.

Lucas tan solo murmuró, enfrascado como estaba en las fotografías. Sabía que estaba pasando algo por alto, pero no lograba identificarlo. Cada vez que se acercaba, lo rehuía. De pronto, en un impulso, se levantó y fue a su habitación. En alguna parte de su escritorio recordaba haber guardado una lupa de madera y plata que su madre le regaló cuando tan solo era un adolescente.

—¡La tengo! —exclamó, emocionado.

Volvió tan rápido a la mesa del comedor que tropezó con una de las patas de la silla de Matías y casi cae al suelo.

—¿Tienes algo? —preguntó este.

Lucas observaba con la lupa cada una de las fotografías, minuciosamente.

—¡Te tengo, hijo de puta! —gritó Lucas. Matías dio un respingo en su asiento—. Mira aquí y dime qué ves —añadió, más sosegado.

Lucas observó impaciente a Matías embeberse en los detalles de la fotografía que él mismo le había indicado. Contempló las arrugas de concentración en su frente al estudiar con detenimiento el cadáver de Javier.

—Mira el marco que hay en el mueble del televisor —indicó Lucas.

Matías abrió los ojos con sorpresa cuando se dio cuenta del detalle que Lucas había descubierto. Un detalle apenas perceptible.

—Era algo personal. No fue un robo. Ese tipo quería matar a Javier —dijo al fin.

—Exacto. Y si se trata del mismo tipo, debemos informar a Óscar. Su vida puede correr peligro —dijo Lucas.

Habrían preferido no comentarle nada al teniente Castillo. Sabían el daño que los secretos habían infligido en su relación con Ruth; sin embargo, estaban de acuerdo en que no había otra forma de protegerlo. Se subieron al coche y, tras una llamada de teléfono para comprobar dónde se encontraba Óscar, pusieron rumbo a casa de Ruth.



—Chicos, ¿qué pasa? Sonabais muy raros por teléfono. —Óscar les indicó que tomaran asiento en el sofá.

—Tenemos que contarte algo, pero primero debes prometernos que no se lo dirás a Ruth —comenzó Matías.

—No me hagáis esto justo ahora que nuestra relación ha vuelto a la normalidad.

Lucas entendía a la perfección la preocupación de Óscar, pero estaba seguro de que, cuando conociese la verdad, se alegraría de la decisión que habían tomado.

—Hagamos una cosa: nosotros compartimos contigo lo que hemos venido a contarte y, si consideras que Ruth debe saberlo, eres libre de revelárselo. La decisión será tuya —dijo Lucas.

Tras unos segundos de tenso silencio, Óscar por fin tomó una decisión.

—De acuerdo.

—Matías y yo estamos investigando la muerte de Javier. Creemos que el asesinato de Mireya está relacionado de algún modo con Ruth y con su pasado. Ya sabes que el caso se cerró como un robo que salió mal, pero nosotros creemos que el asesino conocía a la perfección la casa, puede que incluso tuviera una copia de la llave. Y estamos convencidos de que ese tipo entró esa noche en su casa para matarlo —afirmó.

El impasible rostro de Óscar se ensombreció hasta convertirse casi en una copia de la propia oscuridad.

—¿Tenéis alguna prueba de eso?

—Mira esta fotografía —dijo Lucas mientras sacaba la lupa y se la tendía a Óscar.

Al cabo de algunos minutos, el teniente se pasó las manos por el cabello y profirió una maldición que retumbó en las paredes del comedor, haciendo que Piccolo despertase de su siesta con un amplio bostezo.

—El rostro de Javier está tachado, puede que incluso quemado, no se percibe con claridad —dijo Matías.

—Desde que esto empezó, he tenido el presentimiento de que el caso tenía relación con su pasado, pero no he querido creerlo. Hacerla pasar por todo esto de nuevo… —Óscar recorría el salón, inquieto.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió Lucas.

—No puedo contarle esto ahora. Hay otra chica desaparecida.

Lucas y Matías se miraron con temor. Sabían lo que eso supondría.

—Solo te lo hemos contado para que extremes la precaución. Si ese tipo está obsesionado con Ruth hasta el punto de matar a Javier, cabe pensar que sería capaz de hacer lo mismo contigo —aclaró Matías.

El rostro de Óscar no traslucía ninguna expresión, pero Lucas lo conocía lo suficiente como para intuir la lucha que estaba teniendo lugar en su interior. El sonido del teléfono móvil de Lucas rompió la tensa calma que se había instaurado en el salón.

—Bombón, ¿qué haces que no estás disfrutando de esta maravillosa mañana de domingo?

—Lucas —sollozó Ruth al otro lado de la línea.

—Ey, ey, dime qué te pasa, ¿dónde estás? —Lucas se esforzó en disimular la alarma en su voz.

Supo, por el rostro de Óscar, que no lo había conseguido. Trató de ir hacia la cocina para escapar de él, pero este le cerró el paso.

—En la puerta de comisaría. Otra mujer ha desaparecido y he tenido un enfrentamiento muy desagradable con el comisario.

—Tranquila, desaparecen personas todos los días.

—Eso he tratado de repetirme, Lucas; pero la chica se parece a mí.

Tras un incómodo silencio, en el que los ojos de Óscar llamearon de miedo, por fin Lucas se decidió a preguntar:

—Y ¿qué es lo que ha pasado con el comisario?

—Cuando he sugerido que ambos casos podrían no estar relacionados, me ha humillado delante del resto del equipo y…

—¿Y? Ruth, sigue hablando, porque estoy a punto de presentarme allí y partirle la cara a ese imbécil.

Lucas sabía que no era la mejor de las reacciones, y más si tenía en cuenta que Óscar estaba presente, pero sentía los nervios a flor de piel y quería proteger a su amiga como fuese.

—Nada, es solo que no trago a ese tipo.

—Bombón, ¿quieres que vaya a recogerte? Podemos pasar el día juntos.

Lucas trató de suavizar el tono y mostrarse comprensivo. Era lo que su amiga necesitaba en ese momento.

—No te preocupes, Lucas. Debo regresar al trabajo. Te prometo que te llamaré cuando llegue a casa.

Tras colgar la llamada, se formó un tenebroso silencio, roto tan solo por los ronquidos de Piccolo, que de nuevo dormitaba, ajeno a los problemas de su dueña.

—Me ha dicho que…

—He podido escuchar la conversación —lo cortó Óscar—. Lo siento, chicos, pero debo ir a aclararle un par de cositas a ese imbécil.

—Óscar, detente. —Matías se levantó del sofá—. Sé lo que sientes, créeme, pero si haces eso la dejarás en evidencia. Sabes tan bien como yo que Ruth sabe cuidarse sola, y que cuando se sienta preparada, le cantará las cuarenta al comisario, si es que no lo ha hecho ya. Nosotros tenemos otros asuntos que priorizar.

Lucas suspiró aliviado al ver que Óscar asentía con la cabeza y regresaba al salón. Una nueva llamada de teléfono rompió la atmósfera, cosa que Lucas agradeció. Su prometido se tensó al comprobar en la pantalla quién llamaba y salió al patio trasero para atenderlo. Las alarmas de Lucas saltaron de manera casi instantánea. No le gustaba nada esa actitud tan sospechosa. No era propia de Matías.

—Óscar, discúlpame un momento.

Lucas cruzó la puerta principal y se parapetó tras uno de los árboles que poblaban el jardín de la casa de Ruth. Ambos patios, el delantero y el trastero, estaban comunicados, lo que facilitó su objetivo. Sabía que escuchar a hurtadillas no era muy honesto, pero no pudo evitarlo. Necesitaba descubrir qué estaba pasando.

—Tomás, no podemos seguir viéndonos, ¿no lo entiendes? —decía la angustiada voz de Matías.

Lucas sintió que su cuerpo se desplazaba de nuevo hacia el interior de la casa. Se llevó las manos al pecho, justo en el punto donde sintió que una bala metafórica le atravesaba el corazón. Matías, su prometido, se veía con otro hombre. Tomás. Todos sus temores se habían confirmado. Dejó que su espalda se deslizara por la pared hasta el suelo del pasillo, derrotado. Sin embargo, en cuanto escuchó la voz de Matías acercarse a la puerta de cristal, se levantó y se encerró en el baño.



# CAPÍTULO 21

## *Ruth*

«Lo que hacemos por nosotros mismos muere con nosotros, lo que hacemos por los demás y por el mundo permanece y es inmortal».

Albert Pike

Tras varias horas de tortuosa espera, la base de datos policial al fin arrojó los resultados, aunque estos no eran los que nos habría gustado recibir: el ADN del asesino no constaba en el fichero. La rabia recorrió mis nervios y estrujó mis entrañas. Hiciésemos lo que hiciésemos, aquel tipo siempre parecía llevarnos ventaja.

—Ey, tranquila. Lo tenemos. Tenemos su ADN. Tarde o temprano cometerá un error. —Roberto intentó consolarme.

Me miraba sin titubear, sin miedo. Sus ojos castaños parecían querer decirme algo, un secreto, pero yo era incapaz de desvelarlo. Me sujetó por la nuca y acarició mis mejillas con sus enormes

pulgares. Con Roberto todo era sencillo. No parecía haber nada que no pudiese solucionar. Por un segundo, me permití imaginar cómo sería comenzar de cero.

—¿Interrumpo? —preguntó el comisario tras un carraspeo irónico.

—No, tan solo comentábamos el resultado del ADN —respondió Roberto, que se alejó de mí como si hubiese sufrido una descarga eléctrica.

—¿Y? ¿Tenemos a ese cabrón?

—No. El ADN es concluyente, pero no está fichado, así que tendremos que esperar a tener un sospechoso para corroborarlo —dije.

El comisario dio media vuelta y quedó de espaldas a nosotros. No pronunció ni una sola palabra, pero se podía apreciar en sus hombros el movimiento agitado de su respiración. Yo era incapaz de comprenderlo. Había tratado de hacerlo, pero mis intentos habían quedado en papel mojado. Un hombre de su posición debía de estar acostumbrado a la presión, viniera de quien viniese; sin embargo, él parecía estar atravesando algo más, algo que desconocíamos. Me paré por un momento a reflexionar sobre ello. Cabía la posibilidad de que estuviera sufriendo alguna crisis familiar; después de todo, yo no sabía nada sobre su vida personal. Aunque también cabía la posibilidad de que yo me estuviera aferrando a esa idea para justificar el hecho de que el comisario ocultaba información.

—Tenemos al jefe de Desirée y a su mejor amiga esperando para ser interrogados. Mantenedme informado —dijo, y salió con un sonoro portazo sin tan siquiera mirarnos a la cara.



Una mujer de unos treinta años y mirada triste se mordía las uñas con ahínco. Por las ojeras que ensombrecían su mirada, parecía no haber pegado ojo en más horas de las que su espíritu podía soportar.

—¿Eres Tania? —pregunté en el tono más dulce del que fui capaz.

—Sí, soy yo. ¿Saben ya algo de Desirée?

La desesperación era tan palpable que me abofeteó en el rostro. Retrocedí unos pasos, incapaz de hacer frente a la terrorífica verdad: un loco andaba secuestrando y matando a chicas que parecían guardar cierto parecido conmigo, y no estábamos ni siquiera cerca de atraparlo.

—Ven conmigo. Iremos a por una taza de café mientras charlamos.

Tras dar unos sorbos a la revitalizante bebida, Tania parecía un poco más calmada, por lo que me atreví a lanzar algunas preguntas.

—Y dime, ¿desde cuándo sois amigas Desirée y tú?

—Desde preescolar. Siempre hemos estado muy unidas —respondió, sin dejar de observar el humo que desprendía la taza que tenía entre las manos.

—¿Había tenido algún problema últimamente? ¿Alguna pelea? ¿Algún compañero de trabajo con el que no se llevase bien?

—¡Qué va! Desirée es muy buena persona, de esas con las que es difícil discutir. Además, vive por y para su hijo.

—Y ¿qué me dices del padre?

—Es un gilipollas, pero inofensivo. ¿Sabes? He intentado hacer memoria y no recuerdo las últimas palabras que le dije. Estoy segura de que fueron una tontería, pero necesito recordarlas —añadió con voz lánguida.

Unas lágrimas diminutas brillaron en sus mejillas. Le acerqué un paquete de pañuelos que había sobre la mesa y continué:

—¿Tenía algún novio o amigo con el que soliese quedar?

—No. Bueno, llevaba unas semanas chateando con algunos chicos a través de esa nueva aplicación de citas, ya sabe. Ella no tiene mucho tiempo para salir, así que le recomendé esa opción para conocer gente.

—¿Sabes la contraseña de Desirée para acceder a esa aplicación? Me gustaría descartar a los chicos con los que haya hablado a través de ella.

—Por supuesto, los ayudaré en todo lo que necesiten. Solo quiero que mi amiga regrese —dijo Tania antes de romper en llanto.



—Espero que os haya ido mejor que a nosotros. —Carolina no trataba de ocultar su frustración—. Interrogar al jefe de Desirée ha sido una auténtica pérdida de tiempo, y las cámaras de seguridad, más de lo mismo.

—Las imágenes corroboran lo que ya nos contó su jefe. Desirée nunca llegó a entrar a la empresa, y él tiene una coartada sólida —dijo Joan.

—¿Sabemos si mantiene algún tipo de enemistad con alguien de la empresa? —preguntó Roberto.

—Hemos hablado con la mitad de la plantilla y todos coinciden en que Desirée es una chica dulce que se lleva bien con todo el mundo —aclaró Miguel.

—A nosotros no nos ha ido mucho mejor —comencé—. Hemos conseguido acceso al perfil de Desirée en la aplicación de citas en la que solía contactar con pretendientes, pero, de momento, todos están limpios. —Solté un suspiro de exasperación.

—¡Aquí encerrados no estamos logrando nada! —gritó Adrián antes de dar un golpe en la mesa.

—Tienes razón —confirmé—. Roberto y yo iremos al periódico que publicó el acertijo del asesino, para ver si han averiguado algo al respecto.

—Está bien. Nosotros iremos de nuevo al polígono. Peinaremos la zona por si se nos ha pasado algún detalle —dijo Carolina.

En menos de diez minutos, nos encontrábamos recorriendo las pobladas calles de Valencia en dirección a la sede del periódico. Aunque, en un día normal, el trayecto no nos habría llevado más de veinte minutos, ese día tardamos casi cuarenta y cinco. Tuvimos que dar un rodeo a causa de la *mascletá* que estaba teniendo lugar en el corazón de la ciudad, y que bloqueaba el tráfico. Roberto intentó levantarme el ánimo con su peculiar sentido del humor, pero, en esa ocasión, ni sus bromas parecían surtir efecto en mí. Mi mente bullía con toda la información de la que disponíamos: imágenes de la escena del crimen de Mireya, de la perversa sonrisa dibujada en su rostro tras su muerte, de la habitación en la que había estado retenida, de las fotografías de Desirée junto a su hijo. Y, en medio de todo ese caos, el cadáver de Javier en el centro de nuestro antiguo salón.

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho?

La voz de Roberto me sacó de mis tétricos pensamientos y me devolvió al presente.

—Lo siento, estaba distraída —reconocí.

—No pasa nada, encanto; ya sé que mi melodiosa voz te eleva hasta el mismísimo cielo. Es normal que te distraigas —bromeó.

No pude evitar que una escueta carcajada brotara de mis labios. Una vez más, Roberto conseguía que todo pareciera liviano.

—¡Al fin lo he logrado! Ya pensaba que hoy no vería esa preciosa sonrisa.

—No me digas esas cosas —musité.

El rubor se instaló en mis mejillas sin motivo. Ese tipo de comentarios todavía me pillaban desprevenida.

Divisé el enorme edificio que albergaba las oficinas del periódico y un silencioso suspiro resonó en mi cabeza. «Salvada», pensé. Nos adentramos en el edificio y, tras el pertinente registro de entrada, subimos a la planta trece, tal y como la recepcionista del vestíbulo nos indicó. Ese lugar también estaba sumido en el caos y el ajetreo.

Decenas de personas atendían llamadas sin parar, o tecleaban en sus ordenadores como si la vida les fuese en ello.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarlos? —preguntó la recepcionista de planta.

—Buenas tardes. Somos los agentes encargados de la investigación del asesinato de Mireya García. Hablamos con su jefa anteayer, ¿podríamos robarle unos minutos? —tanteó Roberto.

—Por supuesto. Esperen un momento mientras anuncio que están ustedes aquí.

La directora del periódico no tardó ni treinta segundos en presentarse ante nosotros. Sus tacones rojos resonaban en el suelo de madera, dejando claro quién estaba al mando.

—¡Madre mía! —susurró Roberto en mi oído.

Distinguí, con el rabillo del ojo, cómo se colocaba el cuello del polo y se pasaba una mano por el pelo. Ese hombre no tenía remedio.

—Buenas tardes; soy Esther. Pasen a mi despacho para que podamos hablar con calma.

Me fijé en que la mirada de Esther se dirigía de manera exclusiva hacia Roberto, y estaba claro que a él tampoco le había pasado desapercibido el detalle. Le dedicó una de sus pícaras sonrisas mientras yo meneaba la cabeza de un lado a otro en señal de derrota. Sin embargo, una punzada de ¿celos? se coló en mi pecho.

—Supongo que están aquí por el asunto del acertijo. En primer lugar, déjenme pedirles disculpas por lo sucedido. Nuestros informáticos nos han confirmado que sufrimos un *hackeo* en nuestro sistema de seguridad.

—Es muy habitual. No tiene de qué preocuparse, siempre y cuando se haya solucionado. Le recomiendo que vaya usted a interponer la denuncia para que nuestros compañeros puedan ayudarlos a resolver el problema y podamos dar con el responsable —contestó Roberto, ante mi mirada incrédula.

Ambos sabíamos que ese procedimiento no era el habitual, y me enfurecía que Roberto utilizase la investigación para sus flirteos.

—Por supuesto que tiene usted que preocuparse. Además, no es a nosotros a quien debe pedir disculpas —solté antes de pararme a

pensarlo—. ¿Disponen de algún dato sobre el *hackeo*? ¿Dirección IP? ¿Secciones a las que ha accedido? Cualquier información que pueda darnos será de ayuda.

—Nuestros informáticos están elaborando un informe —la voz de la directora se había impregnado de nerviosismo—, pero no se lo hemos enviado porque todavía no hemos podido cortarle el acceso —admitió.

—¿Cómo? —preguntó Roberto, asombrado.

Esther continuó desgranando datos inútiles que ni ella misma entendía. Mientras, en mi cabeza comenzaba a trazarse un plan.

—Advertiré a nuestro equipo de que, si no lo solucionan hoy, habrá que cerrar de manera temporal el periódico —comentó Esther.

—¡No lo haga! —exclamé de súbito.

—Ruth, es peligroso que ese loco posea acceso total al periódico. Debemos cortar esto —dijo Roberto en tono serio.

—No. Piénsalo. Es la única manera que tiene de comunicarse con nosotros. Si le cerramos el paso, no podrá enviarnos el acertijo, y sabes tan bien como yo que esa puede ser nuestra única oportunidad —dije, segura de mí misma.

Roberto dudó unos instantes, aunque, finalmente, claudicó.

—Sabes que al jefe no va a gustarle en absoluto nuestra decisión, ¿verdad? —preguntó una vez que estábamos en el coche, de regreso a la oficina.

—Lo sé, pero es nuestra mejor opción. En realidad, puede que sea la única. Además, de este modo podremos rastrear el acceso.

El ambiente en comisaría no había mejorado durante nuestra ausencia, lo cual resultaba desalentador. Los ánimos de todos los compañeros estaban por los suelos, y una mezcla de fatiga y frustración se reflejaba en sus rostros. Tras ponernos al día de las últimas novedades en la investigación, me dejé caer en una de las sillas, agotada. Mi cuerpo comenzaba a rendirse al cansancio, pese a que mi mente luchaba por mantenerse activa.

—Estamos exhaustos y así no conseguiremos nada —dijo Joan.

—Tienes razón. Lo mejor será que nos vayamos a descansar. Mañana veremos las cosas de otra manera —aconsejó Carolina.

Obligué a mi cuerpo a levantarse y comenzar a recoger para volver a casa, cuando, de pronto, nos sobresaltó la puerta del despacho, que golpeó la pared con fuerza.

—¿Quién cojones te has creído que eres? —gritó el comisario mientras dirigía sus pasos hacia mí.

Fui incapaz de responder. El agotamiento me impedía reaccionar con mi habitual agilidad, y ni siquiera comprendía el origen de su enfado.

—Yo soy quien toma las decisiones. Yo estoy al mando, ¿lo entiendes?

Todo el personal había enmudecido, asombrado ante aquella actitud tan violenta y, por lo visto, inusual en el comisario. Sin embargo, por alguna razón, a mí no me sorprendía en absoluto. Desde que había llegado a comisaría, había tenido varias salidas de tono conmigo. No quería pensar que fuera algo personal, pero la duda me carcomía.

—¿A qué se refiere? —pregunté, haciendo un esfuerzo por mantener la compostura.

El comisario se acercó a mí, igual que un cazador a su presa. Me rodeó y detuvo su cara a tan solo unos centímetros de la mía. De soslayo, percibí cómo Roberto se debatía entre mantenerse al margen y acudir en mi auxilio. Finalmente, optó por lo segundo y se colocó a mi lado.

—No juegue conmigo, agente Lago. Usted no tenía ninguna potestad para mantener abierto el periódico; ¿sabe lo que me estoy jugando? Perderé mi puesto si su dichosa decisión acaba siendo una mala idea.

—Lo siento —comencé—, no pensaba en usted, sino en salvar la vida de Desirée. Pensaba que eso era lo realmente importante.

Los ojos del comisario destilaban un odio del cual yo me sentía la única destinataria. A pesar de lo incómoda que me sentía porque hubiese invadido mi espacio personal, no me moví ni un ápice de mi posición. No mostraría debilidad.

—Fue un error solicitar su intervención en el caso.

—Eso tiene fácil arreglo. Abandono.

Salí de la estancia con la cabeza alta y bajo la atenta mirada de todos y cada uno de los miembros del departamento. Notaba mis mejillas arder y el escozor en mis ojos, pero debía aguantar. No podía tolerar que la rabia que sentía hacía el comisario pudiera conmigo. Llegué al coche, introduje la llave en el contacto y la giré hasta escuchar el ronroneo del motor. Esperé unos segundos, en los que mi subconsciente deseaba encontrar el afable rostro de Roberto tras mi ventanilla para sacarme una sonrisa, pero en esa ocasión no fue así. Punzada de decepción. Pisé el acelerador y conduje a toda prisa por las calles de Valencia, que, aunque en cualquier otra época se habrían encontrado casi desiertas a esas horas de la noche, bullían con el entusiasmo de las Fallas.



No sabía las ganas que tenía de volver a casa hasta que abrí la puerta y Piccolo salió a recibirme con su usual alegría. Él era, sin duda, el bálsamo que yo necesitaba. Sin embargo, esa noche todavía me esperaba otra grata sorpresa: Óscar se encontraba de pie, apoyado sobre el marco de la puerta y con una de sus sonrisas en el rostro.

—¡Te has quedado en casa! No sabes cuánto me alegro de que lo hayas hecho —dije mientras dejaba que me estrechase entre sus brazos.

—¿Un mal día?

—Horrible, pero entremos. Estoy agotada. Te contaré todo mientras engullo la cena —dije, y mis tripas rugieron.

Óscar me observaba impasible, sin traslucir ninguna emoción en su mirada. No obstante, yo sabía que su interior era muy diferente. Respetaba mi descanso para saborear el solomillo a la pimienta que

me había preparado, y yo aprovechaba para reunir fuerzas. No quería mostrar lo molesta que estaba con el comisario. Le hablé de todo lo acontecido durante el día, tratando de ocultar el rechazo que me inspiraba mi nuevo jefe: la primera discusión, el informe de los resultados del ADN, la visita al periódico, la decisión que esta implicó y, al final, la pelea frente a toda la comisaría.

—No entiendo a ese tipo —proseguí—. Actúa como si lo más importante fuera mantener su prestigio frente a los medios y a sus superiores. Óscar, tú me conoces y sabes que a mí eso no me importa. Yo solo pienso en esas mujeres.

—Lo sé, cariño, pero tienes que entender que hay muchas clases de jefes, y no todos son buenos. No todos son capaces de sacrificar su carrera por el bien común. —Era la primera vez que Óscar hablaba desde que nos habíamos sentado a comer.

—He abandonado el caso. Sé que solo ha sido un impulso y que no debí actuar de ese modo, pero en ese momento… Óscar, si lo hubieras visto…

—Si lo hubiera visto, le habría partido la cara.

—Lo solucionaré. Me tomaré un par de días para pensar en el siguiente paso y, mientras, seguiré investigando desde casa.

—De acuerdo, yo te ayudaré. Podemos comprar el periódico para estar atentos al siguiente acertijo.

Esa noche dejé que los brazos de Óscar me acunaran. No dijo nada. No era muy bueno con las palabras, pero estaba ahí, conmigo. Notaba su respiración sobre mis cabellos y sus caricias en mis brazos. Eso era todo lo que yo quería.



# CAPÍTULO 22

## *Ruth*

«Debemos estar dispuestos a renunciar a la vida que planeamos para poder vivir la vida que nos espera».

Joseph
Campbell

Una acompasada respiración me golpeaba en el rostro y me provocaba cosquillas bajo la nariz. Pasé las manos por mi cara para aplacar la sensación, pero, unos segundos más tarde, ahí estaba de nuevo. Traté de abrir los ojos para averiguar el origen de las cosquillas, pero el sueño me impedía despegar los párpados, así que, a oscuras, me acerqué a aquella respiración y me topé con unos labios que conocía bien. Todavía era incapaz de abrir los ojos; sin embargo, mi piel reaccionaba a ellos, así que los atrapé entre los míos y rodeé con mis brazos el cuerpo que yacía junto a mí. Su

respuesta fue instantánea. Un débil ronroneo escapó de su garganta a la vez que acortaba la escasa distancia que aún nos separaba.

—Parece que has podido descansar —dijo Óscar con voz ronca.

En respuesta, tan solo emití un débil gemido. En ese momento no sabía cómo verbalizar lo que necesitaba, así que me coloqué sobre él y permití que mi cuerpo hablara.

Tras nuestro apasionado encuentro, me sentía mucho más tranquila y revitalizada. *Beggin'*, de Måneskin, sonaba en la radio del cuarto de baño, y yo me esforzaba en entonar la melodía mientras la cascada de agua resbalaba sobre mí. Óscar se había tomado el día libre para estar conmigo. Ambos lo necesitábamos: un día en el que poder disfrutar de nuestra mutua compañía, sin más muertes, ni secuestros, ni asesinos. Al salir de la ducha, el olor a café invadía todas las estancias, despertando un hambre voraz en mí.

—¡Buenos días! —saludé con entusiasmo al entrar en la cocina.

—Te has levantado de muy buen humor, ¿no es cierto?

—Lo es. Hoy tenemos el día para nosotros solos y estoy entusiasmada —dije mientras colaba mis manos por debajo de su camiseta.

—Cariño, deja que desayune para recuperar fuerzas. —Óscar no pudo reprimir una carcajada.

—Yo también me muero de hambre —susurré antes de darle un ligero mordisco en la oreja.

La mañana estaba resultando sencillamente perfecta: sexo al despertar, un buen desayuno y un paseo con Piccolo bajo el agradable sol de marzo. Sin embargo, al llegar a casa, observé la luz intermitente de mi teléfono móvil, lo cual quería decir que tenía notificaciones pendientes. Por un segundo, decidí obviarlas, pero el deber fue más fuerte.

—Mierda.

—¿Qué pasa? —Óscar se colocó junto a mí.

—Otro acertijo en el periódico. Roberto me ha mandado la foto por correo electrónico.

—¿El comisario no te ha llamado para decírtelo? Debería hacer el orgullo a un lado y centrarse en la investigación.

—No. Roberto me lo ha enviado contraviniendo sus órdenes.

—¿Qué quieres hacer?

—No se trata de lo que quiera, sino de lo que debo hacer. No me queda más remedio que tratar de dar con la respuesta —claudiqué.

Ambos nos dirigimos a la mesa del salón y nos situamos frente al ordenador. Tras imprimir un par de copias de la página del periódico en la que aparecía el acertijo, leí en voz alta:

—«Su fuego se ha apagado ya, pero su legado perdura en los edificios de la ciudad».

Lo repetí varias veces en mi mente, como si pudiera ayudarme a encontrar una respuesta.

—¿Tienes alguna idea de a qué se refiere? —preguntó Óscar.

—Todavía no. El fuego podría hacer referencia a la vida de Desirée, pero no tendría sentido, porque, de ser así, ya estaría muerta, y eso no cuadra con el *modus operandi* que ha empleado el asesino hasta el momento.

—Que sepamos, el de Mireya fue su primer asesinato. Puede que haya cambiado su manera de actuar.

—Es posible, pero no me cuadra. ¿A qué se refiere entonces con lo de que «su legado perdura en los edificios de la ciudad»? Parece hablar de algo tangible que se encuentra en los edificios de Valencia —murmuré.

Después de varias horas rumiando alguna solución, sin éxito, decidí levantarme para estirar las articulaciones. Mientras paseaba por el patio trasero, con Piccolo a mi lado, pensé en las formas en que el legado de alguien podría perdurar en un edificio. «Puede que se refiera a un arquitecto o a un constructor». Cuando le expuse mi hipótesis a Óscar, su rostro se iluminó con alivio.

—Ruth, es muy buena idea. Por lo menos, ya tenemos algo de lo que tirar. Aunque todavía nos falta por averiguar lo del fuego.

—Busquemos arquitectos o constructores que tengan algo que ver con el fuego. Es posible que se refiera a las fallas, ¿no? —apunté con entusiasmo.

Me alegraba estar un paso más cerca de Desirée, y esperaba encontrarla con vida. Una vez más, el sonido de mi teléfono móvil me sacó de mis pensamientos.

—¡Hola, Lucas! —saludé tras leer su nombre en la pantalla de mi teléfono.

—Hola, bombón —dijo con voz apagada—. ¿Te pillo en mal momento?

—El asesino ha dejado otro acertijo y Óscar y yo estamos en casa, tratando de dar con la respuesta.

—Está bien, dime si os puedo ayudar en algo. Hablaremos más tarde.

Ruth contempló la pantalla del móvil. Resultaba muy extraño que Lucas colgase de ese modo una llamada, y, además, su voz había sonado triste.

—¿Qué pasa? —se interesó Óscar.

—No lo sé. Era Lucas y lo noté muy raro. Creo que le ocurre algo.

—No te preocupes. Después hablaré con él, ¿de acuerdo?

—Está bien, pero si está pasando algo malo debes decírmelo. Lucas siempre está ahí para mí y yo quiero hacer lo mismo por él.

Continuamos durante un par de horas más rebuscando por internet cualquier dato que nos condujese a una posible solución del acertijo, pero todas las pistas parecían llevarnos a un callejón sin salida. Tampoco ayudaba que ninguno de los dos fuésemos oriundos de Valencia, puesto que desconocíamos la historia de la ciudad.

Ya pensaba darlo por perdido esa mañana, cuando, de pronto, Óscar recibió una llamada. Activó el manos libres para seguir trabajando mientras la atendía.

—Teniente Castillo. ¿Con quién hablo?

—A la orden, mi teniente. Le habla el sargento de Policía Judicial de la comandancia. No logro dar con Ruth en comisaría y su teléfono me aparece como apagado. Tenemos un problema aquí: decenas de periodistas están acampados en la puerta preguntando por la implicación de Ruth en la investigación de esas mujeres —escuché que decía mi sargento al otro lado del teléfono.

—¿Cómo se ha enterado la prensa? —preguntó Óscar con alarma en su voz.

—No tengo la menor idea, pero imagino que alguien se habrá ido de la lengua.

—Mierda. Está bien. Gracias por avisar.

—Tenemos un problema —me dijo Óscar tras colgar la llamada.

Revisé mi móvil, solo para cerciorarme de que me había quedado sin batería. Me apresuré a enchufar el cargador y, tras unos minutos de larga espera, comprobé que los avisos de llamadas perdidas inundaban mi buzón. Roberto era el nombre que más veces se repetía. Lo llamé para averiguar qué estaba pasando, y me confirmó que la prensa se había enterado de que yo participaba en la investigación, lo cual había despertado todo tipo de conjeturas. Los medios conocían mi identidad debido a mi secuestro y a la magnitud del caso en el que me había visto envuelta. Estaba segura de que no pararían de lanzar especulaciones que entorpecerían la investigación y alborotarían a la opinión pública.

—Ruth, tienes que venir. Esto es un auténtico caos —dijo Roberto.

—No puedo, ¿imaginas la cara que pondría el comisario al verme aparecer?

—Me da igual el comisario. Te necesitamos.

Esas eran las palabras mágicas. No podía darle la espalda a la situación. Tenía que terminar lo que había empezado.

—Óscar, debo ir —fue lo único que dije tras colgar la llamada.

—Está bien —claudicó él—, pero yo te llevo. Te dejaré en la puerta de atrás, a ver si podemos despistar a la prensa.

Al cabo de cuarenta minutos, me encontraba recorriendo el aparcamiento de la comisaría. Habíamos conseguido eludir a la prensa, aunque yo sabía que sería cuestión de tiempo que diesen conmigo y me acribillasen a preguntas a las que no podría responder.

—Avísame y te recojo en el mismo sitio, ¿de acuerdo? —me pidió Óscar con rostro taciturno.

Le preocupaba que mi identidad hubiese saltado a la palestra una vez más. Eso me exponía, no solo ante los medios, sino también ante el asesino y ante el hombre de la boina, esa sombra que seguía

acechándome. Antes de que pudiese alcanzar la entrada, mi teléfono sonó una vez más. Suspiré con resignación al leer el nombre de la persona que me llamaba.

—Buenos días, doctora —saludé en un fingido tono de calma.

—¿Seguro que son buenos? Apareces en todos los canales, Ruth. ¿Necesitas una sesión?

—No, puedo manejarlo —respondí, simulando seguridad esta vez.

—Te lo diré de otro modo: necesitas una sesión. Busca un hueco y me adapto a tu horario, ¿de acuerdo? Sabes que puedo ser muy insistente. No pienso echar por tierra todo lo que hemos avanzado.

La conocía bien y sabía que hablaba en serio. Además, en el fondo yo era consciente de que mis emociones deambulaban por una fina línea que podía torcerse en cualquier momento. No podía obviar que la situación me estaba desestabilizando. Necesitaba ayuda.

—Te lo prometo —me rendí.

Me quedé unos segundos en el aparcamiento con los ojos cerrados. «Inspira. Espira», me repetía. No podía dejarme llevar por la ansiedad. Debía centrarme en resolver el acertijo y encontrar a Desirée con vida.

—¿Te sientes bien?

El sonido de esa voz, a pesar de que la reconocí, consiguió que me sobresaltase, y me llevé la mano derecha al pecho.

—Lo siento, no pretendía asustarte. —El rostro de Roberto denotaba preocupación.

—No pasa nada, solo estaba tratando de calmarme antes de entrar.

—Siento haberte llamado. No lo habría hecho si hubiera encontrado alguna otra solución. —Roberto sujetó la puerta para que yo accediese al edificio—. Esto es una auténtica locura. El jefe ha tirado una bomba de humo y se ha esfumado. Creo que este caso lo está superando, y no ayuda tener a todos los periodistas de la ciudad acampados en la puerta a la espera de tus declaraciones.

—Lamento toda esta situación —fue lo único que pude decir.

—Ey, no es culpa tuya, ¿lo entiendes? Nada de esto lo es. —Roberto se detuvo, me agarró por los hombros y me miró con fijeza —. Lo resolveremos.

Pude percibir con nitidez el alivio en el rostro de mis compañeros cuando me vieron aparecer en el despacho, como si yo tuviese la respuesta que con tanto ahínco estaban buscando. Me pusieron al día de las últimas órdenes del comisario, que consistían, básicamente, en torear a la prensa, resolver el acertijo y seguir estudiando las pistas.

—¿Por qué no buscamos las imágenes de las cámaras de seguridad cercanas al polígono? —propuse—. Ya habíamos hablado de que el asesino debe de moverse en coche, por lo menos en esta ocasión. Esa es una zona retirada, que pilla muy lejos del centro, donde sabemos que tenía su guarida. Quizá encontremos algún vehículo sospechoso.

—Es como buscar una aguja en un pajar —comentó Miguel, taciturno.

—Pero por lo menos es algo —respondió Carolina—. Anda, vamos a ver si localizamos al jefe para pedirle autorización.

—¿Habéis conseguido avanzar con el acertijo? —pregunté a Joan y a Adrián.

—Yo nunca he sido muy bueno con los acertijos. Aun así, creemos que puede referirse a alguna característica de los edificios. Algo que tenga que ver con el fuego —contestó Joan.

—Sí, yo había llegado más o menos a la misma conclusión. Debe de tratarse de algún arquitecto o edificio que tenga algo que ver con el fuego —musité.

Elaboramos una lista de posibles lugares que reuniesen esas características, pero era demasiado larga para que pudiésemos comprobarlos todos. Necesitábamos reducirla.

—¿Qué os parece si comemos algo? Me muero de hambre —dijo Adrián tras dos horas de búsqueda.

—¿Qué me dices, princesa? ¿Te apetece probar un buen bocado? —dijo Roberto mientras se subía la camiseta, dejando a la vista sus marcados abdominales.

—Tápate o cogerás frío —solté, acompañado de una carcajada.

Me sorprendí al no notar en mí rechazo hacia las constantes insinuaciones de Roberto. Era como si ya las hubiese aceptado como una parte de él.

Nos dirigimos a una cafetería próxima al edificio. Esquivar a la prensa constituyó una auténtica proeza, pero al final lo conseguimos.

—Vaya, Roberto, estás muy contento, teniendo en cuenta la cara tan larga que tenías esta mañana —dijo Joan mientras pegaba un mordisco a su bocadillo de lomo con queso.

—Por supuesto, ya tengo aquí a mi pequeña.

Roberto me rodeó los hombros y me regaló una de sus pícaras sonrisas.

—¿Cuántos adjetivos piensas ponerme? —pregunté risueña.

—Sabes que te encanta.

Roberto se ausentó durante unos minutos para ir al cuarto de aseo, momento que Joan aprovechó para preguntarme:

—¿Aún no te has dado cuenta?

—¿A qué te refieres? —respondí, intentando parecer confundida.

Joan sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Está loco por ti.

—¡No es para tanto! Roberto es así: el típico chulito que se comporta como un conquistador con todas, pero que no se enamora de ninguna —respondí, restándole importancia.

—Mira, Ruth, lo conozco desde hace muchos años. Somos buenos amigos, aparte de compañeros. Sé que lo que siente por ti es más que un capricho, así que, si no estás interesada, debes dejárselo claro antes de que vaya a más.

—Creía que estaba claro. Yo tengo pareja. No es un secreto para nadie —contesté, molesta.

—Lo sé, lo sé, lo único que pretendo es que mi amigo no sufra. Necesita un choque de realidad.

La vuelta de Roberto a la mesa interrumpió nuestra conversación. Yo siempre había dado por hecho que él actuaba de ese modo con todas las mujeres, que formaba parte de su forma de ser. También cabía la posibilidad de que yo solo tratase de obviar los hechos. Sin embargo, las palabras de Joan lo cambiaban todo.

Me mantuve en un sepulcral silencio durante el resto de la comida. Me sentía culpable porque, en el fondo, ya lo había intuido; es más, de algún modo, lo disfrutaba. No quería pensar en que se debiese al simple placer de sentirme deseada, pese a que esa idea ganaba fuerza a cada momento. Con todo lo que había pasado: todo el sufrimiento, la pérdida de mi bebé, las cicatrices… Todo había cambiado. Sabía que Óscar me quería, que me deseaba, pero quizá necesitase que otras personas también lo hicieran. Me sentí una persona deplorable solo por pensar de ese modo. Antes de ser consciente de lo que hacía, mis manos ya habían sacado mi teléfono móvil y marcado el número de la doctora Soria. Me alejé de mis compañeros antes de hablar.

—¿Doctora? Soy Ruth —«Inspira. Espira»—. Necesito verte.



Me concentré en la lista de los edificios en los que podría esconderse el asesino. Esa debía ser mi prioridad; sin embargo, no podía evitar que un molesto zumbido en mi mente me recordase mis miedos e inseguridades. Estaba segura de que tanto Roberto como Joan habían percibido el cambio en mi estado de ánimo, por eso les agradecí en mi fuero interno que no comentasen nada al respecto.

—¿Qué me decís de edificios que hayan sufrido algún incendio? A lo mejor se refiere a eso cuando habla de que «su fuego se ha apagado ya» —propuso Roberto.

—No es mala idea, aunque eso solo nos sirve para ampliar aún más la búsqueda —respondió Joan.

Con ese nuevo dato, los tres nos pusimos manos a la obra, hasta que al final de la tarde nos vimos con varios folios repletos de posibles soluciones para el acertijo.

—¡Se ha vuelto loco! —gritó Carolina de pronto, dando un sonoro portazo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Como no localizábamos al jefe, hemos comenzado el visionado de las cámaras, saltándonos su autorización —explicó Miguel—. No creímos que eso también pudiera molestarlo.

—¡Se ha puesto hecho una furia! —añadió Carolina, irritada.

Durante la hora siguiente, charlamos sobre las decisiones erróneas que estaba tomando el comisario en los últimos días y el camino hacia el que podrían empujarnos. Cada persona reacciona de un modo diferente ante la presión, pero eso no justificaba que tomase cierto tipo de decisiones, no cuando una vida estaba en juego. Yo estaba segura de que entraría en razón y nos autorizaría el visionado de las imágenes, pero ¿y si ya era demasiado tarde? ¿Cómo se lo explicaríamos a la familia de Desirée? ¿A su hijo? Las lágrimas y la rabia libraban una acalorada disputa en mi interior, y no quería estar cerca de nadie cuando explotara. Mis nuevos compañeros no conocían mi debilidad, ni mis miedos, y quería que siguiese siendo así. Eso me ayudaba a volver a ser yo misma. La Ruth de antes del secuestro, la Ruth que no escrutaba las sombras en busca del hombre de la boina.

—Chicos, me marcho. Mañana os veo —afirmé de pronto.

Algunos de mis compañeros me observaron con sorpresa. Otros, con preocupación.

—Todavía hay periodistas en la puerta. Deja que te lleve —ofreció Roberto.

—¡No! —respondí, con más ímpetu del necesario—. No te preocupes, caminaré un poco hasta que llegue Óscar a recogerme. Además, me pondré la capucha de la sudadera y saldré por la puerta de atrás —añadí, más calmada. Intenté componer una sonrisa, aunque sabía que no convencería a ninguno de mis compañeros.

Salí del edificio sin problema, a pesar del puñado de periodistas que todavía persistía en la búsqueda de la primicia. Caminé sin rumbo fijo durante más de media hora mientras observaba el ambiente fallero que ya se empezaba a vislumbrar por las calles de Valencia. Los niños tiraban petardos y la gente reía en las terrazas

de los bares. No podía creer que otra vez me estuviera hundiendo en el pozo. No podía permitirlo. Tenía que luchar. Saqué el móvil y llamé a Óscar.

—¡Hola, cariño! ¿Voy ya a recogerte?

Me quedé en silencio unos segundos, en los que traté de contener las lágrimas.

—No, todavía no. Recógeme dentro de una hora en la consulta de la doctora Soria —dije al fin.

Óscar guardó silencio. Yo sabía que estaba buscando las palabras adecuadas, pero quizá estas no existiesen. Quizá no debíamos suavizar la ansiedad, la tristeza, la depresión o la ira. Quizá debíamos llamar a cada cosa por su nombre.

—Allí estaré —dijo al fin.

Supe, por su escueta respuesta, que él también lo había asumido.

Caminé los metros que me separaban de la consulta y toqué el timbre del edificio. Al cabo de unos segundos, el chirrido que indicaba que ya podía pasar me sobresaltó. Subí por las escaleras hasta el tercer piso y golpeé la puerta con los nudillos. El afable rostro de la doctora apareció ante mí con una débil sonrisa.

—Pasa, Ruth.

Conforme las palabras brotaron de mis labios, supe que llevaba semanas necesitándolo. Verbalizar mis miedos e inseguridades me ayudaba a afrontarlos, así como mis sentimientos. Necesitaba aceptar que estaban ahí y debía aprender a gestionarlos.

—Tienes que aceptar que tal vez tu vida ya nunca vuelva a ser la de antes y, por tanto, tú tampoco serás la misma —comenzó la doctora—, pero eso no tiene por qué ser algo negativo. Ruth, la gente cambia, evoluciona, se transforma, y sé que eso da miedo. No veas el miedo como un enemigo, sino como un obstáculo que has de superar y que te hará más fuerte.

—¿Crees que alguna vez podré caminar sin temor a mirar atrás?

—¿Hablas del hombre misterioso que te acecha o… de Javier? —preguntó la doctora con suspicacia.

Permanecí en silencio mientras buscaba la respuesta correcta, aun sabiendo que cabía la posibilidad de que hubiera más de una.

—De ambos —dije finalmente.

—Lo harás, pero el camino no va a ser fácil. Ruth, tú eres una luchadora y podrás con esto. No tengas miedo a derrumbarte; es normal. Nadie puede pasar por lo que tú has pasado y mantenerse imperturbable. Es imposible.

—Me gustaría poder mirarme al espejo y reconocerme en él. —Al fin había salido a relucir el tema de mis cicatrices, al menos, de las visibles.

—Hagamos una cosa: voy a mandarte un ejercicio, y tienes que prometerme que lo harás. No es necesario que te grabes ni me enseñes nada, pero en la próxima visita tendrás que hablarme de ello.

—¿Me vas a poner deberes? —bromeé, sonriendo por primera vez.

—Exacto. Tienes que desnudarte y situarte frente a un espejo. Observa tu cuerpo, tus facciones, tus cicatrices. Tienes que aceptar quién eres. Háblale a tu reflejo en voz alta y exprésale lo que sientes. Debes aprender a querer a esta nueva Ruth.

—Lo haré. —Intuí la desconfianza en el rostro de la doctora, por lo que me apresuré a añadir—: Lo prometo.

Óscar me esperaba frente a la puerta del edificio con rostro sombrío. Lo conocía lo suficiente como para saber que le preocupaba el hecho de que yo hubiera necesitado hablar con la psicóloga. Su mirada se iluminó a medida que me acercaba, y una sonrisa se dibujó en mi cara, una sonrisa que expresaba lo que sentía al verlo. Lo abracé con fuerza. Él no dijo nada, tan solo me devolvió el abrazo y hundió su cabeza en el hueco de mi cuello. Noté cómo respiraba el aroma de mi pelo y cómo sus manos trazaban sutiles caricias en mi espalda.

—Estoy bien —dije con voz insegura—. Estaré bien —rectifiqué.

—Lo sé.



# CAPÍTULO 23

## *Ruth*

«Aprendí que el coraje no era la ausencia de miedo, sino el triunfo sobre él. El valiente no es quien no siente miedo, sino aquel que conquista ese miedo».

Nelson Mandela

Es común valorar el cansancio físico por encima del psicológico, pero yo, aquella mañana, me sentía como si una apisonadora hubiera pasado por encima de mis pensamientos y emociones. Solía ocurrirme tras visitar a la psicóloga, sobre todo cuando la sesión resultaba tan intensa como la última. Era como tener agujetas emocionales. Ese fue el motivo de que ese día lo reservase solo para mí: me pinté las uñas, releí una de mis novelas favoritas, vi unos cuantos capítulos de *Los Bridgerton* y paseé con Piccolo. Necesitaba recuperar mi energía habitual, y eso solo sucedería si aprendía a parar a tiempo. Agotada física y emocionalmente, no sería de ayuda en el caso.

Acababa de regresar de uno de mis paseos cuando el timbre de la puerta me sobresaltó.

—¡Ruth, soy yo, Lucas! —gritó este a través de la hoja.

Al reconocer su voz, una sonrisa afloró en mi rostro.

—¿Qué te trae por aquí? —pregunté, de buen humor, al abrir. Sin embargo, mi rostro se ensombreció al percibir la tristeza en el de mi amigo—. ¿Qué sucede? Pasa.

—Te necesito.

Lucas se dirigió al salón con los hombros caídos y semblante taciturno. Algo no andaba bien. Se dejó caer en el sofá y hundió la cabeza entre las manos. Al cabo de unos segundos, el sonido de su llanto se clavó en mi pecho. Me senté a su lado y traté de reconfortarlo tan bien como pude.

—¿Quieres contarme qué ha pasado?

Lucas comenzó entonces a relatar todo lo acontecido con Matías: los misteriosos mensajes, las dudas y, por último, la conversación de la cual había sido testigo en el patio de mi casa.

—¿Estás seguro de que eso fue lo que escuchaste? A lo mejor, sacado de contexto, lo malinterpretaste —dije con poca convicción.

—¿En qué contexto ubicarías tú la frase: «Tomás, no podemos seguir viéndonos»? Ruth, seamos sinceros: me está engañando.

—Pero, a lo mejor, tiene algún problema. ¿Y si es un acosador? —dije mientras trataba de dar con alguna otra opción.

—Bombón, sé que tu intención es buena, pero ahora lo que necesito es afrontar la realidad. Matías me está siendo infiel.

El dolor impregnó todas y cada una de sus palabras.

—Pero, Lucas, eso no tiene sentido. ¿Por qué te iba a pedir matrimonio entonces? Podría simplemente dejarte y comenzar una nueva relación con ese tal Tomás.

Lucas pareció meditar mis palabras, como si debatiera consigo mismo si debía aferrarse a la pequeña esperanza que yo le brindaba.

—Tienes razón, pero es que no lo entiendo. ¿Qué está pasando? —preguntó con angustia.

—Sabes que solo hay un modo de averiguarlo.

Dejé que Lucas liberara todo su dolor y su miedo en mi hombro y lo acuné como si fuera un adolescente al que le hubieran roto el

corazón por primera vez. Ese hombre había sufrido mucho más de lo que, sin duda, merecía, y no soportaba verlo en aquel estado. Aunque él me lo había prohibido, debía hacer algo. Debía llegar a la verdad de todo ese asunto antes de que mi amigo tocase fondo de nuevo.

Cuando Óscar llegó a casa después del trabajo, se encontró a Lucas llorando en el sofá y a mí tratando de encontrar palabras de consuelo. Me hizo un gesto para que me acercase a él, antes de desaparecer tras la puerta de la cocina. Dejé a Lucas en la misma posición y me dirigí hacia allí.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Óscar, inquieto.

—Lucas no está bien. Hazme un favor: quédate con él y prepara algo de comer. Tengo que ir a hacer un recado muy importante.

Sabía, por la cara que puso Óscar, que no estaba del todo conforme con mi escueta explicación, pero no me importaba. Tenía que averiguar qué estaba pasando con Matías.



—¿Estás bien, Ruth? Te he notado muy preocupada por teléfono —dijo Matías mientras le daba vueltas a su café con leche.

El tintineo de la cucharilla contra la porcelana me taladraba el cerebro y me impedía concentrarme.

—Voy mejorando, aunque, ya sabes, últimamente parece que se me acumulan los fantasmas.

Enfoqué mi mirada en la infusión que tenía entre las manos. Temía que, si miraba a Matías a los ojos, él descubriese que esa cita de última hora no había tenido nada que ver con mi estado de ánimo.

—¿Ha ocurrido algo más que yo no sepa? —preguntó.

No podía creer que ese chico de cabello rizado y ojos bruñidos nos estuviese mintiendo a todos.

—Bueno, la verdad es que no llevo demasiado bien que la prensa esté encima de mí. Además, eso entorpece la investigación y me siento culpable.

—Sabíamos que tarde o temprano esto podía suceder. La prensa siempre acaba enterándose de todo. Me pregunto cómo habrán descubierto tu implicación en la…

Su teléfono móvil interrumpió el hilo de sus pensamientos. Fue apenas una fracción de segundo, pero suficiente para que yo confirmara las sospechas de Lucas. Matías escondía algo. Se apresuró a dar la vuelta a la pantalla del teléfono, carraspeó un par de veces y trató de reconducir la conversación.

—Y ¿cómo lo está llevando Óscar?

—Vive en una constante preocupación por mí. Me gustaría poder ahorrárselo, pero no sé cómo hacerlo —respondí con el ceño fruncido.

—No puedes —dijo resuelto—. ¿Hay algo más de lo que quieras hablarme?

Nunca se me habían dado bien las indirectas, así que fui al grano.

—Me preocupa Lucas.

Los ojos de Matías se abrieron a causa de la sorpresa. Estaba claro que no se esperaba ese giro en la conversación.

—¿Está bien? ¿Qué le ocurre? —El pavor tiñó su voz.

La preocupación por su prometido era real, pero, entonces, ¿quién era Tomás y por qué todo parecía apuntar a que lo estaba engañando con él?

—Solo puedo darte un consejo, uno que a mí me costó sangre, sudor y lágrimas entender: sé sincero. Sea lo que sea lo que escondes o lo que te traes entre manos, habla con él. —El rostro de Matías proyectaba incredulidad; al ver que no respondía, continué—: Si sigues así, lo perderás. ¿Te habrá merecido la pena?

Dejé un billete de cinco euros sobre la mesa y me dirigí hacia la salida sin mirar atrás. Sabía que, cuando Lucas se enterase de lo

que había hecho, me lo reprocharía; sin embargo, no encontraba otra salida y, en el fondo, sabía que él habría hecho lo mismo por mí.



Al llegar a casa, la situación no había cambiado en absoluto: un Lucas apesadumbrado paseaba su mirada por el televisor de mi salón, aunque yo sabía que en realidad no prestaba atención a ningún canal en particular. Óscar se afanaba en sacar cualquier tema de conversación banal con el que mejorar el estado de ánimo de nuestro amigo, sin éxito, y Piccolo roncaba sobre su alfombra favorita, ajeno a las preocupaciones que lo rodeaban.

—Bueno, ¿queréis comer ya o esperamos un poco? —pregunté, con más ánimo del que sentía, cuando entré en el salón—. Ese solomillo al horno a las finas hierbas huele de maravilla. Es uno de nuestros platos estrella. —Dos pares de ojos se posaron sobre mí.

—¿Puedo quedarme aquí esta noche? No me apetece enfrentarme a él en mi estado —comentó Lucas.

—No hace falta que lo preguntes. La habitación ya está preparada —respondí.

—Eres la mejor —me aduló mi amigo.

—Chicos, esta noche me iré a mi piso; no quiero molestar. —Óscar se levantó del sofá.

Se notaba que no sabía cómo actuar. Se preocupaba por Lucas, pero no quería entrometerse o provocar una situación incómoda. Óscar siempre decía que no sabía cómo consolar a una persona en un momento de bajón emocional, a pesar de que yo le había explicado en multitud de ocasiones que, la mayoría de las veces, era suficiente con estar ahí.

—No digas tonterías. Ahora solo necesito estar con mis amigos —dijo Lucas antes de romper en llanto de nuevo.

Su teléfono móvil no paró de sonar hasta que, harto de la situación, decidió ponerlo en silencio. Me dolía ver así a mi mejor amigo, pero algo no cuadraba. Matías se había quedado muy preocupado durante nuestra conversación, y era obvio que estaba enamorado de Lucas, entonces, ¿qué ocultaba? Fuera lo que fuese, yo solo esperaba que nuestra charla hubiera resultado de ayuda.

No me hizo falta revisar la pantalla de mi teléfono para identificar el remitente del mensaje que acababa de recibir. «Solo quiero saber si está ahí y si está bien. Te lo suplico», leí para mis adentros. Decidí no comentarle nada a Lucas. Preveía su respuesta y no quería que nadie sufriese más por esa terrible situación. «Está con nosotros», fue lo único que respondí.

La cena no resultó tan lúgubre como cabría esperar, ya que Piccolo, debido a su apetito voraz, no paró de acaparar nuestra atención con el único fin de que la suculenta *pizza* cuatro quesos que habíamos preparado acabase en su estómago. Una película y varias copas después, el ambiente era mucho más distendido. Lucas todavía tenía en el fondo de su mirada azul celeste un poso de tristeza, aunque mitigado en parte por el alcohol.

—Chicos, siento ser un aguafiestas, porque me estoy divirtiendo mucho, pero mañana tengo que madrugar para ir al trabajo —dijo Óscar antes de levantarse del sofá y estirar los músculos.

—Para nada. Es más, Ruth, tú también deberías ir a dormir. Mañana te espera un día duro con la prensa y el acertijo —comentó Lucas con una sonrisa en los labios.

—¿Estás seguro? No me importa quedarme toda la noche despierta, a tu lado.

—Segurísimo. El alcohol me ha dado sueño, así que creo que voy a dormir como un lirón.

Óscar y yo nos dirigimos hacia la puerta del comedor, cuando la voz de Lucas sonó de nuevo a nuestra espalda:

—Gracias.

Me acerqué de nuevo a él y lo estreché entre mis brazos.

—No las des. Haríamos lo que fuera por ayudarte —susurré en su oído.

Los brazos de Lucas me apretaron con más fuerza. Posó un cálido beso en mi mejilla y se encaminó a su habitación.



Cuanto más trataba de escapar, más apresada me sentía. Era como si unas cadenas invisibles me atasen a una superficie sólida y fría. ¿Estaría de nuevo en el zulo en el que me mantuvieron secuestrada? ¿Acaso todos mis recuerdos posteriores eran tan solo fruto de mi imaginación? Mi desesperación iba en aumento a medida que el tiempo pasaba y yo permanecía inmovilizada; incluso mis labios parecían sellados por un hilo imperceptible. No podía gritar. No podía ver nada. Tan solo había oscuridad. Humedad. Sonido de agua discurriendo por tuberías. Ratas. Forcé mis ojos para escudriñar a mi alrededor con intención de vislumbrar algo, lo que fuese, que me sirviese de guía para escapar, y así fue, solo que no encontré lo que esperaba. Una sombra que parecía tener formar humana estaba situada sobre mí, inmóvil. En su rostro parecía dibujarse una profunda abertura donde debería estar la boca. «Parálisis del sueño», pensé. La doctora me había prevenido sobre ello. Cerré mis ojos y traté de recuperar la calma que había perdido. «Tan solo estás sufriendo una pesadilla. Despierta», me repetí.

Un grito desgarró el silencio de la noche y me desperté sobresaltada y empapada en sudor. Cuando vi la expresión de terror en el rostro de Óscar, supe que había salido de mi boca. Llevé mi mano a la garganta en un innecesario intento de confirmarlo.

—Cariño, ¿estás bien?

No pude responder. No hallaba las palabras para describir el sentimiento que recorría mi cuerpo. Mi pecho subía y bajaba en una carrera desenfrenada y el sudor fluía por cada poro de mi piel. Las

manos de Óscar temblaban de preocupación sobre mi espalda. Me abrazó hasta que al fin pude recomponerme, aunque aquel sentimiento oscuro seguía en el fondo de mi mente.

—Ya estoy mejor. Siento haberte asustado —dije con voz débil.

Lucas se habría despertado al escuchar mi grito, y me sentía tonta por alertar a toda la casa a causa de una de mis pesadillas.

—¿Siempre son así? Hacía tiempo que no sufrías una, ¿verdad?

Asentí con la cabeza, incapaz de enfrentarme a aquella verde mirada que parecía conocer todos mis pensamientos. Sujetó mi barbilla y posó sus labios sobre los míos.

—Tranquila, estoy a tu lado. No pienso moverme de aquí.

Los primeros rayos de luz se filtraron por la persiana cuando yo todavía no había podido volver a conciliar el sueño. El despertador de Óscar sonó, y se apresuró a apagarlo por temor a despertarme; luego se giró hacia mí y posó sus labios en mi frente. Podría haberle dicho que estaba despierta, que no había podido pegar ojo tras aquella terrible pesadilla, pero solo habría conseguido preocuparlo aún más, así que empujé mis miedos a lo más profundo de mi corazón y traté de luchar contra ellos. Sola.



# CAPÍTULO 24

## *Ruth*

«Dicen que el tiempo cura las heridas; no estoy de acuerdo, las heridas perduran. Con el tiempo, la mente, para proteger su cordura, las cubre con cicatrices y el dolor se atenúa, pero nunca desaparecen».

Rose Elizabeth Fitgerald Kennedy

Llevábamos más de dos horas buscando la solución al acertijo que nos conduciría a Desirée, pero la presión de no saber con cuánto tiempo contábamos, o si la encontraríamos sana y salva, nos bloqueaba. No disponíamos de ninguna pista: ni cámaras de seguridad, ni testigos. Nada. La frustración se reflejaba no solo en los rostros del equipo, sino también en nuestro estado de ánimo. La madre de Desirée se pasaba a diario por comisaría para preguntar por los avances en el caso, y cada vez era peor que la anterior. El desánimo iba ganando la batalla a la esperanza de encontrarla con

vida; sin embargo, sus ojos mantenían ese brillo cuando nos preguntaba si teníamos noticias de su Desi. No estaba segura de en cuántos pedazos podría romperse un corazón, pero el de aquella mujer parecía estar alcanzando su límite.

Ese día Valencia bullía de alegría, sabores y colores. Las Fallas se respiraban en cada rincón de la ciudad, pero la madre de Desirée no parecía reparar en ello. Se acercó, como cada día desde su desaparición, a preguntar por el paradero de su hija; mis defensas se vinieron abajo cuando descubrí la pequeña figura que se escondía tras el oscuro vestido de su abuela. Tenía lágrimas en los ojos y su manita se aferraba a un muñeco de Iron Man.

—Lo siento. Todavía no tenemos ninguna noticia.

Supe con exactitud el momento en que otro pedazo de su corazón se resquebrajaba. Casi pude escuchar el crujido. El dolor anegó su rostro arrugado y el color pareció desvanecerse, como si la vida se le escapase y ella no pudiese hacer nada por retenerla. Sus ojos se apagaron, como si el alma hubiese huido de aquel cuerpo vacío. Cogió a su nieto en brazos y se dio media vuelta. En mi mente tenía preparada una conversación con el niño, quizá con el ánimo de alegrarlo un poco. Podría haberle hablado de los superhéroes, de cuál era mi favorito e, incluso, podría haberle regalado algún suvenir de aquellos de los que disponía la Policía para los más pequeños, pero la tristeza de la escena lo inundó todo. Decidí ahorrarle al equipo ese desgarrador encuentro; bastante desanimados estábamos todos ya como para sumar más presión.

Habíamos ideado un sistema para ir descartando lugares a los que podría referirse el acertijo: «Su fuego se ha apagado ya, pero su legado perdura en los edificios de la ciudad».

Bajo este teníamos varias listas de nombres: de artistas falleros, de arquitectos que hubiesen llevado a cabo sus proyectos en la ciudad y de lugares con cualquier tipo de vinculación con el fuego. Cogí de nuevo el portátil que Roberto había desechado y comencé una nueva búsqueda por internet. Salté de una web a otra sin ningún entusiasmo, descartando en segundos la información que se me ofrecía, hasta que caí en un blog que hablaba sobre el

patrimonio cultural de Valencia. Un simple presentimiento me llevó a detenerme en esa web, a indagar entre sus artículos. Mi corazón empezó a latir a toda velocidad y los dedos temblaron sobre el ratón.

—¿Estás bien? Parece que has visto un fantasma —escuché que decía Roberto a mi derecha.

No respondí, tan solo leí en voz alta:

—«La antigua fábrica de tejas y mayólicas de La Ceramo, en Benicalap, constituye un edificio único, excepcional y de gran valor cultural, que debería recuperar un brillo que perdió hace ya veintitrés años. En sus hornos se han cocido piezas de reflejo metálico que hoy en día lucen muchos de los edificios modernistas y eclécticos de la ciudad de Valencia. La Estación del Norte, el Mercado de Colón, el Mercado Central, las cúpulas del Ayuntamiento de Valencia, los Almacenes de la Isla de Cuba, la cúpula del palacete de José Ayora son solo una parte del largo listado de inmuebles cuyos arquitectos y responsables acudieron al taller fundado por José Ros y Julián Urgell en 1888, y el cual estuvo vigente hasta 1989»[i].

Apenas fui consciente del murmullo que se formó a mi alrededor, hasta que la voz de Adrián me sacó de mi ensimismamiento.

—Ruth, es posible que lo hayas logrado. La Ceramo cuadra a la perfección con el acertijo.

—¿Cómo es posible que no hayamos caído antes? —maldijo Carolina mientras recorría el despacho como una fiera enjaulada.

—No perdamos tiempo. Hay que hablar con el comisario y desplazar agentes al lugar de inmediato —ordenó Miguel.



Los prioritarios de los vehículos oficiales inundaban las calles de la ciudad, ensordeciendo cualquier otro sonido.

Todas las patrullas disponibles en Valencia se dirigieron a la antigua fábrica en busca de Desirée, con la esperanza de que no fuese demasiado tarde. Roberto y yo íbamos en uno de los coches camuflados de los que disponían los investigadores para moverse con más discreción. Ninguna palabra salió de nuestros labios; ni siquiera la radio se atrevía a romper el silencio. La adrenalina recorría nuestros cuerpos y nos dificultaba centrarnos en una conversación superflua. Roberto, quien, en condiciones normales, era el alma de la fiesta, aquel a quien podías recurrir si necesitabas una sonrisa, se encontraba taciturno y pensativo. Resultaba curioso lo mucho que yo parecía conocer a Roberto en el poco tiempo que llevábamos trabajando juntos. Eso me hacía preguntarme si a él le ocurriría lo mismo. Si podría leer mis sentimientos con la misma facilidad con que yo interpretaba los suyos.

Aparcamos en la parte trasera. Los agentes habían rodeado todo el edificio, por lo que, si el asesino estaba allí, lo atraparíamos.

—¿Preparada? —preguntó Roberto antes de salir del vehículo.

Con un leve movimiento de cabeza, le indiqué que había llegado el momento. Con cada paso que daba hacia el histórico edificio, mi corazón se aceleraba. Pum, pum. La imagen de aquel pequeño con su Iron Man se había clavado en mis retinas y me impedía discernir la realidad de lo que estaba tan solo en mi mente. Pum, pum. Me obsesionaba la idea de encontrar a Desirée con vida, aunque quizá se tratase, en parte, de un motivo egoísta. No quería cargar con la muerte de nadie más sobre mis espaldas. Pum, pum. No quería cargar con la desolación de aquel niño, ni de su abuela. Pum, pum. No quería toparme con otra macabra imagen para la cual yo era la única destinataria. No quería más acertijos ni más sombras. Pum, pum.

—¡La hemos encontrado! —gritaron varias voces desde el interior del edificio.

Roberto y yo cruzamos nuestras miradas durante una fracción de segundo, justo antes de echar a correr hacia allá. Decenas de

policías peinaban cada rincón del enorme recinto en busca de nuestro asesino.

—No —musité—. No, no, por favor.

Estaba segura de que Roberto ni siquiera me escuchaba, ya que mi voz apenas era un susurro. Una rizada melena roja caía por el respaldo de una vieja silla de madera. Los brazos colgaban a ambos lados del cuerpo, inertes. Roberto se adelantó para observar la escena de frente; sin embargo, yo me quedé allí. Inmóvil. Fijé mis ojos en el sucio suelo, en un intento de que mi mente pudiera huir del lugar, pero la realidad se empeñaba en atraparme. Mis pupilas se toparon con los zapatos de Desirée. El cadáver tenía las piernas cruzadas, y las plumas de colores que adornaban aquellas sandalias sacudieron mi mente con fuerza.

*—¿Cómo sabías que me gustaban?*

*—Soy muy observador, ¿recuerdas? Te vi esa cara de boba cuando los descubriste en el escaparate. Fui a casa, comprobé qué número usabas y vine al día siguiente a por ellos —dijo Javier con un gesto de satisfacción.*

Aquel fin de semana habíamos hecho una escapada romántica a Castellón, donde visitamos la Real Fábrica de Loza y Porcelana del Conde de Aranda, en Alcora. El edificio estaba en proceso de rehabilitación y tenía una maravillosa historia, y yo llevaba mis sandalias nuevas de plumas de colores, igual que Desirée.

Las lágrimas me pidieron paso de nuevo, pero me obligué a encerrarlas en mi pecho. No tenía derecho a ellas. Aquello, en parte, era mi culpa, y eso me estaba devorando por dentro.

Apenas era consciente de lo que sucedía a mi alrededor. Percibía el movimiento, el ajetreo de los compañeros de un lado para otro, pero mi mente vagaba años atrás. No quería enfrentarme a la escena del crimen, no todavía. Había fallado una vez más. No obstante, cuando ya pensaba que la cosa no podía empeorar, llegó la prensa. Toda la manzana se encontraba acordonada, pero eso no les impedía grabar y fotografiar a su antojo. Me levanté de la acera, donde me había

sentado para despejarme unos minutos, y me dirigí de nuevo hacia el interior.

—¿Cómo estás? He querido concederte algo de espacio, pero el comisario está dentro y quiere verte —dijo Roberto con una mueca de decepción y tristeza.

Me encaminé hacia el lugar del que trataba de huir, para enfrentarme al comisario. El equipo de criminalística ya se encontraba rastreando la zona en busca de cualquier pista que pudiese llevarnos al asesino; el médico forense de guardia se centraba en el cadáver. Caminé hacia este con una firmeza que no sentía. Pasé por su lado y me detuve para observar la tétrica escena. De nuevo aquella irreal sonrisa dibujada en el rostro de la víctima.

—¿Le suena, agente Lago?

Ignoraba el motivo por el cual ese hombre parecía tenerme tanta animadversión, pero, a esas alturas, el sentimiento era mutuo.

—Sí, es una nueva recreación de una fotografía personal —dije sin más.

El brazo de Roberto envolvió mi cintura, y la verdad es que se lo agradecí. Desconocía cuánto tiempo más podría sostenerme en pie.

—¿Causa de la muerte? —pregunté.

Estaba convencida de la respuesta, tan solo quería que las miradas se desviasen de mi persona.

—Estrangulamiento, no cabe duda. Por supuesto, habrá que hacerle la autopsia para asegurarnos, pero parece haber sido ejercida una fuerza brutal en torno al cuello —respondió el forense.

—Está bien. Avísennos cuando tengan el informe, por favor —dijo Roberto.



—¿Seguro que estás bien para conducir hasta tu casa? No me importa llevarte —se ofreció, una vez más, Roberto.

—¿En ese infernal cacharro? Ni lo sueñes —respondí, intentando salpicar de humor aquel lúgubre momento.

Metí la llave en el contacto de mi coche y la giré con suavidad, pero nada ocurrió. Probé una vez más. Nada. Roberto se giró con una sonrisa chulesca en el rostro, como si la llevase tatuada.

—¿Problemas, muñeca?

—Creo que es la batería. Lleva unos días dándome problemas.

—¿Qué decías de mi preciosa Harley?

—Cierra el pico y dame un casco —respondí mientras cerraba mi coche.

El proceso de subir a la moto no fue tan fácil como esperaba, y mi nula flexibilidad tampoco ayudaba. Tras varios minutos de risas y burlas por parte de Roberto, conseguí estabilizarme.

—Agárrate fuerte a mi cintura —me dijo él a través del casco antes de colocar mi brazo alrededor de su cintura.

—Estás disfrutando con esto, ¿no es cierto?

Habría jurado que mi compañero tenía una sonrisa en la cara.

—Venga, no me negarás que tú también estás disfrutando —contestó tras unos segundos de silencio.

—Me aterrorizan las motos. —Sabía que no era exactamente una respuesta, pero era la única que podía darle.

Ese día las desgracias parecían no tener fin. Decenas de periodistas se agolpaban en la puerta del aparcamiento de comisaría. El pelo rojo que sobresalía del casco me delataba, y enseguida los escuché tratar de llamar mi atención. Roberto debió de notar la tensión en mi cuerpo cuando me aferré aún más a su cintura, ya que pegó un acelerón a la moto y se apresuró a sacarnos de allí. El resto del trayecto fue tranquilo, incluso reparador. Sentir la velocidad me resultó liberador, como si pudiese dejar los problemas en cada kilómetro que pasaba, uno por uno.

Media hora más tarde, la moto de Roberto rugía frente a mi casa. Estaba segura de que tan solo era una provocación, puesto que las luces de la cocina estaban encendidas, pero, en ese momento, no

me importó. Roberto había conseguido que me sintiese mejor, y eso era lo que hacían los buenos amigos.

—Gracias por ayudarme —dije, sincera, cuando fui capaz de bajar de la moto y quitarme el casco.

—No se merecen. Ya pensaré el modo de cobrármelo.

De nuevo esa sonrisa cargada de chulería refulgió bajo el casco. Roberto hizo rugir la moto una vez más antes de desaparecer entre las sombras de la noche.



Me sorprendió descubrir a Lucas en la cocina. Quizá mi lado más optimista había pensado que las cosas se habrían solucionado con Matías. No es que me molestase, por supuesto, pero el hecho de que aún estuviera en mi casa significaba que todo seguía igual y que mi mejor amigo continuaba sufriendo.

—¡Hola, bombón! Siento lo que ha pasado. Ya he escuchado en las noticias que esa chica ha aparecido muerta —dijo antes de cobijarme en uno de sus cálidos abrazos.

—Sí —respondí. Pretendí suavizar mi relato; sin embargo, sabía que debía sincerarme si quería sentirme mejor—. Ha sido horrible —añadí.

—¡No sabes cuánto lo lamento! ¿Otra fotografía?

Asentí con un leve movimiento de cabeza y bajé la mirada hacia las baldosas de color azul cielo. Había sido una ilusa al pensar que, quizá, ya no necesitase a la doctora Soria, cuando lo cierto es que, en ese instante, charlar con ella era en lo único en que pensaba. Lucas me informó de que habían llamado a Óscar por un tema laboral urgente y, puesto que no sabíamos a qué hora volvería, esa noche se quedaría a dormir en su piso, para no despertarme de

madrugada. Esbocé una sonrisa de indiferencia, aunque, en realidad, lo necesitaba a mi lado más que nunca. No obstante, no lo expresé en voz alta.

—¿No crees que deberías llamarlo? —dijo Lucas de pronto, sin despegar la mirada de su teléfono.

—No quiero molestar. Has dicho que estaba en una urgencia.

—Lo sé, pero quizá deberías hablarle de esto antes de que lo vea y entre en cólera —comentó Lucas con una sonrisa traviesa.

Le arrebaté el móvil de las manos, y mi boca se abrió a causa de la sorpresa que me provocaron no solo las imágenes, sino también el titular que las acompañaba. En uno de esos periódicos digitales sensacionalistas que plagaban internet, daban a entender que yo había vuelto a encontrar el amor en el cuerpo policial vecino, en plena búsqueda del llamado «asesino del acertijo». Pasé una por una las fotografías en las que me aferraba a Roberto, sobre su moto. Sin duda, para ojos desconocidos, bien podría tratarse de una pareja de enamorados.

—Esto es basura —dije con un visible enfado.

Cogí mi teléfono móvil y me encerré en el dormitorio para la conversación que se avecinaba. Óscar respondió al segundo tono.

—Cariño, ¿estás bien? Ya me han informado del nuevo asesinato.

—He estado mejor, la verdad —respondí con alivio al escuchar su tranquilizador tono de voz—, pero te llamaba por otro asunto…

Dejé que la frase muriera en el aire. Óscar nunca había mostrado indicios de ser celoso; aun así, me daba miedo que interpretase mal las cosas.

—Tranquila, lo sé. He leído esa noticia. No pasa nada.

Exhalé todo el aire que había estado reteniendo, hasta que mi cuerpo se relajó por completo.

—Es que la batería de mi coche ha muerto y Roberto se ofreció a traerme, y al ver las fotos, he pensado que podrías malinterpretarlas —expliqué.

—Estabas atemorizada, ¿verdad? —dijo Óscar antes de soltar una débil carcajada.

—Por completo. Creía que iba a morir —exageré, y me uní a sus risas.

De pronto, la voz de Óscar se tornó seria.

—Por cierto, ¿nada de ese artículo te ha llamado la atención?

—Me agarré a su cintura porque temía caerme; ya sabes el miedo que me dan las motos…

—No, no hablo de eso, cariño. Me refiero al apodo que ha acuñado la prensa para el asesino.

—No había caído. Estaba tan preocupada por lo que pensarías de la noticia que he pasado por alto lo importante.

—¿Cómo sabe la prensa lo de los acertijos?

Activé el altavoz del móvil para releer la noticia mientras conversaba con Óscar. «… la agente Ruth Lago parece haber encontrado un nuevo amor durante la investigación del "asesino del acertijo"».

—Mierda, alguien ha debido de filtrarlo. Esto es muy muy malo.

—No te preocupes; estas cosas pasan, y quizá sea positivo. Si la prensa descubre en qué medio publica el asesino el acertijo, tal vez sea de ayuda en su resolución.

—Es posible —respondí con ciertas dudas.

—Tengo que dejarte. ¿Estarás bien? Llámame para cualquier cosa, ¿de acuerdo?

—Prometido. Te quiero —dije antes de colgar.

Tras esa breve conversación, me sentí mucho mejor, más aliviada, como si Óscar, con una simple llamada, pudiese aligerar la carga que pesaba sobre mis hombros. Volví al comedor, donde Lucas ni siquiera tuvo que preguntarme qué tal me había ido, ya que mi expresión era transparente. Nos pusimos a ver un *reality* que emitían en la televisión, evitando de manera deliberada hablar de Matías.

—Bombón, deberíamos buscar entre tus fotografías todas las que faltan, para tratar de adelantarnos al asesino. Sé que es duro para ti, pero debemos hacerlo —sugirió Lucas.

Ahí estaba, de nuevo, la realidad de la que yo trataba de huir.

—Sí, lo sé, pero esta noche no, por favor. Te prometo que mañana nos ponemos con la búsqueda —respondí, y dejé caer mi cabeza sobre su hombro.



Sin embargo, esa noche aún debía afrontar uno de mis miedos. No podía retrasarlo más. Llevaba días ignorando el ejercicio que la psicóloga me había propuesto; sin embargo, era consciente de que debía enfrentarme a ello. Dejé que la toalla que envolvía mi cuerpo cayera al suelo y me coloqué frente al espejo del baño. Reté al rostro que me observaba con desconfianza. Reconocía sus rizos de fuego, el chocolate con el que se perfilaban sus ojos, sus facciones, pero, aun así, era una completa desconocida para mí. La frialdad que me devolvían aquellas pupilas, el recelo que mostraba la curvatura de los labios, el rictus que contraía su cara. Mi pasado me había cambiado hasta convertirme en una extraña con la que todavía no había llegado a congeniar. Observé las cicatrices visibles, como si trazaran un mapa de mis tragedias, tomé aire y dije en tono cordial:

—Hola. Me llamo Ruth.

Nadie te habla de cómo será tu vida después. De cómo superarlo. De cómo volver a sentirte segura. Es como si, tras una tragedia, un fugaz pensamiento de tristeza atravesase nuestra mente y, con la misma rapidez con la que surgió, se esfumara. Eso es todo lo que le queda a la víctima: pena. Porque eso era yo, una víctima. Debía dejar de tenerle miedo a esa palabra y a lo que representaba. Según el diccionario de la Real Academia Española, víctima es la «persona que padece las consecuencias dañosas de un delito», pero nadie especifica qué consecuencias dañosas son esas ni cuándo se superan. No te hablan de la soledad del proceso ni de cómo vivir con tu nueva yo.



# CAPÍTULO 25

## *Ruth*

«La pregunta no es solo por qué lo hizo el asesino, sino por qué lo hizo de esta manera».

Bill Tench, *Mindhunter*

Tras mi anterior visita, ese era el último lugar en el que me apetecía estar; sin embargo, el comisario había creído oportuno que fuésemos Roberto y yo los encargados de trasladarnos al Instituto de Medicina Legal para la autopsia preliminar. Sin una mísera taza de leche en mi estómago, recorrí una vez más aquellos pasillos por los que parecía escabullirse la vida. Una estridente música *rock* hacía retumbar una de las puertas al final de aquel interminable corredor. Roberto me miró con ojos interrogantes.

—Es una mujer muy peculiar —fue mi conclusión mientras me encogía de hombros.

Con la música retumbando en cada uno de los rincones de la sala, la doctora ni siquiera se percató de nuestra presencia. Se

inclinaba sobre el cadáver de Desirée, dando las últimas puntadas a la enorme cicatriz en forma de Y que recorría su torso. La abundante melena rizada de Desirée, antaño morena, se abría como un abanico por la mesa metálica. Por un instante, mi mente me jugó una mala pasada y, al fijarme en su rostro, vi el mío sobre la camilla. El *shock* fue tan fuerte que me agaché al lado de la papelera que había junto a la puerta y vomité los restos de mi estómago vacío.

—No se apure, para eso está ahí esa papelera —dijo la doctora al tiempo que cubría el cuerpo y se quitaba los guantes.

—Lo siento; ya es mi segunda vez. No sé qué me ha pasado —dije mientras trataba de recuperarme de la impresión.

—Cuéntenos, doctora —dijo Roberto.

—De nuevo, fractura de hioides, pero esta vez ese cabrón se ensañó de lo lindo. Esta mujer estaba más fuerte que la otra y debió de requerirle más esfuerzo acabar con ella. De ahí las numerosas lesiones que presenta en el cráneo y en el rostro. Tuvo que golpearla varias veces para dominarla mientras la estrangulaba. Vayamos por partes: en la cara tenemos un hematoma en el ojo izquierdo. Esta lesión es compatible con la producida por un objeto contundente, como, por ejemplo, un puño. En el pericráneo tenemos una serie de hematomas, fundamentalmente localizados en el lado derecho, que pudieron ser producidos al golpear el cráneo contra un objeto duro, por ejemplo, el suelo. En la parte posterior del tórax, aparece un hematoma en el omóplato, muy infiltrante y vital, que debe de haber sido producido por el codo del agresor al utilizar esa zona como punto de apoyo para estrangular a la víctima.

Permanecí en silencio mientras la forense nos describía el terrorífico procedimiento. Traté de recrear en mi mente los últimos momentos de Desirée, su lucha, su agonía al ver que se le escapaba la vida. Estaba segura de que sus últimos pensamientos habrían sido para su hijo. Escalofrío.

—Nuestro asesino está perdiendo el control —dije de pronto, bajo la atenta mirada de mis acompañantes.

—A juzgar por el aspecto de la pobre Desirée, eso parece —apuntó Roberto.

—Por cierto, ya tenemos la marca del tinte que usa el asesino para el pelo de sus víctimas. Lo añadiré en el informe, pero les doy una copia de los resultados ahora mismo para que puedan comenzar de inmediato a investigar. Con tantos locos sueltos, no hay tiempo que perder —añadió la forense.

—¿Ha encontrado restos de semen también en esta víctima? —pregunté, intentando esconder la repugnancia que sentía.

—Sí, ya los he mandado a analizar para ver si coinciden con los hallados en el cadáver de Mireya García.



En el camino de regreso a comisaría, recibimos una llamada del comisario metiéndonos prisa. Por lo visto, tenía algo muy importante que comunicar y quería que todo el equipo estuviese presente. Eso no hizo más que acrecentar mi zozobra. Tenía un mal presentimiento, de esos que te anidan en las tripas y te impiden continuar con tu vida normal.

Traté de centrarme en el informe que la forense me había entregado. El tinte utilizado en el pelo de la primera víctima era de Belle Hair, una marca de procedencia china que no se vendía a través de internet, ni tampoco en centros comerciales o supermercados. Eso nos dejaba solo el pequeño comercio. Si había utilizado la misma marca en la segunda víctima, cabía la posibilidad de que lo comprara en un establecimiento cercano a su domicilio o, al menos, cercano a su guarida. Por algo teníamos que empezar.

Con esas cavilaciones en mi mente, no me di cuenta de que ya habíamos llegado a comisaría, donde una horda de periodistas nos esperaba en la puerta. Tras las preguntas de rigor (por supuesto, sin

respuesta), accedimos al interior, donde el ambiente parecía cargado. Mala señal.

Al cruzar la puerta del departamento, todos nos esperaban ya, dispuestos en torno al comisario, que mantenía un semblante de hielo. Noté el cuchicheo que se elevó a nuestro alrededor cuando atravesamos el numeroso grupo para colocarnos junto a nuestros compañeros de equipo, pero, una vez más, decidí dejarlo pasar. No sabía si los murmullos se deberían a la supuesta relación con Roberto, a mi implicación en el caso o a algún chiste malo que alguien había olvidado contarme.

—Está bien, ya podemos empezar —dijo el comisario en cuanto estuvimos en nuestro sitio—. Lo diré sin rodeos: ha desparecido otra chica que encaja en el perfil de nuestro asesino.

El murmullo no hizo sino acrecentar el malestar que yo sentía. Otro secuestro. Otra pobre chica que tendría que sufrir un destino que no le correspondía si no lográbamos encontrarla a tiempo. Las miradas parecieron centrarse de nuevo en mí, lo cual no ayudó a que mi estado de ánimo mejorase.

—¿Cómo sabe que es una de las mujeres del asesino del acertijo? —preguntó una voz entre la multitud.

—Aquí no lo llamamos así. Muestren un poco de seriedad y respeto. Son ustedes policías —regañó el comisario, en su habitual tono carente de humor—. Miren esta imagen.

Antes de darme cuenta, ya me había levantado de la mesa en la que estaba apoyada y caminaba como una autómata hacia la pantalla del proyector. El parecido era innegable. De hecho, de todas las víctimas de aquel desalmado, sin duda esa era la que más parecido físico guardaba conmigo. O quizá solo fuese mi mente jugando de nuevo con mis miedos.

Nuevos susurros a mi alrededor.

—Creo que no es necesaria más explicación. Nuestro asesino cada vez deja pasar menos tiempo entre una víctima y otra. Parece que está perdiendo el control, y eso juega en nuestra contra. Además, tenemos a la prensa encima —explicó el comisario.

—¡Eso es por su culpa! ¡Que deje la investigación y nos haga un favor a todos! —gritó alguien a mi espalda.

Traté de mantener la postura erguida y el rostro impasible, aunque en mi interior algo se estuviera rompiendo.

—Si tenemos alguna posibilidad de dar con ese tarado es porque contamos con ella, así que cierra esa bocaza grasienta y sácate otro bollo de la máquina —gritó Roberto, a mi lado.

—Está bien, chicos. Calmaos. No es tiempo de discutir entre nosotros. Tenemos a un loco suelto y debemos atraparlo antes de que hago daño a alguien más —se apresuró a intervenir el comisario —. Chicos, preparad un posible perfil del asesino —añadió, dirigiéndose a mi equipo.

Agradecí que la reunión se disolviera y volver a la seguridad de nuestro pequeño refugio, sobre todo, después del tenso momento que se había vivido en las oficinas. Al tomar asiento, fue como si mi cuerpo supiera que por fin podía relajarme, porque se quedó laxo.

—¿Estás bien? —se interesó Carolina mientras tomaba asiento junto a mí.

—Sí, gracias. Ahora lo importante es esa chica.

—Voy a pedirle al comisario la denuncia de la desaparición y así podemos dividirnos en dos grupos —decretó Joan—. Mientras uno comienza con el nuevo caso, el resto se pone con el informe que nos ha solicitado.

Nadie replicó. Todos estábamos agotados de aquella situación, y lo peor era que todavía no sabíamos cuánto tiempo más debíamos resistir.



Carolina, Roberto y yo nos pusimos manos a la obra con la primera aproximación al perfil psicológico de la víctima, con nuestra experiencia y nuestra formación como único bagaje. Los tres

observábamos el tablón con todas las fotografías y pistas que habíamos reunido hasta el momento, como si en ese espacio se hallasen todas las respuestas que estábamos buscando.

—Siento ser yo la que lo diga, pero por algún sitio hay que empezar —comenzó Carolina tras un leve carraspeo—. Sabemos que la victimología, entre otros elementos, es muy importante para el desarrollo del perfil, y en este caso es bastante clara.

—Si analizamos la victimología, esta nos dirá qué busca el asesino, es decir, el para qué o por qué comete estos crímenes —añadió Roberto.

—¿Qué significan las víctimas para el asesino? —pregunté.

La respuesta aparecía y desaparecía en mi mente, como destellos de sol en un día de niebla. Las miradas de mis compañeros se centraron en mí, como si yo tuviera la respuesta tatuada en el rostro.

—Lo que está claro es que nuestro asesino anhela algo de sus víctimas y, cuando no puede obtenerlo, pierde el control, lo que desencadena su muerte —me respondí yo misma, en un intento de desviar la verdad que se dibujaba cada vez con más claridad en mi cabeza.

—Muñeca, sabes que te adoro, pero tenemos que hablar claro si queremos atrapar a ese cabronazo. —Los ojos de Roberto se posaron en los míos durante unos segundos. Una mirada repleta de confianza y seguridad. La que mi compañero trataba de regalarme —. De alguna manera, las víctimas le recuerdan a ti. Algo en ellas aviva su obsesión; las secuestra, las retiene; imita tu antigua habitación, les tiñe el pelo… Trata de convertirlas en ti, hasta que la burbuja de su fantasía explota y vuelve a la realidad. Es entonces cuando, preso de la ira, las estrangula hasta matarlas.

Guardé silencio algunos segundos mientras interiorizaba las palabras de mi compañero. Sabía que estaba en lo cierto, pero, sencillamente, me negaba a pensar que yo pudiera ser el objeto de la obsesión de un asesino. ¿Por qué yo? ¿Qué tenía de especial? Como si me hubiese leído la mente, Carolina comentó:

—Ahora lo que tenemos que averiguar es por qué tú. ¿Qué te une a él? Debe de tener algún vínculo con tu pasado. Tenemos que

dar con él.

—El comisario ya solicitó informes a mi antigua unidad cuando empecé con este caso —comenté, desanimada.

La verdad era que no me apetecía nada salir de la oficina y, menos aún, enfrentarme de nuevo al comisario.

—Iré a hablar con él para ver qué es lo que tiene —dijo Carolina segundos antes de abandonar el despacho.

Me acerqué a un mapa de Valencia que colgaba orgulloso de una de las paredes de la oficina. Algo rondaba por mi mente. Clavé una chincheta en la calle de la discoteca donde había desaparecido Mireya y otra en el polígono industrial de Paiporta, donde lo hizo Desirée. La distancia podría cubrirse en apenas veinte minutos en coche.

—¿En qué piensas? —indagó Roberto.

—Estoy tratando de componer el perfil geográfico del asesino. Ambas víctimas residían en Valencia: Mireya, en Benimaclet y Desirée, en Ruzafa. Ambas aparecieron en la ciudad; la primera, en una zona muy céntrica, mientras que la segunda apareció en Benicalap, aunque sabemos que la secuestró en Paiporta —musité.

Mi cabeza no paraba de cruzar datos, fechas, direcciones y posibilidades.

—Tiene que moverse en coche, ¿cómo si no traslada a sus víctimas? Alguien habría visto algo. —Mi compañero se unió a mi hilo de pensamiento.

—Tienes razón, aunque resulta extraño que en ninguno de los dos casos hayamos encontrado ni un solo vehículo sospechoso. Algo se nos escapa. Ambas ubicaciones están próximas, unos cuatro o cinco kilómetros en línea recta.

Cogí una goma elástica que había sobre la mesa, un lápiz y tracé un círculo que integrase ambas ubicaciones.

—¿El mapa cognitivo? —preguntó Roberto mientras yo movía afirmativamente la cabeza.

—Por algún sitio hay que empezar. Si conseguimos acotar su radio de acción, quizá podamos dar con él antes de que vuelva a matar. Los asesinos en serie, si es que eso es lo que es nuestro asesino, suelen actuar dentro de un radio de dos kilómetros,

aproximadamente, desde su domicilio. Son los llamados «merodeadores»; se quedan en su zona de confort a la hora de cometer sus delitos.

—Como el «asesino BTK», ¿cierto?

—Así es. Nuestro asesino no parece un viajero, como lo fue «el solitario». Apuesto a que seguirá actuando en esta zona, próximo al centro de Valencia.

Carolina irrumpió en la oficina hecha una fiera, de lo que dedujimos que su visita al comisario no habría ido como esperaba.

—¡Será cabronazo!

—¿Qué ocurre? —Roberto se acercó a ella para tratar de tranquilizarla.

—Dice que él ya ha revisado todo lo que tenía que revisar del pasado de Ruth y que nosotros no podemos perder tiempo en eso mientras una chica sigue desaparecida y un asesino anda suelto.

—Hombre, visto así… —comenzó Roberto.

—Es un error —interrumpí—. Sabes tan bien como yo que ese asesino quiere algo de mí, por lo que tiene que estar conectado conmigo de algún modo. Puede que nuestra única oportunidad de capturarlo sea investigando el pasado, y no el presente.

—Pues el jefe nos ha prohibido seguir esa línea de investigación. Quiere que nos enfoquemos en las pistas que ya tenemos para encontrar a la nueva desaparecida —dijo Carolina.

—Centrémonos en eso, entonces —dije. Me obligué a ocultar la furia que me invadía—. *Modus operandi*: ¿cómo se aproxima a las víctimas? Debe de presentar un aspecto afable, porque, de otro modo, esas chicas habrían evitado cualquier contacto con él.

—Sin embargo, entablaron conversación con su asesino —comentó Carolina—. Puede que tengas razón. Debe de acercarse a ellas mediante engaño, en zonas en las que se siente cómodo. Las conoce.

—Es entonces cuando las ataca y las traslada a su guarida —terminó Roberto.

—En ambos casos, el lugar en el que apareció el cadáver no coincide con la escena del crimen —dije—, por lo que para nuestro asesino es muy importante la preparación de la escena. Escoge y

prepara estas a conciencia, emulando, en ambas ocasiones, fotografías mías personales.

—En cuanto a su firma, podríamos decir que es la propia puesta en escena del cuerpo: el pelo rojo y la sonrisa tétrica —añadió Roberto con una mueca de disgusto.

—¿Creéis que estamos ante un psicópata? —preguntó Carolina.

—No estoy segura. Los psicópatas suelen planear sus crímenes y calculan bien los riesgos de ser descubiertos. Nuestro asesino actúa en diferentes horarios y en zonas muy céntricas. Cualquier persona podría haberse topado con él mientras se llevaba a las víctimas —respondí.

—Un sociópata, entonces —concluyó Roberto—. Pongámonos a redactar el perfil para el jefe.

Tres horas más tarde, todavía nos encontrábamos enfrascados en la redacción de uno de los informes más complicados a los que yo había tenido que enfrentarme a lo largo de toda mi carrera, sin duda por mi vínculo con el caso. Sabía que mi mente debía separar lo personal de la investigación si quería obtener un resultado profesional, pero la culpabilidad era como un resquemor que no me dejaba tranquila. Yo no había matado a esas chicas, pero me sentía responsable de sus muertes.

—Muñeca, pareces agotada. Vamos a dejarlo por hoy y te llevo a casa, ¿de acuerdo? —ofreció Roberto.

Levanté la vista de los numerosos documentos que poblaban el escritorio, como si reparase por primera vez en que no estaba sola.

—Tienes razón. Además, creo que hemos adelantado mucho en solo una tarde —dije sin ganas.

—Vamos, te llevo. —Roberto se levantó y sacó del bolsillo de sus vaqueros las llaves de la moto.

—No, gracias, prefiero ir por mi cuenta.

—¿Estás segura? Los periodistas siguen ahí fuera.

Un leve movimiento de cabeza fue lo único que Roberto obtuvo por respuesta. No quería estar con él, con su habitual buen humor y su inagotable optimismo. Él solo representaba un embrollo más en

mi cabeza. Quería refugiarme en mí. Necesitaba hacerlo para aislarme de todo lo que estaba pasando.



Al llegar a casa, un familiar aroma a tortilla de patatas y a hogar asomó por el pasillo. M-Clan sonaba a todo volumen en la cocina y, como el rumor que el mar arrastra hasta la orilla, Óscar tarareaba la melodía. Estaba relajado. Era feliz. Duró tan solo un instante, pero fue suficiente para que yo tomara consciencia de que él me estaba ayudando en el proceso de sanación. Entré con sigilo y apoyé mi espalda en una de las paredes de la cocina. Pasaron algunos segundos hasta que se dio cuenta de mi presencia; unos segundos que pude saborear en mi corazón. En ese momento, en ese lugar, no había cadáveres, ni fotografías, ni acertijos, ni asesinos. En ese momento, solo estábamos él y yo.

—¡Cariño, me has asustado!

Dibujé una sonrisa en mi rostro, que, esperaba, reflejase el hambre que me embargaba. Hambre por estar con él, por besarlo, por sentir cómo nuestros cuerpos encajaban a la perfección, y, tras tantas cosas vividas juntos, Óscar entendió lo que mi cuerpo le pedía. Se colocó frente a mí, tan cerca que podía notar su aliento en mi boca, cosquilleando en mis labios. Su mirada verde esmeralda se clavó en la mía y supe que él era mi criptonita, y, a la vez, mi fuente de fortaleza. No estaba segura de que tuviese mucho sentido, y lo más probable es que no fuese capaz de explicarlo en voz alta, pero así era justo como lo sentía.

Tras unos segundos, que se me antojaron eternos, Óscar acortó la distancia que todavía nos separaba y fundió su piel con la mía. Mi

cuerpo tomó el control, como si yo fuese un piloto de avión que acabara de activar el modo automático.

—¿Aún sigues queriendo abrazar a ese compañero tuyo?

—¡Oh, vamos! ¡Cierra el pico! Solo tenía miedo de caerme de esa moto infernal —respondí mientras lo sujetaba con más fuerza por la cintura.

Una punzada de culpabilidad atravesó mi pecho, como una bala. No estaba enamorada de Roberto, ni nada parecido, pero disfrutaba de su compañía y de cómo me hacía sentir. Sin embargo, no lo verbalicé, sino que acallé esos sentimientos con los besos que Óscar me regalaba.



Mi cita semanal con la doctora Soria había llegado. Me aliviaba y angustiaba a partes iguales. Sentía como si, en cada sesión, me sometieran a una autopsia psicológica. Una muy dolorosa. Sonreí de medio lado al imaginar a la forense encargada del caso teniendo una sesión con mi psicóloga. Sin duda, sería un encuentro interesante.

—Buenas tardes, Ruth. ¿Cómo has pasado la semana?

—Si has leído la prensa o visto los informativos, sabrás que no demasiado bien —comencé—. Ha aparecido el cadáver de Desirée y se ha denunciado la desaparición de otra mujer.

Mis labios se silenciaron en cuanto la imagen de esa chica apareció en mi mente.

—¿El mismo sujeto?

—Todavía no estamos seguros, pero… Bueno, ya sabes que no puedo hablar de la investigación.

—En realidad, todo lo que cuentes aquí es confidencial, así que, si crees que hablar de ello te puede ayudar, soy una tumba.

No sabía cuánto necesitaba escuchar aquellas palabras hasta que las oí. Le conté la semejanza de la nueva desaparecida con respecto a mí; lo mucho que me había afectado la puesta en escena del cadáver de Desirée; la imagen de su hijo con el muñeco de Iron Man que había quedado grabada a fuego en mis retinas; los recuerdos de Javier que se habían desbloqueado como consecuencia de la investigación. Le hablé de la persecución de la prensa, de su incursión en mi vida privada y de lo feliz que me sentía con Óscar.

—Entonces, vuestra relación está mejor que nunca, ¿verdad?

—Eso creo. Ahora, cuando echo la vista atrás, me doy cuenta de lo tonta que fui al apartarlo así de mi vida.

—No debes pensar eso. La mente es muy compleja, y si tú en ese momento tomaste esa decisión, seguramente se debió a que tu mente quería darte un toque de atención. Además, mira qué bien os ha venido. A los dos.

—Sin embargo… —Dejé que el pensamiento muriera antes de ser pronunciado.

No le hablé de Roberto ni de lo a gusto que me sentía en su compañía.

—Ruth, ya sabes cómo funciona esto. No puedo ayudarte si no me cuentas lo que esconde esa cabecita tuya. —Al ver que yo no continuaba con mi relato, la doctora insistió—: Si estáis tan bien, ¿has tomado ya una decisión con respecto a su propuesta de matrimonio?

*Voilà*. La doctora Soria había dado una vez más con el origen de mis miedos.

—No, la verdad es que ni yo misma entiendo la razón por la cual no soy capaz decidirme. Aunque el otro día recordé algo.

De nuevo, silencio. Uno que indicaba que me acercaba a un terreno pantanoso.

—Cuéntame de qué se trata. —La doctora intentó infundirme ánimos.

Le hablé de la ocasión en que Javier me pidió que compartiera mi vida con él, y de lo feliz que me hizo su petición.

—Éramos tan felices… Y todo acabó. Se esfumó. Alguien nos lo arrebató.

—Creo que hemos dado con la clave de tu miedo al compromiso. —La doctora había adoptado un tono más serio de lo que era habitual en ella—. Crees que te arrebataron la posibilidad de ser feliz con Javier. —Pronunciaba cada una de las palabras con estudiada calma—. Su pérdida sembró el miedo en tu interior y ahora no sabes cómo desprenderte de él. Así es como actúa el miedo. Es igual que un parásito que se va alimentando de ti para crecer.

—Supongo que tienes razón. Tú eres la experta —traté de bromear, sin mucho éxito.

—La pérdida de tu prometido te generó un miedo muy intenso al compromiso, a vincularte con otra persona de un modo tan íntimo que pueda sumirte de nuevo en el dolor. Aceptar la propuesta de Óscar significaría abrazar ese dolor.

—Lo quiero. No albergo ninguna duda sobre eso. Quiero compartir mi vida con él. Eso también está fuera de toda duda. Sin embargo, cada vez que pienso: «Dile que sí», empiezo a sudar y a encontrarme mal físicamente —expliqué en voz alta por primera vez.

—No tienes ningún problema físico, solo es miedo. Este capta tu angustia y se refleja en sudores, mareos y malestar. Es más habitual de lo que piensas. No tienes de qué preocuparte.

»¿Le has contado a Óscar que estuviste prometida con Javier?

La pregunta del millón.

—No, y sé lo que me vas a decir, pero no estoy segura de que me comprendiese, porque ni yo misma entiendo por qué no se lo he dicho, y no quiero crearle más inseguridades con respecto a nuestra relación.

—Trata de sincerarte con él, ¿de acuerdo? No hace falta que sea hoy, ni mañana, pero no lo retrases mucho.

—Bueno, supongo que ahora que sabemos dónde está el problema podremos intentar ponerle solución

—Lo haremos. Por cierto, ¿hiciste los deberes que te pedí? —Me observó por encima de los cristales de sus lentes.

—Sí, fue realmente duro, pero creo que entiendo por qué me mandaste ese ejercicio. Yo no soy la misma. He cambiado; sin embargo, todavía no he aceptado ese cambio. No he aceptado a mi nueva yo, y hasta que no lo haga no podré ser plenamente feliz.

—Si sigues así, dentro de poco podrás montar tu propia consulta —bromeó la doctora.

—Rotundamente, no. Te dejo a ti el rollo terapéutico.

Cuando salí de la consulta, con menos carga emocional de la que tenía cuando llegué, ojeé mi reloj de muñeca. Las ocho en punto. Óscar no llegaría hasta las diez, así que tenía un ratito para pasear. Crucé el puente del Real y la calle San Pío V y me adentré en los Viveros. Me encantaba caminar por allí. Todos los años, se celebraba en el recinto la Feria del Libro de Valencia. Además, en verano organizaban conciertos al aire libre. Era un remanso de paz para la mente que, al mismo tiempo, hacía que esta bullese de creatividad.

«Pequeño comercio», «Belle Hair», «mapa cognitivo», «dos kilómetros», eran algunas de las ideas inconexas que desfilaban por mi cabeza.

—Ya lo tengo —expresé en voz alta.



# CAPÍTULO 26

## *Lucas y Matías*

«Los buenos policías no se concentran en el asesino… sino en la víctima».

Joël Dicker

—¿Estás seguro? —preguntó Ruth bajo el marco de la puerta.

—No, pero tengo que volver. Es mi casa. Además, no puedo esconderme eternamente —respondió Lucas. La congoja constreñía su rostro.

Mientras se dirigía a su apartamento, barajó posibles explicaciones que darle a Matías para justificar su ausencia, sin que para ello tuviera que confesar que lo sabía todo. Que sabía que lo estaba engañando. El mero hecho de pensar en ello hacía que el corazón se le resquebrajase de nuevo, como una hoja seca en otoño. Además, ¿por qué tendría que buscar él una excusa? «No lo haré», decidió. El escaso tiempo que duró el trayecto solo sirvió para que Lucas se envalentonase más y más; una maraña de

pensamientos inconexos bullía en su cabeza. Estaba enfadado con Matías por mentirle, y consigo mismo por exponerse al dolor de esa manera. Se había entregado al amor sin paracaídas y empezaba a acusar los golpes.

Por suerte, al llegar a casa, esta se encontraba vacía, por lo que canalizó toda su energía negativa en tratar de encontrar al asesino de Javier. Llevaba varios días sin dedicarse a la investigación, y esa podría ser la clave para salvar no solo a su amiga, sino a las demás chicas. Podría hacerse justicia para sus familias.

Rebuscó en los periódicos digitales todo lo relacionado con su muerte. Todos los medios locales y autonómicos se habían hecho eco de la noticia. Creó una carpeta con todos los recortes: cada texto, cada fotografía, cada breve declaración en televisión sobre el caso. Se notaba que en Puertollano, el pueblo natal de Ruth, no solían ocurrir muchos sucesos como aquel, porque la noticia de la muerte de Javier había copado los noticiarios durante varias semanas. Había mucho material que analizar. Si el crimen se hubiese producido en Valencia, apenas habría dado para un par de días.

Estaba tan concentrado que ni siquiera escuchó el crujido que emitía la puerta principal cada vez que alguien entraba.

Matías lo observó enfrascado en la pantalla del ordenador, con recortes de prensa esparcidos por la mesa del comedor e, incluso, por el suelo, formando un puzle cuyas piezas no terminaban de encajar. En la frente de su prometido se formaba una arruga, consecuencia de la concentración, y supo que estaba trabajando en la muerte de Javier. Exhaló un sonoro suspiro de alivio al darse cuenta de que *su* Lucas estaba en casa. Había pasado los dos peores días de su vida. De pronto, recordó la conversación con Ruth y las palabras de esta:

«Solo puedo darte un consejo, uno que a mí me costó sangre, sudor y lágrimas entender: sé sincero. Sea lo que sea lo que escondes o lo que te traes entre manos, habla con él. Si sigues así, lo perderás. ¿Te habrá merecido la pena?».

La mirada garza de Lucas lo observaba por encima de la pantalla del ordenador.

—Hola —atinó a decir Matías.

Nunca se había sentido tan nervioso. Sabía que no estaba actuando de la manera correcta, y también que Lucas no se merecía algo así, pero no estaba seguro de poder salir él solo de la situación.

Su prometido no le devolvió el saludo, sino que se limitó a clavar su fría mirada aguamarina en Matías, una que le atravesó el pecho hasta hacerlo retroceder unos pasos.

—¿Has estado en casa de Ruth estos días? —se atrevió a preguntar.

Conocía de sobra la respuesta. Ella era su apoyo, a quien acudía cuando algo iba mal, y lo mismo ocurría en sentido contrario.

—Sí —respondió Lucas, escueto.

—Luc, por favor, tenemos que hablar de esto —rogó.

La actitud de Lucas le provocaba un dolor lacerante en el corazón. No sabía cómo lo haría, pero tenía claro que debía arreglar ese enredo.

—Ahora no. No quiero hablar de ello. No quiero hablar de nada que tenga que ver con nosotros o contigo. Solo quiero encontrar la pieza que se nos escapa en la muerte de Javier. Otra chica ha desaparecido.

Cada una de sus palabras fue como una daga que se hundía en sus entrañas, pero no tenía derecho a replicar, así que caminó hacia la mesa central, cogió una silla y se puso a observar todos los recortes que Lucas había reunido. Trató de concentrar todos sus sentidos en ayudar a Ruth, pero su mente viajaba constantemente a la tensa situación que reinaba en el salón. No le gustaba el tono en el que Lucas había pronunciado la palabra «nosotros», como si tan solo fuese una película que llegaba a su final.

—¿Ves algo raro en los recortes? Los periodistas hicieron un buen trabajo de investigación. Supongo que se debe al hecho de que ese tipo de tragedias no suelen ocurrir por allí, pero eso nos beneficia, ya que tenemos más hilos de los que tirar. Por ejemplo —dijo Lucas con aparente normalidad—, *Ciudad Real Noticias* habla de que la cerradura no fue forzada, y especula con que el asaltante pudo utilizar el método de *impresioning*.

—Pero ese método comenzó a utilizarse en Valencia sobre el año 2018 o 2019, para robar en el interior de las viviendas sin forzar nada. ¿Crees que llegó allí al mismo tiempo? —comentó Matías. Se obligó a centrarse en el caso y dejar a un lado su tormentosa situación sentimental.

—Ya sabes que las noticias que incitan a la delincuencia vuelan rápido —respondió—, aunque no ocurre lo mismo con las infidelidades —soltó Lucas.

—Te juro por lo más sagrado que nunca te he sido infiel. No lo haría. Jamás —se apresuró a responder Matías con ojos vidriosos y el pulso acelerado. Dejó caer los recortes que había sostenido entre las manos—. Lucas, mírame. Me conoces. Sabes que nunca te haría algo así.

Sus miradas se cruzaron durante unos minutos en los que nunca nadie había dicho tanto mediante el silencio.

Lucas quería confiar en él, quería creerle, quería que su vida volviese a la normalidad y que su corazón recuperara su ritmo habitual, pero también era consciente de que algo raro estaba pasando. Matías le escondía un secreto.

—¿Qué me estás ocultando?

Matías pareció debatirse en su fuero interno, una lucha que, de entrada, ya estaba perdida.

—Confía en mí. Te lo suplico. Por ahora solo puedo decirte que no te estoy siendo infiel. Te quiero con todo mi corazón —dijo al fin.

Lucas cerró la puerta del dormitorio con un sonoro portazo. No soportaba durante más tiempo esa situación, esa mirada color miel que lo acariciaba y le arañaba el corazón al mismo tiempo. No dudaba del amor de Matías; es más, había creído todas sus palabras, pero, entonces, ¿por qué no confiaba en él lo suficiente para contarle qué estaba pasando? Lucas no quería una relación en las que tuvieran cabida las mentiras. Estas eran como el talio, un veneno letal que, una vez que penetraba en el organismo, corroía lentamente todo lo que encontraba a su paso.



Matías no estaba seguro de cómo arreglar la situación. No podía contarle la verdad a Lucas, eso estaba descartado, así que hizo lo que mejor se le daba: investigar. Sabía lo importante que era Ruth para su prometido, de modo que rastreó una pista que los ayudara a hallar la posible relación entre las muertes que estaban ocurriendo en Valencia y la de Javier. Pasó más de dos horas revisando cada una de las fotografías que aparecían en los recortes de prensa, cada detalle que aportaban los periodistas, cada vídeo emitido en los informativos; incluso llamó para verificar algunos de los datos que se indicaban, sin que nada de ello le sirviese de ayuda.

Cuando creyó que estaban en un callejón sin salida, lo vio: una figura se repetía en varias de las fotografías. Una silueta oscura, tocada con una boina.

—No puede ser —musitó.

Justo en ese momento, Lucas apareció en el salón con los ojos hinchados y cargados de una tristeza que a Matías lo estaba destrozando; sin embargo, trató de enfocarse en la posible pista que acababa de encontrar.

—Luc, mira, tienes que ver esto.

Lucas, con rostro serio y compungido, se acercó a aquello que había llamado la atención de su todavía prometido.

—Es un hombre con una boina, entre la multitud —comentó con apatía—. No creo que sea muy extraño encontrar algo así en un pueblo de Castilla-La Mancha.

—No, mira este recorte, y este. —Mientras Matías le mostraba diferentes fotografías, el rostro de Lucas iba mudando de expresión —. No puede ser una coincidencia. Estoy seguro.

—Además, es curioso que todas las fotografías en las que aparece fueron tomadas frente a la puerta de la antigua casa de Ruth, en el momento en que la Policía Judicial realizaba la inspección ocular —recalcó Lucas.

—Sí, pasa desapercibido por completo entre el resto de los curiosos. Si no supiéramos lo del hombre de la boina y su obsesión con Ruth, ni siquiera nos habríamos percatado —dijo Matías.

De pronto, la tensión que hasta el momento había flotado en el ambiente pareció transformarse en adrenalina. Era la primera pista sólida que encontraban. La pieza que unía el pasado de Ruth con el caso de su secuestro y, posiblemente, con la muerte de aquellas chicas.

—Ha llegado la hora de hablar con Ruth. No podemos esconderle esto. —Matías fijó sus ojos en la mirada de Lucas, llena de preocupación.

—Esto la va a destrozar —dijo este.

—Estaremos ahí para ella.



Veinte minutos más tarde, la pareja iba de camino a casa de Ruth. Ninguno se atrevió a articular palabra durante el trayecto, inmersos como estaban en las consecuencias que aquella noticia acarrearía para su amiga. De vez en cuando, Lucas soltaba algún suspiro de resignación, como si se le hubiese ocurrido una alternativa y la hubiera descartado.

—Tranquilo, Luc. Estaré contigo.

Matías posó una mano sobre la rodilla de Lucas en un instintivo gesto de cariño; sin embargo, Lucas apartó la pierna para evitar el contacto. No estaba preparado para dejarse llevar. Ya le habían

destrozado el corazón con anterioridad y tan solo quería protegerlo de un nuevo batacazo. Hasta que Matías no fuese sincero con él, no cambiaría de actitud, y, de seguir así, tendría que tomar una determinación.

Aparcaron el viejo Ford Focus azul frente a la puerta de la casa, justo detrás del escarabajo de Ruth. Piccolo, que había reconocido el sonido del vehículo, se acercó a la verja ladrando y moviendo el rabo con una alegría desmedida, como si hiciera toda una vida que no veía a sus amigos humanos. Al escuchar el alboroto, Ruth y Óscar salieron a recibirlos.

—¡Qué alegría veros! —dijo ella con una expresión de alivio.

Lucas abrazó con fuerza a su amiga, momento que aprovechó para susurrarle que no se preocupara por él.

—¿Qué estáis haciendo por aquí? —preguntó Óscar mientras daba una ligera palmada en la espalda de Matías—. Pasad —añadió.

Óscar sirvió café para todos junto con unas deliciosas galletas de canela; no obstante, ni Lucas ni Matías tenían el estómago en condiciones para probar bocado, aunque fuera uno tan suculento.

—¿Qué ocurre? ¿A qué vienen esas caras? —preguntó Ruth.

Lucas y Matías se miraron durante unos segundos, como si sopesaran por dónde empezar.

—Verás, hace algunas semanas comenzamos a investigar la muerte de… Javier —comenzó Lucas.

Los ojos de Ruth se abrieron como platos, mientras que la expresión de Óscar permaneció impasible.

—Solo fue un robo que salió mal —dijo ella, sin poder esconder el temblor en su voz.

—Estuvimos hablando con tus antiguos compañeros. Nos pasaron algunos datos de la investigación, fotografías… Primero, dimos con esto. —Matías le enseñó la instantánea de la escena del crimen en la que la cara de Javier había sido borrada dentro del portarretratos del mueble del comedor.

Ruth se acercó para examinarla y su semblante se tornó pálido, como si estuviera a punto de desmayarse.

—No fue un robo que salió mal, bombón. No forzaron la cerradura ni las ventanas, no encontraron ninguna huella, y lo de la

fotografía… Parece que fue algo personal —añadió Lucas con pesar.

—¿Quién podría tener motivos para matar a Javi? Era una buena persona. No tenía enemigos… —Ruth se calló de pronto, como si la verdad le hubiese golpeado el pecho, impidiéndole respirar.

Lucas creía saber lo que cruzaba por la mente de su amiga: en el fondo, ella ya lo sabía. Lo había intuido desde el principio, pero su cerebro lo había bloqueado para interceptar el dolor.

—Hemos revisado todos los periódicos e informativos que se hicieron eco de la muerte de Javier y hemos encontrado algo —dijo Matías al tiempo que esparcía sobre la mesita baja del salón los recortes escogidos, haciendo a un lado las tazas de café, que ya se habían quedado heladas.

Óscar fue el primero en inclinarse sobre los recortes y, tras inspeccionarlos varios minutos, preguntó:

—¿Qué hay de extraño? No veo nada inusual.

—Mirad aquí. Esta silueta aparece en todas las fotografías tomadas en el exterior de la escena del crimen. Creemos que se mezcló entre la gente que se acercó a curiosear a la puerta de vuestra casa, para pasar desapercibido —explicó Matías.

—Es algo muy común entre los asesinos en serie —añadió Lucas.

Ruth no apartaba la mirada de la fotografía que sujetaba con fuerza en su mano derecha. El cadáver de Javier descansaba en el suelo, en una postura incómoda, sobre un charco de una viscosa sangre oscura.

—¿Estás bien, cariño?

La profunda voz de Óscar la obligó a tornar al presente, a su cruda realidad.

—No puedo evitar revivir aquella horrible escena. Ha quedado grabada a fuego en mi memoria: las últimas palabras de Javier, su mirada vidriosa, su sonrisa chulesca y, después, nada, tan solo el vacío en el fondo de sus ojos y su cuerpo laxo.

—Hay algo más. ¿No os suena de nada esta silueta? —preguntó Matías.

Lucas observó cómo su amiga se obligaba a contemplar de nuevo las fotografías de la fachada de su antigua casa. Percibió el dolor en su rostro al tener que recordar cada detalle de aquella noche.

—No puede ser —musitó ella al darse cuenta, al fin, de lo que había despertado el interés de sus amigos.



# CAPÍTULO 27

## *Ruth*

«¿Cómo lidiamos con los locos si no sabemos cómo piensan?».

Bill Tench, *Mindhunter*

Descubrir la verdad supuso un mazazo. Una y otra vez me decía las mismas frases, como un mantra que tuviera que interiorizar para creer que eran reales: «La muerte de Javier no fue por azar», «lo asesinaron», «todo está relacionado conmigo», «yo tuve la culpa». Agradecía con todo mi corazón que Lucas se hubiese quedado conmigo en ese momento tan complicado, ya que Óscar, a regañadientes, había tenido que ir a trabajar, al igual que Matías. La vida continuaba, aunque no para Mireya y Desirée. Ni para Javier.

—Bombón, ¿cómo estás? Habla conmigo, por favor —dijo Lucas. Yo permanecía en el sofá, mirando a la nada.

—¿Por qué? —fue lo único que pude pronunciar.

A Lucas no parecieron hacerle falta más explicaciones. Sabía con exactitud a lo que me refería.

—No lo sé, pero si existe una razón, la averiguaremos. Te lo prometo.

Acarició mis cabellos con dulzura, como si yo fuese una niña pequeña a la que hubiese que calmar. Sabía que debía reaccionar, no podía dejarme arrastrar por la melancolía. Era hora de afrontar la situación y llegar hasta el fondo de aquella locura en la que me había visto inmersa. Necesitaba que todo acabase de una vez.

—Lucas, sigamos buscando huecos en mis viejos álbumes de fotos —dije antes de levantarme del sofá.

Las piernas tardaron un rato en responder a mis órdenes tras tanto tiempo en la misma posición.

—¡Esa es mi chica! ¡Vamos a atrapar a ese cabronazo! —gritó Lucas, quien provocó que Piccolo diera un respingo en la esquina donde dormitaba plácidamente.

Saqué del trastero las cajas de álbumes de fotos. Olían a una época pasada, como si custodiaran secretos olvidados por el devenir del tiempo. Acaricié la cubierta de aquellos viejos recuerdos con la yema de los dedos, para así estar un poquito más cerca de ellos, y una capa de polvo me recordó que, al final, tan solo quedaría eso. Polvo. En eso nos convertiríamos.

Lucas contemplaba con horror el arduo trabajo que teníamos por delante, ajeno a mis lúgubres pensamientos.

—Vas a ver cosas que ni imaginas, así que no vale reírse. —Traté de ponerle una nota de humor al momento tan duro que me estaba tocando vivir.

—No prometo nada.

Eso era justo lo que necesitaba. Lucas siempre conseguía infundirme un sentimiento, si no de felicidad, sí de paz y armonía, y, teniendo en cuenta todo lo que estaba aconteciendo a mi alrededor, eso ya era mucho decir.

Pasamos varias horas revisando todos y cada uno de los recuerdos de mi vida, la mayoría ya olvidados: visitas al zoo con mis padres, fiestas con mis compañeros de la universidad, el viaje de fin de carrera a México, fotos con mi primer amor. Cuando llegó el turno de las fotos de mi relación con Javier, cerré los ojos e inhalé para llenar mis pulmones. Traté de controlar mi respiración durante unos

minutos; no sabría decir si fueron dos o cinco, solo sé que, cuando abrí los ojos, Lucas me miraba con ese destello de fortaleza que lo caracterizaba. «No te dejaré caer», parecía decir.

No era la primera vez que veía las fotos de Javi desde su muerte, pero sí desde que había averiguado la verdad acerca de esta. El prisma había cambiado y mi perspectiva de aquellos recuerdos no era la misma. En ese momento, dolían aún más. Dolía observar cada sonrisa de complicidad, cada abrazo, cada beso al amanecer, cada viaje juntos; dolía tanto que, por un segundo, tuve que llevar mi mano al pecho, como si temiese que se quebrara en mil pedazos.

—Necesito respirar un minuto. Enseguida vuelvo —dije antes de huir hacia el patio trasero.

Piccolo me siguió con su incansable movimiento de cola. Una vez en el exterior, alcé mi rostro hacia el cielo y le supliqué a un ente invisible, cuya existencia ni conocía, que me ayudase a no caer. Me había costado mucho salir del pozo y no podía volver allí. «Inhalar, exhalar», me repetía. De pronto, un sencillo gesto hizo que mi rostro se centrara de nuevo en la tierra: Piccolo había puesto una de sus patitas sobre mi pie, para atraer mi atención. «Estoy aquí, a tu lado», parecía reflejar su mirada. Eso era lo maravilloso de los animales, que no necesitaban palabras para hablar, mientras que nosotros hablábamos y hablábamos y, la mayoría de las veces, no decíamos nada.

—Gracias, mi vida. Te quiero muchísimo. —Besé su cabeza peluda y acaricié sus orejas.

Cuando regresé, la preocupación en el rostro de Lucas resultaba casi dolorosa.

—Bombón, ¿estás bien? Puedo seguir yo solo con esto.

—Estoy bien, solo necesitaba un poco de aire —dije con una débil sonrisa.

—¿Estás segura? Yo puedo encargarme. No es necesario que pases por ello.

—No voy a romperme. Te tengo a ti. A todos vosotros. —Y, al pronunciar esas palabras, lo entendí.

Óscar entró cuando nuestra investigación había alcanzado el punto álgido. Lucas deambulaba por el salón mientras se pasaba las manos por el cabello, y no cesaba de murmurar. «No puede ser», «será una locura», «la repercusión mediática…» eran algunas de las frases que captaba mi oído. Yo permanecía absorta en la página del álbum de fotos que lo había cambiado todo. Recordaba aquel viaje, y el motivo por el que lo habíamos hecho, aunque cabía la posibilidad de que el motivo no fuese importante. Después de todo, era imposible que el asesino lo conociese, ¿no?

—Ruth, cariño, ¿qué pasa? —preguntó Óscar mientras me envolvía entre sus brazos.

Dejé que aquel olor tan familiar me rodease y recibí su abrazo con necesidad. Sus manos comenzaron a recorrer mi espalda en un vaivén constante.

—Óscar, menos mal que has llegado. Esto es terrible —dijo Lucas.

—¿Qué es lo que pasa? —insistió él antes de fijar su mirada de jade en mi rostro.

—Hemos encontrado otro hueco en uno de los álbumes. —Hice una pausa antes de poder continuar—: Es de un viaje exprés que hicimos a Valencia justo el año en el que Javier… fue asesinado —dije al fin, como si expresarlo en voz alta me desgarrase la garganta.

—Pero eso es bueno. Así podremos adelantarnos a él —dijo Óscar.

—No, no lo es. Mira el resto de las fotografías de ese viaje —terció Lucas.

El rostro de Óscar se ensombreció a medida que se percataba de la gravedad de la situación.

—Debemos hablar con el comisario. Hay que alertar a las autoridades para que estén al corriente y tomen decisiones.

—No van a cancelar las Fallas —afirmé.

—Pero hay una vida en juego —dijo Lucas con los ojos muy abiertos.

—Ruth tiene razón. Aun así, debemos intentarlo.



En los últimos meses, había sentido como si mi vida estuviese expuesta constantemente, como si me hallase en una especie de escaparate: los investigadores, la prensa, los ciudadanos; todo el mundo parecía conocer mi trágico pasado y mi extraña vinculación con el asesino en serie que atemorizaba a los habitantes de Valencia. Mientras Óscar y yo exponíamos al comisario y al resto del equipo todo lo que habíamos averiguado, me sentí desnuda; aquellas personas hurgaban en mi interior, uno muy doloroso. Sabía que no era intencionado, y que todo lo hacían por el bien de la investigación, pero no pude evitar sentirme extraña. Alcé la mirada y esta se cruzó un instante con la de Roberto, que no había intervenido en la conversación. Me contemplaba con rostro preocupado y el ceño fruncido, como si no estuviese de acuerdo con la situación.

—… no podemos cancelar las Fallas por meras sospechas —decía el comisario.

—No son sospechas. Cada uno de los cuerpos ha aparecido reproduciendo una fotografía personal de Ruth. Coinciden los lugares, la vestimenta… hasta la postura y los gestos. ¿Por qué habríamos de obviar esta última? —Óscar intentaba conservar la calma.

—Además, apenas quedan unos días para la *plantá*, ¿no le parece demasiada coincidencia? —secundó Joan.

—Vamos a ver. —El comisario se apretó el puente de la nariz con el pulgar y el índice—. ¿Cuántas veces habíais ido juntos a las Fallas?

—Casi todos los años —respondí.

—Y, entonces, ¿qué tenían esas de especiales? Estamos dando demasiadas cosas por supuestas, y yo necesito pruebas.

El golpe en su escritorio y el tono de su voz nos silenciaron a todos.

—Estábamos celebrando nuestro compromiso —susurré.

—¿Cómo? —preguntó el comisario, de mal humor.

—Me ha preguntado qué tenían de especiales esas Fallas en concreto. Ese fue el año en el que murió Javier. Nos acabábamos de comprometer y lo estábamos celebrando. —Evité la mirada de Óscar, que me quemaba en el rostro.

El silencio se apoderó de la estancia, como si ya no hiciesen falta más palabras. Otra intimidad expuesta. Otro recuerdo que dejaba de pertenecerme solo a mí.

—Eso es una tontería. ¿Cómo iba a saber eso el asesino? Estás tan obsesionada con tu implicación en el caso que ves fantasmas donde no los hay.

Yo no lograba comprender por qué mi sola presencia parecía molestar al comisario.

Óscar puso fin a la reunión. Se levantó, arrastrando la silla con estruendo, y puso rumbo a la puerta. Su mano sostenía la mía, aunque me sorprendió percibir un tenue temblor en ella. O puede que proviniese de mí, no estaba segura. En mi fuero interno, agradecí que me sacase de allí. No podía soportar por más tiempo los ataques, los reproches, las miradas de lástima y los comentarios malintencionados.

—¡Ruth! ¡Ruth!

Me giré. Era Roberto el que me llamaba. Óscar me lanzó una mirada indescifrable y, con una leve sonrisa, me dijo que me esperaba en el coche.

—¿Estás bien?

—No lo sé. Creo que no —confesé.

—No entiendo la razón por la que el comisario actúa de este modo. —Roberto tomó mi mano y frotó el dorso.

—Gracias, Roberto. La verdad es que ya no sé bien lo que merezco y lo que no —dije con un hilo de voz.

—No te vayas a casa. Allí solo le darás vueltas a la cabeza. Quédate y vayamos a seguir la pista del tinte del pelo, por si diésemos con algo.

Un brillo se apoderó de la mirada de Roberto, uno que yo no estaba en condiciones de identificar en esos momentos.

—Puede que tengas razón. Te espero en el aparcamiento; voy a avisar a Óscar.

Quería avanzar en la investigación para tratar de salvar a aquella pobre chica, pero también trataba de eludir la inevitable conversación que tendría que mantener con Óscar tras haber revelado mi compromiso con Javier. El mutismo de mi novio cuando le dije que me quedaba a trabajar me traspasó el corazón. Yo estaba huyendo y él lo sabía.

—Hablaremos cuando llegue a casa, Óscar. —Una lágrima escapó de mis ojos.

El dolor que se había instalado en el fondo de su mirada me aguijoneó el alma. No podía ni imaginar lo que estaría cruzando por su mente, pero no podía permitir que se marchase de aquel modo. Introduje la cabeza por la ventanilla y sujeté su brazo izquierdo con mis manos.

—Óscar, mírame. Te quiero y te prometo que hablaremos de todo esto. —Esperé vislumbrar un atisbo de comprensión en su mirada, pero este no llegaba, así que añadí—: Por favor.

—Como quieras —dijo antes de arrancar el motor del coche.



—¿Por dónde empezamos? —dijo Roberto tras entrar en el vehículo.

—¿Tienes el mapa cognitivo que hicimos para el perfil psicológico?

—Sí, aquí está. He pensado que podría sernos útil.

—Eso espero. Comencemos por todos los pequeños comercios que se ubiquen dentro de los dos kilómetros de su radio de acción. Si suponemos que vive o se esconde en esa zona, sería lógico que adquiriese el tinte de pelo dentro de ella.

—Algo es algo. Al menos ya tenemos por dónde empezar —dijo al tiempo que arrancaba el motor del coche.

Tras más de tres horas entrevistando a propietarios y empleados de pequeñas tiendas de barrio y supermercados locales, nuestro ánimo estaba por los suelos. Había sido un plan nefasto, pero era el único que teníamos, y la idea de volver a casa y enfrentarme a mis secretos me asfixiaba.

—¿Te das por vencida? —preguntó Roberto al salir del establecimiento número once.

—De eso nada. Probemos con uno más. Creo que es el último en esta zona. Mañana podemos ampliar el rango de búsqueda.

Un risueño dependiente asiático nos saludó con efusividad detrás del mostrador. La suya era una de esas tiendas en las que lo mismo puedes comprar golosinas que un tendedero para la ropa.

—Buenas tardes —dijimos Roberto y yo al unísono.

Tras las presentaciones de rigor, el chico se mostró intrigado por poder ayudar en la resolución de un caso, aunque no le dimos explicaciones de en qué consistía la investigación. Nos llevó al pasillo de los productos cosméticos y, al lado de las compresas, se encontraba el tinte de la marca Belle Hair que tantos quebraderos de cabeza nos estaba dando.

—Necesitamos saber si últimamente se ha vendido más de lo normal. Quizá una misma persona ha venido varias veces en los últimos meses, o usted ha notado algo raro al respecto —tanteé.

—La verdad es que sí. Hace poco más de un mes vino un hombre y se llevó varias cajas.

—¿Por qué le llamó eso la atención? —preguntó Roberto.

—Bueno, los hombres no suelen comprar tinte del pelo, y menos aún de ese color.

—¿Hay algo más de él que recuerde? ¿Algo que pueda contarnos? —pregunté. La adrenalina recorrió mi cuerpo.

—Vestía de oscuro y llevaba una especie de sombrero negro, pero era un sombrero extraño…

—¿Una boina? ¿Como está? —Le mostré una foto sacada de internet.

—¡Exacto! Además, parecía incómodo, aunque no sabría decirles por qué. Lo pasé por alto. A veces les ocurre a los hombres que vienen a comprar productos femeninos para sus parejas. Les da vergüenza —explicó con una sonrisa.

—Ya entiendo. ¿Podría describirlo? —dijo Roberto.

—Pasan muchos clientes por aquí a lo largo del día. Solo recuerdo que era alto, llevaba gabardina y tenía los ojos muy azules. Y tartamudeaba.

Mi mirada se clavó de pronto en la cámara de seguridad que nos apuntaba en el centro de la tienda. Un sudor frío se deslizó por mi espalda mientras mi corazón latía sin control.

—¿Tiene las imágenes de seguridad? —Señalé la cámara.

—Solo se almacenan durante una semana y después se borran de manera automática —explicó.

—Necesitamos que esté atento. Si ese hombre vuelve a aparecer, llámenos, ¿de acuerdo? De otro modo, estaría entorpeciendo una investigación en curso. —Roberto le tendió una tarjeta con el número de teléfono del equipo.

—De todas formas, le solicitaremos de manera formal las imágenes de seguridad de la última semana, para echarles un vistazo por si viésemos algo que nos fuese de ayuda —indiqué.

—¿Suele venir a comprar más veces? —preguntó Roberto.

—Alguna vez, aunque no mucho. Supongo que su tienda de confianza será otra y aquí solo viene cuando la otra está cerrada.

—Está bien. Muchas gracias por su ayuda —dije antes de salir de aquel lugar.

Nos sentíamos eufóricos ante la nueva información: teníamos una breve descripción física, teníamos un punto concreto dentro del mapa cognitivo y, en el futuro, posibles imágenes de seguridad. El hecho de que adquiriese el tinte en esa tienda, y de que la visitase

de manera esporádica, significaba que debía de residir en aquella zona. Nos estábamos acercando.

—Pero, si vive por aquí, ¿cómo es que no compra en la tienda más a menudo? Yo bajo casi a diario a la que está en mi barrio —comentó Roberto una vez que estuvimos dentro del coche.

En su voz se distinguía un matiz de fastidio, como si le irritase saberse tan cerca y no poder atraparlo. No podía culparlo. Yo me sentía igual.

—Puede que… Puede que las temporadas en las que no visita la tienda no sea porque tiene otra de confianza, sino porque está en otro sitio. En el sitio en el que retiene a sus víctimas —musité.

—Sí, eso tendría sentido. Debemos trasladarle al comisario esta nueva información.

—¡No, por favor! —Las palabras salieron de mis labios sin que yo conociese el motivo—. Guardémonos estos datos un poco más.

—¿Qué está pasando por esa cabecita tuya? —preguntó con suspicacia.

—No lo sé, pero cada vez que le solicitamos algo, nos pone pegas y obstaculiza la investigación. No quiero arriesgarme a que vuelva a pasar.

Roberto asintió con la cabeza y guardó el teléfono móvil de nuevo en el bolsillo de su pantalón.



# CAPÍTULO 28

## *Ruth*

«El dolor, cuando no se convierte en verdugo, es un gran maestro».

Concepción Arenal

Esa mañana, el carácter del comisario todavía no parecía haberse suavizado. Nuestra predicción se había cumplido. Alguien había filtrado a la prensa el nombre del diario en el que el autor dejaba los acertijos antes de cada asesinato. Por suerte, los periodistas todavía desconocían la relación que los acertijos guardaban conmigo, aunque no dudaba de que acabaría por salir a la luz.

—¡Quiero saber quién ha sido! ¡Y quiero saberlo ya! —gritó el comisario a todos los agentes de turno.

Vi al trasluz las gotas de saliva que brotaban de su boca y caían sobre la mesa de un compañero. Una mueca de asco se dibujó en mi cara.

—Jefe, esto siempre ocurre; en todas las investigaciones hay filtraciones. Además, esta puede sernos útil. Quizá los periodistas o

algún ciudadano den con la respuesta —respondió un valiente.

Yo permanecía apoyada en el marco de la puerta de nuestro despacho, muda. Prefería no convertirme en el centro de su ira.

—¿Útil? ¿Sabes qué pasará cuando tengas a todos los ciudadanos de Valencia tratando de hacerse los héroes? ¿O cuando la familia de la desparecida pretenda dar con su secuestrador? ¿Y si lo encuentran? ¿O el cadáver de su hija?

Por mal que me cayese, debía reconocer que el comisario tenía razón. Cuando el corazón entraba en juego, la razón quedaba relegada a un segundo plano, y los familiares de Sara Tarín, la tercera desaparecida, o los de Mireya y Desirée podrían tomarse la justicia por su mano.

—No había pensado en eso —respondió el policía con un hilo de voz.

—Quiero que todo el mundo se ponga a resolver el puto acertijo —ordenó antes de recluirse en su oficina.

El comisario nunca se había mostrado especialmente amable o feliz, pero, aun así, el nubarrón negro que parecía perseguirlo allá donde fuese llevaba al límite la situación. Nadie se atrevía a contradecirlo. Incluso el personal de limpieza evitaba cruzarse en su camino.



Sara Tarín era una joven de veintisiete años que vivía en el barrio de El Carmen. Ella y su pareja, Noemí, que estaba desolada desde su desaparición, se habían conocido en el instituto y llevaban juntas desde entonces. Sara tenía un bonito cabello de un tono cobrizo natural, a juego con las preciosas pecas que salpicaban buena parte de su rostro. En la foto que descansaba en nuestra pizarra de los

horrores, como la llamaba el equipo, lucía una sonrisa resplandeciente.

—¿A qué se dedica? —pregunté.

—Es propietaria de un salón de belleza en el mismo barrio en el que reside —dijo Adrián sin levantar la mirada de los papeles que tenía delante.

—Es fallera. Pertenece al casal de Na Jordana. La noche que desapareció, se encontraba allí. Salió un momento a comprar tabaco y ya no regresó, por irónico que parezca —dijo Roberto.

—¿Nadie la echó de menos? —pregunté sin dejar de mirar su rostro.

—Pensaron que se habría marchado a casa —respondió Miguel.

—No hay cámaras de seguridad próximas al casal ni testigos que recuerden haberla visto —añadió Carolina.

La cosa no pintaba bien. No teníamos nada. Lo más sólido con lo que contábamos era la pista del tinte del pelo y el ADN del secuestrador, aunque no tuviéramos con qué compararlo.

Esa vez, el asesino se había apresurado en dejarnos el acertijo. Estaba perdiendo el control, y eso no nos favorecía en absoluto. Releí el acertijo para ver si lograba dar con algo. Lo que fuese.

*En la noche iluminada con mi fuego brillante, en las calles de Valencia, soy un espectáculo vibrante. Dos guardianas la resguardan y al ave fénix aguarda.*

Teniendo en cuenta la fecha en la que nos encontrábamos, no podía tratarse más que de las fallas. Lo que yo todavía no lograba encajar era la referencia a las dos guardianas.

—¿Crees que puede referirse a la Policía Nacional y la Guardia Civil? —dijo Miguel a la desesperada.

—Las fallas no son competencia de la Guardia Civil. En todo caso, sería la Policía Local y la Policía Nacional, pero no tiene mucho sentido —respondí.

—¿Y el ave fénix? ¿A quién aguardan? ¿A nosotros? —preguntó Carolina.

—Creo que soy yo. Me lanza el mensaje a mí —dije sin atreverme a mirar a mis compañeros.

—Pongamos un rato la televisión. Puede que los periodistas estén más lúcidos que nosotros —comentó Roberto mientras encendía el monitor.

En todos los canales parecían de acuerdo con que el acertijo se refería a las fallas; algunos incluso se habían puesto a analizar ninot por ninot en busca de figuras que pudiesen representar a dos guardianas.

No pude contenerme:

—Están dando palos de ciego. Solo van a conseguir que la familia de Sara pierda la cabeza.

Apagué el televisor y cogí mi cazadora. Allí encerrada no iba a conseguir mucho más. Roberto imitó mi gesto y me siguió por los pasillos de comisaría. No traté de impedírselo.

—¿Qué esperas encontrar a estas horas con Valencia atestada de gente? —me preguntó mientras atravesábamos la plaza del Ayuntamiento, en dirección a la calle de Xàtiva.

—¡No lo sé, Roberto! —grité, fuera de control—. ¡No sé lo que estoy haciendo! ¡Solo sé que tengo que encontrar sana y salva a esa pobre chica o habrá muerto por mi culpa! —A esas alturas, las lágrimas se derramaban por mis mejillas en una danza silenciosa. Algunos viandantes nos observaban con curiosidad.

Roberto se acercó a mí y me estrechó entre sus brazos. Me dejé llevar por la sensación de calidez y protección que mi compañero me proporcionaba. Por más fuerte que tratara de mostrarme, esa situación superaría a cualquiera.

—Venga, sigamos caminando un rato más, a ver si vemos algo raro —propuso él.

Me cogió de la mano para tirar de mí y me dejé llevar. No pensé en nada más. No pensé en cómo nos vería el resto de la gente, ni en lo que representaba caminar de la mano. No pensé en los periodistas, ni en Óscar. De hecho, no podía pensar en nada que no fuese el rostro de Sara y en aquel maldito acertijo. Tras varios minutos andando en silencio el uno junto al otro, fui de verdad consciente de la fortaleza de la mano que me sostenía, y me

apresuré a retirar la mía. Roberto giró su rostro hacia mí y me dedicó una de sus sonrisas chulescas.

—¿Acaso a tu novio le da miedo tener un poco de competencia?

—No seas tonto. Quiero a Óscar, y no hay nada ni nadie que pueda poner eso en peligro —recalqué. Noté cómo mis mejillas se sonrojaban.

Sin embargo, me gustaba pasar tiempo con Roberto, aunque no lo verbalicé. Me parecía natural andar de la mano con Lucas, pero no con Roberto, pese a que ambos eran mis amigos. Atravesé la calle Guillem de Castro mientras reflexionaba acerca de aquella diferencia. Sabía que Lucas nunca podría albergar un interés amoroso por mí, mientras que Roberto sí parecía tenerlo.

—Roberto, escucha, no estoy segura de lo que está pasando, pero yo estoy enamorada de Óscar y, ahora mismo, con todo esto, no puedo pensar ni actuar con claridad —comencé, ofuscada—. Me siento muy a gusto contigo, pero no va a pasar nada entre nosotros. Quiero a Óscar —repetí, aunque no estaba segura de si se lo decía a él o a mí misma.

—¿Cómo se llamaban estas torres? Siempre las confundo con las de la calle Blanquería. —Roberto intentó cambiar de tema.

Mi cerebro bulló ante su pregunta. En Valencia todavía quedaban en pie dos torres, restos de la antigua muralla medieval.

—Las dos guardianas… —musité.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—¿No te das cuenta? Las dos guardianas del acertijo pueden referirse a las dos torres que todavía quedan en pie. Dos símbolos de la ciudad —dije mientras sacaba mi teléfono móvil.

—Ruth, eres increíble.

Roberto llamó al resto del equipo para compartir con ellos nuestras suposiciones.

—¿Qué necesitáis? —escuchamos a través del altavoz.

Nos apartamos hacia una esquina de la calle, lejos de oídos indiscretos. Por fin teníamos algo.

—Escuchad. Sabemos que el acertijo tiene que ver con las fallas y con las dos torres, así que hay que acotar todos los ninots que

haya colocados entre ambas estructuras. El asesino debe de estar hablando de una de ellas —me apresuré a explicar.

—De acuerdo, eso no será muy difícil de localizar. Hay planos de Valencia para los turistas, donde aparecen todas las fallas —contestó Joan.

En menos de cinco minutos, ya tenía en mi móvil el plano que necesitábamos. Había alrededor de quince fallas en el recorrido desde las torres de Quart, donde nos encontrábamos, hasta las torres de Serrano, siempre que el acertijo se refiriese a la ruta más lógica y directa.

—Pero puede que el asesino esté hablando del perímetro —terció Roberto—. En ese caso, el número de fallas subiría exponencialmente.

—Así es, a unas veinticinco —dije tras un cálculo rápido.

—Volvamos a comisaría.

—Ve tú si quieres; yo prefiero hacer la ruta por si veo algo que pueda servirnos. Un local abandonado o qué sé yo.

—De acuerdo. Informaré al jefe de lo que hemos averiguado para que vaya estableciendo el dispositivo y te acompaño. —El tono de Roberto no daba opción a réplica.

Caminamos en silencio durante varios minutos, atentos a cuanto nos rodeaba. Las calles de Valencia desprendían un aire festivo: luces de colores, puestos de comida, el olor a churros que inundaba el ambiente y, por supuesto, las fallas, alrededor de las cuales se congregaban los curiosos que querían disfrutar de las originales obras de arte. Siempre me habían gustado las fallas; sin embargo, en ese momento, con los recuerdos de Javier desfilando en bucle por mi mente, me resultaban dolorosas. La memoria es un mecanismo muy complejo. Un mismo recuerdo puede infundirte felicidad y tristeza al tiempo, provocando una sensación parecida a las náuseas.

—¡Ruth ¡Ruth! —gritó alguien tras de mí.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro cuando me topé con la expresión alegre de la hermana de Óscar.

—¡Lucía! ¡Qué casualidad que nos hayamos encontrado entre tanta gente! —Le di un cálido abrazo. Todavía me sorprendía el

parecido físico que guardaba con su hermano.

—¿Qué haces por aquí?, ¿y este quién es? ¿No estarás engañando a mi hermano? —dijo entre risas.

—Lucía, te presento a Roberto. Somos compañeros en la investigación de esas chicas. —Bajé la voz.

El rostro de Lucía se ensombreció unos segundos.

—Encantada de conocerte, Roberto —se apresuró a saludar—. Pero, Ruth, ¿tú cómo estás? He leído la prensa…

—No te preocupes por mí —dije con una falsa seguridad.

—¿Queréis comer algo? Me apetece mucho pasar un rato con vosotros —propuso Lucía.

Miré a mi compañero, que no había abierto la boca. Algo inusual en él, sobre todo en presencia de una chica joven y guapa.

—Claro. Estaré encantado de ir tan bien acompañado. —Le guiñó un ojo a Lucía y se colocó a su lado.

Ahí estaba: Roberto había vuelto. No era de extrañar su interés por Lucía. Era guapa, divertida y risueña. Verlos caminar uno junto a otro avivó un ligero malestar en mi interior y me reproché por ello. No tenía derecho.

Nos sentamos en una terraza cercana y disfrutamos de un rato de risas y bromas. Bueno, para ser sincera, yo más bien fingía estar allí, aunque, en realidad, mi mente se hallaba en otro sitio. Aun así, no quería ser una aguafiestas. Roberto y Lucía parecían haber conectado bien; entre los dos había saltado la chispa. Sonreí para mis adentros al pensar en la reacción de Óscar si llegara a enterarse.

—Chicas, es un verdadero placer estar con vosotras, pero tengo que marcharme —dijo Roberto, en un momento dado, sin dejar de mirar a Lucía—. ¿Vienes, o prefieres quedarte un rato más? —añadió, dirigiendo su mirada hacia mí.

Lucía me observaba con intensidad.

—Me quedo un rato —dije—. Luego volveré caminando.



Recorrimos juntas algunas calles de la ciudad. Lucía me relató las últimas citas que había tenido, todas sin éxito.

—¿Por qué es tan complicado encontrar a alguien?

—No tengo ni idea. Solo puedo decirte que, la mayoría de las veces, encuentras a esa persona cuando dejas de buscarla —respondí.

—Por cierto, tu compañero es muy atractivo y divertido… —Lucía dejó morir la frase y agachó la mirada al suelo empedrado.

Me detuve un instante y sujeté su brazo para obligarla a mirarme.

—¿Te gusta?

—Digamos que no me importaría tener una cita con él —respondió con una tímida sonrisa—. Pero antes quiero saber algo: ¿es buen chico? ¿Tiene pareja? No me apetece que me rompan el corazón.

—Es buen chico. Está soltero y, aunque no lo conozco en profundidad, es buena persona. En cuanto a los ligues, no puedo decirte mucho. Parece el típico picaflor, pero creo que esconde mucho más.

—Bueno, ya veremos. —Meneó al cabeza y cambió de tema—. Dime la verdad: ¿cómo estás?

Sus ojos eran del mismo color que los de su hermano, y, esa noche, las luces de la ciudad se reflejaban en ellos. Perdida en ese verde esmeralda, deseé estar en casa, con Óscar.

—No lo sé —respondí con sinceridad.

Compuse una media sonrisa y me obligué a reprimir todas las lágrimas que esperaban con ansia a que se abriesen las compuertas.

—Ruth, no tienes que ser siempre tan fuerte. Las personas nos rompemos, o, a veces, solo nos agrietamos. Pero ¿sabes algo? Una grieta puede ser peligrosa si no le ponemos solución.

Me sorprendió la madurez de Lucía, teniendo en cuenta su edad. Estaba claro que las experiencias que le había tocado vivir la habían hecho madurar antes de tiempo, aunque me alegraba que no hubiese perdido la ilusión que derrochaba siempre.

—Me siento culpable, triste, enfurecida, preocupada, nostálgica —dije al fin.

—¿Cómo puedes sentir tantas cosas? —dijo Lucía, en un intento por sacarme una sonrisa.

—No lo sé. Lo único que sé es que tengo que atrapar a ese asesino y acabar con esto.

Lucía me enseñó algunos de sus rincones favoritos del centro de la ciudad, callejones empedrados que te transportaban en el tiempo. También me contó varias leyendas que consiguieron que olvidase, al menos por un rato, la investigación. Además, el paseo me ayudó a visitar las fallas que se encontraban dentro del perímetro de las dos torres, aunque preferí guardar silencio al respecto para no preocupar aún más a Lucía.

—¿Me prometes algo? —dijo ella antes de nuestra despedida—. Quiero que, cuando llegues a casa, abraces muy fuerte a Óscar y dejes que él te ayude.

—Te lo prometo.



Tras todo lo que había pasado, no debería haberme sorprendido que Óscar no estuviera en casa. Lo llamé por teléfono. Silencio. Me dirigí a su antiguo piso, pero se había esfumado. Solo había un lugar en el

que a Óscar le gustaba refugiarse: su trabajo. Aparqué sin mucho esmero en la puerta del cuartel, saludé al compañero que esa noche hacía el servicio de recepción de denuncias y fui directa a su despacho. Me sorprendió encontrarlo con el pelo algo alborotado y el uniforme desaliñado. Mala señal.

—¿Puedo entrar?

Óscar levantó su mirada de jade hacia mí, y no me gustó lo que vi en ella.

—Entra —dijo antes de pasarse la mano por el cabello en un gesto nervioso.

—¿Estás bien?

—No, no lo estoy.

Encendió la pantalla de su móvil y lo colocó en el escritorio, frente a mí. En ella, aparecíamos Roberto y yo de la mano en unas fotografías.

«¿Habrá encontrado un nuevo amor la agente Lago en el Cuerpo vecino? ¿O puede que solo forme parte de la investigación?», rezaba el titular.

—No, no es lo que crees. Te lo juro. He estado ida toda la tarde. Me sentía mal, culpable por la muerte esas chicas, por la de Javier. Solo trataba de resolver el acertijo para acabar con todo esto —expliqué de una manera tan atropellada que dudaba de que se hubiese entendido algo.

—¿Sabes cómo me siento yo? ¿Te lo has preguntado acaso?

De nuevo esa mirada rebosante de tristeza se clavó en mi rostro y me taladró el pecho.

—Óscar, lo siento. Roberto solo es un amigo. Me siento bien en su compañía, pero creo que es porque me recuerda a la antigua Ruth. No tengo un interés romántico en él. Te lo prometo. Tienes que creerme —sollocé, asustada.

Por primera vez, el temor de perderlo fue tan real como el dolor que provoca un infarto.

—Te creo. Ese es el problema. Pero esto no trata solo de ti y de cómo te sientas. Trata de Lucas, de Matías y… de mí. De nosotros.

No debí haber sido tan egoísta. En los últimos dos días, me había preocupado solo de mis sentimientos, como si los del resto no

importasen. Mi novio se había enterado de mi compromiso con Javier delante de mis compañeros y, desde entonces, no habíamos vuelto a hablar. No me había preocupado por cómo pudiese estar sintiéndose.

—Tienes razón —acepté, y traté de acercarme con pasos lentos —. Y ahora que soy consciente, voy a ponerle remedio, ¿de acuerdo? Os necesito. Te necesito en mi vida. Te quiero, Óscar.

Cerró los ojos al escucharme, como si mis palabras le doliesen.

—Pero no lo suficiente, ¿no es verdad? No me quieres lo suficiente como para casarte conmigo. No como lo quisiste a él.

Una única lágrima escapó de su mirada y me partió en dos el corazón.

—No es eso. Te prometo que no. Déjame que trate de explicártelo —rogué mientras colocaba mis manos sobre su pecho.

—No puedo vivir a su sombra. No puedo competir con su recuerdo y no quiero ser tu segunda opción. —Óscar sujetó mis muñecas con delicadeza y apartó mis manos de su cuerpo—. Tampoco sé qué necesitas. ¿A Roberto? ¿Te sientes tú misma con él y conmigo no? Ruth, no lo entiendo.

—Lo sé, lo sé, pero déjame explicártelo, por favor.

—Ahora soy yo el que necesita algo de espacio.

Salió del despacho, y mi mundo fue engullido por un agujero negro. Podía perderlo. Podía perder a una de las personas a las que más quería, y la culpa era tan solo mía, de mis miedos e inseguridades. Quería a Óscar. No era una segunda opción, pero nunca se lo había dicho. No había sido valiente. Saqué mi móvil del bolsillo trasero del pantalón con manos temblorosas y la respiración entrecortada y marqué el número de Lucas. Comunicaba.



# CAPÍTULO 29

## *Óscar*

«No existen secretos en la vida. Solo verdades escondidas que viven debajo de la superficie».

Dexter Morgan

—Tío, tienes una pinta terrible —dijo Lucas mientras llamaba al camarero con la mano—. Dos cervezas, por favor.

—Tú no estás mucho mejor que yo —repliqué. Tenía el ánimo por los suelos.

—¿Quién empieza?

Levanté la cerveza en su dirección. Prefería zambullirme en los problemas de mi amigo antes que indagar en los propios.

—Tú lo has querido. —Lucas bebió un largo trago antes de continuar—: No puedo casarme con Matías.

—¿Has averiguado algo más?

—No, y él insiste en que me quiere. Quiero confiar en él, porque sé que es así, pero no puedo quitarme de encima la sensación de

que me oculta algo.

—¿Le has contado lo que sabes?

—No, es que tampoco sé nada. Solo que recibe mensajes y queda con un tal Tomás. Podría ser cualquier cosa, pero, si me lo oculta, es por algo.

Tardé unos minutos en contestar. Mi mente trataba de hablarme, pero resultaba complicado ordenar los pensamientos entre tanto caos.

—¿Has dicho «Tomás»? —pregunté. Lucas me miró y asintió con la cabeza—. ¿No se llamaba así su ex?

Lucas se levantó tan rápido que el taburete golpeó el suelo. Algunos clientes nos miraron con curiosidad.

—El juez —dijo.

—Sí, el que nos ayudó el año pasado con la extradición de Espinosa.

—Pero no recuerdo que Matías mencionase su nombre —musitó Lucas.

—Puede que no lo hiciera, pero he leído los informes del caso miles de veces y el juez que firmó la orden, el ex de Matías, se llamaba Tomás. —Contemplé el rostro de Lucas, que cada vez iba perdiendo más color—. ¡Eh, colega! ¿Estás bien?

—¿Me la está pegando con su ex? Dijo que se llevaban bien, pero…

—No te precipites. Llegaremos al fondo de esto, ¿vale? Yo te ayudaré. Además, prefiero eso que centrarme en mis problemas —dije, y terminé de un solo trago el resto de mi cerveza.

—Perdona. Estoy acaparando la conversación.

Reí. Solo Lucas podría decir algo así durante una noche de borrachera en la barra de un bar.

—No sé ni por dónde empezar —solté al fin.

Tras un par de horas, y más cervezas de las que debimos haber tomado, Lucas y yo caminábamos hacia su piso entre risas.

—Gracias por esto, Lucas. Lo necesitaba.

—Ey, para eso están los amigos. Además, tú también me has ayudado a mí —dijo justo cuando alcanzamos la puerta de su bloque

—. No pensarás coger el coche para ir a casa, ¿no? —añadió al ver que yo tomaba el mismo camino por el que habíamos venido.

—No, esta noche me iré a mi piso.

—Óscar, sé que Ruth no ha actuado bien, y se ha ganado una bronca. Palabra de amigo —dijo mientras se llevaba los dedos pulgar e índice a los labios y los lanzaba al aire—. Pero creo que lo peor que podéis hacer es separaros y volver a lo de antes. A la terquedad. Al silencio. Sabes que eso no os ayudará.

—¿Por qué no se quiere casar conmigo?

Fue una pregunta para la cual no esperaba respuesta. Aun así, la voz de Lucas voló hasta mis oídos.

—Porque la última vez que estuvo enamorada y aceptó casarse con alguien, un loco disparó a su prometido y ella tuvo que verlo morir, Óscar.

Lo miré con los ojos muy abiertos y una expresión de horror en el rostro. Yo no había contemplado aquella posibilidad.

—¿Te lo ha dicho ella? —pregunté, solo para estar seguro.

—No, pero la conozco. Además, es lo mismo… es lo mismo que me sucedería a mí si estuviera en su situación.

Miedo. Después de todo lo que había tenido que sufrir. Todo el dolor. La pérdida. Ruth tenía miedo por mí. Miedo a perderme. No podía culparla por ello, puesto que yo mismo lo había sentido durante su secuestro, cuando creí que la perdería para siempre y que me volvería loco.

Mi reflexión se vio interrumpida por la luz del pasillo del piso de Lucas.

—Lucas, escondámonos —ordené.

Nos parapetamos tras un coche estacionado frente a la puerta. Me gustaría decir que me sorprendió ver a Matías escabullirse de casa a altas horas de la madrugada, pero no fue así. Miré a mi amigo para averiguar qué quería hacer. Él decidía.

—Vamos a seguirlo —dijo con decisión.

No es que me pareciese bien espiar a Matías, pero Lucas era mi amigo y estaba tan hecho polvo que no se me ocurría qué otra cosa hacer. Si eso nos servía para descubrir la verdad, eso sería lo que haríamos.

Lo seguimos por las calles del pueblo hasta un descampado de tierra que hacía las veces de aparcamiento. La oscuridad en aquel sitio era casi total, a excepción de la luz de un par de farolas al otro lado de la calle. Nos escondimos tras un todoterreno.

—¿Ves algo? —susurró Lucas.

—Se ha parado al lado de aquel Audi rojo.

Al cabo de unos segundos, unas voces lejanas, pero claras gracias al silencio de la noche, llegaron a nuestros oídos. Pude notar el temblor en las manos de Lucas, y no era para menos. Fuera lo que fuese, aquello pintaba mal.

—No puedo seguir con esto. Hablo en serio. Haz lo que tengas que hacer. No me importa —decía Matías.

—Yo no me rindo tan fácilmente. No pienso renunciar a ti, a lo que teníamos —repuso otra voz masculina.

—Hicimos un trato, Tomás, y has perdido. Acéptalo y lárgate de mi vida de una puta vez.

—¿Cómo puedes preferir estar con él? Cuando me llamaste para pedirme ayuda con aquella orden de detención, yo pensé…

—Pensaste que quería volver contigo. —Fue Matías quien terminó la frase—. ¿Cómo creíste que podría volver contigo después de lo que me hiciste? Y no vuelvas a compararte con Lucas. No podrías parecerte a él ni en un millón de años.

Lucas se tensó a mi lado, y tuve que sujetarlo por el brazo para que no saliese corriendo al encuentro de Matías.

—Solo fue un error. Además, tampoco es como si te hubiese violado, Matías. No seas tan dramático. Éramos pareja y estábamos en la cama.

—Te pedí que parases y no lo hiciste. Podía haberte denunciado —repuso Matías con voz trémula.

—Pero no fue así. Y ahora tampoco lo harás porque tengo las imágenes, ¿recuerdas? Te tengo cogido por las pelotas. A los dos nos gustaba jugar fuerte. Deja a tu novio y vuelve conmigo. He cambiado —dijo Tomás.

—¿Nos gustaba? Te gustaba a ti. Yo solo era un idiota que no se aceptaba a sí mismo. Además, ¿cómo puedes decir que has cambiado? ¿Te das cuenta de que llevas semanas chantajeándome

para que quede contigo? ¿Para, según tus palabras, reconquistarme? Escúchame bien: estoy enamorado de Lucas, y si él todavía me acepta, pienso casarme con él.

Matías se giró hacia nosotros para abandonar el descampado, por lo que Lucas y yo nos escondimos lo mejor que pudimos.

En el camino de vuelta al piso de Lucas, este no pronunció palabra. Lo que acabábamos de descubrir era más fuerte de lo que imaginábamos y, además, pertenecía a la intimidad de Matías. Me sentí mal solo por conocer una información así y de una manera tan inmoral. A escondidas.

Por el rostro de mi amigo, él debía de estar pensando algo similar.

—¿Estás bien, Lucas? Puedes quedarte en mi piso, si lo prefieres —dije al llegar de nuevo a su portal.

—No, debo hablar con él. —A continuación, se internó en el bloque y desapareció.

Caminé en silencio durante veinte minutos hasta la casa que compartía con Ruth, nuestro hogar. Estaba tan abatido que lo único que quería era abrazarla y que todo se arreglase entre nosotros. Cuando inserté la llave y abrí la puerta, Piccolo ya me esperaba para darme la bienvenida.

—¡Hola, chico! No hagas ruido o despertaremos a mamá —susurré mientras le acariciaba las orejas.

Me encaminé a nuestro dormitorio y la encontré sentada en el banquito de terciopelo que había bajo la ventana.

—¿Me has visto llegar? —pregunté.

—Sí, pero pensé que no entrarías. —Ruth no dejó de mirar el cielo estrellado.

—Escúchame, Ruth, yo…

—Tenías razón, Óscar, en todo. He sido una egoísta que no ha tenido en cuenta tus sentimientos; perdóname, por favor —dijo con voz rota, todavía sin dirigirme la mirada.

Me senté junto a ella. Cogí su mano y la sujeté entre las mías. Cuando giró su rostro y vi sus ojos hinchados a causa del llanto, no pude sentirme peor.

—Estás atravesando una situación muy difícil. No debería haberte hablado así —me disculpé.

—Necesito que sepas lo muchísimo que te quiero. Te quiero, Óscar. Por eso estoy tan asustada. No sé lo que ese hombre quiere de mí, pero mató a Javier por mi culpa, porque este me quería, porque nos íbamos a casar. ¿Y si te hace lo mismo a ti? No creo que pudiese soportarlo.

Acuné su rostro y dejé que mis labios rozaran los suyos.

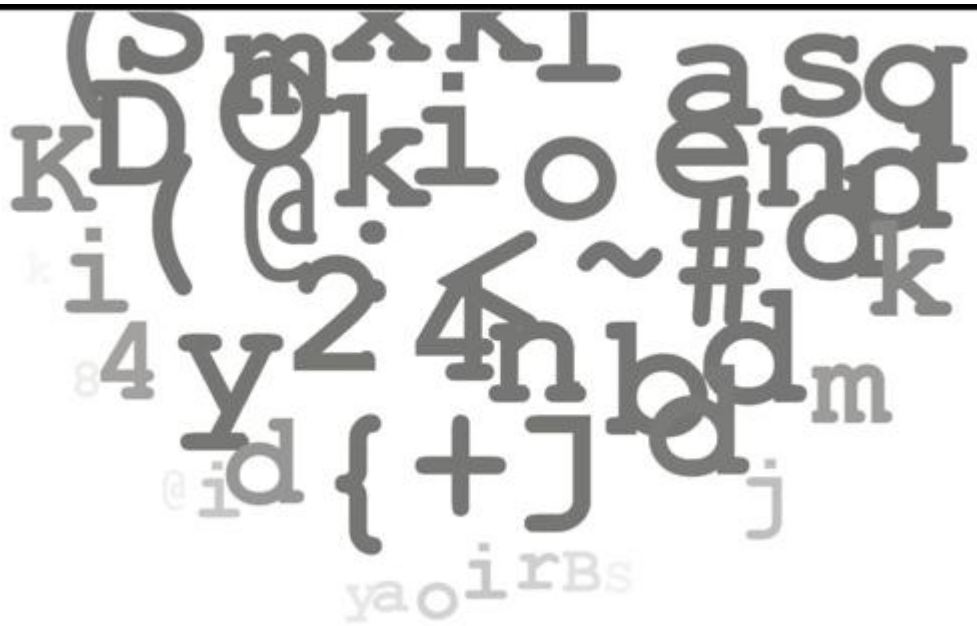
—Eso no va a pasar. Vamos a atraparlo y podremos ser felices.

Ruth me abrazó tan fuerte que tuve que agarrarme al banco para no caer.

—Te quiero, cariño —susurré en su oído.

—Pídemelo otra vez cuando esto acabe. ¿Lo harás?

—Sería un tonto si dejara escapar a una mujer como tú.



# CAPÍTULO 30

## *Hombre de la boina*

«¿Quieres saber por qué utilizo un cuchillo? Las pistolas son demasiado rápidas, no te dejan saborear… todas esas… pequeñas… emociones. La gente, cuando está a punto de morir, se muestra tal y como es. Así que, en cierto modo, yo llegué a conocer a tus amigos mejor que tú. ¿Te gustaría saber cuáles eran cobardes?».

Heath Ledger, *el Joker*

Todo debía ser perfecto. Ella merecía lo mejor, y yo podía entregárselo. Tenía otra oportunidad para ser feliz a su lado y no pensaba desperdiciarla. Preparé su comida favorita, decoré la mesa con velas aromáticas y pétalos de rosa, puse música ambiente y dejé lista la película que veríamos tras deleitarnos con la suculenta cena. Sabía que a ella le gustaban los gestos románticos, así que estaba convencido de que la sorpresa le encantaría. Cuando tuve todo

preparado, me dirigí hacia su habitación para que empezara a arreglarse. Esa noche todo sería perfecto.

—C-cariño, ya tengo t-todo listo, solo falt-tamos nosotros. ¿Q-qué haces ahí acurruc-cada en el suelo?

La sujeté por las axilas para ayudarla a ponerse en pie. En los últimos días, mi ave fénix no había tenido mucho apetito y estaba algo débil. La llevé hasta el cuarto de baño y abrí el grifo del agua caliente. Comprobé la temperatura. «Perfecta, como ella», pensé.

—Es la hora del baño.

—No, por favor. No me hagas daño —dijo ella, temblorosa.

—No, yo nunca t-te haría daño. Yo solo q-quiero q-que est-temos junt-tos. Ya verás lo q-que he prep-parado, pero antes… Ducha —dije mientras la ayudaba a desvestirse.

Ese instante fue tan especial que no pude evitar un fogonazo de excitación en mi entrepierna. Me quité la ropa y me coloqué a su lado bajo el caudaloso chorro. Le lavé el pelo, recreándome en el tacto de sus sedosos cabellos, en sus rizos, deshechos por la fuerza del agua. Estaba seguro de que ella estaba tan excitada como yo.

—Ahora t-toca enjabonar el cuerp-po —susurré en su oído.

—Puedo sola, de verdad —repuso ella con voz entrecortada.

—No, est-tás muy débil, p-pero si q-quieres, p-podemos jugar a algo. Yo t-te enjabono a ti y tú a mí —propuse.

Observé cómo sus lágrimas se fundían con las gotas de agua que discurrían por su cara. Estaba tan emocionada como yo. Cogí la esponja, vertí gel con aroma a jazmín, su preferido, y comencé a frotar su piel. No pude evitar deleitarme de más en ciertas zonas. Ella era una diosa y yo, un simple mortal a sus pies. Un siervo que podía tocarla y disfrutarla. Deslicé la esponja por sus senos y me imaginé besándolos. Cuando mi erección resultó casi dolorosa, me acerqué más a ella. Necesitaba que percibiese cuánto la quería. Ella tembló. Cuando no quedó una zona de su cuerpo en la que no me hubiese recreado, dejé que ella tomara el control. Le tendí la esponja y dejé que hiciera su trabajo. Las lágrimas brotaban sin cesar de sus ojos, así de grande era su amor por mí. Al fin se había dado cuenta.

—Creo q-que te has dejado una zona. —Sujeté su muñeca con fuerza y la conduje a mis genitales.

Ella lloró con más fuerza aún, lo cual solo aumentó mi excitación. Nunca había sentido tanto placer. Había recurrido a mujeres de la calle en muchas ocasiones, pero eso… eso solo podía ser amor verdadero.

Los movimientos en mi miembro me arrancaron unos gemidos roncos. Ella pareció asustarse, ya que retrocedió todo lo que le permitía la bañera.

—No t-tengas miedo, eso solo es mi deseo p-por ti, Ruth. —La atraje de nuevo hacia mí.

—¿Ruth? —preguntó ella sin cesar de temblar.

—¿Acaso el p-placer te ha hecho olvidar tu p-propio nombre?

—Me-me llamo Sara.

Mi reacción fue tan rápida que ni siquiera estaba seguro de que mi cerebro la hubiese ordenado. Le giré la cara de un bofetón, tan impetuoso que ella se golpeó contra la pared y a punto estuvo de caer al suelo de la bañera. La sujeté entre mis brazos y acaricié su piel.

—¿P-por q-qué me obligas a hacer estas cosas t-tan feas?

La dejé sollozar durante unos minutos sobre mi hombro, hasta que pareció calmarse.

—Creo que ya estamos limpios —comentó, más recompuesta.

—No, creo q-que te has dejado una zona p-por aq-quí. —Llevé su mano de nuevo hacia mi entrepierna.

—De acuerdo, pásame la esponja otra vez —dije ella con voz entrecortada.

—No. Usa la imaginación, p-pero q-que quede impolut-ta.

Era mejor que en mis recurrentes fantasías. Por fin la tenía allí, conmigo, amándonos. Ya nada ni nadie se interpondría en nuestro amor.

La cena fue perfecta. Ruth estaba exquisita con el conjunto que yo había escogido especialmente para ese momento. Nuestra primera cita de verdad.

—¿T-te ha gustado la cena?

—Estaba todo riquísimo —dijo ella sin despegar la mirada de su plato.

De vez en cuando manaban de sus ojos lágrimas de felicidad que yo me apresuraba a borrar con mis besos.

—P-pues aún q-queda lo mejor. He p-preparado tu p-película favorita.

La ayudé a incorporarse y fuimos hasta el sofá. Encendí el televisor y le di al *play*. *Orgullo y prejuicio* apareció ante nosotros. Pasé mi brazo por encima de sus hombros y la atraje hacia mí. Todo su cuerpo vibraba de emoción.

—Estoy cansada. Me voy a dormir —dijo en cuanto acabó la película.

—T-tienes razón. Ha sido un día largo. Lo mejor será q-que vayamos ya a la cama. Mañana recogeré t-todo esto, princesa. —Tomé su mano para dirigirnos al dormitorio.

Una vez dentro, cerré con llave y coloqué en mi muñeca la goma que hacía las veces de llavero. Comencé a quitarme la ropa sin perder detalle de sus movimientos. Estaba nerviosa. Se abrazaba a sí misma como una niña pequeña.

—No me hagas daño —suplicó.

—¿Cómo voy a hacerte daño? Nos amamos —dije antes de meterme en la cama y extender mi mano hacia ella en una invitación silenciosa.

Bajo las sábanas, Ruth se alejó lo más posible de mí.

—¿Est-tás nerviosa? No t-te p-preocupes, será maravilloso —susurré.

Fue la noche más especial de toda mi existencia. Ruth se dejó querer varias veces, acatando mis órdenes y cumpliendo todos mis deseos. Así era como debió haber sido desde un principio. Ella y yo. Sin ningún Javier ni ningún Óscar que interfiriesen en nuestro amor puro. Me acerqué a ella una vez más y froté mi cuerpo desnudo contra el suyo. Mi entrepierna apenas tardó unos segundos en endurecerse; sin embargo, noté su respiración acompasada y la dejé descansar. Tendríamos toda la vida para amarnos. Ruth ya era mía.

*Cuando escuché las súplicas de mi madre en el pasillo, yo ya sabía lo que vendría. El monstruo había vuelto ebrio a casa y quería dar rienda suelta a sus fantasías inmorales. Su mujer no le servía.*

*Lo escuché acercarse a la puerta de nuestra habitación y, a pesar de la penumbra, identifiqué con exactitud el momento en el que se aproximó a la cama de mi hermano pequeño. Su hedor a alcohol y a tabaco lo inundaba todo. Me permití abrir los ojos, apenas una fina línea, con la esperanza de que aquello no volviera a pasar. No sabía si podría soportar de nuevo ese dolor, pero tampoco podía permitir que mi hermano pasara por lo mismo.*

*—Papá —susurré, para no despertar a mi hermano—. Déjalo.*

*Atisbé el fuego en sus ojos. La rabia, el deseo y un rastro del monstruo en el que se convertía cuando bebía. También escuché los sollozos de mi madre en el pasillo.*

*—No podrás protegerlo siempre —dijo él, la voz ronca a causa del alcohol y el tabaco.*

*Retiré las sábanas que cubrían mi pequeño cuerpo y me preparé para lo que vendría. Apreté tan fuerte los párpados que me produjo dolor. Aun así, ese era mucho más llevadero que el que estaba a punto de experimentar. Mi padre se colocó sobre mí y me obligó a abrir la boca. Aquello era nuevo. Me repugnó, pero, al menos, no era tan doloroso.*

*—No cierres los ojos. Quiero que me mires —ordenó mientras tiraba fuerte de mi cabello hacia atrás*.

Me desperté empapado en un sudor frío. Otra vez ese recuerdo del cual no podía desprenderme. No me hizo falta mirar bajo las sábanas para darme cuenta de lo que me estaba ocurriendo, una vez más. Me reprendí por disfrutar ante el recuerdo de aquella primera sensación. «Solo eras un niño que trataba de proteger a su hermano. No sabías lo que hacías», me repetía. Me giré en la cama para observar a mi ave fénix. Ella aliviaría mi agonía.

—¡No!

Mi grito retumbó en el silencio de la noche. Ruth no estaba; la puerta de la habitación estaba abierta y mi llave había desaparecido. «Mantén la calma. Puede que esté en el aseo», me dije. Después del

maravilloso día que habíamos compartido, era imposible que quisiese escapar de mí.

Cuando vi la puerta exterior abierta, aquella furia incontrolable volvió a apoderarse de mí. Me había engañado. Había jugado conmigo, con mis sentimientos. Cogí el cuchillo que todavía descansaba en la mesa, junto con los restos de la cena, y lo escondí bajo mi ropa. Salí de mi escondite dispuesto a encontrar a aquella zorra mentirosa. Pagaría por lo que me había hecho.



# CAPÍTULO 31

## *Ruth*

«Cuando las mato, sé que me pertenecen, es la única manera de poseerlas. Las amo y las deseo».

Edmund Kemper

El sonido del teléfono móvil sobresaltó mi sueño. Óscar también se agitó e intentó abrir los ojos. Me incorporé y, tras comprobar de quién se trataba, descolgué.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Es Sara —dijo Roberto al otro lado de la línea.

—¿Ha aparecido? ¿Está viva?

Me levanté tan rápido que Óscar pareció espabilarse de pronto. Se acercó a mí con rostro preocupado.

—No exactamente.

—¿Qué quiere decir eso? Roberto, suéltalo de una vez —rogué.

—Será mejor que vengas para que puedas escuchar por ti misma la grabación —dijo. Su tono taciturno no me gustó en absoluto.

—Voy para allá.

Cogí lo primero que encontré en el armario. Tenía un mal presentimiento. Era demasiado pronto. El asesino había adelantado sus planes o, peor aún, los había cambiado. Yo no era una mujer muy creyente, pero, aun así, me puse a rezar a un Dios de cuya existencia no estaba convencida.

—Te acompaño —dijo Óscar antes de internarse en el cuarto de baño.

No traté de impedírselo. No sabía lo que encontraría en aquella grabación ni lo que le había pasado a Sara, pero sabía que quería a Óscar a mi lado.



Tuve que apoyarme en la pared de la oficina para no caer el suelo. Óscar me sujetaba con brazo de hierro y, con la otra mano, me acariciaba los cabellos. Ya era duro enfrentarse a un cadáver, pero escuchar aquella agonía y los que, estaba segura, habían sido sus últimos momentos, me provocaba un dolor insoportable.

—Ponlo otra vez —dijo el comisario.

—Jefe, no creo que haga falta —dijo Carolina, con voz débil, tras echarme un rápido vistazo.

—Hazlo.

El barullo inundó de nuevo la estancia. En las paredes del despacho resonaron gritos de alegría y música, que nos hacían sentir como si estuviéramos en la calle, en plenas Fallas.

«1-1-2, ¿cuál es su emergencia?», preguntaba el operador.

«Me han secuestrado, pero he logrado escapar», decía una atropellada voz femenina.

«Tranquilícese, vamos a ayudarla. ¿Cómo se llama?».

«Sara, Sara Tarín», sollozó.

Volví a estremecerme al escuchar su dulce voz, quebrada por el sufrimiento que le habría tocado atravesar durante los últimos días.

«¿Dónde está? Enviaremos una patrulla lo antes posible».

«No… no estoy segura, creo que estoy cerca de la plaza de la Santa Cruz».

«Lo estás haciendo muy bien, Sara. Ahora quiero que me prestes atención. Necesito que te quedes en un lugar seguro hasta que llegue la patrulla. Hay una a menos de cinco minutos de tu posición, ¿de acuerdo?», decía, con voz calmada, el operador.

«He conseguido escapar de él», repetía Sara mientras se movía entre el gentío.

«¿De quién? ¿Sabes su nombre?»

«No, nunca lo dijo, pero no paraba de llamarme Ruth —sollozó—. Me hizo cosas…».

«Tranquila, cariño, estarás a salvo. Aguanta».

A pesar de saber cómo acabaría la llamada, un rayo de esperanza se abrió paso en mi interior. Como si todo estuviese ocurriendo en tiempo real. Como si Sara aún pudiera salvarse.

«Está loco, obsesionado con esa tal Ruth —dijo de nuevo—. ¡No!».

El grito de Sara resquebrajó el tenso ambiente de la oficina y se clavó en mis tímpanos. Mi mente se nubló al escuchar los ruidos que provenían de la grabadora.

—Puede que siga con vida —escuché que decía Roberto, a lo lejos.

Sin embargo, yo ya no era capaz de responder. Dejé que mi espalda resbalara por la pared para no caer al suelo. Lo último que vi fue el rostro del comisario y una extraña expresión dibujada en él. Después, oscuridad.



Cuando abrí los ojos, ni siquiera recordaba haber ido a la oficina, pero allí estaba. Óscar se inclinaba junto a mí con la cabeza entre las manos, en uno de sus familiares gestos de preocupación.

—¿Qué ha pasado? —pregunté mientras trataba de incorporarme del sofá.

—¡Por fin! He estado muy preocupado por ti. Te has desmayado. —Me acunó entre sus brazos.

Fue entonces cuando recordé, como si alguien me propinase un fuerte golpe en la cabeza.

—Sara —murmuré.

—Escúchame. —Clavó sus ojos en los míos—. Tú no eres responsable de nada de lo que está ocurriendo, ¿me oyes? De nada. Ese hombre está loco y vamos a atraparlo y a acabar con esto de una vez por todas.

Esa vez no hubo lágrimas, solo determinación. Asentí con la cabeza y me levanté, dispuesta a encerrar de por vida al que se había convertido en mi peor pesadilla.

—Vamos a por él.

Se dispuso un operativo que acordonó toda la zona para dar con el paradero de Sara. Era imposible que se hubiese desplazado en coche, puesto que en esos días las calles de la ciudad estaban tomadas por los viandantes y turistas que visitaban las figuras.

Todo el mundo se volcó en la búsqueda de Sara. Su llamada al 1-1-2 había supuesto un duro golpe de realidad. Todavía me sorprendía su fortaleza. Era la primera que había logrado escapar, al menos, durante unos breves instantes, lo cual nos abría aún más interrogantes.

Las horas pasaban y no había ni una sola pista de ella. Tampoco encontramos rastros de sangre ni ropas, lo cual podría ser un indicador de que Sara seguía con vida. Me aferré a esa posibilidad.

—Cariño, ya es de noche. Hoy no vamos a encontrar nada. —Óscar me tomó por el brazo para obligarme a mirarlo a los ojos.

—No puedo parar. Debo encontrarla.

Él solo asintió y continuó a mi lado, atentos a cualquier indicio.

A las tres de la madrugada, yo me sentía más en el mundo de los muertos que en el de los vivos. Apenas había dormido tres horas la noche anterior, y no había conseguido probar bocado en todo el día. Me sentía débil y agotada, tanto física como mentalmente, pero mi mente no podía parar de reproducir aquellas palabras: «Está loco, obsesionado con esa tal Ruth». Era una sensación extraña. Quería cazar a ese asesino, lo necesitaba, pero, a la vez, me aterraba hacerlo. Cuando ese momento llegase, tendría que enfrentarme a él. Estaba claro que no era un psicópata. No encajaba en el perfil, pero podía tratarse de un sociópata con algún tipo de trastorno mental.

De pronto, una sombra se movió en la oscuridad y captó mi atención. Eché a correr en esa dirección; de fondo, escuché los pasos de Óscar. La sombra avanzaba veloz y se camuflaba en la oscuridad de la noche, como si fuese su hábitat natural.

—¡Alto, Guardia Civil! —grité, pero la figura se movía más rápido y parecía conocer a la perfección aquellas callejuelas.

Me detuve en un cruce, sin saber hacia dónde continuar. Al cabo de unos segundos, Óscar llegó a mi altura.

—¿A dónde ha ido?

—Lo he perdido, joder —maldije, enfadada conmigo misma.

—No puede haber ido muy lejos. Voy a avisar al comisario para que dé la orden de que las patrullas se concentren en esta zona. Hay que peinar todo el perímetro. —Óscar sacó el móvil.

Volví sobre mis pasos para buscar el motivo por el cual el asesino se había arriesgado tanto. Debía de intuir que, tras lo de Sara, estaríamos vigilando la zona; es más, apostaría a que era consciente de ello. Aun así, había salido de su escondrijo, a riesgo de que lo atrapásemos. Me detuve en una de las fallas que había pasado de

largo durante la persecución. Uno de los ninots no cuadraba con el resto. Me acerqué allí, salté el vallado y dejé que un grito de rabia, frustración y tristeza desgarrase mi garganta y rompiese el silencio de la noche.

Óscar fue el primero en llegar, seguido de varios agentes que se hallaban por la zona. Noté su cálida mano en mi hombro y su aliento en mis cabellos, y di gracias porque se encontrase conmigo en esos momentos.

No podía apartar mis ojos de ella, de su cuerpo mutilado. Esa vez, el asesino se había ensañado con su víctima. Diversas heridas de arma blanca se repartían por su pecho, y la abundante sangre hacía imposible distinguir qué ropa llevaba. Me agaché junto a ella, con cuidado de no destruir ninguna posible prueba, y observé su rostro. Esa vez no había sonrisas. Sara tenía dibujada una mueca de terror, como si sus últimos momentos hubieran sido agónicos, y, a juzgar por su cuerpo, yo estaba segura de que así había sido.

—Lo siento, Sara —susurré en la noche.



—¡Todos los agentes desplegados en la zona y ninguno ha podido pillarlo! —gritó el comisario, fuera de control. Se acercó a mí como un toro bravo—. ¡Y usted! ¿Cómo ha sido tan tonta de dejarlo escapar?

—Al menos, yo estaba aquí —solté, a sabiendas de que debería haberme tragado mis palabras.

Cuando apretó el puño, Óscar lo sujetó por el codo.

—No se le ocurra ponerle una mano encima —dijo. La furia llameó en sus ojos.

Seguía sin entender la rabia que el comisario parecía tenerme desde un principio. Yo era consciente de que ciertas personas, sencillamente, no encajan, como piezas de un rompecabezas, pero eso no significaba que no pudiésemos convivir en paz mientras permaneciéramos en la misma caja. Por mi interior rondaba la sensación de que ocurría algo más.

El forense de guardia no tardó en llegar. Era necesario actuar con el resguardo de la noche para evitar que la zona se llenase de más turistas. Se había dado la orden de acordonar la zona, pero siempre había algún curioso que se colaba donde no debía. Mientras la Policía Judicial recogía todo tipo de muestras: huellas, pisadas, posibles restos biológicos…, el forense hizo una primera valoración:

—Las heridas, aunque distribuidas por pecho y vientre, parecen haber afectado a órganos vitales. La pérdida considerable de sangre sugiere que la causa más probable de la muerte fue un *shock* hipovolémico agudo. En otras palabras: el cuerpo perdió una cantidad crítica de sangre, lo que llevó al colapso del sistema cardiovascular y, finalmente, a la muerte.

—¿Cuántas puñaladas le asestó? —me atreví a preguntar.

—Quince. Lo sabrán a ciencia cierta tras la autopsia —dijo el forense—. Se realizará un examen más detallado de las heridas para determinar si existe algún patrón en su distribución, lo que podría proporcionar pistas sobre la dinámica del ataque. También buscaremos pruebas que puedan ayudarnos a identificar al asesino, como fibras, huellas dactilares o alguna evidencia biológica.

—Gracias —dijo el comisario en tono cortante.

—El asesino ha cambiado su *modus operandi*. No tiene la sonrisa tétrica, ni la ha cambiado de ropa. Tampoco la ha maquillado ni limpiado —dijo Adrián mientras tomaba fotografías de detalle.

—La huida de Sara lo cambió todo. El asesino tuvo que actuar más rápido y no pudo seguir su plan —dijo Roberto.

—Que Sara escapara de él lo hizo enfurecer, de ahí las puñaladas —musité.

—¿Qué decía Sara en la grabación? Que ese tipo le había hecho cosas —intervino Carolina.

—A lo mejor la forzó sexualmente —añadió Miguel.

—O ella trató de seguirle el juego para salvarse. Quizá intentó ganarse su confianza para así esperar el momento oportuno y escapar —dije.

—Habrá que aguardar a la autopsia. Entonces sabremos si se mantuvieron relaciones sexuales —concluyó el forense.

—Lo que está claro es que ahora es más peligroso que nunca —dije antes de alejarme de aquel horror.



Me desperté empapada en sudor. Ya había amanecido, pero Óscar seguía durmiendo junto a mí. «Por lo menos, uno de los dos puede hacerlo», pensé. Yo apenas había pegado ojo un par de horas seguidas. No podía quitarme de la cabeza las imágenes de la pasada noche y la sensación de que el asesino buscaba a su próxima víctima.

Me levanté de la cama con cuidado de no despertar a Óscar y fui a la cocina a preparar un poco de café. Si no iba a poder dormir, por lo menos tendría la mente activa.

—¡Piccolo! —susurré.

Era extraño que no estuviese ya a mi alrededor meneando la cola con su buen humor de cada mañana. Volví a llamarlo un par de veces, pero no obtuve respuesta. Salí al patio trasero y lo encontré tumbado en medio de la explanada. Algo no marchaba bien.

—Piccolo —dije con voz quebrada.

Nada. Me agaché junto a él y observé que su respiración era acompasada, aunque no respondía a los estímulos. El miedo

comenzó a recorrer mi cuerpo, provocando unos temblores involuntarios.

Corrí a la cocina y cogí mi teléfono móvil. Marqué el número del veterinario de urgencias y le supliqué que viniese a casa lo antes posible. No podía perderlo.

Cuando crucé el salón para volver junto a mi pequeño, vi que una nota descansaba apoyada en una fotografía en la que yo miraba sonriente a la cámara. Antes de cogerla, me detuve a observar mi entorno: las demás fotografías habían sido manipuladas, el rostro de Óscar había sido arrancado de todas ellas y algunos marcos estaban vacíos. Di un paso hacia la nota, que estaba arrugada, y, sin tocarla, leí en voz alta las dos frases escritas con una caligrafía casi ilegible.

*Si la luz del castillo quieres resguardar,*
*con la solución de este verso has de dar.*

Traté de llamar a Óscar en varias ocasiones, pero la voz se negaba a abandonar mi garganta. Tampoco podía moverme, así que, un tiempo indeterminado después, cuando Óscar se despertó al escuchar el timbre de la puerta, me encontró en la misma posición.

—¡Yo abro! —gritó.

—He recibido una llamada por una urgencia con un perro.

—¿Piccolo? Pase, por favor. Ruth, ¿le ha ocurrido algo a Piccolo? —oí que me preguntaba Óscar a mi espalda.

Fue entonces cuando al fin pude reaccionar.

—Sí, creo que alguien lo ha drogado. Está ahí fuera.

Óscar me miraba con los ojos llenos de interrogantes para los que yo no tenía respuesta. Cuando, al salir al patio, el aire fresco golpeó mi rostro, fue como si volviese a la vida tras un prolongado letargo.

—Sus constantes vitales están bien, pero parece que lo han sedado —dijo el veterinario—. Tendré que hacerle un análisis de sangre.

—Haga lo que sea necesario. —Crucé los brazos con fuerza contra mi pecho.

—No se preocupe, lo he comprobado varias veces y todo está bien. Despertará en un par de horas. Tendrá que estar pendiente de que beba mucha agua cuando despierte.

—Descuide —respondí.

—Y… tendré que dar aviso a la policía de lo que ha pasado. Es el protocolo.

—Nosotros somos la policía, pero haga lo que tenga que hacer —intervino Óscar.

Cuando al fin se cerró la puerta de casa, me apoyé contra ella y dejé que mi cuerpo liberara ese estado constante de nervios, frustración y pesar. Me sentía exhausta.

Óscar me abrazó.

—¿Vas a contarme qué es lo que ha pasado?

—Ve al mueble del salón, pero no toques nada. Tendrá que venir el equipo a examinar si hay alguna prueba. Aunque lo dudo.

Él me miró sin entender a qué me estaba refiriendo, pero, aun así, se dirigió al salón. Cuando regresó minutos después, su semblante se había vuelto de piedra. Sacó su teléfono móvil y llamó al comisario para que mandara a algún miembro del equipo a buscar posibles huellas dactilares.

—Ha drogado a Piccolo. Ha estado en casa, Óscar —dije, conforme sopesaba todas y cada una de mis propias palabras.

Necesitaba creérmelas. Necesitaba asumir que no era otra pesadilla. No podía despertarme de ella, tenía que vivirla.

—Quiero que me prestes mucha atención. —Óscar alzó mi rostro por la barbilla para que lo mirase a los ojos—. No te va a tocar, ¿me oyes? No permitiré que se acerque a ti. Haremos lo que haga falta para que estés a salvo.

—No va a parar hasta que obtenga lo que quiere —dije sin traslucir ninguna emoción.

—Sí parará. Pienso detenerlo.

Para cuando Carolina, Joan y otros componentes de la Policía Científica llegaron, yo ya me encontraba algo más repuesta tras el *shock* sufrido. Mis compañeros no se dejaron un centímetro de la

casa sin inspeccionar en busca de cualquier indicio que pudiera llevarnos hasta él.

—Hablaré con el veterinario para que nos informe lo antes posible de la droga que le ha inyectado a tu perro. Quizá eso nos dé alguna pista —dijo Joan.

—Esto está limpio. Ese cabrón sabe lo que hace. —Carolina tiró los guantes de látex con impotencia.

—Gracias por venir, chicos —dije con apatía.

—¿Estás segura de que el acertijo se refiere a ti? —preguntó Carolina antes de pasar un brazo por mi espalda para brindarme un poco de consuelo.

Antes de que yo pudiera responder, la voz grave de Óscar resonó en el pasillo:

—La luz del castillo. Tiene que ser ella. Ella es a quien quiere ese hijo de puta.

Lo cierto era que yo no estaba segura de que el acertijo se refiriese a mí. Una cosa estaba clara: era a mí a quien quería, pero había tenido oportunidades para llevarme por la fuerza y nunca lo había hecho. Hacía apenas unas horas, había drogado a mi perro y entrado en mi casa. Podría haber matado a Óscar, como ya hizo con Javier, y haberme obligado a ir con él, pero no había sido así. Esa reflexión no cesaba de dar vueltas en mi cabeza, como si algo se me estuviese escapando entre tanto caos.

—Óscar, me marcho a la oficina. Piccolo ya está bien. Además, les he pedido a mis padres que le echen un ojo hasta que vuelva.

—No pienso dejar que vayas sola a ningún sitio.

—Escúchame, sé que estás preocupado, pero tenemos que atrapar a un asesino, y aquí encerrada no voy a lograrlo. —Mis manos acariciaron su rostro, que se suavizó al instante—. ¿Te quedas más tranquilo si me acompaña Lucas? Sé que tú tienes una reunión importante.

—Por favor —dijo, dándose por vencido.

—Ya me está esperando fuera.

Le guiñé un ojo y dejé que nuestros labios conectaran. Cuando abrí los párpados, el verde de su mirada brillaba de un modo especial.

—¡Eh! No me mires de esa forma. No es una despedida. Nos veremos esta noche, ¿de acuerdo? —Intenté tranquilizarlo.

—Hasta que ese cabrón no esté entre rejas, no podré evitar sentirme así.

Le di un último beso y me monté en el coche de Lucas.



# CAPÍTULO 32

## *Ruth*

«Me opongo a la violencia porque cuando parece causar el bien este solo es temporal. El mal que causa es permanente».

Mahatma Gandhi

—Dime la verdad: ¿cómo estás? —Lucas mantenía la mirada fija en la carretera.

—No lo sé. Estoy asustada, furiosa y ansiosa por atrapar a ese asesino.

—¿Ya sabéis cómo ha conseguido entrar?

—No. No hay ninguna cerradura ni ventana forzada. Todo está en orden —dije. Un pensamiento comenzó a cobrar forma en mi mente.

—¿Igual que en tu antigua casa? Qué extraño, es como si tuviese una copia de las llaves…

—¡Eso es! ¡Lucas, eres un genio! —exclamé—. Antes de lo de Javi, él perdió las llaves. No le dimos importancia porque era muy despistado, pero nunca solía perderlas, solo se las olvidaba en

cualquier parte y luego le costaba encontrarlas. Sin embargo, aquella vez no aparecieron y tuvo que hacerse otra copia.

—¿Crees que el asesino se las robó?

—No lo había pensado hasta ahora, pero hace un par de días Óscar me comentó que no encontraba sus llaves, y él es muy organizado, siempre las deja en el armarito de la entrada —expliqué.

—Sería mucha casualidad, y nosotros no creemos en las casualidades —sentenció Lucas—. Pudo haber entrado por la puerta que da al patio, en un descuido. Sueles dejarla abierta por Piccolo, ¿verdad?

No respondí. Me apresuré a llamar a Óscar para informarlo de lo que había descubierto y lo escuché maldecir entre dientes. Por fin estábamos avanzando algo; poco, pero algo al fin y al cabo. Me prometió que ese mismo día cambiaría la cerradura y que me dejaría copia de las nuevas llaves en el cuartel de Chiva. Respiré más tranquila. Dudaba de poder pegar ojo en casa sabiendo que ese obseso podría entrar en cualquier momento.

—¿A qué se debe ese cambio de humor? —le pregunté a Lucas con suspicacia—. No creas que no me he dado cuenta. —Quería hablar de cualquier otra cosa.

—¡Ay! ¡Tengo tanto que contarte! Pero con todo lo que tienes encima…

—Tonterías; me vendrán bien buenas noticias. Porque intuyo que son buenas, a juzgar por tu sonrisa y esa piel tan brillante.

—Matías y yo lo hemos arreglado y hemos disfrutado del sexo más maravilloso de toda mi existencia.

Reí ante su confesión, aunque también me preocupaba que mi amigo se hiciese falsas esperanzas y luego se diese de bruces con la realidad.

—Entonces, ¿todo está bien? ¿Qué pasa con los mensajes y todo eso?

Lucas me relató la noche de copas con Óscar, aunque estaba segura de que guardaba para sí el testimonio de este, y cómo habían sido testigos del encuentro de Matías con su ex, Tomás. Yo nunca hubiese imaginado nada semejante, y sentí pesar por Matías y por todo lo que había tenido que vivir y ocultar.

—Cuando llegué a casa, lo abracé y me eché a llorar. Matías me confesó todo y le pedí perdón por haber dudado de él —dijo Lucas.

—Eso lo explica todo. Su amor parecía real, es real, por eso no cuadraba que pudiese estar engañándote —dije.

—Aunque hubiese preferido que fuera sincero conmigo desde el principio.

—Lucas, no debe de ser fácil confesarle a tu prometido que tu ex abusó de ti. Tuvo que ser muy duro para él.

—Sí, cada vez que lo pienso me entran ganas de partirle la cara a ese cabronazo.

—Bueno, ya está todo solucionado y la boda va viento en popa. Temía no poder estrenar el maravilloso vestido que he escogido para la ocasión. —Intenté quitar algo de hierro al asunto.

—Hablando de bodas… Sé que ya le has contado a Óscar lo de tu compromiso con Javier, ¿quieres hablar de ello?

Mi amigo sabía meter el dedo en la llaga.

—Bueno, no hay mucho que decir. Tuve que revelarlo delante de Óscar, el comisario y el resto del equipo. Fue una situación muy desagradable.

—Entonces, ¿nadie sabía que estabais prometidos? ¿Por qué lo mantuviste en secreto?

—Asesinaron a Javier poco después de que me lo pidiese, justo al volver del viaje a Valencia, adonde fuimos para celebrarlo. Queríamos preparar una fiesta para sorprender a todos. Después de lo que pasó, no pude contarles que había perdido a Javier en el momento más feliz de nuestra vida. Eso solo habría aumentado el dolor y su preocupación por mí, y ya estaban todos bastante preocupados —admití.

—Y preferiste guardarte todo el dolor para ti sola. Muy típico de ti. —Lucas compuso una expresión de disgusto.

—Claro, eso es. Nadie lo sabía. Solo Javi y yo… —musité.



—Lucas y yo vamos para allá. Nos vemos en diez minutos —dije antes de colgar la llamada de Roberto—. Ya está el informe de la autopsia de Sara.

Lucas me miró con expresión sombría y viró el rumbo del vehículo. En los escasos minutos que duró el trayecto, el silencio se instaló en nuestro corazón. Miles de pensamientos e ideas inconexas revoloteaban por mi cabeza hasta producirme migraña. Cuando alcanzamos el sobrio edificio, Roberto ya nos esperaba en la puerta con una de sus sonrisas de medio lado.

—¡Hola, chicos! ¿Todo bien? —preguntó mientras le daba un apretón de manos a Lucas.

—La verdad es que podría estar mejor —respondí.

Tras las oportunas y breves presentaciones, nos adentramos en el edificio. Mientras recorríamos los pasillos me sentí como si estuviéramos paseando por el limbo, un lugar a medio camino entre la vida y la muerte. El olor, o la ausencia de él; el silencio, únicamente roto por nuestras pisadas, y la baja temperatura evocaban a esas películas de terror en las que nadie salía con vida. Sin embargo, no estábamos en una película. La realidad era mucho peor.

—¡Ya están ustedes aquí! Perfecto. Comencemos nuestra ruta por la verdad, a ver qué nos cuenta el cuerpo de Sara —dijo la peculiar forense.

Lucas me miró con los ojos muy abiertos a causa de la sorpresa, a lo que respondí con un leve encogimiento de hombros. La doctora era muy buena en su trabajo, y para mí eso era suficiente.

—¿Preparados, chicos? —pregunté mientras trataba de controlar mi respiración.

La forense nos miró unos segundos antes de comenzar:

—Esta vez todo es distinto. Si el cuerpo de Sara hubiera aparecido en algún lugar apartado y no supiéramos que está vinculado con nuestro asesino, habría dicho que se trata de un caso diferente. Sin embargo, el ADN nunca miente.

—¿Tiene restos de semen, como las anteriores víctimas? —preguntó Roberto.

—Tiene restos de semen, pero no como las anteriores víctimas. Ellas lo tenían esparcido por el abdomen, mientras que Sara ha mantenido relaciones sexuales.

Una arcada me subió por el estómago y tuve que reprimir las ganas de vomitar.

—¿Consentidas? —se asombró Lucas.

—Eso parece tras evaluar posibles signos de resistencia, lesiones genitales, análisis de ADN y el contexto. Hay un leve traumatismo genital, lo que nos indica que hubo cierta resistencia, pero no hay desgarros, hematomas ni abrasiones que indiquen violación.

—Fingió querer practicar sexo con el asesino para poder escapar —dije de pronto.

—Eso lo explicaría todo —apostilló la forense.

—Sara le siguió el juego al asesino a la espera de una oportunidad. Fingió que era yo para sobrevivir —añadí.

En esa ocasión no pude reprimir las náuseas y eché lo poco que tenía en el estómago en la papelera más cercana. Sin duda, no había dos sin tres.

—Vomitar en mi consulta se está convirtiendo en una costumbre —comentó la doctora. En su mirada se reflejó algo que antes no había estado ahí.

—Eso parece. —Acepté el pañuelo que Lucas me ofrecía.

—Continúe, por favor —pidió Roberto, quien pasó su mano por mi espalda para reconfortarme.

—La causa de la muerte se atribuye a múltiples heridas por arma blanca en tórax y abdomen. Tras un examen detallado, se ha determinado que estas lesiones provocaron un severo daño en

órganos vitales como el corazón, los pulmones y grandes vasos sanguíneos, lo que derivó en una hemorragia masiva y la consiguiente insuficiencia circulatoria. Esta pérdida de sangre significativa e irreparable llevó a un paro cardiorrespiratorio y, en última instancia, a la muerte. Las heridas presentan características compatibles con un ataque violento, y no pudieron ser autoinfligidas —explicó la forense.

—¿Con qué pudieron causarse esas heridas? —preguntó Lucas.

—Pues, si tenemos en cuenta los bordes limpios, uno angulado y el otro redondo, y la longitud y anchura de las heridas, yo diría que nos encontramos ante un cuchillo, similar a uno de cocina —respondió—. Además, tal y como indico en el informe, se ejerció una gran violencia a la hora de provocar cada una de las heridas. Más de la necesaria si tenemos en cuenta la complexión de la víctima.

—¿Se defendió? —pregunté, sin saber muy bien el motivo.

—Sí, Sara era una luchadora. Hay restos de ADN bajo sus uñas, por lo que el asesino ha de tener arañazos visibles.

—¿Algo más? —A juzgar por su tono, Lucas estaba deseando salir de allí.

—Nada, todo está en el informe.

Lucas y Roberto salieron de la sala, pero yo me quedé allí, petrificada, incapaz de apartar mi mirada del rostro exánime de Sara. Ni siquiera tenía lágrimas, solo rabia y frustración.

—¿Estás bien? —preguntó la forense mientras ponía una de sus rechonchas manos sobre mi hombro.

—No —confesé—. No podré estarlo hasta que lo atrapemos.

—Por lo que sé del caso, ese hombre parece presentar un trastorno de personalidad antisocial, es decir, es una persona manipuladora, violenta y carente de empatía. Eso lo hace muy peligroso, sobre todo para ti. Ten mucho cuidado —concluyó la forense, y cubrió el cuerpo de Sara con una sábana blanca.



—¿Tenemos ya el nuevo perfil psicológico del asesino a raíz de los nuevos datos? —preguntó el comisario nada más entrar a nuestra oficina.

La puerta golpeó la pared, y una fisura se formó en el pladur.

—Sí, acabamos de terminarlo. Aquí tiene. —Joan le entregó el nuevo informe.

El individuo cumple con los criterios del trastorno de personalidad antisocial y ha cometido asesinatos en serie, por lo que puede describirse como un asesino en serie con rasgos de sociopatía. Características específicas:

1. Obsesión: este individuo muestra una obsesión patológica con una mujer en particular, lo que lo lleva a desarrollar fantasías extremadamente vívidas en torno a ella. Dicha obsesión puede estar relacionada con una incapacidad para establecer una relación real con la mujer en cuestión, de modo que busca sustitutos para satisfacer sus deseos psicológicos y emocionales.

2. Creación de fantasías: la incapacidad para establecer una relación real con la mujer deseada lo empuja a crear fantasías en las que otras mujeres se convierten en su sustituta. Esta creación de fantasías puede estar vinculada a trastornos de la personalidad y puede incluir la simulación de la personalidad y características de la mujer objeto de la obsesión.

3. Secuestros: su obsesión y sus fantasías distorsionadas lo impulsan a secuestrar a mujeres que se parecen a la mujer de su obsesión. Este comportamiento puede buscar hacer realidad sus fantasías y tener el control total sobre estas mujeres.

4. Pérdida de control y homicidios: cuando asume que las mujeres secuestradas no son la que él imagina, desarrolla una intensa frustración e ira, que lo lleva a perder el control y

a cometer homicidios impulsivos. Estos actos violentos pueden constituir una expresión de su profunda frustración y la incapacidad para mantener sus fantasías.

5. Experiencia de abuso sexual en la infancia: este podría ser el origen de sus problemas. Podría haber contribuido al desarrollo de trastornos de la personalidad y la conducta violenta. Los traumas infantiles pueden causar un impacto significativo en el desarrollo psicológico de un individuo y su capacidad para establecer relaciones saludables.

Es importante destacar que este perfil describe a un individuo peligroso y perturbado, que probablemente sufre de múltiples trastornos mentales**.**

El comisario se fue tal y como había llegado. Estaba claro que aquel caso tampoco era fácil para él, aunque los motivos seguían difusos en mi mente. ¿Presión? ¿Culpa? ¿Remordimientos? Era posible que el comisario sintiese todo eso, pero yo no podía evitar estar en desacuerdo con sus decisiones.



# CAPÍTULO 33

## *Ruth*

«Cuando el final se aproxima, lo sientes. Sientes ese hormigueo en la nuca y en la punta de los dedos del que no puedes desprenderte».

Júpiter

No sabía si era una sensación, una premonición o, simple y llanamente, nervios. Lo que sí sabía era que llevaba todo el día con ese desasosiego en el alma.

—Centrémonos una vez más en el acertijo —dijo Lucas.

Asentí. Llegados a ese punto, no me apetecía malgastar el tiempo dedicado a la investigación con palabras superfluas.

*Si la luz del castillo quieres resguardar,*
*con la solución de este verso has de dar.*

—Está claro que habla sobre alguien importante para el teniente Castillo —musitó Roberto.

—Eso es. —Me levanté de la silla de oficina—. Nunca se ha referido a mí. Si hubiera querido hacerme algo, ha tenido oportunidades de sobra. Mirad lo que le hizo a Javier. Ha campado por mi casa a sus anchas mientras Óscar y yo dormíamos, ¡por Dios santo! —alcé la voz.

—Bombón, ¿de qué hablas?

—La luz del castillo no soy yo, es Lucía —dije, en un tono que no daba opción a réplica.

Todos en la oficina enmudecieron. A mi mente acudió el dulce y sonriente rostro de Lucía. Saqué el teléfono del bolsillo del pantalón y marqué su número. Con cada tono, mi respiración se iba acelerando hasta convertirse en una ráfaga incontrolada.

—Tranquilízate, Ruth. La encontraremos —dijo Roberto, que también se había quedado pálido.

Con manos temblorosas, logré marcar el número de Óscar. Traté de hilar una frase coherente que decirle cuando al fin escuchase su voz, pero parecía haber perdido la capacidad de comunicarme de una manera eficaz.

—Óscar tampoco responde.

Escuché, a lo lejos, cómo Lucas llamaba a Matías por teléfono y le daba instrucciones claras: buscar a Óscar y contarle lo que estaba pasando. Recordé todo lo que este me había contado sobre su hermana, lo que representaba para él. No podía perderla.

—Hay que hablar con el comisario —intervino Joan.

Miré a Roberto, que pareció comprender mis reticencias; sin embargo, pusimos rumbo al despacho del jefe. El rostro de este permaneció impasible mientras el equipo le comunicaba lo que habíamos averiguado. Cuando al fin Miguel terminó de ponerlo al día, aún pasaron unos minutos de tenso silencio.

—Está bien —dijo al fin—. Vamos a volcar todos nuestros esfuerzos en localizar a esa joven. Roberto, Ruth y su *amiguito*, poneos con ello sobre el terreno. Miguel, Joan, Adrián y Carolina, poneos con ello desde aquí. Utilizad todos los medios necesarios para dar con su ubicación. Quiero que los dos grupos estéis en contacto y os compartáis novedades cada media hora, ¿entendido?

Tras recibir las órdenes, todos regresamos a nuestra oficina. Fue entonces cuando caí en la cuenta de algo.

—Chicos, Lucía utiliza una aplicación de citas para conocer gente. Tratad de conseguir una orden para rastrear la ubicación de su teléfono móvil.

—¿Y si la tiene desactivada? —preguntó Miguel.

—No la tiene. Yo misma se la activé, por precaución. Me preocupaba que diese con algún loco en una de sus citas.

La sala enmudeció de nuevo.

—Informadnos en cuanto tengáis esa ubicación —dijo Roberto.



—¿Por dónde empezamos a buscar? —preguntó Lucas desde la parte trasera del vehículo.

Noté la mirada de Roberto quemándome en la cara.

—Volvamos a la tienda. Preguntaremos al dependiente si lo ha visto otra vez y daremos una vuelta por la zona para comprobar si hay algo extraño.

—¿Contabais con esa información y no se la transmitisteis al jefe? —preguntó Lucas, alarmado, después de que lo pusiéramos al día de lo que habíamos averiguado.

—El jefe parece no pensar con claridad en este caso. Está diferente. Puede que la presión lo esté superando —justificó Roberto en un intento de cubrirme.

Nuestras miradas se encontraron en el espejo del coche, y supe que Lucas me apoyaría tomara la decisión que tomase. Éramos un binomio. Confiábamos el uno en el otro.

Por fin las buenas noticias comenzaban a llegar. El dependiente nos reveló que hacía apenas unas horas el individuo por el que habíamos

preguntado había estado allí. Pasamos al interior de un diminuto hueco bajo la escalera, que hacía las veces de despacho, y pudimos visionar las imágenes de las cámaras de seguridad. Agua, pan, latas de conserva, galletas y una larga lista de provisiones fueron sus compras.

—Es como si se estuviese preparando para algo —musité.

Las imágenes seguían desarrollándose ante nuestros ojos. El tipo recorrió los pasillos de la tienda como si fuese una persona normal y no un psicópata despiadado. Sonreía a los que pasaban por su lado e, incluso, bromeó con el dependiente.

—*Voilà* —dijo Lucas—. En este fotograma se le distingue el rostro a la perfección. ¿Puede hacer un pantallazo e imprimirlo?

El dependiente se apresuró a hacer lo que Lucas le había pedido. Tras ello, enviamos la imagen al equipo para que la pasaran por el programa de reconocimiento facial. Si estaba fichado, tendríamos una dirección. No quedó más remedio que explicarles lo de la tienda y las cámaras de seguridad.

—Chicos, ¿vais a hablar con el comisario para informarlo? —pregunté, con el pulso acelerado, a través del altavoz del teléfono.

—Está en una reunión con el alcalde y todos los mandamases. Ha dado orden de que no lo interrumpamos, así que lo informaremos más tarde —explicó Carolina.

—No creo que se niegue a lo del programa de reconocimiento. Por fin lo tenemos —dijo Miguel, cuya voz sonaba más animada.

—Está bien. En cuanto sepáis algo de la ubicación del móvil de Lucía o del programa de reconocimiento, nos informáis —dije antes de colgar.

Pasamos la siguiente hora y media recorriendo la zona en busca de algún rastro del asesino. Ya teníamos su cara, así que por lo menos no íbamos a ciegas. Traté de comunicarme con Óscar en varias ocasiones, pero su móvil seguía sin estar operativo. Matías nos había dicho que se encontraba en una reunión en el ayuntamiento, pero que estaba a punto de llegar para sacarlo de allí y contarle lo que estaba pasando. Demasiados cabos sueltos. Demasiado riesgo. Ir por ahí buscando a un asesino en serie, sin más protección que

nuestras armas, que llevábamos ocultas bajo la ropa, no era actuar con cabeza, pero ese monstruo ya llevaba tres víctimas y yo no pensaba dejar que Lucía se sumase a aquella lista.

Nuestros rostros se aliviaron un poco cuando vimos en la pantalla del teléfono de Roberto el número de la oficina.

—Espero que tengáis ya alguna buena noticia —dijo él.

—Quiero que os quedéis donde estáis y esperéis a que lleguen los refuerzos —sonó la voz del comisario.

—Pero, si nos dice la dirección, podemos ir asegurando el perímetro —sugerí, embargada por la impotencia.

—Esperad. Es una orden.

La llamada se cortó sin más explicación.

Los minutos se sucedían y los refuerzos no llegaban, y yo no pensaba quedarme de brazos cruzados mientras la vida de Lucía corría peligro. Le mandé un mensaje a Carolina y rogué porque se apiadara de mis súplicas. Ella me envió la ubicación al instante. «Tened cuidado», añadió. Todos sabíamos que aquello le costaría caro, pero así era ese trabajo: debías tomar una decisión en cuestión de segundos y confiar en que era la acertada. Miré a Lucas y a Roberto, cuyos rostros denotaban decisión y firmeza. La dirección que Carolina nos había indicado se encontraba a menos de cinco minutos de nuestra posición.

El sudor perlaba mi espalda y mi respiración se aceleraba con cada paso. Seguía sin recibir noticias de Óscar, aunque, al menos, eso significaba que estaba a salvo y alejado de ese caos. La señal del GPS se detuvo frente a un bajo comercial que parecía haber sido habilitado como vivienda. Sin embargo, su estado era tan descuidado que, a la vista de los viandantes, podría pasar por un local abandonado, como tantos otros en la ciudad.

—¿Preparados? —preguntó Lucas mientras fijaba su mirada azul cielo en mí.

—Necesito unos segundos.

Me alejé unos pasos de mis compañeros y saqué mi teléfono. Necesitaba contarle a Óscar lo que estaba ocurriendo. Grabé un audio explicando de manera rápida lo que habíamos averiguado: el

acertijo, la tienda, la dirección, la imagen del asesino, el programa de reconocimiento facial. «Te quiero», dije a modo de despedida. Sabía que eso le rompería el corazón, pero necesitaba decírselo por si no volvíamos a vernos.

El local tenía una sola entrada, por lo que estábamos más expuestos al peligro. No podíamos rodear el perímetro ni conocíamos los planos del interior. Allí podría haber cualquier cosa; sin embargo, si existía la más mínima posibilidad de que Lucía se hallase en ese lugar debíamos actuar. La mano de Lucas sobre mi hombro derecho y la de Roberto sobre el izquierdo me indicaban que estaban junto a mí, en formación.

Forzar la cerradura no fue difícil, incluso diría que resultó demasiado fácil. El interior se encontraba en penumbra. Las ventanas estaban cubiertas por una tela negra y las lámparas carecían de bombillas. El silencio era profundo. El olor a humedad me hizo arrugar la nariz. Me recordaba a las semanas que pasé secuestrada en aquel zulo insalubre. Un estremecimiento.

Lucas y Roberto aseguraban mis flancos mientras yo me centraba en el frente. Dentro del local tan solo había tres puertas y unas empinadas escaleras. Separarnos no tenía cabida, así que fuimos puerta por puerta para comprobar si había alguien.

—Esto está limpio —dijo Roberto mientras aseguraba la escalera.

—¡Mierda! —solté con frustración.

—¿Dónde está Lucas? —preguntó Roberto de pronto.

Encendí la linterna del móvil para ver mejor a mi alrededor, pero no había ni rastro de Lucas. Un sudor frío comenzó a recorrer mi columna vertebral. Roberto se adentró tras una de las puertas que habíamos asegurado previamente.

—¿Roberto?

Un fuerte golpe sonó en aquella estancia. La sensación de angustia creció en mi pecho y, con pasos titubeantes, fui hacia allí. Nada más entrar, divisé a mis dos compañeros tumbados en el suelo. Me apresuré a comprobar su pulso y expulsé todo el aire que había estado conteniendo al corroborar que estaban vivos. El ruido de una pisada a mi espalda me hizo girarme con el arma en la mano, pero

fue tarde. Observé su rostro antes de que todo se volviese gris. Observé los arañazos de Sara.



# CAPÍTULO 34

## *Lucas*

«No hay razón para buscar el sufrimiento, pero si este llega y trata de meterse en tu vida, no temas; míralo a la cara y con la frente bien levantada».

Friedrich Nietzsche

Cuando Lucas abrió los ojos, se encontraba en el interior de una ambulancia. Trató de recordar lo que había pasado, pero aún tardó varios segundos en caer en la cuenta.

—¡Ruth! —gritó mientras se incorporaba en la camilla.

—Es mejor que se lo tome con calma. La descarga que ha sufrido ha sido muy alta —dijo uno de los médicos.

—¿Descarga? —preguntó, desorientado.

—Sí, a usted y a su compañero deben de haberlos inmovilizado con una pistola eléctrica.

El asesino había conseguido dejar fuera de juego a Lucas y, según le había comentado el médico de la ambulancia, también a

Roberto. Un policía que montaba guardia frente al cordón policial que acordonaba la zona le explicó que no había ni rastro de Ruth, y tampoco se sabía el paradero de Lucía. Varias calles a la redonda habían sido cortadas y decenas de policías peinaban el lugar en busca de alguna pista. Lucas no pudo evitar fijarse en la multitud de medios de comunicación que se amontonaban frente al cordón policial y, al hacerlo, vio cómo Óscar se abría paso a través de la marabunta de gente.

—¡Lucas! —gritó al reconocer a su amigo, que se dirigía a una de las ambulancias—. ¿Dónde está Ruth? —preguntó al llegar a su altura.

—Óscar, lo siento mucho; ese loco me atacó y me dejó fuera de combate. Por lo visto, hizo lo mismo con Roberto, así que no sabemos dónde se encuentra Ruth.

—Hay que encontrarla. Cuéntamelo todo —ordenó mientras caminaban hacia el coche, entre la multitud.

Roberto y Lucas lo pusieron al corriente de lo que habían averiguado y le mostraron la imagen del sospechoso que habían conseguido gracias a las cámaras de seguridad de la tienda. Le contaron que la ubicación del móvil de Lucía los había llevado hasta esa dirección.

—¿Cómo puede ir siempre un paso por delante? —dijo Lucas con desesperación.

—Puede que tenga ayuda —musitó Óscar.

—Creo que Ruth sospechaba de alguien… Aunque, en mi opinión, es bastante improbable —apuntó Roberto desde la parte trasera del vehículo.

—¿De quién? —El tono de Óscar no daba opción a réplica.

—Tenía ciertas reticencias sobre informar al comisario de las últimas pistas, pero puede que solo fuera porque no se llevan bien —explicó Roberto.

—¿Él sabía lo de la ubicación? —preguntó Óscar.

—Al principio no, porque estaba en una reunión, pero debió de enterarse al llegar a comisaría —dijo Lucas.

Óscar pisó el acelerador y atravesó las calles de Valencia como un kamikaze. Se saltaba los semáforos en rojo y zigzagueaba entre

los coches que, alarmados, pitaban y se apartaban a su paso. Llegaron a comisaría en un tiempo récord. Los tres se encerraron en el despacho y se pusieron frente al ordenador. Contemplaron el avance del programa de reconocimiento facial, pero este dio error.

—Alguien lo ha manipulado —dijo Óscar.

—Se lo mandaré a Matías para que lo compruebe en el nuestro —propuso Lucas, que se apresuró a realizar una llamada de teléfono.

—Tengo que acceder al ordenador del comisario. —Óscar se dirigió a la puerta.

—Detente —dijo Roberto de pronto, con voz autoritaria—. Así no vas a conseguir nada, y necesitamos encontrar a Ruth y a Lucía. Si el comisario está implicado, no va a guardar ninguna pista en el ordenador de su oficina, ¿no crees?

—Óscar, quiero encontrarlas tanto como tú, pero Roberto tiene razón. Tenemos que actuar con cabeza.

—¡No puedo quedarme de brazos cruzados! —gritó Óscar con desesperación mientras recorría de un lado a otro el despacho.

—Y no lo haremos —dijo Roberto—. Que el comisario esté implicado explicaría algunas cosas: que no nos diese permiso para registrar la plaza de toros, lo cual habría salvado la vida de Mireya; que no hayamos encontrado ninguna pista sólida hasta que Ruth optó por esconderle nuestros avances; la animadversión que siente hacia ella, y, la más reciente, la ubicación del asesino.

—Tiene sentido. Puede haber avisado al asesino de que teníamos la ubicación del móvil de Lucía. Eso le daría el tiempo suficiente para trasladar a Lucía de escondite —dijo Lucas, pensativo.

—Y le hemos llevado a Ruth hasta él, que es lo que quería. —Roberto dejó caer la cabeza.

—Pero ¿qué motivos tendría el comisario para ayudar a un asesino? No tiene sentido —musitó Óscar.

—A no ser… —comenzó Lucas—. A no ser que mantengan algún tipo de relación; es decir, puede que el asesino sea alguien importante para el comisario y por eso está tratando de encubrirlo.

—Tengo una idea —dijo Roberto.



Lucas y Óscar observaron a Roberto encaminarse hacia ellos con aparente normalidad; sin embargo, el temblor de sus manos le delataba. En la derecha sostenía una bolsa de plástico con varias tazas en su interior. Abrió la puerta del coche y se dejó caer en la parte trasera.

—¿A dónde vamos? —preguntó tras soltar un suspiro de alivio.

—A ver a la forense. Ella tiene las muestras de ADN extraídas del semen del asesino, así que podrá compararlas —explicó Óscar.

—No creerás que él es el asesino —dijo Lucas con los ojos muy abiertos.

—No, no lo creo, pero quiero comprobar algo.

Tras más de veinte minutos de trayecto en un tenso silencio, llegaron al Instituto de Medicina Legal. Recorrieron sus pasillos con familiaridad, a pesar de que todos habrían preferido no tener que pisar nunca ese lugar. La forense se sorprendió al verlos, pero, cuando se detuvo en sus rostros y en la seriedad que estos desprendían, ofreció:

—Díganme qué necesitan.

Óscar le explicó sus sospechas mientras Roberto le pasaba gustoso las tazas de café que había robado en el despacho del comisario.

—Necesitaré algo de tiempo. Puede que un par de horas —dijo la forense sin hacer más preguntas.

Se notaba que Roberto estaba ansioso por abandonar ese lugar, así que fue a un bar cercano a picar algo. Óscar y Lucas, en cambio, se negaban a salir de allí sin las respuestas que estaban buscando.

La forense permitió que los acompañase al laboratorio, a pesar de ser una zona restringida.

—¿Cómo es trabajar aquí? —preguntó Lucas, en un intento por alejar de su mente los lúgubres pensamientos que lo acechaban.

Ese sitio le provocaba escalofríos y, a juzgar por el semblante de Óscar, este no estaba mucho mejor.

—Bueno, ya llevo muchos años, así que esta es como mi segunda casa. Lo sé, lo sé, puede que sea algo tétrica, pero al final te acostumbras. —La forense extrajo con cuidado las tazas de las bolsas.

—No sé si yo podría permanecer en su sitio como este, rodeado de…

—¿Muertos? —completó la forense, y soltó una carcajada—. Bueno, sé que no vas a creerme, pero no siempre es así.

—¿A qué se refiere?

—No soy creyente. Nunca creí en espíritus ni en cuentos de fantasmas, hasta que comencé a trabajar aquí —expuso con total naturalidad.

Al ver que no preguntaban, continuó:

—Me han pasado cosas realmente extrañas durante todos mis años de profesión. Cosas que no pueden explicarse mediante la ciencia.

—¿Me está diciendo que ha visto algún espíritu? —preguntó Óscar con incredulidad.

—Más de uno. Al principio yo era joven e ingenua y creí que se debía a mi propia sugestión. Luego me di cuenta de que no era solo eso. Los espíritus, fantasmas, o como quieran llamarlos, de algunos de los cadáveres que diseccionaba me acompañaban a casa. Lo reconozco: no importa los años que pasen, sigue siendo aterrador.

—¿Puede verlos? —preguntó Lucas.

—Es más como una sensación, aunque a veces también he atisbado haces de luz. Sé lo que está pensando, porque yo también lo pensé de mí misma. Hasta que, en el congreso anual de ciencias forenses, hace muchos años, charlando con algunos colegas, salió este tema.

—¿Hay más gente que ha pasado por una experiencia similar? —inquirió Óscar.

—Sí. Supongo que al trabajar codo a codo con la muerte siempre nos llevamos algo a casa.

Tras más de tres horas, la forense había logrado extraer una muestra fiable de ADN de los restos biológicos de la taza de café del comisario, por lo que faltaba el último paso: cotejarla con la muestra del asesino. Lucas, Roberto y Óscar paseaban de un lado para otro en el interior de la morgue, en un completo silencio. No paraban de pensar en el peligro que corrían Ruth y Lucía a cada minuto que pasaba.

—¡Lo tengo! —gritó la forense.

Los tres hombres, tras dar un respingo, se apresuraron hasta la pantalla del ordenador.

—No entiendo nada. ¿Qué pasa? —preguntó Lucas, exasperado.

—Sesenta por ciento de coincidencia entre el ADN extraído del semen del asesino y el que me han traído hoy —dijo la forense con una sonrisa en los labios.

—¿Y eso qué quiere decir? —Óscar se obligó a no perder los nervios.

—Que son hermanos.

A pesar de las sospechas que albergaban sobre el comisario, nunca se habrían esperado algo así. Dieron instrucciones claras a la forense de no revelar a nadie lo que habían descubierto, sobre todo al mayor implicado, y se dirigieron de nuevo hacia comisaría.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Roberto.

—Lo mejor será que Lucas y tú vayáis a descansar un rato. Yo iré a casa de mi hermana por si encuentro alguna pista —dijo Óscar.

—No pienso dejarte solo —se apresuró a replicar Lucas.

—Y yo no creo que pudiera pegar ojo, así que voy a vigilar al comisario. Trataré de dar con él y lo seguiré para ver si nos lleva hasta su hermano —dijo Roberto.

Ninguno tuvo suerte en su cometido. Las horas pasaban y seguían sin noticias del paradero del asesino. Lucas y Óscar inspeccionaron el piso de Lucía con minuciosidad, pero allí no había nada que los condujese hasta donde esta se encontraba recluida junto con Ruth, o, al menos, eso era lo que esperaban. Al final, el cansancio pudo con ellos y se quedaron dormidos en el sofá del piso de Lucía, hasta que el teléfono de Lucas resonó en la estancia, sobresaltándolos.

—Cariño, dime —respondió con voz somnolienta mientras activaba el altavoz.

—¿Estáis bien? —preguntó Matías desde el otro lado.

—Agotados y preocupados, pero físicamente bien. ¿Tienes algo de la fotografía?

—Sí, he consultado con los del servicio de información y nos ha costado mucho dar con él. Pero tenemos a ese cabrón, Luc.

—Pásanos todo lo que tengas —ordenó Óscar.



—¡Un día! ¡Ha pasado un día y no sabemos nada de ellas! —gritó Óscar en comisaría. El equipo de investigación al completo estaba recluido en el despacho.

—Óscar, las encontraremos, ¿de acuerdo? Tenemos la identidad del asesino y sabemos que el comisario es su hermano —dijo Lucas.

—Sí, pero ¿dónde está? Es como si se lo hubiese tragado la tierra.

—No ha utilizado ninguna de sus tarjetas de crédito ni está en ninguna de sus propiedades —dijo Carolina.

—Esto no me gusta nada. Sé que hemos alertado a nuestros superiores sobre lo ocurrido, pero cada minuto que pasa es crucial. —Joan miró por enésima vez las pistas que pendían del tablón.

Lucas sabía lo que pasaba por la mente de su amigo: los recuerdos del secuestro de Ruth, la angustia, la preocupación, el miedo a no volver a verla; solo que, en esa ocasión, era peor, ya que Lucía se sumaba a la zozobra. Era cuestión de tiempo dar con el comisario y con su hermano. Habían alertado a todas las autoridades, fronteras y medios de comunicación. Sus imágenes se habían difundido por todo el territorio nacional e internacional, pero tiempo era justo de lo que no disponían.

El sonido del teléfono de la oficina rompió el hilo de sus pensamientos.

—¿Cómo? ¿Está segura de que está relacionado? —dijo Miguel con la voz quebrada—. Está bien. Mandamos a alguien para allá inmediatamente.

—Miguel, ¿qué ocurre? —preguntó Roberto.

—Ha aparecido el cadáver de una mujer de entre veinticinco y treinta años. No saben si estará relacionado con lo ocurrido. —Miguel trataba de evitar la mirada de Óscar.

—¿Sigue el mismo *modus operandi*? —preguntó este.

—De momento no lo saben. El cuerpo está muy dañado.

—¿Dañado? —repitió Lucas con un hilo de voz.

—Calcinado en un ochenta por ciento.

El peso de sus palabras provocó que los escasos ánimos que aún conservaba el equipo se desplomasen.

—Yo iré a reconocer el cadáver —dijo Óscar antes de abandonar la estancia.

Lucas no dijo nada, solo cogió su chaqueta y lo siguió. No pensaba dejar solo a su amigo en una situación tan terrible.



Lucas casi podía escuchar los latidos del corazón de Óscar acelerarse con cada segundo que transcurría. Se situaron frente a la forense, de quien los separaba un cuerpo cubierto por una sábana blanca. Las manos de ella levantaron con lentitud dos de las esquinas de la sábana, como si pesase una tonelada. Ambos contuvieron el aliento durante los interminables segundos que duró aquella agonía. Luego, Óscar giró el rostro y se colocó de espaldas al cadáver. Sus hombros temblaban a causa del llanto. Lucas extendió una mano sobre su hombro en un gesto de consuelo. Sabía cómo debía de estar sintiéndose: un monstruo, por sentir un alivio tan profundo tras comprobar que el cadáver no se correspondía ni con Lucía ni con Ruth. Aquel asesino estaba matando poco a poco todo rastro de humanidad en los investigadores hasta convertirlos en alguien como él, deseando su muerte. Lucas reflexionó sobre la justicia. Esta, a veces, era esquiva. ¿Era justo encarcelar durante quince años a un asesino? La respuesta variaba en función de a quién se le preguntase. ¿Lo era para la familia de Mireya, Desirée o de Sara? Sin embargo, no correspondía a la familia o a la policía impartir justicia. Para eso existía el sistema, y se debía confiar en él.



# CAPÍTULO 35

## *Ruth*

«No os espante el dolor; o tendrá fin o acabará con vosotros».

Séneca

El llanto de Lucía me llegaba con claridad desde el otro extremo de la sala. Traté por todos los medios de soltar mis amarres, pero tan solo conseguí que un dolor punzante se apoderase de mis cuatro extremidades. Una venda cubría mis ojos, por lo que la oscuridad era total; sin embargo, había algo que me inquietaba: el olor. Un aroma a vainilla impregnaba la estancia. Uno que yo conocía bien. Sin embargo, traté de centrarme en lo importante. Debía liberarme para ayudar a Lucía a escapar de las garras de ese loco.

—Veo q-que ya est-tás desp-pierta —dijo una voz, después de que se cerrara una puerta—. ¡No, no! ¡Para! Te harás daño y yo no quiero eso —susurró cerca de mi oído.

Un escalofrío me recorrió y, de manera instintiva, giré mi rostro para eludir ese aliento en mi cuello.

—Mira lo q-que t-te has hecho —habló de nuevo.

Al cabo de unos minutos, noté cómo unas manos ásperas y rugosas se deslizaban por mi muñeca izquierda. Ese loco me estaba curando las magulladuras; el llanto de Lucía resonaba a lo lejos. Cuando acabó de curarme muñecas y tobillos, me liberó del vendaje que me mantenía ciega. Tardé algunos segundos en acostumbrarme a la luz.

—Déjala ir. Ya me tienes a mí. No la necesitas —supliqué.

—Lo sé, lo sé y lo haré, p-pero p-primero t-tengo q-que asegurarme de q-que t-te port-tarás bien —dijo sin apartar su oscura mirada de mí—. ¿T-te gust-ta cómo he prep-parado nuestro dormit-torio?

El hombre de la boina caminó por la habitación con los brazos en cruz y una amplia sonrisa en el rostro. Yo contemplaba asombrada la magnitud de su locura. Había recreado otro mis antiguos dormitorios, el que compartía con Javier. El papel de las paredes, los muebles, las velas aromáticas de vainilla, incluso algunas de mis fotografías.

—Puedes confiar en mi palabra. Haré todo lo que me pidas, pero suelta a Lucía, por favor —supliqué una vez más.

El llanto de esta se hizo más audible y la observé por primera vez. Estaba sucia y tenía los ojos rojos e hinchados, pero estaba viva. Eso era todo lo que importaba.

—¿Me lo p-promet-tes, mi ave fénix?

Ese hombre acercó sus labios a los míos y una fuerte arcada escaló por mi estómago; sin embargo, sabía lo que debía hacer, así que lo hice. Cuando su húmeda lengua se introdujo en mi boca, cerré los ojos con más fuerza de la necesaria y me obligué a no arrancarle un trozo con mis dientes. Primero debía auxiliar a Lucía. Primero, ella debía estar a salvo, me repetía.

—¿Me crees ahora? —dije mientras trataba de recomponerme.

—Sabía q-que est-tábamos hechos el uno p-para el ot-tro. Ahora ya nada ni nadie p-podrá sep-pararnos —respondió, y entonces se acercó a Lucía y le inyectó algo en el cuello.

—¡No! —grité—. ¡Has prometido no hacerle daño!

—T-tranq-quila, solo es un sedant-te. No p-puedo dejar q-que vea dónde est-tá nuest-tro nidit-to de amor o p-podría irse de la lengua —dijo mientras cargaba a Lucía sobre uno de sus hombros.

Los brazos y la cabeza de ella oscilaron en un vaivén inerte cuando ese monstruo la sacó de la habitación. «Está viva. Estará bien. La encontrarán», me repetí. Escupí en el suelo y sopesé mis opciones: estaba atada de pies y manos a la cama, vestida con un camisón rojo de seda, y a mi alcance no había nada que pudiese utilizar como arma.

—Mierda —musité, presa de la frustración.

El tiempo pasaba y yo notaba mis extremidades entumecidas. Permanecía en un estado de duermevela, atenta a cualquier ruido que me alertase de la presencia de aquel tipo. Sin embargo, fue algo muy distinto lo que descubrí. Cada cierto tiempo, no estaba segura de cuánto, el suelo vibraba y un ligero estruendo resonaba en la habitación.

—Un tren. Es un tren —susurré.

A partir de ese momento, puse mi cerebro a funcionar. Calculé cada cuánto pasaba el tren: aproximadamente cada veinte minutos. No era mucho, pero al menos tenía algo. Solo debía encontrar la manera de hacerle llegar al equipo esa información, algo que, estaba segura, no me iba a resultar sencillo.

—¿Ya t-te has vuelt-to a q-quedar dormida? T-tienes q-que esp-pabilart-te p-para nuest-tra p-primera noche junt-tos —escuché junto a mi oído.

Giré el rostro, solo para comprobar que ese hombre se había tumbado junto a mí: su cabeza descansaba en mi pecho y su brazo derecho rodeaba mi cintura. De nuevo, náuseas.

—¿Lucía está bien? —pregunté.

—Sí, desp-pert-tará en unas horas. No t-te p-preocup-pes; nunca he q-querido hacerle daño, p-pero sabía q-que era la única forma de q-que vinieras hast-ta mí.

Su mano subió por mi vientre hasta alcanzar el amplio escote del camisón. No pude evitar revolverme ante su contacto.

—¡Me lo p-promet-tiste! —gritó con furia.

—Lo sé, lo sé —tartamudeé—, pero me gustaría que antes nos conociésemos mejor. —Traté de ganar algo de tiempo.

—Est-tá bien, aunq-que juego con vent-taja p-porq-que yo lo sé t-todo sobre ti —murmuró en mi oído antes de dejar un reguero de besos sobre mi cuello.

—Necesito ir al lavabo.

—Lo sient-to, no p-puedo fiarme de ti.

—Puedes venir conmigo, si quieres. Solo quiero lavarme un poco la cara.

No estaba segura de lo que conseguiría con eso, pero debía intentar algo. Prefería morir a que ese monstruo me pusiese de nuevo la mano encima.

—Est-tá bien —respondió tras contemplar mi rostro durante algunos segundos.

Soltó mis tobillos y una de mis muñecas; la otra la ató a la suya, de manera que quedamos entrelazados. «Sé fuerte. Se lo debes a Javier, Mireya, Desirée y Sara», pensé. Me guio hasta una puerta estrecha ubicada en la pared de la izquierda. Era un cuarto de baño que parecía sacado de la serie *Cuéntame*; el edificio debía de ser antiguo. Me acerqué al grifo y abrí el agua caliente. Vertí jabón en mis manos y traté de mantener la calma. Notaba su mirada clavada en mí, atento a todos y cada uno de mis movimientos.

—¿Tienes cepillo de dientes? —pregunté.

Necesitaba ganar más tiempo. En el baño no había armarios, espejos ni nada que pudiera utilizar contra él.

—Sí, aq-quí t-tienes. —Sacó uno de un pequeño neceser de aseo que reposaba sobre el lavabo.

Puso la pasta y, cuando yo ya pensaba que iba a cepillarme él los dientes, me tendió el cepillo. Realicé movimientos circulares y, cuando percibí que había relajado un poco la postura, me agaché para enjuagarme la boca. Volteé el cepillo y lo empuñé con todas mis fuerzas. Al levantar mi rostro, se lo clavé en un ojo. Sus gritos retumbaron en la estancia y la sangre brotó a borbotones, goteando sobre el suelo cerámico. Aproveché sus alaridos y la confusión para deshacer el nudo que mantenía unidas nuestras muñecas y eché a

correr. Por suerte, la puerta del dormitorio estaba abierta. Tal y como yo había deducido, me encontraba en un piso pequeño y antiguo. Me asomé a una de las ventanas, pero no reconocí el lugar, aunque sí pude ver las vías del tren.

—Un teléfono —susurré mientras contemplaba mi salvación.

Marqué el número de Óscar con toda la rapidez que me permitieron mis temblorosos dedos. Cada tono sin respuesta era como un puñal que se hundía en mi pecho. Observaba nerviosa la puerta del dormitorio. La había atrancado con una silla, pero sabía que no duraría mucho si aquel demente utilizaba la fuerza bruta.

—¿Dígame? —contestó Óscar.

Nunca me había alegrado tanto de escuchar su voz.

—Óscar, escúchame, no tengo mucho tiempo. Estoy en un barrio antiguo. Es un piso pequeño y está al lado de las vías del tren. La frecuencia del tren es de unos veinte minutos, más o menos. He conseguido que soltase a Lucía; estará sedada y sola en algún lugar. Búscala, por favor —dije de manera atropellada.

—Ruth, cariño, ¿has conseguido escapar?

El miedo se reflejaba en su voz de una manera nítida, casi dolorosa.

—Le he clavado el cepillo de dientes en un ojo, pero la puerta principal está cerrada con llave y estoy a mucha altura, creo que es un séptimo piso. No puedo saltar, aunque, si viene de nuevo, creo que prefiero saltar a exponerme a ese monstruo, Óscar. —No traté de esconder mi miedo.

—Ruth, escúchame: asómate a una ventana y dime qué ves. —Su voz sonó más firme.

Hice lo que me pedía y me enfoqué en los detalles.

—¡Hay un cartel! La calle se llama… Avenida de la Constitución; está junto…

No pude decir nada más. Un dolor lacerante atravesó mi cabeza y todo se volvió negro.



El dolor en la parte de atrás del cráneo me devolvió a la realidad. Quise moverme, pero algo me lo impedía. Abrí los ojos con esfuerzo, para confirmar que no había sido una pesadilla. Volvía a estar atada a la cama y el asesino estaba sentado en una silla frente a mí, con una venda en el ojo que cubría gran parte de su cara. Su otro ojo irradiaba una combinación de locura y furia que dirigía hacia mí. No dije nada, tan solo esperé a que él diera el primer paso.

—Si no q-quieres unirt-te a mí p-por las buenas, no me dejas ott-tra op-pción —dijo tras largos minutos de tenso silencio.

Se levantó, cogió una garrafa que, a juzgar por el olor, estaba llena de gasolina y comenzó a rociar la habitación.

—¡Para! ¡Moriremos los dos! —grité.

—Exact-to, y p-por fin est-taremos junt-tos, p-porq-que ese es nuest-tro dest-tino desde aq-quel día en el q-que me salvast-te. —Dejó la garrafa en el suelo y se acercó a mí.

—¿Te salvé? No sé de qué me hablas —repliqué, asustada.

—¿C-cómo no vas a r-recordarlo? Aq-quello nos unió. T-tú estt-tabas en tu p-primer dest-tino y recibist-te un aviso p-por un intt-tent-to de suicidio.

Mi mente trató de recuperar el recuerdo, pero el golpe que había recibido en la cabeza me mantenía aturdida. La habitación daba vueltas, y el olor a gasolina no me ayudaba a orientarme.

—Sí, lo recuerdo —dije con voz trémula.

Un hombre había intentado arrojarse desde un balcón. Subí hasta allí y, antes de que llegasen los servicios médicos, lo convencí para que no lo hiciera.

—C-cuando cogist-te mi mano y me salvast-te, sup-pe q-que nuest-tro dest-tino era est-tar junt-tos. Desde ese instante-teno te he p-perdido de vist-ta, esp-perando mi momento-to.

—Mataste a Javier. —Las lágrimas surcaron mis mejillas.

Debía distraerlo con la conversación para que no prendiese fuego a la estancia, o moriríamos.

—T-tenía q-que hacerlo, ¿no lo ves? Él se int-terp-ponía en nuest-tro amor.

Pasó sus manos por mi rostro para limpiar mis lágrimas, e hice acopio de toda mi fuerza de voluntad para no escupirle en la cara.

—No tenías por qué matarlo, ni tampoco a esas chicas.

—T-te eq-quivoc-cas. T-todas esas muert-tes eran necesar-rias p-para llegar hast-ta ti. No sabes t-todo p-por lo q-que he t-tenido q-que p-pasar a lo largo de mi vida, p-pero ha mer-recido la p-pena p-para p-poder est-tar ahora cont-tigo.

Su mano se posó en mi muslo y ascendió por mi entrepierna. Traté de cerrarle el paso, pero las cuerdas que me constreñían los tobillos lo impidieron. Cerré los ojos cuando sus dedos alcanzaron mi sexo.

—Abr-re los ojos. T-tienes q-que mir-rarme. P-podemos est-tar junt-tos ant-tes del final —dijo con sus labios sobre los míos.

—Prefiero morir ya.

Una bofetada cruzó mi mejilla izquierda, lo que, sumado al dolor de cabeza, me hizo perder la consciencia durante unos minutos indeterminados. Cuando desperté, él estaba sentado sobre mí, a horcajadas, con los pantalones bajados.

—Vas a ser mía lo q-quieras o no. —Escupió las palabras junto con las gotas de su repugnante saliva, que cayeron en mi rostro.

Con su mano derecha sujetaba un cuchillo de grandes dimensiones sobre mi garganta.

—Hazlo, mátame. Eres un ser despreciable. Estás loco —dije, intentando que perdiese el control.

Si tenía que elegir, prefería mil veces morir bajo aquel cuchillo que quemada después de ser violada.

—¡Zor-ra! —gritó, y me propinó otra bofetada con su mano libre.

Se deshizo de mis bragas de un tirón y trató de encajar su miembro dentro de mí. Yo peleaba bajo su peso, obviando el dolor que me producía el cuchillo, que se hundía cada vez en más mi cuello. Mis gritos resonaban como truenos en una noche de tormenta. Guardaba la vana esperanza de que alguien oyese mis súplicas. «No, por favor. Prefiero morir», era la frase que se reproducía en mi mente como un disco rayado. Luché y pataleé con todas mis fuerzas, sin hacer caso al filo que arañaba mi piel.



# CAPÍTULO 36

## *Ruth*

«La sociedad quiere creer que puede identificar a las personas malvadas, o a las personas malas o dañinas, pero no es factible. No hay estereotipos».

Ted Bundy

—¡Aléjate de ella! —dijo Óscar tras entrar en la habitación dando una patada a la puerta, la cual salió disparada.

En menos de dos segundos, el dormitorio estaba repleto de agentes uniformados, con sus armas listas para actuar. Posé mi mirada en la de Óscar y unas lágrimas de alivio escaparon de mis ojos. Alivio por poder verlo una vez más, ya que dudaba de que ese monstruo fuera a dejarme salir de allí con vida. Todavía mantenía el cuchillo sobre mi cuello, que ya había empezado a sangrar. Las sábanas blancas pronto se tiñeron con unas diminutas gotas de color granate. «Te quiero»; moví los labios sin emitir ningún sonido. Necesitaba decírselo. Óscar lo entendió, porque sus ojos se

colmaron de una furia que bien podría haber prendido fuego a la habitación.

—No puedes escapar. Suéltala —oí decir a Lucas.

—No q-quiero esc-cap-par. Solo q-quier-ro q-que mi ave fénix y yo est-temos junt-tos p-para siemp-pre —dijo, su peso aún sobre mi cuerpo y su miembro rozando mi entrepierna.

Miré a Lucas y pareció entender mi miedo. No iba a salir de esa. Si disparaban, podría arder toda la habitación, y si se acercaban más a él, me cortaría el cuello. Notaba temblar la mano que sujetaba el cuchillo y, con cada vibración, este se clavaba un poco más en mi carne. Las gotas de sudor que perlaban la frente del monstruo caían sobre mí, confundiéndose con mis lágrimas. El penetrante olor a gasolina embotaba mis sentidos y no sentía mis extremidades. Intenté fijar mi mirada en Óscar, en el verde de sus ojos. Si iba a morir, prefería perderme en ellos; sin embargo, mi vista se había vuelto tan borrosa que ya no distinguía quién era quién, tan solo formas abstractas y oscuras diseminadas por la habitación.

—Tenemos a tu hermano y nos lo ha contado todo —escuché que decía Óscar en algún lugar de la estancia.

«¿Su hermano?», me pregunté.

—¿Os lo ha c-cont-tado? —La voz del asesino tembló por primera vez.

—Sí, sabemos por qué quiere protegerte. —Reconocí la voz de Roberto y supe que mentía. Se estaban marcando un farol. Tan solo esperaba que el asesino no lo percibiese.

—Ya le he dic-cho q-que no necesit-to p-protecc-ción. Ya no somos niños asust-tados esp-perando a q-que venga el c-coco —dijo.

Todo su cuerpo se sacudía, de modo que el cuchillo se adentraba más y más en mi piel.

—Puede ser, pero ese coco tiene nombre y apellidos, ¿no es cierto? —dijo Óscar sin que su tono se alterase.

—T-todas las familias t-tienen p-problemas. —Se removió nervioso sobre mi cuerpo.

—No te trataron bien en la tuya; tan solo os teníais tu hermano y tú. —De nuevo la voz de Lucas.

—Y, cuando yo te salvé de tu intento de suicidio, te aferraste a la bondad que creíste que te estaba mostrando —dije con la voz quebrada por el miedo.

—P-por sup-puest-to q-que sí, p-peq-queña, ¿no lo ent-tiendes? T-tú vist-te algo bueno en mí. Me salvast-te. —Clavó su negra mirada en la mía.

—Te equivocas. No vi nada en ti. Lo habría hecho por cualquiera. Ese es mi trabajo —afirmé con más seguridad de la que sentía.

Noté el instante en que aflojó la hoja del cuchillo, que dejó de hostigarme. Observé la incredulidad en sus ojos, la decepción, el rechazo. Fueron apenas unos segundos, pero era lo único que necesitaba el equipo para abalanzarse sobre él. Al darse cuenta de lo que pasaba, blandió de nuevo el arma, que provocó un profundo corte a la altura de mi trapecio. Todo comenzó a tornarse negro. Traté de mantener los ojos abiertos, pero los párpados me pesaban. Escuchaba mucho ruido y gritos a mi alrededor, pero era incapaz de centrarme en nada.

—¡Ruth, Ruth! Por favor, quédate conmigo.

Escuché la voz de Óscar cerca de mi rostro. Reconocí el tacto de sus manos acariciando mis mejillas, mientras que otras, fuertes y decididas, liberaban mis muñecas y mis tobillos. Alguien presionaba la herida de mi hombro y me zarandeaba para mantenerme consciente, pero yo estaba tan cansada…

Parpadeé varias veces antes de que mis ojos pudieran identificar algo de lo que me rodeaba, cualquier cosa que me diese una pista de qué había pasado. ¿Había muerto? Hice amago de incorporarme, pero alguien me lo impidió.

—Tómatelo con calma, has perdido mucha sangre —dijo un médico junto a mí.

—¿Qué ha ocurrido?

—Han estado a punto de seccionarte la yugular; unos milímetros más a la derecha y te habrías desangrado antes de que pudiésemos haber hecho nada —explicó.

Volví a cerrar los ojos lo que creí que fueron unos instantes y, cuando los abrí de nuevo, Óscar estaba junto a mí en la ambulancia

y sujetaba mi mano cerca de su rostro. Tenía los ojos cerrados y parecía estar rezando.

—¿Estás rezando por mí?

Levantó la mirada. Decenas de lágrimas surcaban sus mejillas.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti, y, ahora mismo, rezar me parece lo más sencillo —dijo con esa sonrisa ladeada que me volvía loca.

—¿Lo habéis cogido? —me atreví a preguntar.

—Lo tenemos, y también al comisario. —Me dedicó una mirada fría que yo conocía muy bien.

—Entonces, ¿es verdad lo que dijisteis ahí dentro sobre su hermano?

—Sí. Comparamos el ADN del comisario con el encontrado en el semen de las víctimas. Él es el que ha estado ayudándolo todo este tiempo —dijo sin dejar de acariciar mi mano.

—Debí haberlo intuido. Él sabía que Javi y yo estábamos prometidos, ¿cómo podía saberlo? —musité con voz débil.

—No te preocupes por eso ahora.

—¿Ya ha acabado todo?

Noté las lágrimas escocer en mis ojos. Ya no eran lágrimas de tristeza, sino de alivio.

—Ha acabado.

Apoyó su frente sobre la mía y me dio un beso tierno que me supo a gloria. Una de sus lágrimas cayó sobre mi rostro. Otra lágrima compartida. Ese fue mi último recuerdo de ese momento. Después, todo se volvió negro de nuevo.



—T-te dije q-que est-taríamos junt-tos p-para siemp-pre, p-peq-queña.
Mi cuerpo comenzó a temblar. Traté de moverme, de huir de él, pero mis músculos no respondían a las órdenes de mi cerebro. Traté de gritar, solo para percatarme de que había perdido la voz.
—Ahor-ra ya p-podemos amar-rnos.
Se colocó sobre mí y, mientras mis mejillas se colmaban de lágrimas, él recorrió todo mi cuerpo.
—¡No! —grité.
Me costó varios segundos comprender lo que estaba pasando. Una pesadilla. Óscar murmuraba palabras tranquilizadoras junto a mi oído y me enmarcaba el rostro con ambas manos.
—¿Óscar? —tanteé con voz entrecortada.
—Cariño, estás bien. Todo ha terminado. Estás en el hospital —repitió.
—¿Y Lucía? —pregunté, recordando de pronto todo lo sucedido.
—Está bien. Conmocionada por lo que ha pasado, pero a salvo. Ambas lo estáis. —Su voz sonaba tan quebrada que apenas le salían las palabras.
—Gracias por salvarme, otra vez. —Esbocé una frágil sonrisa.
—Iría al mismísimo infierno por ti.
Nuestras miradas se encontraron. Sin barreras. Sin secretos. Sin mentiras. Solo vi amor en sus ojos.

—Pídemelo —musité cerca de sus labios.

Su respiración se aceleró. Alzó la mirada y su expresión, por un instante, se tornó confusa. Al cabo de unos segundos, pareció entender mi petición y exhaló un suspiro de absoluto alivio.

—Ruth, no sé si existe la felicidad en otra parte, pero no quiero descubrirlo. Desde que te conocí, tú eres la única persona con la que quiero pasar el resto de mi vida, aunque eso implique que acabemos en el hospital más a menudo de lo que me gustaría. —Soltó una de sus risas traviesas, una que colmó mi corazón de una felicidad plena —. ¿Quieres casarte conmigo?

Llevé mi mano a su cara y traté de memorizarla: el tacto de su piel, el brillo de sus ojos, sus largas pestañas, sus dulces labios. Mi hogar.

—Nada me gustaría más que casarme contigo.



# CAPÍTULO 37

## *Ruth*

«La felicidad consiste en saber unir el final con el principio».

Pitágoras

Las piezas por fin encajaban. Aunque para ello hizo falta segar la vida de tres chicas inocentes. Había sido él desde el principio. Su animadversión hacia mí no era fruto del estrés o de la presión por la resolución del caso. Había algo más.

Yo llevaba varios meses trabajando con la doctora Soria la culpa. No podía evitarlo. Me sentía responsable porque, en el fondo, había sabido que había algo extraño en el comportamiento del comisario. Esperé demasiado para comenzar a desconfiar de él. La psicóloga no dejaba de repetirme que era una conducta inherente al ser humano: confiar en que los demás van a obrar del modo correcto. Ese tema desataba un debate en cada una de nuestras sesiones. ¿Es el ser humano bueno o malo por naturaleza, o depende de las decisiones que toma a lo largo de su vida? Ha sido un asunto de encendido

debate durante siglos, con argumentos que pueden situarlo tanto en el espectro del bien como del mal, así que estaba segura de que la doctora Soria y yo no llegaríamos a ninguna conclusión clara. Sin embargo, me ayudaba el hablar de ello.

Filósofos como Rousseau argumentaban que el ser humano era inherentemente bueno, corrompido solo por la sociedad, mientras que Hobbes sostenía que la vida en el estado natural era «solitaria, pobre, desagradable, brutal y breve», sugiriendo una naturaleza intrínsecamente egoísta y violenta. En la práctica, ambos puntos de vista encontraban respaldo en nuestra sociedad. Por un lado, actos de altruismo y solidaridad, como el heroísmo que muestran algunas personas ante desastres naturales, y que prueban una clara inclinación hacia el bien. Por otro lado, casos de asesinos en serie, como Ted Bundy o Jeffrey Dahmer, exponen una capacidad inquietante para la crueldad y el mal. Bundy, un hombre carismático y educado, asesinó a más de treinta mujeres, mientras que Dahmer llevó a cabo crímenes atroces, incluyendo el canibalismo y la necrofilia. Dos caras de una misma moneda.

Salí de la sesión con las ya conocidas agujetas emocionales, pero con una sonrisa en la cara. Existía el mal, y no podíamos hacer nada para erradicarlo. Sin embargo, sí había algo que podíamos hacer, que estaba en nuestras manos: luchar contra él y tratar de ser felices cada día.



—Por fin hemos tenido acceso a todas las cámaras próximas a los escenarios del crimen —dijo Joan con una expresión de fastidio—. El muy cabrón borró las imágenes que lo relacionaban con los asesinatos.

—Por suerte, las grabaciones se almacenan en servidores en red. Aquí están. —Roberto, con una mueca de triunfo, señaló un diminuto USB.

—¿Lo tenemos? —pregunté con una sonrisa tenue.

Nuestra complicidad había dado paso a otra cosa. Seguía sintiéndome yo misma a su lado, pero las ideas estaban claras en mi cabeza y, lo más importante, en mi corazón. Roberto siempre sería mi amigo y, desde hacía algunas semanas, también era la pareja de Lucía. Me reconfortaba pensar que se habían encontrado el uno al otro, sobre todo después de la traumática situación que Lucía había tenido que atravesar.

—Ya te digo. Ese hijo de puta está de mierda hasta el cuello —respondió Carolina.

Estábamos satisfechos con nuestro trabajo, aunque no del todo. Era imposible. El dolor de las familias de las víctimas no desaparecería. La ausencia. El vacío. Tendrían que aprender a vivir con ello, y yo sabía bien el coste que suponía.

El comisario no quiso prestar declaración, pero conseguimos reunir las pruebas que lo inculpaban como cómplice de asesinato. Había ayudado a su hermano, el misterioso hombre de la boina, con el traslado de Mireya, Desirée y Sara de una localización a otra; cubría su rastro cada vez que nos acercábamos a él e, incluso, entorpeció la investigación de manera deliberada. Quería proteger a su hermano del mismo modo en que este lo había protegido cuando solo eran unos niños, pero para ello había infligido un dolor que nunca podría resarcirse.

—¿Será suficiente? —le pregunté a Óscar mientras disfrutábamos de un soleado día de playa.

No tuve que darle más explicaciones. No podía leer su mirada porque las gafas de sol cubrían sus ojos esmeralda, pero estaba segura de que él sabía a qué me refería.

—Sí. Tenemos rastro del acceso al borrado de imágenes; tenemos el registro de llamadas que lo vinculan directamente con el asesino los días y las horas de las muertes, y, lo más importante, la traza de la aplicación de citas —respondió.

Así era como los hermanos habían conseguido contactar con Lucía. Crearon un perfil falso para engañarla y ella cayó en la trampa. Solo quería encontrar el amor y, aunque le costaría volver a confiar al cien por cien, estaba convencida de que lo conseguiría.

—¿Cómo puede vivir alguien sabiendo que ha ocasionado tanto daño?

En realidad, no esperaba una respuesta. Sabía que no existía. Pero, a veces, el ser humano necesita pronunciar en voz alta lo que lo reconcome.

Óscar y yo contemplamos juntos cómo un niño, que no tendría más de cinco o seis años, saltaba las olas que rompían en la orilla, una tras otra. Su hermana construía con esmero un castillo de arena, bajo la atenta mirada de sus padres. Los dedos de Óscar se entrelazaron con los míos mientras sus risas alcanzaban nuestros oídos. La brisa del mar me rozaba y dejaba un regusto a sal en mis labios. Notaba el tacto de la arena caliente en mi piel, pero no me importó. Eso significaba que estaba viva, a salvo, feliz. Había sobrevivido a un infierno, con tan solo algunas cicatrices como secuela. El precio no me parecía demasiado alto.

FIN

# EPÍLOGO

El día había llegado. Me miré al espejo y observé el resultado. La nueva cicatriz asomaba por el escote del vestido y alcanzaba mi cuello, pero ya no me dolía verla. Froté mis manos contra el vestido, sin poder esconder los nervios que me invadían.

—¿Preparada? —Lucía se colocó a mi lado.

Estaba preciosa con su vestido verde botella. Nuestras miradas se encontraron en el reflejo e hice un gesto de afirmación.

Mientras caminábamos sobre la hierba de la finca escogida para la celebración, me detuve a pensar en lo dichosa que me sentía. Había podido despedirme de Javier, había curado mis heridas del pasado y me iba a casar con el hombre con el que esperaba pasar el resto de mi vida. Todos mis seres queridos estaban bien, y conmigo. Sonreí a Lucía, pero su mirada ya se había centrado en Roberto, que la esperaba de pie frente a uno de los frondosos sauces llorones que se erguían en los majestuosos jardines.

—Estáis preciosas —dijo él antes de besar la mano de Lucía en un gesto de galantería.

Dejé que la flamante pareja disfrutara de su romántico momento y continué mi camino. Fue entonces cuando lo vi: estaba de pie junto al primero de los tantos farolillos que iluminaban el lugar. No pude evitar sonreír. Cuando estuve lo bastante cerca, entrelacé mis dedos con los suyos y dejé que mi corazón se desbocase ante el roce de sus labios.

—Estás… estás… —comenzó Óscar.

—¿Diferente?

—Deslumbrante.

Recorrimos juntos el camino que nos separaba del espacio que debíamos ocupar en la celebración. Nos situamos uno a cada lado del altar, que parecía salido de un cuento de hadas. Cuando la música comenzó a sonar, me embargó la emoción. Observé el rostro del futuro marido: la felicidad que irradiaba casi podía palparse. No

se detuvo a observar a ninguno de los invitados; tan solo tenía ojos para Matías, cuya mirada brillaba de amor. Todo fue perfecto: la celebración, las risas, las lágrimas y los bailes.

—¿Estás preparada para la tuya? —preguntó Lucas mientras me pasaba una copa de champán. La celebración parecía llegar a su fin.

—Estoy tan nerviosa, Lucas. Después de todo lo que hemos pasado…

—Nos lo merecemos. Después de todo lo que hemos pasado, nos merecemos el «y comieron perdices» —sentenció mi amigo.

—Brindemos por el resto de nuestras vidas. —Alcé mi copa y la choqué con la suya, provocando un leve tintineo.

---

[i] Extracto extraído de https://conocevalenciapaseando.blogspot.com/2015_04_26_archive.html

# AGRADECIMIENTOS

Escribir esta historia ha sido un viaje en más de un sentido. Ha sido un ancla cuando el mar luchaba con toda su fuerza y, sobre todo, un recordatorio de que las palabras siempre pueden sanar. Siempre ha sido así. Ellas permanecen inmortales y fieles a tu lado, pase lo que pase.

A quienes han estado a mi lado en este camino, en los días oscuros y también en los que la luz lograba colarse entre las grietas: gracias. Vuestro amor, paciencia y fe en mí han sido el motor que me ha impulsado a seguir adelante, incluso cuando las fuerzas flaqueaban. No voy a enumeraros a todos. Solo os diré que me he sentido tremendamente afortunada.

A mis lectores, que han encontrado en mis historias un espacio en el que quedarse, un refugio, gracias por hacer que cada página cobre vida. Habéis sido la certeza en medio de la incertidumbre.

A los libros, esos amigos silenciosos que nunca fallan, gracias por recordarme que, incluso en los momentos más difíciles, siempre hay una historia esperando ser contada. Una historia que, como el hilo rojo del destino, nos une a todos.

Y, por último, a la persona que fui cuando empecé esta novela, quiero decirle: lo lograste.

Con el corazón y el alma en cada palabra,

Júpiter.

